



Mark Twain

Un yanqui de Connecticut en la corte del Rey Arturo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Mark Twain

Un yanqui de Connecticut en la corte del Rey Arturo

PREFACIO

Las rudas leyes y costumbres que se exponen en este relato son históricas, y también son históricos los episodios de que nos servimos para ilustrarlas. No afirmamos que tales leyes y costumbres existiesen en la Inglaterra del siglo VI, no; lo único que afirmamos es que, puesto que existían en la civilización inglesa y en otras de tiempos posteriores, se puede pensar que no se lanza un libelo contra el siglo VI al suponer que se hallaban en práctica también en aquella época. Se siente uno plenamente justificado para deducir que si alguna de aquellas leyes y costumbres era desconocida en aquella época, otra ley o costumbre peor llenaría directamente ese vacío.

No queda resuelta en este libro la cuestión de si existe esto que llaman el derecho divino de los reyes; nos resultó demasiado difícil. Cosa evidente e indiscutible era la de que la cabeza ejecutiva de una nación debe ser una persona de elevado carácter e indudable habilidad; también era evidente e indiscutible que únicamente la Divinidad podría seleccionar esa cabeza sin equivocarse; que la Divinidad debería realizar esa selección era también, por consiguiente, evidente e indiscutible, y de ahí se deducía irremisiblemente el que es Dios quien la hace, según la tesis del derecho divino de los reyes. Todo esto estaba bien hasta que el autor de este libro tropezó con la Pompadour y con Lady Castlemaine y algunas otras cabezas ejecutivas por el estilo. Le resultó tan difícil encajarlas debidamente dentro de esa idea, que se juzgó preferible hacer un zigzag en este libro, que tiene que ver la luz pública durante este otoño, para poder luego entrenarse en el tema y decidir la cuestión en otra obra. Desde luego, es un problema cuya resolución se impone, y, de todos modos, yo no voy a tener ninguna tarea especial el próximo invierno.

Mark Twain

UNAS PALABRAS EXPLICATIVAS

En el castillo de Warwick fue donde tropecé con el extraño extranjero acerca del cual voy a hablar. Atrajo mi atención por tres cosas: por su ingenua simplicidad, por su maravillosa familiaridad con las armaduras antiguas y por lo descansada que resultaba su compañía, ya que él lo decía todo. Coincidimos, como les ocurre a las personas modestas, en la cola del rebaño al que alguien iba enseñando todo, y aquél desconocido empezó a decir cosas que me interesaron. A medida que hablaba, suavemente, con agrado, con fluidez, parecía que yo me dejaba llevar imperceptiblemente fuera de este mundo y de este tiempo, entrando en una época remota y en un antiguo país ya olvidado; fue tejiendo gradualmente a mi alrededor

un encantamiento tal que me parecía estarme moviendo entre espectros, sombras, polvo y moho de una antigüedad gris, porque en sus palabras había un vestigio de la misma. Exactamente igual que yo pudiera hablar de mis amigos o enemigos más próximos o de mis convecinos más familiares, hablaba él de Sir Bedivere, de Sir Bors de Ganis, de Sir Lancelot del Lago, de Sir Galahad y de todos los demás ilustres personajes de la Mesa Redonda... ¡Qué viejo, qué viejísimo, qué indeciblemente viejísimo, ajado, apergaminado, verdoso y antiguo me iba pareciendo, conforme avanzaba en su charla! De pronto se volvió hacia mí y dijo, de la misma manera que uno pudiera hablar del tiempo o de cualquier otro tema corriente:

—Vos habréis oído hablar de la transmigración de las almas; pero ¿sabéis lo que son la transposición de épocas y la transposición de cuerpos?

Le contesté que no había oído hablar de semejante cosa. Él mostraba tan poco interés, igual que la gente cuando habla del tiempo que hace, que ni siquiera se fijó en si yo le había contestado o no le había contestado. Hubo un ligerísimo silencio, interrumpido en el acto por la voz runruneante del cicerone a sueldo:

—Plaquín antiguo que data del siglo dieciséis, de los tiempos del rey Arturo y de la Mesa Redonda; se dice que perteneció al caballero Sir Sagramor el Anhelante; fíjense en el agujero redondo que atraviesa la cota de malla en el lado izquierdo del pecho; no hay modo de explicarse cómo se produjo; se supone que lo agujereó alguna bala con posterioridad a la invención de las armas de fuego, quizá lo hizo con dañina intención alguno de los soldados de Cromwell.

El desconocido que hablaba conmigo se sonrió, no con una sonrisa moderna sino con una sonrisa que había pasado de moda seguramente desde hace ya muchos, muchos siglos, y masculló, aparentemente para sí mismo:

— Bien enterado estáis... Yo vi hacerlo.

Luego, después de una pausa, agregó:

—Fui yo mismo quien lo hizo.

Para cuando yo me recobré de la sorpresa electrizarse de semejante observación, aquel hombre había desaparecido.

Durante toda la velada de aquella noche permanecí sentado junto al fuego en el mesón del Escudo de Warwick, sumido en un ensueño de los tiempos antiguos, mientras la lluvia golpeaba en mis ventanas y el viento rugía por los aleros del tejado y por las esquinas. De cuando en cuando me zambullía en la lectura del libro encantador del viejo Sir Thomas Malory, y después de nutrirme con el rico festín de sus prodigios y aventuras, aspiraba la fragancia de sus nombres anticuados y ensoñaba otra vez. Cuando, por fin, llegó la medianoche, leí a manera de gorro de dormir, otro relato. Este que doy a continuación, a saber:

DE CÓMO SIR LANCELOT MATÓ A DOS GIGANTES Y LIBERTÓ UN CASTILLO

«...Y enseguida, y al mismo tiempo, se vio atacado por dos enormes gigantes bien armados, salvo las cabezas, y empuñando dos espantables clavos en sus manos. Sir Lancelot se cubrió con su escudo, esquivando el mazazo de un gigante, y de un tajo de su espada le cortó la cabeza. Cuando el otro gigante vio esto huyó como enloquecido, por miedo a los horribles golpes de su espada, y Sir Lancelot corrió tras él, le atacó con toda su fuerza, le

dio un tajo en el hombro y le hundió la espada hasta la mitad de su cuerpo , Sir Lancelot entró después en el vestíbulo del palacio, y acudieron a recibirle setenta damas y damiselas, se arrodillaron todas delante de él, y dieron gracias a Dios y a Sir Lancelot por su liberación.

«—Porqué, señor —dijeron ellas—, casi todas nosotras llevamos aquí siete años prisioneras de los gigantes, obligadas a tejer toda clase de tejidos de seda para ganarnos el sustento, aunque todas somos damas de alta alcurnia, y bendito sea, caballero, el día en que nacisteis, porque habéis realizado la empresa más grande que realizó jamás caballero en el mundo y que nosotras recordaremos, suplicándoos nos digáis vuestro nombre, a fin de que podamos contar a nuestros amigos quién fue el que nos libertó de nuestra prisión.

«—Lindas damiselas —contestó él—, mi nombre es Sir Lancelot del Lago.
«Dicho lo cual, se retiró encomendándolas a Dios. Luego montó a caballo y recorrió en el mismo muchos países desconocidos y salvajes, y cruzó muchos ríos y valles , hospedándose en malos alojamientos. Por último, la Fortuna le deparó a fin de pasar la noche una linda casa de campo, dentro de la cual encontró a una anciana dama, que lo alojó con la mejor voluntad, dándole muy buen acomodo a él y a su caballo. Cuando llegó la hora de acostarse, su anfitriona lo condujo a un lindo altillo encima de la puerta, donde estaba su cama. Una vez allí, Sir Lancelot se quitó las armas y colocó su arnés a mano, se acostó, y luego se quedó dormido. Poco más tarde llegó un hombre solo, a caballo, y llamó a la puerta con grandes prisas, Sir Lancelot se levantó al oírle, miró por la ventana y vio a la luz de la luna que tres caballeros venían a caballo persiguiendo a aquel hombre que iba solo, y los tres se abalanzaron contra él con sus espadas, y el caballero que iba solo les dio la cara y se defendió.

«—Por vida mía —dijo Sir Lancelot—, que he de ayudar a ese caballero que está solo, porque sería para mí una vergüenza el ver cómo tres caballeros atacan a uno, y si lo matasen, yo sería cómplice en su muerte.

«Dicho y hecho, se armó de sus armas y se descolgó, valiéndose de una sábana, por la ventana hasta el lugar en que estaban los cuatro caballeros, y Sir Lancelot les gritó:

«—Caballeros, volveos contra mí y dejad de pelear con ese caballero.

«Al oír esto, los tres caballeros dejaron de atacar a Sir Kay y se volvieron contra Sir Lancelot, empezando en ese momento un gran combate porque los tres echaron pie a tierra y descargaron muchos golpes contra Sir Lancelot, asaltándolo por todas partes. Entonces Sir Kay pidió permiso a Sir Lancelot para ayudarle; pero él le contestó :

«—No quiero en modo alguno vuestra ayuda, porque como soy quien viene a prestaros ayuda , dejadme combatir solo con ellos.

«—Sir Kay, para darle gusto, se resignó a obedecerle, y permaneció apartado. Acto seguido, y en seis golpes, Sir Lancelot los derribó a los tres a tierra.

«—Entonces gritaron los tres:

«—Señor caballero, nos entregaremos a vos porque sois hombre de fuerza sin par.

«—En cuanto a eso—dijo Sir Lancelot—, no aceptaré que os entreguéis a mí , sino que os entreguéis al senescal Sir Kay, y sólo con esa condición os perdonaré la vida, y no de otro modo.

«—Noble caballero —dijeron ellos—, nosotros no queríamos hacer eso, porque es a Sir Kay a quien perseguimos hasta aquí, y lo habríamos vencido de no haberos presentado vos; por consiguiente, no es razón que nos entreguemos a él.

«—Pues entonces —les dijo Sir Lancelot—, pensadlo bien , y elegid si queréis morir o vivir, porque si os rendís ha de ser a Sir Kay.

«—Noble caballero—contestaron ellos— si nos dejáis la vida, haremos lo que vos nos mandéis.

«—Entonces — les dijo Sir Lancelot— presentaos el día de la Pascua de Pentecostés próxima en la Corte del Rey Arturo, y allí os entregaréis a la reina Ginebra, poniéndoos en manos de su generosidad y de su gracia, diciéndole que Sir Kay os envió allí para que fueseis prisioneros de ella.

«Sir Lancelot se levantó a la mañana siguiente muy temprano, y dejó a Sir Kay durmiendo; y Sir Lancelot tomó la armadura de Sir Kay y su escudo y se armó con ellos; luego marchó al establo y sacó su caballo, se despidió de su anfitriona y se marchó. Poco después se despertó Sir Kay y descubrió la ausencia de Sir Lancelot; vió luego que le había dejado su armadura y su caballo.

«—Por vida mía, que ahora veo que él ha de dar un disgusto a algunas personas de la Corte del Rey Arturo; porque los caballeros se ensoberbecerán contra él y lo tomarán por mí, engañados por su exterior, mientras que yo, con su armadura y su escudo, podré cabalgar en paz.

«Poco después se marchó de allí Sir Kay, dando las gracias a su anfitriona».

* * *

En el momento que yo dejaba el libro llamaron a la puerta y entró mi personaje desconocido. Le presenté una pipa y una silla, y le di la bienvenida. Le reconforté también con mi whisky escocés caliente, luego con otro y finalmente con otro, esperando siempre que me contase su historia. Después del cuarto argumento persuasivo se puso a contármela él mismo de una manera espontánea y con toda sencillez y naturalidad.

LA HISTORIA DEL DESCONOCIDO

—Soy norteamericano. Nací y me crié en Hartford, en el Estado de Connecticut, al otro lado mismo del río, en pleno campo. De modo, pues, que soy yanqui por mis cuatro costados, y hombre práctico, si, desprovisto casi por completo de sentimiento, creo yo, o de poesía, dicho con otras palabras. Mi padre era herrero; mi tío, albéitar, y yo empecé siendo las dos cosas. Pero más tarde me dirigí a la gran fábrica de armas, y allí aprendí mi verdadera profesión; aprendí cuanto en ella había que aprender; aprendí todo cuanto se podía aprender a fabricar: fusiles, revólveres, cañones, calderas, máquinas y toda clase de artefactos para economizar trabajo. La verdad es que yo era capaz de fabricar cualquier cosa que una persona pudiera desear, lo que fuese, no importa qué, porque para mí era lo mismo; y si no existía una manera nueva de hacer una cosa, era yo capaz de inventarla y de hacerla tan fácil como dar vueltas a un madero. Llegué a ser superintendente en jefe, y trabajaban a mis órdenes dos mil hombres.

Ni que decir tiene que un hombre de esa clase es, por fuerza, un hombre lleno de agresividad. Con dos mil hombres rudos a mis órdenes, las ocasiones de divertirse peleando era muchas. Yo las tuve, en todo caso. Hasta que encontré mi igual, y me llevé lo mío. La cosa ocurrió en el transcurso de un malentendido que se ventiló con palancas de hierro entre un individuo al que solíamos llamar Hércules y yo. Me tumbó fuera de combate de un martillazo que me cruzó de parte a parte la cabeza con un crujido, en el que pareció que saltaban todas las juntas de mi cráneo como si quisieran montarse sobre sus vecinas. Se

me oscureció todo el mundo, perdí toda sensación y no supe nada más. Al menos durante algún tiempo.

Cuando recobré el conocimiento, me hallaba sentado en la hierba, debajo de un roble, y tenía por delante el panorama de todo un país amplio y bellissimo, y lo tenía casi todo para mi solo. Casi, no por completo; porque había cerca un individuo montado en un caballo, mirándome desde su altura; un individuo que parecía que acababa de salir de un libro de estampas. Vestía de pies a cabeza una armadura de hierro, antigua, y llevaba un yermo de la forma de una cabeza de clavo, con ranuras; llevaba, además, un escudo, una espada y una lanza enorme; también su caballo iba defendido con una armadura; se le proyectaba en de la frente un cuerno de acero y le colgaban a todo su alrededor lujosas gualdrapas de seda roja y verde, lo mismo que un cobertor de cama, hasta muy cerca del suelo.

— Noble señor, ¿queréis justar? —dijo aquel individuo.

— Si quiero ¿qué?

— Si queréis que llevemos a cabo un paso de armas, por unas tierras, por una dama o por...

— Pero ¿con qué me venís ahora? —dije yo—. Volved a vuestro circo, si no queréis que os denuncie.

¿Qué creéis que hizo aquel hombre? Se alejó un par de cientos de yardas, y desde allí avanzó a todo galope contra mí, inclinando su cuñete de clavos casi hasta el cuello del caballo y apuntando bien hacia delante su larga lanza. Vi que el hombre venía en serio, de modo, pues, que para cuando llegó, yo me había encaramado al árbol.

Pretendió entonces que yo le pertenecía, que yo era el esclavo de su lanza. El hombre tenía de su parte sus razones, y casi todas las ventajas, de modo que creí que lo mejor era no llevarle la contraria. Bajé del árbol. Y nos pusimos en marcha, caminando yo al lado de su caballo. Caminamos tranquilamente, cruzando calveros y pasando arroyos que yo no recordaba haber visto antes, cosa que me traía intrigado y haciéndome toda clase de preguntas a mí mismo; y con todo eso no llegábamos a ningún circo ni se observaba señal alguna de que lo hubiese por allí. Abandoné, pues, la idea de que aquel hombre procedía de un circo, y deduje que se había escapado de un manicomio. Pero tampoco llegábamos a ningún manicomio, de modo que yo estaba hecho un lío. Le pregunté a qué distancia estábamos de Hartford. Me dijo que jamás había oído hablar de semejante sitio; esto me pareció a mí mentira, pero no hice hincapié en ello. Al cabo de una hora vimos a lo lejos en el fondo de un valle una población que dormía junto a un río serpenteante, y más allá, sobre una colina, una gran fortaleza gris con torres y torrecillas: era la primera vez que yo veía cosa semejante, fuera de las estampas.

—¿Bridge Port? —dije yo, apuntando.

—Camelot —dijo él.

Mi desconocido venía dando señales de amodorramiento. En uno de sus cabeceos se despertó y, al darse cuenta, dejó ver una de aquellas sonrisas patéticas y anticuadas que le caracterizaban, y dijo:

—Veo que no puedo seguir adelante; pero acompañadme, porque lo tengo todo puesto por escrito y podéis leerlo si gustáis.

Una vez en su habitación me dijo así:

—Al principio llevaba un Diario; después poco a poco, al cabo de algunos años, rehice el Diario, convirtiéndolo en un libro. ¡Cuánto tiempo hace ya de eso!

Me entregó su manuscrito, señalándome el lugar donde yo debía comenzar mi lectura:

—Empezad aquí: lo ocurrido antes ya os lo he contado.

Aquel hombre estaba ya sumido para entonces en una modorra total. Cuando salía yo de la puerta de su cuarto, le oí murmurar como en sueños:

—Acomodaos a vuestro placer, noble señor.

Me senté junto al fuego y examiné mi tesoro. La parte primera del mismo, el cuerpo principal, era de pergamino y estaba amarillento por los años. Eché un vistazo especialmente a una hoja y vi que se trataba de un palimpsesto. Bajo la letra antigua y confusa del historiador yanqui aparecían rastros de otra escritura más antigua y todavía más débil, consistente en palabras y sentencias latinas, que eran evidentemente fragmentos de antiguas leyendas de monjes.

Empecé en el lugar que me había indicado mi desconocido, y leí lo siguiente:

HISTORIA DE LA TIERRA PERDIDA

CAPITULO PRIMERO

CAMELOT

«Camelot, Camelot —me dije a mí mismo—. No creo recordar haber oído antes ese nombre. Quizá sea el del manicomio.»

Me hallaba ante un panorama veraniego, dulce y sosegado, como un ensueño encantador, y tan solitario como el domingo. El aire estaba impregnado de aromas de flores y del gorjeo de los pájaros, y no se veían personas, ni carretas, ni bullir de vida, ni nada en absoluto. El camino consistía principalmente en un sendero serpenteante, con huellas de cascos de animales, y de cuando en cuando débiles señales de ruedas a uno y otro lado, sobre la hierba. Eran huellas de ruedas cuya anchura no era mayor que la de mi mano.

De pronto vino hacia nosotros una preciosa jovencita, de unos diez años, con una catarata de cabellos de oro cayéndole sobre los hombros. Se ceñía la cabeza con un círculo de amapolas de un rojo llameante. Todo ello formaba un conjunto tan agradable como el más agradable que yo he visto. Caminaba con indolencia, con ánimo sosegado, y la paz de su alma se reflejaba en su cara inocente. El hombre del circo no hizo caso alguno de ella. Ni siquiera pareció haberla visto. Ella, por su parte, no manifestó sorpresa alguna ante la fantástica indumentaria de aquel hombre, como si estuviese acostumbrada a ver aquello todos los días de su vida. La muchacha pasaba por nuestro lado con la misma indiferencia que habría pasado junto a dos vacas; pero de pronto me vio a mí, y entonces sí que se advirtió en ella un cambio de expresión. Alzó las manos y se quedó como de piedra; abrió la boca, dejando caer la mandíbula, miró con ojos de asombro y de temor, en una palabra; se convirtió en la representación viva de la curiosidad asombrada y no exenta de temor. Y allí se quedó, mirando atónita, como poseída de una especie de fascinación estupefacta, hasta que nosotros doblamos un recodo del bosque y nos perdimos de vista. Me resultó demasiado fuerte que la muchacha se sobresaltase al verme a mí y no al ver a mi acompañante; aquello no tenía para mí ni pies ni cabeza. También me resultaba otro rompecabezas el que me hubiese considerado a mí como espectáculo digno de verse, sin tener en cuenta sus propios méritos a este respecto; y no lo era menos aquella exhibición de magnanimidad, cosa sorprendente en persona tan joven. En todo aquello tenía yo motivo abundante para pensar. Seguí caminando, lo mismo que si estuviese soñando.

Conforme nos acercábamos a la ciudad empezaron a surgir señales de vida. Cruzábamos de vez en vez por delante de una cabaña miserable, de techo de bálago, rodeada de pequeños

cultivos y de retazos de huerta en mediano estado de explotación. También se veían algunas gentes: hombres muy musculosos, con cabelleras largas, ordinarias, mal peinadas, que les caían sobre la cara y les daban aspecto de animales. Por regla general, hombres y mujeres iban vestidos con ropas de cáñamo que les llegaban hasta muy por debajo de la rodilla; calzaban una especie de burdas sandalias, y muchos de ellos llevaban un collar de hierro. Los niños y niñas pequeños iban todos desnudos, pero nadie parecía reparar en ello. Todas esas gentes se me quedaban mirando fijamente, hablaban acerca de mí, se metían corriendo en sus chozas y sacaban a los miembros de sus familias, que se me quedaban mirando con la boca abierta. Pero a nadie llamaba la atención mi acompañante, salvo para saludarlo humildemente, sin obtener contestación.

Había en la ciudad algunas casas sólidas, de piedra, sin ventanas, entre una gran cantidad de casuchas con el techo de bálago; las calles eran callejuelas retorcidas y sin adoquinado; gran cantidad de perros y de niños desnudos jugaban al sol, dando a la las calles vida y ruido; los cerdos vagabundeaban y hociqueaban por todas partes, muy satisfechos, y en un revolcadero maloliente, en mitad de la calle principal, estaba tumbada una cerda, amamantando a su lechigada.

De pronto se oyó a los lejos un estrépito de música militar, que se fue acercando cada vez más; no tardó en aparecer a la vista una magnífica cabalgata, resplandeciente de yelmos empenachados, llameante de cotas de malla y entre un ondear de estandartes, ricos jubones, gualdrapas y guiones dorados; la cabalgata siguió gallardamente su camino por entre el cieno, los cerdos, los rapaces desnudos, los perros bulliciosos y las chozas desaseadas y nosotros seguimos su huella. Seguimos a la cabalgata por callejuelas serpenteantes, y siempre subiendo, subiendo, hasta que llegamos a la colina oreada por la brisa en que se alzaba el enorme castillo. Tuvo lugar un intercambio de llamadas de trompetas; luego, un parlamento desde las murallas, en las que los hombres de armas, de plaquín y morrión, iban y venían con alabardas al hombro, bajo banderas ondulantes en las que distinguía la ruda imagen de un dragón; después de todo ello se abrieron las grandes puertas de par en par, fue bajando el puente levadizo y la cabeza de la cabalgata avanzó por debajo de los ceñudos arcos; nosotros la seguimos y no tardamos en encontrarnos en una explanada pavimentada, con torres y torrecillas a los cuatro costados, que se alzaban hacia la atmósfera azul; a nuestro alrededor echaban todos pie a tierra y tenía lugar un gran intercambio de saludos y ceremonias de acogimiento, con mucho correr de un lado para otro, y una alegre exhibición de banderas que se movían y se entremezclaban, todo lo cual producía un movimiento alegre, lleno de bullicio y de confusión.

CAPITULO II

LA CORTE DEL REY ARTURO

En cuanto tuve una oportunidad me aparté disimuladamente a un lado, di un golpecito en un hombro a un anciano de aspecto corriente y le dije de un modo insinuante y confidencial:

— Amigo, sed amable conmigo. ¿Perteneceís al manicomio, o acaso os encontraís aquí de visita o algo por el estilo?

El hombre me miró como atontado y me dijo:

— Por la Virgen Santísima, noble señor, que acaso tengo yo...

— No hace falta más —le contesté —; me doy cuenta de que sois un asilado.

Me aparté muy meditabundo, pero sin dejar de estar al mismo tiempo al acecho de cualquier transeúnte que estuviese en su sano juicio y que pudiera darme al pasar alguna ilustración sobre todo aquello. Al rato creí que había encontrado una persona de esa clase; la aparté a un lado y le dije al oído:

- ¿No podría yo ver un instante nada más que un instante, al cabeza y encargado?
- Os ruego que no me obstruyáis.
- ¿Qué me rogáis qué?
- Que no me obstaculicéis, si la palabra os agrada más.

Acto seguido pasó a decirme que él era un segundo cocinero y que no se podía detener a charlar, aunque en cualquier momento le habría agradado, porque sería para él una viva satisfacción la de saber dónde había comprado yo mis vestidos. En el momento de alejarse me señaló a alguien del que me dijo que era un hombre que tenía bastante poco que hacer y podía servirme para el caso, además de que, sin duda alguna, me estaba buscando.

Tratábase de un muchacho airoso y enjuto, con calzones de malla del color de los camarones, lo que hacía que produjese la impresión de una zanahoria con dos bifurcaciones inferiores. El resto de su indumentaria era de seda azul, con lindos encajes y volantes fruncidos. Tenía el cabello en bucles largos y rubios, tocándose la cabeza con un gorro de raso carmesí con plumas, que llevaba ladeado sobre la oreja, muy satisfecho de sí mismo. Era lo bastante bonito como para ponerlo dentro de un marco. Se me acercó, me miró de arriba abajo con curiosidad sonriente y descarada, me dijo que había venido en busca mía y me comunicó que él era un paje.

Seguid vuestro camino —le dije—. Vos no sois sino un signo tipográfico que indica párrafo aparte.

Esta contestación mía era bastante ruda, pero yo estaba muy irritado. Sin embargo, él no se turbó ni pareció sentirse ofendido. Mientras caminábamos, el paje hablaba y se reía, feliz, despreocupado, como un muchacho, y se hizo enseguida grande y viejo amigo mío; me hizo toda clase de preguntas acerca de mi persona y de mis ropas, pero sin esperar una la respuesta; chachareaba sin interrupción, como si ni siquiera se hubiese dado cuenta que había hecho una pregunta y como si tampoco esperase contestación; hasta que en un momento dado se le ocurrió decirme que él había nacido a principios del año 513.

¡Me corrió un escalofrío por todo el cuerpo! Me detuve y le dije, un poco asustado:

— Yo no sé si he entendido bien lo que acabáis de decir. Repetidlo y repetidlo despacito. ¿Qué año me dijisteis?

— Quinientos trece.

— ¡Quinientos trece! ¡De veras que no lo perecéis! Venid acá, muchacho, yo soy un forastero que no tiene ningún amigo; mostraos sincero y honrado conmigo. ¿Estáis en vuestro sano juicio?

Me contestó que sí.

— ¿Está toda esta otra gente en su sano juicio?

Me contestó que sí.

— ¿De modo que no es esto un manicomio? Quiero decir, ¿no es éste un lugar en el curan a las personas dementes?

Me contestó que no.

— Pues, entonces—le dije—, o yo estoy loco o ha ocurrido un cosa terrible. veamos, decidme de verdad y honradamente: ¿dónde estoy yo?

— En la Corte del rey Arturo.

Esperé un minuto, para dar tiempo a que aquella idea se abriese camino, entre escalofríos, hasta mi comprensión, y luego le dije:

— Entonces, según lo que vos sabéis y entendéis, ¿en que año estamos ahora?

— En el día diecinueve de junio del año quinientos veintiocho.

Sentí un doloroso desmayo en el corazón y murmuré:

— Nunca más volveré yo a ver a mis amigos, nunca, nunca más. Mis amigos no nacerán hasta de aquí a mil trescientos años.

No sé por qué razón, pero me pareció que le muchacho decía la verdad. Había dentro de mí un algo que le creía; quizá diríais que ese algo era mi conciencia; pero mi razón no lo creía. Mi razón empezó a protestar ruidosamente, lo cual era natural. Yo no sabía cómo ingeniármelas para satisfacerla, porque sabía que de nada serviría el testimonio de los hombres; mi razón afirmaría que se trataba de locos y rechazaría aquella prueba. Pero de pronto, y de pura suerte, tropecé con lo que necesitaba. Yo sabía que el único eclipse de sol que había ocurrido en la primera mitad de siglo VI tuvo lugar el día 21 de junio, A.D. 528, O.S. , y que empezó tres minutos después de las doce del día. Sabía yo también que en el año en que yo creía vivir no habría un eclipse total de sol , es decir, el año 1879. De modo, pues, que, si yo conseguía evitar la ansiedad y la curiosidad me royesen el corazón acabando con el mismo en cuarenta y ocho horas, descubriría entonces con toda seguridad si lo que este muchacho me decía era verdad o no.

De modo, pues, que como yo soy un hombre muy práctico de Connecticut, aparté por completo de mi mente todo este problema hasta que llegasen el día y la hora señalados, para de este modo dedicar toda mi atención a las circunstancias del momento actual y poder estar alerta y preparado para sacar de ellas el mejor partido que fuese posible. Una sola cosa de cada vez es mi divisa, y jugar las cartas que uno tiene en mano en todo lo que valen, aunque sólo tenga uno dos pares y una sota. Me decidí a realizar dos cosas; si seguíamos estando en el siglo XIX y yo me encontraba entre locos, sin poder escaparme , me haría el amo de aquel manicomio o sabría a qué atenerme; si , por otro lado, vivía realmente en el siglo VI, nada se había perdido, y yo no pedía cosa mejor. Me haría el amo de todo aquel país antes de tres meses; porque yo estaba convencido de que llevaba ventaja de más de mil trescientos años al hombre más culto de todo el reino. Yo no soy hombre que pierde el tiempo una vez que ha tomado una resolución y que tiene tarea a mano; de modo , pues , que le dije al paje:

— Veamos, Clarence, muchacho, si es así como os llamáis; si no tenéis inconveniente, yo querría que me aleccionaseis un poco. ¿Cómo se llama ese fantasmón que me trajo hasta aquí?

— ¿Os referís a mi señor y al vuestro? Es el buen caballero y gran Lord Sir Kay, el senescal, hermano de leche de nuestro soberano el rey.

— Perfectamente, seguid explicándomelo todo.

El paje habló largo y tendido; pero lo que para mí ofrecía interés inmediato era esto: me dijo que yo era prisionero de Sir Kay y que, de acuerdo con la costumbre y a su debido tiempo, sería arrojado a una mazmorra y abandonado allí con escasos víveres hasta que mis amigos me rescatasen, si antes yo no me pudría. Me di cuenta de que era esta última posibilidad la que tenía mayores probabilidades, pero el tiempo era precioso y no lo perdí en preocupaciones de esa clase. Me dijo, además, el paje, que para entonces ya debían de estar acabando de comer en el gran salón, y que en cuanto empezase el trato social y el mucho beber, Sir Kay me llevaría allí para exhibirme ante el rey Arturo y los ilustres caballeros suyos que se sentaban en la Mesa Redonda; que se jactaría de la hazaña que

había hecho apresándome y que quizá exagerase un poco los hechos, aunque no estaría bien que yo le rectificase, y que tampoco podría hacerlo sin demasiado peligro; que cuando se acabase mi exhibición, me conducirían a la mazmorra, pero que él, Clarence, hallaría el modo de ir a visitarme de cuando en cuando, para alegrarme y para ayudarme a enviar aviso de mi situación a mis amigos.

¡Enviar aviso de mi situación a mis amigos! Le di las gracias; era lo menos que podía hacer, para entonces llegó un lacayo diciendo que era requerida su presencia. Clarence, entonces, me condujo al interior del salón, me apartó a un lado y se sentó junto a mí.

El espectáculo era realmente curioso e interesante. El salón era inmenso y bastante desnudo, sí, y lleno de contrastes chinos. Era alto, altísimo; tan alto, que las banderas que colgaban de las viguetas flotaban como en una especie de penumbra; en cada uno de los extremos del salón había una galería con balaustrada de piedra, a una altura grande; en una de esas galerías estaban los músicos, y en la otra, las mujeres ataviadas de colores despanpanantes. El piso era de grandes losas de piedra, en cuadros blancos y negros, y estaban regularmente estropeadas por el tiempo y el uso, haciéndoles mucha falta un arreglo. En cuanto a adornos, hablando estrictamente, no había ninguno, aunque colgaban de las paredes algunos grandes tapices calificados probablemente de obras de arte; en realidad, eran cuadros de batallas, en los que se veían caballos que tenían la misma forma de los que los niños recortan en papel o moldean con pan de jengibre, y sobre los caballos unos hombres con armaduras de láminas de hierro que estaban representadas por agujeros redondos, de modo, pues que las cotas de los hombres parecían haber sido hechas con un pincho de galletas. El hogar de la chimenea era tan grande que se podía acampar en él; sus costados salientes y la caperuza, construidos en piedra tallada y sostenidos por pilares, tenían la apariencia de una puerta de catedral. A lo largo de las paredes se alineaban en pie hombres de armas, con sus corazas y morriones y con alabardas como única arma, permanecían rígidos como estatuas; y estatuas parecían, en efecto.

En el centro de aquella plaza pública, abovedada y con lunetas, había una mesa de roble a la que llamaban la Mesa Redonda. Era tan espaciosa como el círculo de la pista de un circo; a su alrededor sentábase un concurso de hombres ataviados con colores tan diversos y relumbrantes que lastimaban la vista del que los contemplaba. Todos ellos lucían sus sombreros con plumas, salvo que cuando uno dirigía la palabra al rey, alzaba un poco el sombrero en el instante de ir a empezar su observación.

Bebían principalmente de cuernos enteros de buey; pero había algunos que aún estaban masticando pan y mondando huesos de vacuno. Los perros formaban un término medio de dos por cada hombre; permanecían en actitudes expectantes hasta que les tiraban un hueso ya mondo, y entonces se abalanzaban sobre el mismo por brigadas y por divisiones, y se producía una lucha que llenaba el panorama de un caos tumultuoso de cabezas y cuerpos en zambullida y de colas que saltaban como un relámpago; la tormenta de ladridos y gruñidos apagaba pro el momento todas las conversaciones, pero eso no tenía importancia, porque la lucha de perros interesaba siempre muchísimo; a veces los comensales se levantaban para observarla mejor y hacían apuestas, y las damas y los músicos echaban el cuerpo fuera de sus balaustradas con idéntico objeto; y todo ello arrancaba de cuando en cuando exclamaciones de satisfacción. Al final, el perro ganador se tumbaba cómodamente con el hueso entre las garras y seguía gruñendo por encima del mismo, hincándole el diente y ensuciando el suelo de grasa, tal y como lo estaban haciendo

ya otros cincuenta perros; entonces el resto de la corte reanudaba sus anteriores ocupaciones y entretenimientos.

Por regla general, la conversación y el porte de esta gente era galante y cortés; me fijé en que sabían escuchar bien y con gravedad siempre que alguien decía algo, es decir, en el intervalo entre las peleas de los perros. Era también evidente que formaban un grupo de gentes infantiles e inocentes: relataban mentiras de tipo grandioso con la ingenuidad más simpática y atrayente, dispuestos a escuchar de buen grado las mentiras de los demás y también a prestarles fe. Resultaba difícil asociar a aquellos hombres con nada que fuese cruel o terrible, y, sin embargo, sus relatos eran principalmente de sangre y de dolor, hechos con una satisfacción inocente que casi me hizo olvidarme de los escalofríos.

No era yo el único cautivo allí presente. Había otros veinte o más. Eran pobres diablos, muchos de ellos mutilados, acuchillados y con tajos terribles de ver; sus cabellos, sus caras, sus ropas, estaban empapados con grumos negros y rígidos de sangre. Como es natural, sufrían terribles dolores físicos; y también, sin género de duda, estaban cansados, hambrientos y sedientos; nadie les había proporcionado el alivio de poder lavarse, ni siquiera la pobre caridad de lavar sus heridas; sin embargo, no se les oyó un gemido ni un lamento, ni nadie advirtió en ellos signos de desasosiego ni tendencia alguna a quejarse. Yo no pude menos de pensar: «Estos canallas no trataron mejor a los demás cuando se les presentó la ocasión; al cambiarse ahora las tornas, ellos no esperaban trato mejor que éste; de modo que lo filosófico de su conducta no es resultado de ningún entrenamiento mental, ni de energía intelectual, ni obra del razonamiento; es simplemente un entrenamiento animal; éstos son indios blancos.»

CAPITULO III

CABALLEROS DE LA MESA REDONDA

La conversación en la Mesa Redonda estaba constituida principalmente de monólogos, de relatos de las aventuras que habían hecho aquellos cautivos y de los amigos y defensores de los mismos a quienes habían muerto y despojado de sus caballos y de sus armaduras. Por lo que yo pude deducir como regla general, aquellas aventuras asesinas no eran correrías emprendidas para vengar ofensas ni para liquidar viejas disputas o súbitas enemistades, no; por lo general se trataba de simples duelos entre desconocidos, duelos entre personas que nunca habían sido presentadas mutuamente, y entre las que no existía motivo alguno de ofensa. Yo había visto muchas veces a dos muchachos, desconocidos, que se tropezaban por casualidad y que se decían simultáneamente: «Yo te puedo», y se liaban en el acto a bofetadas; pero siempre me imaginé, hasta ahora, que aquello era únicamente cosa de chicos, y que llevaba el sello y la marca de la niñez; sin embargo, allí estaban aquellos papanatas grandullones muy apegados a la misma costumbre y muy orgullosos de ella, después de haber llegado a la mayoría de edad y mucha más allá. Sin embargo, había en estos hombrachones de corazón sencillo algo que atraía, algo que despertaba la simpatía y el amor. Se habría dicho que en todo aquel cuarto de crianza no había, como si dijéramos, cerebro suficiente para poner de cebo en un anzuelo de pescar; pero, al cabo de un rato, parece como si ese detalle no os importara mucho, porque pronto se advertía que, en una sociedad como aquella, tenía poca utilidad el cerebro; más bien le habría echado a perder, habría servido de estorbo, habría destruido su simetría, quizá, incluso, habría hecho imposible su existencia.

Advertíase en casi todos los rostros una magnífica hombría, y en algunos cierta elevación y dulzura que rechazaba toda crítica empedernecedora y la acallaba. En el rostro del caballero a quien llamaba Sir Galahad advertíase una bondad y una pureza nobilísimas, lo mismo que en el rostro del rey, y había majestuosidad y grandeza en el armazón gigantesco y porte altivo de Sir Lancelot del Lago.

Se produjo un incidente que hizo de Sir Lancelot el centro del interés general. A una señal dada por una especie de maestro de ceremonias, seis u ocho de los cautivos se alzaron y avanzaron en grupo, arrodillándose en el suelo y alzando las manos hacia la galería de las damas, en súplica de que se les otorgase la gracia de hablar unas palabras con la reina. La dama, que parecía más destacada en aquel florido macizo de belleza y elegancia femeninas, inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y entonces el portavoz de los cautivos hizo entrega de sí mismo y de sus compañeros, en manos de la reina para que los perdonase; los entregase a rescate, al cautiverio o a la muerte, de acuerdo con su buen capricho; y dijo que hacía esto por mandato de Sir Kay, el senescal, de quien eran prisioneros, porque los había vencido en dura lucha en campo abierto por la sola fuerza de su brazo y de su ánimo.

La sorpresa y el asombro corrieron de cara en cara por toda la concurrencia; al oír el nombre de Sir Kay desapareció del rostro de la reina la sonrisa de satisfacción y pareció defraudada; el paje me cuchicheó al oído con un acento y unas maneras que denotaban burla extravagante:

—¡Sir Kay, desde luego! ¡Por favor, llamadme con nombres cariñosos, corazón mio; llamadme tonto!; Ni de aquí a dos mil años será capaz el entendimiento humano de idear otra mentira mayéstica que se le iguale a ésta!

Todos los ojos se hallaban clavados con expresión severamente interrogadora en Sir Kay. Pero éste se mostró a la altura del momento. Se levantó, movió su mano, lo mismo que el alumno primero de una clase, y puso en juego todas las habilidades. Aseguró que iba a exponer los hechos de completo acuerdo a como tuvieron lugar; relataría sencilla y verazmente su historia, sin agregarle comentarios. «Si después de contada —dijo— halláis que redundante en gloria y honor mío, esa gloria y ese honor se lo rendiréis al hombre de brazo más esforzado que empuñó jamás escudo o repartió mandobles con su espada en las filas de los ejércitos cristianos. ¡a ese hombre que está sentado ahí!» y señaló a Sir Lancelot. ¡Ah, y cómo se adueñó de todos! Fue éste un golpe maestro. Pasó a continuación a relatar cómo Sir Lancelot, caminando en busca de aventuras poco tiempo atrás, había matado a siete gigantes de un solo tajo de su espada y había libertado a ciento cuarenta y dos doncellas cautivas. Y después de esto, siguió en busca de aventuras y tropezó con él — con Sir Kay—, enzarzado en lucha desesperada contra nueve caballeros extranjeros; Sir Lancelot tomó en el acto el combate en sus manos únicamente y venció a los nueve; y aquella noche Sir Lancelot se levantó calladamente, se vistió con la armadura de Sir Kay, tomó el caballo de Sir Kay y se trasladó a tierras lejanas, donde venció a diecisiete caballeros en una batalla campal y a otros treinta y cuatro en otra batalla. A todos éstos y a los anteriores nueve les había hecho jurar que acudirían para la Pascua de Pentecostés a la Corte de Arturo y se entregarían en manos de la reina Ginebra como cautivos de Sir Kay. el senescal, y como trofeo de sus hazañas caballerescas; y allí estaba esa media docena, porque los demás se presentarían en cuanto se hallasen curados de sus gravísimas heridas. ¡Espectáculo conmovedor el ver a la reina sonrojarse y sonreír y dar muestras de embarazo y de felicidad, lanzando a Sir Lancelot miradas furtivas que en Arkansas le habrían valido que lo matasen a tiros con absoluta seguridad!

Todo el mundo elogió el valor y la magnanimidad de sir Lancelot, yo, por mi parte, me quedé completamente atónito de que un hombre solo hubiese sido capaz de vencer y capturar a todos estos batallones de veteranos luchadores. Se lo dije a Clarence; pero esta cabecita burlona se limitó a decir:

—Si le hubiesen dado tiempo a Sir Kay de echarse al colete otro pellejo de vino áspero, habrías visto cómo duplicaba el número.

Miré dolorido al muchacho; entonces pude observar en su cara una nube de profundo abatimiento. Seguí la dirección de sus miradas y vi que se había levantado un hombre muy viejo, de barba blanca, ataviado con una flotante túnica negra, y que se hallaba de pie junto a la mesa, sosteniéndose con piernas inseguras y balanceando débilmente su anciana cabeza, mientras examinaba con sus ojos lagrimeantes y de mirada sin fijeza a la concurrencia. En todas las caras se pudo observar la misma expresión de fastidio que yo había observado en la cara del paje, la expresión de seres mudos que saben que no tienen más remedio que sufrir sin dejar escapar gemido alguno.

—¡Por Santa María!—suspiró el muchacho—, Otra vez vamos a tener que oírle el mismo relato fatigoso que ya nos ha contado mil veces con idénticas palabras, y que nos seguirá contando hasta que se muera, todas las veces que tiene el barril lleno y que está en marcha su molino de exageraciones. ¡Ojalá Dios que yo me hubiese muerto o que lo hubiese visto morir a él!

—¿Quién es ese personaje?

— Es Merlín, el gran embustero y mago, que ojalá se queme en el infierno por todo lo que nos ha aburrido con el único relato que sabe. Si los hombres no le temiesen porque a su llamamiento acuden las tormentas, los rayos y todos los demonios que hay en el infierno, ya le habrían abierto las entrañas hace muchos años para llegar hasta donde tiene ese relato y arrancárselo. Lo cuenta siempre en tercera persona, a fin de hacer creer que él es demasiado modesto para glorificarse a sí mismo. ¡Caigan sobre él las maldiciones, y sea su suerte la desgracia! Buen amigo, despertadme, por favor, para el toque de vísperas. El muchacho se acomodó sobre mi hombro y fingió dormirse. El viejo empezó su relato; poco después el mocito se hallaba realmente dormido, y también dormían los perros, la corte, los lacayos y la hilera de hombres de armas. La voz canturreante seguía canturreando; se alzó de todas partes un suave ronquido, que le sirvió de fondo, como si fuese un acompañamiento profundo y lejano de instrumentos de viento. Algunos tenían las cabezas inclinadas sobre los brazos cruzados, otros estaban arrellanados de espaldas y sus bocas abiertas dejaban escapar una música inconsciente; las moscas zumbaban y picaban, sin que nadie las molestase; las ratas salían en tropel de un centenar de agujeros, corrían de un lado y otro y se encontraban en todas partes como en su casa; una de ellas se sentó lo mismo que una ardilla sobre la cabeza del rey, sostuvo en sus manos un trozo de queso, lo mordisqueó y fue vertiendo las migajas sobre la cabeza del soberano con irreverencia ingenua y descarada. Era una escena tranquila y descansada para los ojos fatigados y los espíritus abrumados.

He aquí la historia del viejo. Dijo así:

—Inmediatamente marcharon el rey y Merlín y fueron hasta donde vivía un ermitaño que era hombre bueno y un gran curandero. El ermitaño examinó todas sus heridas y le proporcionó bálsamos eficaces. El rey estuvo allí tres días, al cabo de los cuales sus heridas estaban tan curadas que pudo cabalgar y se despidieron. Y mientras cabalgaban dijo Arturo: «No llevo espada.» «No importa—dijo Merlín—, aquí cerca hay una espada que será vuestra si yo puedo». Cabalgaron, pues, hasta llegar a un lago de aguas tranquilas y muy

espacioso, y en el centro del lago vio Arturo un brazo de tela de seda blanca, que sostenía en la mano una hermosa espada. «He ahí—dijo Merlín—, la espada de que yo os hablé » Al decir esto vieron a una damisela que avanzaba por el lago. «¿Qué damisela es ésta?», dijo Arturo. «Esa es la dama del lago—dijo Merlín—; y dentro de ese lago hay una roca, y en su interior está el lugar más bello del mundo y más rico que puede verse, y esta dama se acercará luego a vos; habladle entonces con galantería para que ella os entregue aquella espada.» Y luego vino la dama cerca de Arturo, y le saludó, y él le devolvió el saludo. «Señora—dijo Arturo—:¿qué espada es esa que sostiene el brazo aquél por encima del agua? ¡Ojalá fuese mía, porque no tengo espada!»«Sir Arturo, el rey —dijo la dama—; esa espada es mía y la tendréis si me prometéis hacerme un don cuando yo os lo pida.» «Por mi fe—dijo Arturo—, yo os otorgaré el don que me pidáis.» «Pues bien—dijo la dama—: marchad hasta aquella lancha que hay allí y remad vos mismo hasta la espada y apoderaos de ella y de su vaina: cuando llegue la hora yo os pediré el don que me habéis prometido.» Entonces Sir Arturo y Merlín echaron pie a tierra, ataron sus caballos a dos árboles, se embarcaron y cuando llegaron a la espada que la mano sostenía, Sir Arturo la agarró por la empuñadura y se quedó con ella. El brazo y la mano se sumergieron en las aguas, y Sir Arturo y Merlín desembarcaron y cabalgaron en sus caballos. Cabalgaban cuando Sir Arturo vio un rico palacio. «¿Qué significa aquel palacio que hay allí?» «Es el pabellón—dijo Merlín— del caballero con el que últimamente peleasteis, de Sir Pellinore, pero él está fuera, no está en el palacio; él tenía una cuestión con un caballero vuestro, el alto Egglame, y los dos se trabaron en combate; pero finalmente, Egglame huyó, porque de otro modo habría resultado muerto, y su adversario lo persiguió hasta Carlion, y nosotros lo encontraremos luego en el camino.» «Eso está bien dicho—dijo Arturo—, ahora que yo tengo una espada, porque trabaré batalla con él y me vengaré. » «Señor—dijo Merlín—, no haréis eso, porque ese caballero está cansado de pelear y perseguir a su enemigo, de manera que vos no ganaréis ningún honor peleando con él; además, que no hay caballero viviente que pueda medirse con él a la ligera; y , por tanto yo os aconsejo que lo dejéis pasar, porque no tardará mucho tiempo sin que él os rinda buenos servicios, y los hijos suyos , cuando él muera. Y también descubriréis de aquí a poco tiempo que vos le daréis muy gustoso vuestra hermana por esposa.» «Obraré como me aconsejáis cuando yo lo encuentre.» dijo Arturo. Entonces Sir Arturo examinó su espada, y la encontró muy del gusto suyo. «¿Qué os gusta más —le dijo Merlín—: la espada o la vaina?» «A mi me gusta más la espada» «Pues cometéis un error—dijo Merlín—, porque la vaina vale por diez espadas; porque mientras llevéis encima la vaina no os desanjaréis, por muy graves que sean vuestras heridas; por consiguiente, tened buen cuidado de llevar siempre encima la vaina». Y siguieron cabalgando hasta entrar en Carlion, y por el camino curzaronse con Sir Pellinore; pero Merlín se sirvió de un artificio para que Pellinore no viese a Arturo; de modo que no hubo palabras entre ellos. «Me asombra—dijo Arturo— que ese caballero no haya hablado» «Señor—dijo Merlín—, él no os ha visto; porque si os hubiese visto no habrías salido del paso tan ligeramente.» Llegaron, pues, hasta Carlion, donde los caballeros de Sir Arturo se estaban dando buena vida. Cuando se enteraron de sus aventuras, mostraronse maravillados de que él arriesgase de esa manera su vida, yendo solo de un lado para otro. Pero todos los hombres nobles dijeron que se alegraban de servir bajo un jefe que era capaz de arriesgar su persona en aventuras, lo mismo que los demás caballeros pobres.

CAPITULO IV

SIR DINADAN, EL HUMORISTA

A mí me pareció que aquella curiosa mentira había sido contada con la máxima sencillez y belleza; pero yo la había escuchado por vez primera, y eso hace variar mucho la cosa; sin duda alguna que también los demás la encontraron agradable cuando constituía una novedad.

El primero en despertar fue Sir Dinadan, el humorista, y no tardó en despertar también a los demás con una broma de bastante pobre calidad. Ató algunos jarros de metal a la cola de un perro y luego lo soltó; el perro corrió desesperadamente por toda la sala en un arrebato de espanto, y todos los otros perros lo persiguieron entre ladridos; chocaban y se estrellaban contra todo lo que encontraban en su camino, formando, en fin de cuentas, un caos de confusión y un estrépito y torbellino ensordecedores. Al ver aquello, cuantos hombres y mujeres había entre la multitud se rieron hasta llorar, y hubo algunos que se cayeron de sus sillas y se revolcaron en el suelo presas de un acceso de regocijo. Parecían otros tantos niños. Sir Dinadan se mostró tan orgulloso de su hazaña que no pudo pasar sin relatar una y otra vez hasta cansarse cómo se le había ocurrido aquella idea inmortal; y, al igual que suelen hacer los humoristas de su calaña, seguía todavía riéndose cuando ya todo el mundo había cesado en sus risas. Aquello lo afianzó de tal manera, que acabó pronunciando un discurso, un discurso humorístico, desde luego. Creo que no he oído en mi vida un rosario musical de tantos chistes manidos. Era peor que los actores que imitan a los negros, peor que un payaso de circo. Resulta especialmente triste el estar allí sentado, mil trescientos años antes de haber nacido, teniendo que volver a oír chistes pobres, sin gracia y apolillados, que mil trescientos años después, cuando yo era un muchacho, me habían dado ya retortijones de tripas. Aquello me convenció de que no hay posibilidad de hacer un chiste nuevo. Todo el mundo se reía de aquellas antiguallas, y todo el mundo se ríe siempre que las oye; yo me había fijado en ese fenómeno, muchos siglos después. Sin embargo, el burlón no se rió, quiero decir el muchacho. No, el muchacho se burló; el muchacho se burlaba de todo. Dijo que la mayor parte de los chistes de Sir Dinadan estaban apolillados, y los que no estaban apolillados estaban petrificados. Yo le dije que lo de petrificados era un acierto, porque yo mismo creía que la única manera inteligente de clasificar las magníficas edades de algunos de aquellos chistes era el clasificarlos por períodos geológicos. Pero esta idea tan clara dio al muchacho en punto muerto, porque todavía no estaba descubierta la ciencia geológica. Sin embargo, yo tomé nota de aquella observación, resuelto a que sirviese de educación a la comunidad, si lograba salir con bien del paso. No se gana nada con arrojar una buena idea simplemente porque el mercado no se halla todavía maduro para la misma.

A continuación se levantó Sir Kay, y empezó a levantar presión en su molino histórico, empleándome a mí como combustible. Había llegado el momento de que yo me sintiese serio, y así lo hice. Sir Kay refirió cómo había tropezado conmigo en un país lejanísimo de gentes bárbaras, en el que todos llevaban el mismo ridículo atavío que yo; un atavío que era obra de encantadores, siendo su finalidad el poner a quien lo llevaba a salvo de ser herido por manos humanas. Sin embargo, él había desbaratado la fuerza del encanto mediante un plegaría, había matado en tres horas de combate a mis trece caballeros y me había hecho prisionero, perdonándome la vida a fin de que una curiosidad tan extraña como yo pudiera ser exhibida al asombro y a la admiración del rey y de la Corte. Habló siempre de mí con la mayor magnanimidad llamándome «Este gigante prodigioso», y «Este horrible monstruo

que se alzaba hasta los cielos» y «Este ogro con garras y colmillos, devorador de hombres», y todo el mundo se tragó aquellas paparruchas de la manera más ingenua, sin una sola sonrisa y sin que pareciese existir ninguna discrepancia entre tan adulteradas estadísticas y mi persona. Contó que, al intentar escaparme, me había yo encaramado de un solo salto a la copa de un árbol de doscientos codos de altura, pero que él me desalojó de allí lanzándome un piedra del tamaño de una vaca, con la que me destrozó la mayor parte de los huesos, y luego me hizo jurar que comparecería ante la Corte de Arturo para ser sentenciado. Acabó su relato condenándome a morir a las doce del día veintiuno, y tan poca importancia dio a la cosa que antes de señalar la fecha se detuvo para bostezar.

Yo estaba para entonces muy abatido; tanto lo estaba, que no tuve serenidad bastante para seguir a disputa que surgió acerca de la mejor manera que habría para matarme, porque no faltaban algunos que ponían en duda la posibilidad de que yo pudiera morir, debido al embrujo que tenían mis vestidos. La verdad es que éstos eran un traje corriente de confección de los que se venden por quince dólares. Sin embargo, sí tuve claridad mental suficiente para fijarme en un detalle, a saber: que muchas de las frases que se empleaban como cosa corriente en aquella magna asamblea de damas y caballeros más distinguidos del reino, habrían hecho ruborizarse a un comanche. La palabra indelicadeza resultaba suave como calificativo de aquella manera de hablar. Sin embargo, yo había leído los libros de Tom Jones y el Roderick Random y otros libros del mismo género, y por ellos sabía que las damas y caballeros más encumbrados y distinguidos de Inglaterra seguían siendo tan poco limpios en su manera de hablar y en la moral y conducta que esa manera de hablar supone, hace no más de cien años; para decirlo con más exactitud, hasta nuestro mismo siglo XIX; siglo en el cual, hablando en términos amplios, pueden descubrirse los primeros ejemplares que la historia inglesa nos ofrece de auténticas damas y auténticos caballeros—y podemos extender la afirmación a la historia de Europa—. Imaginémosnos que en lugar de haber sido Sir Walter el que puso los diálogos en boca de sus personajes, hubiese dejado que éstos hablasen por sí mismos. Habríamos tenido en ese caso unas conversaciones entre Rebeca e Ivanhoe y la dulce Rowena que habrían sacado los colores a la cara a un vagabundo de nuestro tiempo. Sin embargo, para quien es inconscientemente grosero todas las cosas resultan delicadas. Los súbditos del rey Arturo no tenían conciencia de su indecente lenguaje, y yo tuve la presencia de ánimo suficiente para no echárselo en cara.

Tan turbados los traían mis ropas encantadas que cuando el viejo Merlín les solucionó la dificultad surgiéndoles una idea de sentido común, se sintieron profundamente aliviados. Merlín les dijo que cómo eran tan torpes, que cómo no se les había ocurrido la idea de desnudarme. ¡Medio minuto después estaba yo tan desnudo como un par de tenazas.! Pero, válgame Dios, válgame Dios! ¡Pensar que era yo allí la única persona que sentía rubores! Todos me discutían entre sí; y hablaban de mi cuerpo con la misma despreocupación que si estuvieses hablando de un repollo. La reina Ginebra se hallaba tan ingenuamente interesada como los demás, y dijo que nunca había visto nadie que tuviese una piernas como las mías. Este fue el único cumplido que merecí, suponiendo que fuese un cumplido.

Por último, me llevaron a mí por un lado y se llevaron mis ropas por otro. A mí me tiraron dentro de una celda oscura y estrecha de una mazmorra, dejándome allí con unos escasos desperdicios para comida, un brazada de paja mohosa para cama y un sinfín de ratas como acompañantes.

CAPITULO V

UNA IDEA INSPIRADA

Tan cansado estaba yo que ni siquiera mis miedos fueron capaces de tenerme despierto mucho rato.

Cuando más tarde desperté, me pareció haber dormido durante muchísimo tiempo. Mi primer pensamiento fue este: «¡Qué pesadilla tan asombrosa he tenido!» Confieso que me he despertado con el tiempo preciso para que no me ahorcasen, ahogasen, quemasen o cosa por el estilo: volveré a amodorrarme hasta que suene la sirena de la fábrica de armas y entonces iré allí a liquidar mi cuestión con Hércules.

¡Y en ese momento llega a mis oídos la áspera música de cadenas y cerrojos roñosos, me da en los ojos una luz y se presenta ante mí aquella mariposa de Clarence! Me quedé boquiabierto de sorpresa, y por un poco me quedo sin respiración.

—¿Cómo es eso? ¿Vos aquí? —le dije—. ¡Largaos con todo el resto de la pesadilla!

¡Ahuecad!

Pero él no hizo otra cosa que reírse con su acostumbrada despreocupación, y echar a broma el aprieto en que me hallaba.

—Perfectamente—dije con resignación—, pues entonces sigamos soñando; no tengo prisa.

—Por favor ¿de qué sueño habláis?

—¡De qué sueño! ¡De cuál ha de ser! Del sueño ese de que yo estoy en la Corte del rey Arturo, que es un personaje que jamás existió; y de que estoy hablándoos a vos, que sois únicamente un producto de la imaginación.

—¡Vaya pues! ¿De modo que es tan sólo un sueño el que vos vais a ser quemado mañana? ¡Ajajá! Contestadme a eso.

Semejante respuesta fue para todo mi ser un golpe terriblemente doloroso. Empecé entonces a razonar, diciéndome que mi situación era peligrosa en último grado, se tratase de un sueño o de una realidad; mi experiencia propia de la intensidad de los sueños parecidos a la vida misma, me enseñaba que al morir quemado, aunque fuese en sueños, estaría muy lejos de ser cosa de broma, y que había que evitarlo recurriendo a cualquier medio, justo o injusto, que yo pudiese poner en práctica. En vista de lo cual le dije, en tono de súplica:

—Clarence, querido muchacho, único amigo que yo tengo; porque vos sois amigo mío, ¿verdad? ¡No me abandonéis! ¡Ayudadme a idear algún medio de huir de este sitio!

—¡Qué cosa estáis diciendo! ¿Huir? ¡Pero, hombre, si los corredores están guardados y vigilados por hombres de armas!

—No lo dudo, no lo dudo. Pero ¿cuántos son, Clarence? No serán muchos. ¿verdad?

—Mas de veinte. No puede haber esperanza de huída.

Luego agregé, titubeando, después de una pausa:

—Además hay otras razones... de más peso.

—¿Otras razones? ¿Cuáles son?

—Es que dicen... ¡Pero yo no me atrevo, de verdad que no me atrevo!

—Veamos, pobre muchacho; ¿qué ocurre? ¿Por qué os habéis puesto lívido? ¿Por qué tembláis de ese modo?

—¡De verdad que tengo motivos! Yo quisiera decíroslo, pero...

— ¡Ea, ea, sed valiente; sed todo un hombre; hablad mi buen muchacho!

—Clarence titubeó, arrastrado de un parte por el deseo y de otra por el miedo; luego se acercó furtivamente a la puerta y atisbó por ella, escuchando; por último, se acercó mucho a

mí, aplicó su boca a mi oído y me transmitió, en un cuchicheo, su terrible noticia, haciéndolo con el recelo acobardado de alguien que se arriesga en un terreno espantoso y que habla de cosas cuya simple mención es como para matar de susto a cualquiera.

—Ese endiablado Merlín ha tejido un encantamiento alrededor de esta mazmorra, y no hay hombre en estos reinos tan audaz como para intentar cruzar sus líneas en vuestra compañía. ¡Y que Dios se apiade de mí por habérselo dicho! ¡Por Dios os lo pido sed bueno, sed misericordioso con un pobre muchacho que os quiere bien, porque, si me traicionáis, estoy perdido!

Largué la única carcajada verdaderamente consoladora que se me había escapado en bastante tiempo; y grité:

—¡Qué Merlín ha tejido un encantamiento! ¡Bravo por Merlín! ¡Este viejo farsante, este viejo asno gruñón! Todo eso es pura palabrería, la más idiota palabrería del mundo. ¡Pues bien; yo creo que de todas las supersticiones infantiles, idiotas, estúpidas y mentecatas que jamás hubo...! ¡Vaya con el condenado Merlín!

Pero antes de que yo acabase de hablar. Clarence se había dejado caer de rodillas, y me hacía temer que se volviese loco del susto.

—¡Oh, tened cuidado! ¡Esto que decís es una cosa horrenda! Si pronunciáis tales palabras pueden venírseos encima estos muros de un momento a otro. ¡Por favor, retirad lo que habéis dicho, antes que sea demasiado tarde!

Pues bien: tan curioso espectáculo de miedo me sugirió una buen idea y me hizo meditar. Si todas estas gentes sentían un miedo tan sincero y tan auténtico como el que sentía Clarence de la pretendida fuerza mágica de Merlín, un hombre que le era tan superior como yo, tenía por fuerza que ser capaz de idear algún proyecto para aprovechar semejante esta de cosas. Medité y medité, elaborando por fin un proyecto, y entonces le dije:

—Levantaos. Recobrad los ánimos: mirame a los ojos. ¿Sabéis por qué me he reído?

—No; pero yo os suplico por la Santísima Virgen que no lo volváis a hacer.

—Pues bien: voy a deciros por qué me he reído. Me he reído porque yo también soy un mago.

—¡Vos!

El muchacho dio un paso atrás, contuvo la respiración, porque el golpe había sido demasiado súbito; sin embargo, luego pareció tomar aquello con muestras de grande, de grandísimo respeto. Yo tomé nota de esa actitud; ella me indicaba que un farsante no necesitaba en aquel manicomio tener una reputación previa; las gentes se hallaban dispuestas a creerle bajo su propia palabra. Proseguí, pues:

—Yo conozco a Merlín desde hace setecientos años, y él...

—Setecientos a...

—No me interrumpáis: Merlín ha muerto y vuelto a la vida otra vez trece veces, y ha viajado cada vez bajo distinto nombre: Smith, Jones, Robinson, Jackson, Peters, Haskings, Merlín... A cada resurrección, un nuevo alias. Lo conocí en Egipto hace trescientos años; me lo encontré en la India hace quinientos años, a cuantas partes voy se me atraviesa en mi camino diciendo tonterías; y ya me está cansando. Como mago no vale un pimiento; conoce algunos de los trucos viejos, pero jamás pasó ni pasará de los rudimentos. Puede pasar en provincias, una sola función y a otra cosa, como sabéis; pero, vive Dios, que no se le puede presentar como a un verdadero especialista; por lo menos, donde hay un auténtico artista en la materia. Pues bien, Clarence: yo voy a portarme para siempre como gran amigo vuestro y, en justa correspondencia, vos debéis serlo mío. Necesito que me hagáis un favor, necesito que hagáis llegar hasta el rey la noticia de que también yo soy un mago, que soy

precisamente el Supremo Gran Alto Muchkamuck y cabeza de la tribu de los magos; y quiero que él sepa que yo estoy preparando tranquilamente en mi encierro una pequeña calamidad que hará que las aves de rapiña tengan pasto en estos reinos si se lleva a cabo el proyecto de sir Kay y me ocurre a mí algún daño. ¿Queréis hacer llegar esto hasta el rey, a favor mío?

Era tal el estado en que se encontraba el pobre muchacho que a duras penas pudo contestarme. Resultaba doloroso el ver a una persona tan aterrorizada, tan desmoralizada, tan sin ánimos. Pero me lo prometió todo; y, en cambio, me hizo prometer una y otra vez que yo seguiría siendo amigo suyo y que jamás me volvería contra él ni lo haría víctima de ningún encantamiento. Acto continuo salió de allí, buscando apoyo con las manos en la pared, igual que si estuviese mareado.

¡De pronto me ocurrió este pensamiento: qué poca cabeza he tenido! Cuando el muchacho se tranquilice, se dirá a sí mismo: qué clase de gran mago soy yo que necesita suplicar a un muchacho como él que le ayude a salir de este lugar; luego atará cabos, y comprenderá que soy un mamarracho.

Durante un hora estuve pensando, lleno de intranquilidad, en aquella torpeza que había cometido; me apliqué muchos calificativos de lo más duros. Por último, y de pronto, se me ocurrió que aquellos animalitos no razonaban; que nunca ataban cabos y sacaban consecuencias; que toda su manera de hablar mostraba que eran hombres incapaces de comprender una contradicción, aun cuando la tuviesen a la vista. Entonces me tranquilicé. Pero en este mundo, en cuanto uno se tranquiliza, en el acto surge otra cosa para darle en qué pensar. Se me ocurrió que había cometido otra torpeza: había enviado al muchacho para que despertase con su amenaza la alarma de sus superiores, proponiéndome inventar una calamidad comodidad mía; ahora bien: las gentes más dispuestas, más anhelantes y más inclinadas a tragarse los milagros son precisamente las que sienten más hambre de verlos realizar. ¿Y si me llamaban para que les diese uno de muestra? ¿Y si me preguntaban qué clase de calamidad iba a ocurrir? Si, había cometido una botaratada; debí empezar por inventar mi calamidad.

— ¿Qué haré? ¿Qué puedo decir para ganar un poco de tiempo?

Otra vez me vi en apuros; en unos apuros de una índole más complicada.

—¡Se oyen pasos! Ahí viene. Si me dejasen tan sólo un instante para pensar. ¡Vaya! ¡Ya lo tengo! Ya estoy tranquilo.

¿Qué iba a ser? ¡El eclipse! Me asaltó con el tiempo justo el recuerdo de Colón o de Hernán Cortés o de otros personajes por el estilo, que se valieron de la carta de triunfo de un eclipse en sus tratos con los salvajes, y vi mi oportunidad. También yo podía jugar ahora esa carta, y nadie me podía calificar de plagiarlo, puesto que la jugaría mil años antes que los demás. Entró Clarence, muy acoquinado, muy dolorido, y dijo:

—Me apresuré a hacer llegar el mensaje a oídos de nuestro soberano el rey, e inmediatamente me hizo comparecer en su presencia. Le llegó el miedo hasta el tuétano y tuvo el propósito de dar orden de que os pusiesen inmediatamente en libertad y de que os vistiesen en elegante ropaje y os aposentasen tal como corresponde a tan gran personaje; pero llegó Merlín y lo echó todo a perder; le convenció al rey de que vos estáis loco y no sabéis lo que habláis; aseguró que vuestra amenaza no es otra cosa que un desahogo estúpido y vano. Discutieron largo rato, pero al final dijo Merlín en tono burlón: «¿Acaso ha dicho él en qué consistiría su célebre calamidad? No lo ha hecho, porque no puede hacerlo» Esta pregunta la hizo súbitamente y muy cerca de la boca del rey, no pudiendo éste presentar ninguna razón para desvirtuar este argumento. Entonces el rey, a

regañadientes y lleno de repugnancia a cometer con vos una descortesía, os suplica que os deis cuenta del embarazo en que él se encuentra y que digáis cuál será la calamidad, si acaso habéis decidido en que consistirá ésta y cuando va a ocurrir. ¡Por favor, no tardéis en ello! El retrasaros en un instante como éste sería duplicar y triplicar los peligros que ya os rodean. ¡Por favor, sed prudente y decid en qué consistirá la calamidad!

Dejé que se acumulara el silencio, mientras yo me revestía de toda mi fuerza para impresionar, y luego dije:

— ¿Cuánto tiempo llevo encerrado en este agujero?

— Os encerraron ayer bastante después de oscurecido. Ahora son las nueve de la mañana.

— ¿Es posible? Entonces es que he dormido muy bien. ¡Las nueve de la mañana ahora! Y, sin embargo, aquí parece que fueran las doce de la noche, de oscuro que está. De modo que hoy estamos a día veinte. ¿no es así?

— A día veinte, en efecto.

— Entonces es mañana cuando me van a quemar vivo, ¿verdad?

El muchacho se estremeció.

— ¿A qué hora?

— A las doce en punto.

— Pues bien: escuchad lo que tenéis que decirles.

Me detuve y permanecí mirando desde mi altura al acobardado mozo, en temeroso silencio por espacio de un minuto; después, con voz profunda, acompasada, amenazadora, empecé a hablar, y fui levantado mi voz de un modo dramático y por calculadas gradaciones hasta mi cenit imponente, que pronuncié de un modo tan sublime y tan magnífico como jamás he pronunciado otro en toda mi vida:

— Id y decid al rey que a esa hora yo haré pedazos el mundo entero sumiéndolo en la negra oscuridad de la medianoche; borraré el sol del cielo y ya no volverá a brillar; se pudrirán los frutos de la tierra por falta de luz y de calor y los pueblos del mundo pasarán hambre y morirán sin que quede un solo hombre con vida.

Tuve que sacar yo mismo fuera de mi celda al muchacho, porque se había desmayado. Lo entregué a los soldados y volví a mi encierro.

CAPITULO VI

EL ECLIPSE

En medio del silencio y de la oscuridad, la actualización empezó muy pronto a completar el conocimiento. El simple conocimiento de un hecho es una cosa pálida; pero así que empezáis a actualizar vuestro hecho, a darle forma, éste se va coloreando. Hay la misma diferencia que entre entregarse de que le han pegado a un hombre una puñalada en el corazón, a vérsela pegar. En el silencio y en la oscuridad, fue tomando cada vez un sentido más profundo el conocimiento de que yo me encontraba en peligro mortal; un algo, que era la actualización de este peligro, fue reptando pulgada a pulgada por mis venas y me heló.

Pero por una bendita providencia de la Naturaleza, en momentos así, en cuanto el mercurio del hombre baja hasta cierto grado, se produce una reacción, y el hombre se reanima. La esperanza surge con ímpetu y con la esperanza la alegría; entonces es cuando el hombre se encuentra en buena disposición para actuar a favor de sí mismo, si

acaso queda algo por hacer. Cuando me llegó el reánimo, llegó de una manera impetuosa. Me dije a mí mismo que el eclipse me salvaría, con toda seguridad, y que me convertiría en el hombre más grande de aquel reino; en el acto empezó mi mercurio a subir hasta lo alto del tubo, y se desvanecieron todas mis preocupaciones. Sentíame tan feliz como ningún otro hombre en el mundo. Sentía incluso impaciencia de que llegase el día de mañana, de tanto como anhelaba cosechar aquel gran triunfo y convertirme en el centro de la admiración y reverencia de todo el país. Además, yo sabía que, desde el punto de vista del negocio, con aquello iniciaría mis actuaciones.

Entre tanto, había algo que quedaba relegado a segundo término en mi mente. Ese algo era la casi convicción de que cuando se enterasen aquellas gentes supersticiosas de la índole de la calamidad que yo les anunciaba, se sentirían impulsadas a llegar conmigo a una transacción. Por eso, cuando poco después oí pasos, acudí esa idea a mi atención, y me dije: «Con toda seguridad, que se trata de un arreglo. Pues bien: si es beneficioso, sea; lo aceptaré; pero si no lo es, me sostendré en mis trece y sacaré de mi baza todo lo que ella vale»

Se abrió la puerta, y comparecieron algunos hombres de armas. Su jefe me dijo:

—El cadalso con el poste está dispuesto. ¡Venid!

¡El poste! Se esfumó toda mi energía, y estuve a punto de caer al suelo. En momentos como ése le cuesta a uno respirar, porque se le hace un nudo en la garganta y tiene que jadear; pero en cuanto pude hablar, dije:

—Se trata de un error, porque la ejecución tiene que ser mañana.

—Se ha recibido contraorden, adelantándola un día. ¡Daos prisa!

Estaba perdido. No había salvación para mí. Me encontraba aturdido, estupefacto; no era dueño de mis propias acciones; lo único que hice fue ir de un lado para otro sin un designio determinado, como quién está desvariando; por eso los soldados se apoderaron de mí y me llevaron con ellos a empujones, sacándome de la celda y conduciéndome por un laberinto de subterráneos, y , finalmente , me sacaron al bárbaro resplandor del día y al mundo superior. Cuando entramos en la enorme explanada cerrada del castillo, experimenté un rudo golpe; lo primero que vi en el centro de la misma fue el poste de ejecución y junto al mismo los haces de leña apilados y a un monje. La muchedumbre se hallaba sentada a los cuatro lados de aquella explanada, distribuida en hileras, unas encima de otras, formando terrazas en declive, llenas de vivos colores. El rey y la reina, estaban sentados en sus respectivos tronos, formando, como es natural, las figuras más destacadas.

Sólo necesité un segundo para ver todo aquello. Un segundo después, Clarence, que había salido de algún lugar en que se escondía, me estaba dando noticias al oído, mientras sus ojos llameaban de alegría y de sensación de triunfo. Esto fue lo que me dijo:

—¡Esta contraorden es obra mía! Buen trabajo me ha costado. Cuando les revelé la desgracia que se preparaba y vi lo enorme del terror que había despertado, me di cuenta de que era aquél el instante de dar el golpe. Por eso fui y vine del uno al otro, por todos, diciéndoles que el poder que tenéis para apagar el sol no adquirirá plenitud hasta mañana, de modo, pues que si querían salvar el sol y al mundo, era preciso que os matasen hoy, cuando vuestros encantamientos están a medio preparar y no han llegado a toda su potencia . Fue la mía una mentira tonta y una ocurrencia muy torpe, pero ¡si hubierais visto de qué manera se agarraron a ella, y se la tragaron, llevados de su frenético terror, como si el Cielo

les hubiese enviado la salvación! ¡Mientras tanto, y viendo a qué poco precio los había engañado, tan pronto me reía a escondidas como glorificaba a Dios que había permitido que la más ruin de sus criaturas sirviese de instrumento suyo para salvaros la vida! ¡Qué felizmente y con que rapidez ha salido todo! Vos no necesitareís de este modo hacer ningún daño de importancia al sol, ¡y no lo olvidéis, por vida vuestra, que no lo olvidéis! Será suficiente con que oscurezcáis un poco, nada más que un poquito, tenedlo en cuenta, y no paséis por ahí. Bastará con ello. Comprenderán que yo, como ignorante que me creen, no les hablé con exactitud, y ya veréis cómo se vuelven locos de terror en cuanto vean producirse la primera sombra de aquella oscuridad! ¡os libertarán y os convertirán en un gran personaje! ¡Y ahora a triunfar! Pero tened en cuenta, buen amigo mío, que yo os suplico que no olvidéis mi ruego, y no causéis daño alguno al sol bendito. ¡Hacedlo por amor a mí, que soy vuestro leal amigo!

Por entre mi dolor y aflicción logré decir con ahogos algunas palabras; algo así como que perdonaría al sol; la mirada del mozo me lo pagó con una expresión tan profunda de gratitud enternecida, que no tuve corazón para decirle que su bienintencionada estupidez lo había echado todo a perder y me había enviado a la muerte.

Cuando los soldados me ayudaron a cruzar la explanada, era tan profundo el silencio que, si yo hubiese tenido los ojos vendados, habría supuesto que me encontraba en medio de la soledad, y no amurallado entre cuatro mil personas. No se advertía el más leve movimiento en aquella masa de seres humanos; permanecían todos tan rígidos y tan pálidos como estatuas de piedra, y en todas las caras se leía el terror. Prosiguió aquel silencio mientras me sujetaban con cadenas al poste; continuó mientras iban amontonando cuidadosa y fatigosamente los haces de leña alrededor de mis tobillos, de mis rodillas, de mis muslos, de mi cuerpo. Hubo luego una pausa, el silencio se hizo más profundo, si eso era posible; un hombre que empuñaba una antorcha encendida se arrodilló a mis pies; la multitud se tensó hacia delante mirando con ojos muy abiertos y alzándose ligeramente de sus asientos, sin ellos mismos darse cuenta; el monje alzó sus manos por encima de mi cabeza, volvió sus ojos hacia el firmamento azul y empezó a pronunciar algunas palabras en latín; en esa actitud siguió canturreando y canturreando un ratito, y de pronto se calló. Yo esperé unos momentos; después alcé la vista; el monje se hallaba en pie como petrificado en su sitio. La multitud, por un impulso común a todos los que la formaban, se alzó lentamente y miró al firmamento. Yo seguí sus miradas; tan certero como una escopeta, empezaba mi eclipse. Corrió por mis venas a borbotones la vida. ¡Era ya un hombre nuevo! El cerco de la oscuridad se fue extendiendo lentamente por el disco solar, mi corazón empezó a latir con golpes cada vez más violentos, y todos los allí reunidos, lo mismo que el monje se quedaron mirando al firmamento, inmóviles. Yo sabía que acto continuo se volverían todos para mirarme a mí; para cuando lo hicieron, yo estaba preparado. Había adoptado una de las actitudes más grandiosamente solemnes que yo adopté nunca, con el brazo extendido y apuntando al sol. El efecto fue magnífico. Se veía como un estremecimiento recorría a toda la masa de personas igual que si fuese una ola. Vibraron en el silencio dos gritos, pisándose casi los talones el uno al otro:

—¡Aplicad la tea!

—¡Lo prohibo!

El primer grito lo había dado Merlín, el segundo, lo dio el rey. Merlín saltó de su puesto, para aplicar él mismo la tea encendida, según me pareció. Yo le dije:

—No os mováis. Si alguno se mueve, aunque sea el rey, antes que yo le de licencia, lo desharé con el trueno, lo consumiré con mis rayos.

La multitud se sentó mansamente en su asientos, tal como yo esperaba que ellos lo hiciesen. Merlín titubeó un instante, y durante ese tiempo permanecí yo como sobre ascuas. Luego se sentó y yo respiré profundamente; sabía que yo era el dueño de la situación. El rey dijo:

—Noble señor, sed misericordioso y no hagáis más ensayos en asunto tan peligroso, no vaya a ocurrir un desastre. Se nos dijo que vuestros poderes no podrían alcanzar plenitud hasta mañana; pero...

—Pero Vuestra Majestad cree que esa noticia ha podido ser una mentira, ¿no es así? . En efecto, era una mentira.

El efecto que esto produjo fue inmenso; surgieron por todas partes manos implorantes, y el rey se vio asaltado por una tormenta de súplicas en las que se le decía que me ganase a cualquier precio, para que se detuviese aquella calamidad. El rey estaba ansioso por conseguirlo. Y me dijo:

—Reverendo señor, decid cuáles son vuestras condiciones, aunque tenga que daros la mitad de mi reino; ¡pero arrojad lejos esta calamidad, y perdonad al sol!

Mi suerte estaba echada; dentro de un minuto podía haberle impuesto mis condiciones, pero no estaba en mis manos detener un eclipse; de eso no había ni que hablar. Le pedí, pues tiempo para meditar. El rey dijo:

—¿Cuánto tiempo? ¿cuánto tiempo necesitaréis ,señor? Sed misericordioso; mirad cómo a cada momento que pasa reina mayor oscuridad. Decidme, por favor: ¿por cuánto tiempo?

—No por mucho. Media hora, quizá una hora.

Se oyeron mil patéticas protestas, pero yo no podía acallarlas, porque no conseguía recordar cuánto duraba un eclipse total. De todos modos, me encontraba lleno de perplejidad y necesitaba meditar. Algo no marchaba bien en aquel eclipse, y ese hecho resultaba muy inquietante. Si no era éste el eclipse que yo había calculado, ¿cómo me las arreglaría para poner en claro, si en efecto, nos encontrábamos en el siglo VI o no era todo aquello más que un sueño? ¡Válgame Dios, si yo hubiese podido probar, aunque sólo fuese esto último! Allí tenía una alegre esperanza nueva. Si el muchacho estaba en lo cierto respecto a la fecha, y nos encontrábamos en el día veinte, aquello no era el siglo VI . Agarré el monje por la manga, lleno de excitación, y le pregunté en que día del mes estábamos.

¡Maldito sea porque, me dijo que estábamos a veintiuno! Al escucharlo me quedé frío. Le pedí que recapacitase para no cometer un error; pero él estaba bien seguro; le constaba que era día veintiuno. ¡Aquel muchacho de cabeza ligera había embrollado otra vez las cosas! En efecto, era la hora del día en la que debía ocurrir el eclipse; yo lo había visto al principio, porque el reloj de sol estaba allí cerca ¡De modo, pues, que yo estaba en la Corte del rey Arturo, y lo que se imponía era sacar de ello el mejor partido posible!

La oscuridad iba creciendo irremisiblemente y la concurrencia sentía cada vez mayores angustias. Entonces dije:

—Señor rey, ya lo he pensado. Para que sirva de lección voy a dejar que siga aumentando la oscuridad y que se desparrame la noche por el mundo; pero en vos estará el que yo borre para siempre el sol o que lo vuelva a colocar tal como era. He aquí mis condiciones: Seguiréis siendo el rey de todos vuestros dominios y recibiréis todos los homenajes y honores que pertenecen a la realeza; pero me nombraréis vuestro ministro y ejecutor perpetuo, otorgándome por mis servicios el uno por ciento del aumento en los ingresos que yo consiga crear para el estado sobre y por encima de la cifra actual. Si yo no

soy capaz de vivir con ese tanto por ciento, me comprometo a no pedir a nadie que me eche una mano. ¿Os conviene?

Estallo una tormenta prodigiosa de aplausos, y de entre medio de ella surgió la voz del rey que decía:

—¡Quitadle sus ligaduras y dejadlo libre! ¡Y todos vosotros, altos y bajos, ricos y pobres, rendidle pleitesía, porque se ha convertido ya en la mano derecha del rey, esta investido de poder y de autoridad y se sentará en el escalón más alto del trono! Y ahora, barred esta noche que se nos echa encima y traed de nuevo la luz y la alegría, para que todo el mundo pueda bendeciros.

Pero yo dije:

—Nada significa que un hombre plebeyo se vea avergonzado en la cara de todos; pero sería un deshonor para el rey el que nadie que hubiese visto desnudo a su ministro no lo vea también libertado de su vergüenza. Si yo pudiera pedir que me fuesen devueltas mis ropas...

—Esas ropas no se encuentran—me interrumpió el rey — ¡Que traigan otra clase de vestidos; vestidlo como a un príncipe!

Mi plan iba saliendo. Yo necesitaba que las cosas siguiesen igual que estaban hasta que el eclipse fuese total, porque de lo contrario seguirían empeñados en que alejase yo la oscuridad en el acto, cosa que no podía hacer, desde luego. Con enviar en busca de mis vestidos gané algún tiempo, pero no el suficiente. Tenía, pues, que buscar otra excusa. Les dije que era cosa perfectamente natural que un rey cambiase de resolución y se arrepintiese hasta cierto punto de lo que había prometido en momentos de excitación; por consiguiente, yo iba a dejar que la oscuridad creciese aún más, y si al cabo de un espacio de tiempo razonable seguía el rey firme en lo que había prometido, desaparecería la oscuridad. Ni el rey ni nadie quedó satisfecho con esta condición, pero yo no tenía más remedio que mantenerme firme.

La oscuridad se fue haciendo cada vez mayor, la noche cada vez más espesa, mientras yo forcejeaba para ponerme aquellas incómodas ropas del siglo VI. Por último, la oscuridad se hizo absoluta, y la multitud lanzó gemidos de espanto al sentir soplar por la plaza las frías y desconcertantes brisas de la noche, y al ver cómo salían las estrellas y centellaban en el firmamento. Llegó el instante del eclipse total, de lo que yo me alegré mucho, aunque para todos los demás suponía aquello la mayor angustia, cosa perfectamente comprensible. Entonces dije:

—El rey, por su silencio, da a entender que sigue manteniendo las condiciones que aceptó.

Acto seguido alcé mi mano—permanecí en esa actitud un momento—, y luego dije, con la más imponente solemnidad:

—¡Que se rompa el encantamiento y que salga el sol sin daño alguno!

Durante algunos momentos, y en medio de la profunda oscuridad y del silencio de cementerio que reinaba, nada ocurrió. Pero cuando el borde de plata del sol salió de la oscuridad, unos momentos después, la concurrencia estalló en un inmenso clamoreo y se abalanzó como un diluvio hacia la plaza para abrumarme con sus bendiciones y con su gratitud; como es de suponer, no fue Clarence el último de aquella torrentada.

CAPÍTULO VII

LA TORRE DE MERLIN

Como yo era el segundo personaje del reino, por lo que se refiere al poder y a la autoridad políticas, se me guardaban toda clase de consideraciones. Mis vestidos eran de seda, terciopelo y brocado, es decir, muy suntuosos, pero también muy incómodos. Pero pronto, me habituaba a ellos a fuerza de usarlos; eso ya lo sabía. Me reservaron el juego de habitaciones del castillo más selecto, después de las del rey. Colgaduras de seda de los colores más chillones les daban prestancia, pero en los suelos no había otra cosa que juncos que servían de alfombra, siendo, además, juncos poco apropiados para el caso, porque no eran todos de la misma categoría. En cuanto a comodidades, no había, hablando con propiedad, ninguna. Me refiero a ciertas pequeñas comodidades son las que verdaderamente hacen agradable la vida. Los enormes sillones de roble, elegantizados con burdos trabajos de talla, estaban bastante bien, pero allí acababa la cosa. No había jabón, ni cerillas, ni espejos, salvo uno de metal, que reflejaba la imagen más o menos, con tanta fuerza como un caldero de agua. Y no había ni siquiera un cromó. Yo me había acostumbrado durante muchos años a los cromos, y ahora veía, si yo sospechar, que se trataba de una pasión por lo artístico; aquella costumbre se había hecho carne en mi propio ser, convirtiéndose en parte integrante de mí. Me entraba nostalgia al recorrer con mi vista aquella desnudez, altiva y suntuosa, porque me recordaba que en nuestra casa de East Hartford, a pesar de carecer de pretensiones, no se podía entrar en una habitación sin encontrar en ella un cromó de compañía se seguros, o, por lo menos, una estampa a tres colores de las de «Dios bendiga nuestro hogar» encima de la puerta; y en la sala teníamos nuevo. Pero aquí, ni siquiera en mi gran salón de gala había nada que se pareciera a una pintura, fuera de una cosa del tamaño de un cobertor de cama, que ni era tejido ni trabajo de punto—y que además tenía algunos zurcidos—y ninguna de sus dibujos estaba hecho en su color ni en su forma real; en cuanto a proporciones, ni el mismo Rafael habría sido capaz de hacer con esas figuras una chapucería más formidable, después de la que demostró en aquellas pesadillas a las que llaman sus Célebres cartones de Hampton Court. Rafael era todo un pajarraco. En casa teníamos algunas de sus estampas; una de ellas, su Pesca Milagrosa, en la que él realiza un milagro por su propia cuenta, metiendo a tres hombres en una canoa en la que habría bastado embarcar un perro para que se diese vuelta. A mí me producía siempre admiración es estudiar el arte de Rafael, por lo despreocupado y ajeno a convencionalismos que era.

No había en todo el castillo ni una campanilla, ni un tubo para hablar. Yo disponía de gran cantidad de servidores, y los que estaban de servicio se pasaban el tiempo dormitando en la antecámara; cuando necesitaba a uno de ellos, tenía que salir y llamarle. No había gas, no había velas; una fuente de bronce, llena hasta la mitad de una manteca propia de casa de pensión, en la que flotaba un trozo de tela encendido producía lo que llamaban luz. A lo largo de las paredes había colgadas una serie de estas fuentes que modificaban la oscuridad, desdibujándola como para convertirla en melancólica. Cuando se salía de noche, los servidores llevaban antorchas encendidas. No había libros, plumas, papel ni tinta, ni cristales en las aberturas que ellos tenían por ventanas. El cristal es una cosa insignificante, hasta que nos falta, porque entonces se convierte en algo increíblemente grande. Quizá lo peor de todo era el que se carecía de azúcar, café, té y tabaco. Me vi convertido en otro Robinson Crusoe arrojado a una isla desierta, sin más compañía que la de algunos animales más o menos domesticados; si yo quería que mi vida me resultase tolerable, tenía que hacer lo que hizo él, a saber; inventar, idear, crear, reorganizar cosas, consagrar mi cerebro y mis manos al trabajo y mantenerlas atareadas. Pero bueno, eso entraba dentro de mis características.

Hubo algo que me produjo turbación al principio; el interés inmenso que yo despertaba en la gente. Por lo visto, la nación entera deseaba echarme un vistazo. No tardó en correrse la nueva de que el eclipse había producido en el mundo británico un susto mortal; que mientras duró, el país todo, de un extremo a otro, fue víctima de un pánico lamentable, y que las iglesias, ermitas y monasterios habían rebosado de pobres seres que rezaban y lloraban, convencidos de que había llegado el fin del mundo. Circuló luego la noticia de que el causante de aquel hecho espantoso era un extranjero, un mago prodigioso de la Corte del Rey Arturo; que el hubiera sido capaz de apagar el sol igual que una vela, y que estaba a punto de hacerlo cuando fue comprada su misericordia; que él entonces deshizo sus encantamientos y era ahora reconocido y honrado como el hombre que con su poderío único había salvado el globo de su destrucción y a sus habitantes de la desesperación total.

Pues bien: si tenéis en cuenta que todo el mundo creía lo que acabo de decir, y que, no solamente lo creía, sino que ni en sueños lo habría puesto en duda, comprenderéis que no existía en toda la Gran Bretaña una sola persona que no fuese capaz de caminar cincuenta millas para echarme la vista encima, aunque solo fuese un instante. Yo era, sin duda alguna, el tema de todas las conversaciones. Nadie hablaba de otra cosa; hasta el rey se convirtió de pronto en una persona de interés y de notoriedad secundarios. Antes que transcurriesen veinticuatro horas empezaron a llegar delegaciones, y desde ese momento ya no dejaron en una quincena de sucederse unas a otras. La aldea estaba concurridísima, lo mismo que los campos de los alrededores. Yo no tenía más remedio que salir al exterior una docena de veces al día, para mostrarme a las multitudes reverentes y asustadas. Aquello se convirtió en una gran carga, por el tiempo que me llevaba y la molestia que me producía, pero resultaba al mismo tiempo una compensación agradable el verme tan festejado y convertido en el centro de todos los homenajes. El hermano Merlín estaba negro de envidia y de despecho, lo cual constituía una gran satisfacción para mí. Sin embargo, algo había que yo no alcanzaba a comprender, y era el que nadie me hubiese pedido un autógrafo. Hablé del asunto con Clarence. ¡Por vida mía! Tuve que empezar por explicarle qué era un autógrafo. Él me dijo entonces que en todo el país no había sino algunas docenas de sacerdotes que sabían leer o escribir. ¡Oh mundo! Piensa en esto.

Otra cosa me producía cierta molestia. Aquellas multitudes empezaron a mostrarse agitadas reclamando otro milagro. Era cosa lógica. Si ellos hubiesen podido volver a sus casas muy ufanos de que habían visto al hombre que era capaz de mandar al sol cuando éste cabalgaba por los cielos haciéndose obedecer, eso les habría dado gran relieve entre sus convecinos, haciendo que todos los envidiasen; pero si hubiesen podido referir también que ellos le habían visto con sus propios ojos realizar un milagro, entonces sí que habría valido la pena de que las gentes corriesen de todas partes a verlos a ellos. La presión se hizo muy fuerte. Iba a tener lugar un eclipse de luna y yo sabía la fecha y la hora, pero tardaría todavía bastante. Dos años. Yo habría pagado un buen precio por que se me autorizase a apresurar ese plazo, y adelantar el eclipse ahora que la demanda era muy grande. Me producía verdadera pena que se malbaratase de ese modo y que se quedase rezagado para hacer acto de presencia cuando ya no serviría de nada, dándoseles a todos lo mismo que lo hubiese o que no lo hubiese. Si el eclipse hubiese estado comprometido para dentro de un mes, yo hubiera podido venderlo a plazo fijo; pero, estando como estaban las cosas, yo no podía idear medio alguno de que me rindiese utilidad, por lo que renuncié a todo intento. Después de eso, Clarence descubrió que Merlín se movía a cencerros tapados entre aquella gente, haciendo correr la voz de que yo era un farsante, y de que si yo no daba satisfacción

al pueblo realizando un milagro, era porque no podía hacerlo. Comprendí que era preciso que realizase algo. Y preparé acto continuo un plan.

Haciendo uso de mi autoridad de poder ejecutivo, arrojé a Merlín en la cárcel, en la misma celda que yo había ocupado. Acto continuo anuncié, por medio de heraldos y trompetas, que los negocios del Estado me mantendrían atareado durante una quincena, pero que al terminar más o menos ese plazo, me tomaría un momento de descanso y haría volar por los aires la torre de Merlín, empleando fuego del cielo; mientras tanto, que tuviesen cuidado quienes prestasen oídos a los malos rumores. Anuncié, además, que realizaría entonces ese único milagro, y ningún otro más; que si no se contentaban con eso y murmuraban, convertiría a los murmuradores en caballos, para que sirviesen de algo. Con esto se produjo la tranquilidad.

Me confié, hasta cierto punto, con Clarence, y empezamos a trabajar en secreto. Le dije que este milagro de ahora exigía un poco de preparación, y que el hablar a nadie de los preparativos, supondría una muerte repentina. Bastó esto para cerrarle la boca. Fabricamos clandestinamente unos pocos bushels de pólvora explosiva de primera calidad, y yo vigilé a mis armeros mientras construían un pararrayos y algunos alambres. Aquella torre de piedra era muy maciza, y también bastante ruinosa, porque era una construcción romana que databa de cuatrocientos años atrás. Sí, y también era hermosa, dentro de su rudeza, y se hallaba revestida de hiedra, desde la base hasta la cima, como con una camisa de malla de hojas. Se alzaba en una cima solitaria, muy a la vista del castillo, a cosa de media milla de distancia.

Trabajando de noche, almacenamos aquella pólvora dentro de la torre, sacando piedras del interior de su construcción y metiendo la pólvora dentro de la torre, sacando piedras del interior de su construcción y metiendo la pólvora en los muros mismos, que tenían quince pies de espesor en su base. Metimos en cada sitio una gran cantidad, e hicimos eso en doce sitios distintos. Con aquellas cargas hubiéramos podido hacer volar por los aires la Torre de Londres. La noche decimotercera armamos nuestro pararrayos, lo asentamos en uno de los depósitos de pólvora y tiramos alambres desde allí a los otros depósitos. Desde el día de mi proclamación, todo el mundo había procurado apartarse de aquel lugar, pero en la mañana del día decimocuarto creí conveniente advertir, por medio de heraldos, a todo el mundo, que se mantuviese apartado de la torre en una distancia de un cuarto de milla. Y agregué, que en un momento u otro, dentro de las veinticuatro horas, consumaría yo el milagro, pero antes advertía a las gentes, izando las banderas en las torres del castillo, si lo realizan en pleno día, o encendiendo canastos de antorchas en esos mismos lugares, si había de tener lugar durante la noche.

Ultimamente habían sido bastante frecuentes las lluvias con rayos y truenos, y yo tenía bastante miedo de fracasar, aunque, bien mirado, nada me habría importado que se retrasase la operación un par de días. Lo habría explicado anunciando que seguía atareado con los asuntos públicos, y que el pueblo tenía que esperar.

Pues bien: el día apareció con un sol resplandeciente; era casi el primero sin una nube que teníamos desde hacía tres semanas; así ocurren siempre las cosas. Yo me mantuve retirado, al acecho del tiempo. Clarence llegaba de cuando en cuando y me decía que la excitación iba creciendo a cada momento entre las gentes, y que todos los alrededores estaban llenos de masas humanas hasta donde se alcanzaba a ver desde las almenas. Por último, se levantó el viento; y apareció una nube; apareció en el punto exacto del cuadrante, y justamente al caer la noche. Vi durante un rato cómo aquella nube lejana ensanchaba y ennegrecía; juzgué llegado el momento de hacer mi aparición. Di orden de que se

encendiese las canastas de antorchas y de que sacasen de su celda a Merlín y me lo enviasen a donde yo estaba. Un cuarto de hora después subí al parapeto, donde me encontré reunidos al rey y a su Corte, mirando en la oscuridad hacia la torre de Merlín. La oscuridad era ya tal que sólo se veía a muy poca distancia; aquellas gentes y los viejos torreones, envueltos parcialmente en sombras profundas e iluminados parcialmente por el rojizo resplandor de las grandes canastas de antorchas encendidas por encima de sus cabezas, formaban un cuadro magnífico.

Llegó Merlín de un humor sombrío. Yo le dije:

—Vos queráis quemarme vivo, siendo así que yo no había hecho daño a nadie, y últimamente habéis procurado dañar mi reputación profesional. En vista de eso, yo voy a hacer bajar fuego del cielo para volar por aires vuestra torre; sin embargo, es muy justo que os proporcione vuestra oportunidad; si os creéis capaz de romper mis encantamientos y apartar de vuestra torre los fuegos, adelantaos y empuñad el mazo, porque os toca jugar. —Puedo hacerlo, noble señor, y lo haré. No lo dudéis.

Merlín trazó sobre las piedras del techo un círculo imaginario, y quemó dentro del mismo un pellizco de pólvora, que levantó una nubecilla de humo aromático; al ver aquello, todo el mundo se echó atrás y comenzó a santiguarse, lleno de inquietud. Merlín empezó a mascullar para sí, haciendo pases con sus manos en el aire. Poco a poco y de una manera gradual se fue excitando a sí mismo hasta llegar a una especie de frenesí, y se puso a azotar el aire con sus brazos como si fuesen éstos las palas de un molino de viento. Para entonces la tormenta ya estaba casi encima nuestro; las ráfagas de aire levantaban llamaradas en las antorchas, y hacían danzar de un lado para otro las sombras; empezaron a caer los primeros goterones de lluvia, todo el mundo exterior estaba negro como la pez, y los relámpagos empezaron a parpadear espasmódicamente. Como es lógico, para entonces mi pararrayos tenía que estar cargándose de electricidad. Los hechos estaban a punto de producirse. Dije, pues:

—Habéis tenido tiempo suficiente. Yo os he dado toda clase de ventajas sin entremeterme. Es evidente que vuestra magia carece de fuerza. Y es justo que sea yo quien empiece a actuar.

Hice tres pases en el aire, y de pronto se produjo un estrépito espantoso y la vieja torre saltó por los aires hecha pedazos, junto con una inmensa fuente volcánica de fuego, que convirtió la noche en mediodía, dejando ver mil acres de seres humanos que hormigueaban por el suelo en un desmayo y consternación generales. Durante todo el resto de la semana estuvo lloviendo mortero y obra de albañilería; eso decía la gente; es probable que la realidad fuese otra.

Fue aquél un milagro eficaz. Desapareció aquella gran aglomeración tan molesta de gentes. A la mañana siguiente podían seguirse por el suelo embarrado muchos millares de huellas, pero todas se alejaban de la población. Si hubiese anunciado otro milagro, ni con un alguacil habría conseguido reunir auditorio.

Las acciones de Merlín se vinieron a tierra. El rey quería retirarle sus sueldos; quiso incluso desterrarlo, pero yo intervine. Dije que Merlín sería útil para actuar sobre el tiempo y atender a pequeños asuntos de esa clase; que yo le echaría una mano de cuando en cuando si se le agriaba su pobre magia de salita particular. De su torre no quedó ni rastro, pero yo hice que el poder público se la reconstruyese, y le aconsejé que tomase pupilos; pero Merlín era hombre demasiado empingorotado para eso. En cuanto a estarme agradecido, ni siquiera me dijo gracias. Era bastante hueso, lo miréis por donde lo miréis; pero no es lógico esperar que se vuelva de mieles quien de esa manera se había visto postergado.

CAPITULO VIII

EL AMOR

Es hermoso verse investido de una autoridad enorme; pero es todavía más hermoso el ver que el mundo que os contempla la admite de buen grado. El episodio de la torre consolidó mi poder, haciéndole inexpugnable. Si con anterioridad a ese episodio había quizá algunas gentes dispuestas a sentir celos y adoptar una actitud de crítica, cambiaron su corazón después del mismo. No había en todo el reino nadie que creyese obrar cuerdamente entremetiéndose en mis asuntos.

Yo me iba adaptando rápidamente a mi situación y a las circunstancias. Durante algún tiempo solía despertarme por las mañanas sonriéndome de mi sueño, y escuchando el momento en que iba a sonar la sirena de la fábrica de Colt, pero ese estado de ánimo desapareció gradualmente, y acabé por convencerme de una manera definitiva de que, en efecto, yo estaba viviendo en el siglo VI, en la Corte de Arturo, y no en un asilo de locos. Desde ese momento, me sentí tan a mis anchas en ese siglo, como pudiera haberlo estado en cualquier otro; en cuanto a preferencias, yo no lo habría trocado por el siglo XX. Fijaos en las oportunidades que en aquel siglo tenía un hombre de conocimientos, de cerebro, energía y espíritu de empresas para largar velas y prosperar al mismo tiempo que el país. No hubo jamás campo tan magnífico, y era todo mío; sin un solo competidor; sin tener enfrente un solo hombre que no fuese, comparado conmigo, por lo que a mis conocimientos y capacidad se refiere, un niño; por el contrario, ¿qué habría supuesto yo en el siglo XX? A lo más que habría llegado sería a encargado de una fábrica, y con sólo que hubiese echado cualquier día una jábega calle abajo, habría pescado un centenar de hombres más aptos que yo.

¡Vaya salto el que yo había dado! No podía dejar de pensar en ello y de contemplarlo, tal como le ocurre a quien ha dado con una manantial de aceite. A mis espaldas no había nada que se pudiese comparar con el caso mío como no fuese el de José; y el caso de José, si se acercaba al mío, no podía en modo alguno igualársele. La cosa está clara: las magníficas ingenuidades financieras de José sólo eran capaces de asombrar al rey, y es probable que el público en general hay mirado a José con mucha antipatía, mientras que yo había hecho a toda mi gente un gran favor perdonando al sol, y por ello gozaba de popularidad.

No era yo la sombra de un rey: era la sustancia; el rey mismo era la sombra. Mi poder era colosal, y no se reducía a un simple nombre, como ha ocurrido por lo general, sino que era el artículo auténtico. Yo me veo situado aquí, en el mismo manantial y venero del segundo gran período de la historia del mundo; puedo ver cómo este escurridizo arroyo de la historia se condensa, se profundiza, se ensancha y arrastra su poderosa corriente por los siglos lejanos; puedo advertir cómo surgen aventureros como yo al abrigo de su larga sucesión de tronos: los De Montfort, los Gavestons, los Mortimers, los Villers; los guerreros y libertinos directores de las campañas de Francia y las ramerías que empuñaron el cetro de Carlos II; pero en ninguna parte del cortejo puedo descubrir otro individuo que sea capaz de hombrearse conmigo. Yo era el Único, y me satisfacía el saber que en trece siglos y medio no habría nadie capaz de poner en tela de juicio ni de echar abajo semejante realidad.

Si, mi poder era el igual al de un rey. Aunque existía al propio tiempo otro poder un poquitín más fuerte que el del rey y el mío juntos. Ese poder era el de la Iglesia. No deseo disfrazar este hecho. Y aunque lo quisiese, no podría hacerlo. Pero dejemos a un lado la cosa por el momento; más adelante , y en su verdadero lugar, saldrá a relucir. Al principio no me dio un gran trabajo; por lo menos , ningún trabajo de importancia.

El país aquel era por demás curioso y lleno de interés. ¡Y qué gentes! Constituían la raza de hombres más extraña, sencilla y leal; la verdad es que eran unos conejos. Resultaba lastimoso para una persona que había nacido en una atmósfera de sana libertad, el escuchar las expresiones humildes y cordiales de su lealtad hacia su rey, la Iglesia y la nobleza. ¡Como si tuviesen mayores motivos de amar y honrar al rey, a la Iglesia y los nobles, que los que tiene un esclavo para amar y reverenciar el látigo, o un perro para amar y reverenciar al desconocido que le da de puntapiés! ¡Válgame Dios! La verdad es que cualquier clase de realeza , de cualquier modalidad que sea; y cualquier clase de aristocracia , por muy elegante que se presente, constituye de por sí una ofensa; pero es probable que si habéis nacido y os habéis educado bajo esa especie de dispositivo , no llegaréis jamás a comprenderlo por vos mismo, y no lo creeréis cuando otra persona os lo dice . Basta para que uno se sienta avergonzado de su raza con sólo pensar en la espuma frívola que ha ocupado siempre sus tronos , sin sombra de derecho ni de razón, y la clase de personas de ínfima calidad que han figurado siempre como aristocracias suyas; formando, por regla general, entre monarcas y nobles, un conjunto que sólo habría conducido a sus pueblos a la pobreza y al oscurantismo si se les hubiese dejado como a sus mayores: entregados a su propia iniciativa y actividad.

La mayor parte de la nación británica del rey Arturo se hallaba constituida, pura y simplemente, de esclavos y así se llamaban, llevando al cuello un collar de hierro; los demás eran esclavos de hecho, aunque no llevasen ese nombre, imaginábanse hombres y personas libres, y ese título se daban . La verdad es que la nación, como un cuerpo, vivía en este mundo como una sola finalidad, exclusivamente con una finalidad: arrastrarse delante del rey , de la Iglesia y de los Nobles, para ser esclavos suyos, para sudar sangre en beneficio suyo, para pasar hambre a fin de que ellos pudieran nutrirse , para trabajar mientras ellos jugaban, para apurar las heces de la miseria a fin de que ellos pudieran vivir felices, para andar desnudos a fin de que ellos vistieran de seda y se adornaran con joyas, para pagar impuestos con objeto de que a ellos se les exonerara de pagarlos, para que se familiarizasen durante toda su vida con el lenguaje y las actitudes humillantes de la adulación, a fin de que ellos pudieran caminar con actitud orgullosa y tenerse por los dioses de este mundo. Y en pago de todo eso, se les daba las gracias en forma de bofetadas y menosprecios; llegando la pobreza de espíritu de ese pueblo hasta el punto de recibir como un honor esa clase de trato.

Resultan curiosas las ideas heredadas y es interesante observarlas y examinarlas. Yo tenía mis ideas heredadas, y el rey su pueblo tenían las suyas. En ambos casos esas ideas fluían por cauces profundos que el tiempo y la costumbre habían excavado, y el hombre que se hubiese propuesto desviar ese curso con razones y argumentos se hubiera encontrado con una tarea de largo plazo. Por ejemplo, aquellas gentes del pueblo habían heredado la idea de que los hombres que carecen de título y de un largo árbol genealógico, tuviesen o no tuviesen grandes dotes naturales o adquiridas , eran seres que no merecían mayor consideración que otros tantos animales , escarabajos o insectos; mientras que habían heredado la idea de que las cornejas humanas capaces de disfrazarse con las plumas de pavo real de ciertas dignidades heredadas y de ciertos títulos no ganados, sólo sirven para

que uno se ría de ellas. La manera como a mí me miraban era curiosa, pero lógica. Ya sabéis cómo el cuidador y el público miran el elefante de una colección de fieras ; pues bien: aplicad esa idea. Ese público y ese cuidador se sienten llenos de admiración por aquella mole enorme y por su fuerza prodigiosa; hablan con orgullo de que el elefante es capaz de realizar un centenar de hechos prodigiosos que son muy superiores a la capacidad que ellos tienen; y hablan con el mismo orgullo de que el elefante, cuando está irritado , es capaz de hacer huir a un millar de hombres. ¿Pero llega con todo eso el elefante a ser uno de ellos, del público o del cuidador? No; el vagabundo más roto del patio se sonreiría ante semejante idea. No sería capaz de comprenderla ; no le entraría en la mollera; no llegaría ni de la manera más remota a concebirla. Pues bien; para el rey, para los nobles, para la nación toda, hasta para los mismos esclavos y vagabundos, yo era esa clase de elefante, y nada más. Me admiraban y me temían. Al animal no se le reverencia, ni a mí se me reverenciaba; ni siquiera se me respetaba. Yo no tenía árbol genealógico, no había heredado un título y por eso era una simple basura para los ojos del rey de los nobles; la gente del pueblo me miraba con asombro y con espanto, pero no se mezclaba con esos sentimientos el de reverencia; por obra de las ideas heredadas , no eran capaces de concebir que mereciese reverencia nadie que no tuviese un título o un árbol genealógico. Ahí es donde veréis la mano de ese poder terrible , la mano de la Iglesia. En dos o tres cortos siglos había convertido una nación de hombres en una nación de gusanos. Antes de los tiempos de la supremacía de la Iglesia en el mundo, los hombres eran hombres y se mantenían con la cabeza erguida , poseyendo un orgullo, un espíritu y una independencia de hombres; cuando una persona se engrandecía y llega a ocupar una posición, conseguíalo principalmente por su esfuerzo, no por su nacimiento. Pero salió la Iglesia a primer término, dispuesta a afilar el hacha; se mostró sabia, sutil y supo que había más de una manera de despellejar a un gato o a una nación; inventó «el derecho divino de los reyes», y le fueron poniendo apoyos alrededor, ladrillo a ladrillo, valiéndose de las bienaventuranzas, retorciéndolas de sus beneficiosas finalidades para emplearlas en fortalecer una finalidad dañina, predicó (al plebeyo) humanidad, obediencia a los superiores, la belleza del sacrificio de sí mismo; predicó (al plebeyo) mansedumbre bajo el insulto; predicó (siempre al plebeyo) paciencia, humildad de espíritu, no resistencia a la opresión; y al mismo tiempo introdujo los rangos y aristocracias hereditarios, y enseñó a todas las poblaciones cristianas de la tierra a inclinarse ante ellos y reverenciarlos. Hasta el propio siglo en que yo he nacido, ese veneno persistía en la sangre de la cristiandad, y el mejor de todos los ingleses plebeyos veía con satisfacción que quienes le eran a él inferiores en méritos siguiesen ocupando desvergonzadamente un gran número de cargos, tales como los gobiernos y el trono, a los que él no podía aspirar debido a las grotescas leyes de su país; en una palabra: no sólo se conformaba con esta absurda situación de las cosas , sino que llega a convencerse a sí mismo de que ese estado de cosas debía enorgullecerle. Eso parece demostrar que el hombre es capaz de soportarlo todo, si ha nacido y lo han educado para ello. Yo sé muy bien que esa mácula, esa reverencia por el rango y el título, la teníamos nosotros también en nuestra sangre norteamericana, lo sé; pero cuando yo abandoné Norteamérica, esa mácula había desaparecido, al menos prácticamente. Lo que aún quedaba de ella hallábase reducida a los currutacos y a las currutacas. Cuando una enfermedad ha descendido hasta ese nivel, puede casi asegurarse que ha desaparecido del organismo.

Pero volvamos a mi anómala situación dentro del reino del rey Arturo. Era yo en él como un gigante entre pigmeos, como un hombre entre niños, como una inteligencia soberana entre topes intelectuales; midiéndome con las medidas de la razón, era yo el único

y auténtico gran hombre de todo el mundo británico; y, sin embargo, y aun así, lo mismo que ocurría en la lejana Inglaterra de los tiempos en que yo nací, el conde con inteligencia y que podía exhibir que descendía de una amante de un rey lejano, de una amante que éste había adquirido de segunda mano en los barrios bajos de Londres, era un hombre superior a mí. Cualquier personaje de esa clase se veía adulado en el reino de Arturo, y todo el mundo lo miraba con respeto, aunque sus cualidades fuesen tan ruines como su inteligencia, y sus normas de conducta tan bajas como su ascendencia. Había ocasiones en que él estaba autorizado a sentarse delante del rey, pero yo no podía hacerlo. Poco me habría costado conseguir un título, con lo cual me habría elevado notablemente a los ojos de todos; incluso a los ojos del rey que me lo había otorgado. Pero no lo pedí, y cuando me lo ofrecieron lo rehusé. Dadas mis ideas, me habría sido imposible obtener ninguna satisfacción con ello; y tampoco habría sido justo en modo alguno, porque, hasta donde yo recuerdo, nuestra tribu había andado escasa de bastardos. Yo no podía sentirme real y verdaderamente satisfecho, orgulloso y firme sobre ningún título, salvo que éste procediese de la nación misma, que es el único manantial legítimo; un título así aspiraba yo a ganar; en el transcurso de años de esfuerzos honrados y limpios, lo gané, y entonces lo llevé con altivez orgullosa y limpia. Este título se le cayó casualmente de los labios a un herrero, cierto día y en una aldea. Alguien lo recogió como que expresaba una idea feliz, y fue saltando de boca en boca, entre risas y votos afirmativos; diez días más tarde había corrido por todo el reino y se había hecho tan familiar como el nombre mismo del rey. Ya no me conocieron en adelante por ninguna otra designación, ni en las charlas del pueblo ni en los graves debates sobre asuntos de estado alrededor de la mesa del Consejo del soberano. Este título, trasladado al lenguaje moderno, equivaldría a de El Patrón, Elegido por la nación. Me sentaba bien. Y era un título bastante elevado. Pocos títulos llevaban un El, y el mío era uno de ellos. Cuando se hablaba del duque, del conde o del obispo, ¿quién sabía de qué conde, duque o de qué obispo se hablaba? Pero cuando se decía el rey, la reina o El Patrón, la cosa variaba.

Pues bien: yo sentía simpatía por el rey, y en su calidad de rey lo respetaba, respetaba el cargo; por lo menos, lo respetaba hasta donde yo soy capaz de respetar cualquier supremacía no ganada; pero, en su calidad de hombre, yo miraba particularmente al rey y a sus nobles, de arriba abajo. El y ellos por su parte simpatizaban conmigo, y respetaban mi cargo; pero cuando me miraban como a un simple animal, sin ascendencia ni título supuesto, me miraban de arriba abajo, y tampoco se rescataban mucho de hacerlo. Yo no les cobraba nada por la opinión que de ellos tenía, y ellos no me cobraban nada por la opinión que tenían de mí; saldadas las cuentas, y con los libros en regla, todos vivíamos satisfechos.

CAPITULO IX

EL TORNEO

En Camelot se celebraban constantemente grandes torneos; éstos resultaban unas muy emocionantes, pintorescas y ridículas corridas de toros en las que no había toros, sino hombres; pero resultaban un poco fatigosas para una inteligencia con sentido práctico. Sin embargo, yo asistía por lo general a ellos, y esto por dos razones: ninguna persona debe mantenerse al margen de las cosas que a sus amigos y a su comunidad le llegan al alma, si es que quiere gozar de simpatías, especialmente cuando se trata de un hombre de estado; y

yo, lo mismo en mi condición de hombre de negocios que en mi condición de hombre de estado, necesitaba empaparme bien de los torneos para ver si era capaz de inventar algo que los mejorase. Esto me hace recordar, para exponerlo de paso, que la primera cosa que hice en mi cargo oficial durante mi gobierno—y lo hice, además, el primer día del mismo—fue iniciar una oficina de patentes; yo sabía que un país sin oficina de patentes y buenas leyes sobre patentes, era lo mismo que un cangrejo, y no podía avanzar en ningún sentido, como no fuese de costado o a reculones.

Las cosas se fueron sucediendo, y casi todas las semanas se celebraba un torneo. De cuando en cuando, los muchachos me llamaban para que les echase una mano—me refiero a Sir Lancelot y demás—; pero yo les contestaba que ya lo haría más adelante, que no había prisa y que eran muchos los mecanismos de gobierno que hacía falta engrasar y ajustar para ponerlos en marcha.

Tuvimos un torneo que se celebró día tras día durante más de una semana; tomaron parte en el mismo unos quinientos caballeros, combatiendo desde el primero hasta el último. Tardaron semanas en reunirse. Llegaban a caballo de todas partes; desde las extremidades mismas del país y desde más allá del mar; muchos de ellos trajeron a sus damas, y todos venían acompañados de sus escuderos y grupos de servidores. Formaban una muchedumbre por demás llamativa y espléndida en cuanto a la vestimenta, toda ella muy característica del país y del tiempo, por su hervor de animalidad, por sus inocentes indecencias de lenguaje y por su dichosa y cordial indiferencia respecto a normas morales. Durante todo el día y todos los días, o se luchaba o se miraba; y todas las noches, durante media noche, se cantaba, se jugaba, se bailaba y se andaba de francachela. Pasaron unos días felices y magníficos. Jamás se vio gente como aquella. Los bancos de bellísimas mujeres, deslumbrantes de magnificencias bárbaras, eran capaces de ver cómo un caballero caía despatarrado de su caballo al suelo en el palenque, con una punta de lanza del grosor de vuestro tobillo ensartada en el cuerpo de parte a parte, saliéndole la sangre a borbotones, y en vez de desmayarse, palmoteaban y se echaban unas encima de otras para conseguir ver mejor; sólo algunas veces sacaba una de ellas el pañuelo, y se mostraba muy ostentosamente afligida, pero cuando esto ocurría, podíais apostar dos a uno a que en alguna parte había ocurrido un escándalo, y ella temía que el público no se hubiese enterado.

El bullicio nocturno me habría molestado en una situación corriente, pero nada me importaba en las actuales circunstancias, porque me impedía escuchar el que hacían los cirujanos cortando piernas y brazos a los inválidos del día. Me echaron a perder una vieja sierra que me hacía un grandísimo servicio y también me rompieron el caballete de serrar, pero lo pasé por alto. En cuanto a mi hacha, no digo nada sino que resolví que la próxima vez que yo le prestase un hacha a un cirujano, sería porque me volvía a mi propio siglo.

No solamente presencié día a día este torneo, sino que encomendé a un inteligente sacerdote de mi negociado de Moral Pública y de Agricultura que me hiciese un informe del mismo; porque yo iba ya formando el propósito de publicar un periódico, cuando hubiese conseguido adelantar bastante al país. Lo primero que se necesita en un país nuevo es una oficina de patentes; a continuación poner en marcha un sistema escolar, y como complemento de esto, viene vuestro periódico. Un periódico tiene sus faltas, tiene muchas faltas, pero no importa, es como un levántate de la tumba dirigido a una nación muerta; no se olvide de esto. Sin un periódico no es posible resucitar a una nación muerta; no hay modo de hacerlo. Por este motivo yo quería ir catalogando las cosas y descubriendo la clase

de material informativo que me sería posible reunir, arramblándolo del siglo VI, cuando yo tuviese necesidad.

A decir verdad, el sacerdote lo hizo muy bien. No perdió ningún detalle, condición buena en las noticias locales. Es preciso tener en cuenta que siendo más joven, había llevado los libros del departamento de pompas fúnebres de su iglesia, y ya sabéis que, en ese asunto, el dinero está en los detalles; cuantos más detalles más botín: portadores, acompañantes, velas, responsos, todo supone dinero; y si el pariente del difunto no paga bastantes responsos, señaláis vuestras velas con lápiz doble, y el resultado es el mismo. Aquel hombre tenía, además, mucho tino para agregar detalles complementarios aquí y allá acerca de los caballeros que era probable pagasen anuncios—pero no lo que quiero decir es acerca de los caballeros que tenían influencia—: también estaba limpiamente dotado para la exageración, porque en otro tiempo había ejercido de guardián de puerta de un ermitaño piadoso que vivía en una pocilga y obraba milagros.

Desde luego que este informe redactado por un novicio en la profesión no alcanzaba a describir las cosas con fuerza, estrépito y detalles sensacionalistas, por lo que carecía de verdadera atracción; pero su fraseología anticuada resultaba curiosa, suave y sencilla, estando llena de fragancias y aromas del tiempo, pequeños méritos que compensaban hasta cierto punto otros defectos más importantes. He aquí un extracto del mismo:

«Entonces Sir Briam de las islas, y Grummore Grummorsum, caballeros del castillo, justaron con Sir Aglovale y Sir Tor, y éste derribó a tierra a Sir Grummore Grummorsum. Salió luego Sir Carados de la Torre Dolorosa y Sir Turquine, caballeros del castillo, y justaron con ellos Sir Percivale de Galis y Sir Lamorak de Galis, que eran hermanos, y se acometieron Sir Percivale y Sir Carados, rompiendo ambos sus lanzas en las manos, y luego se acometieron Sir Turquine y Sir Lamorak, y ambos se derribaron el uno al otro con caballo y todo, viniendo al suelo; ambos se ayudaron a levantarse y volvieron a montar a caballo. Y Sir Arnold y Sir Gauter, caballeros del castillo justaron con Sir Brandiles y Sir Kay, y estos cuatro caballeros se acometieron poderosamente, quebrando sus lanzas en las manos. Salió luego Sir Pertolope del castillo, y justó con él Sir Lionel, hermano de Sir Lancelot. Todos estos combates fueron anunciados por nobles heraldos.

«Todos estos combates fueron registrados por nobles heraldos, que declararon al que mejor había combatido, publicando su nombre. Luego, Sir Bleobaris rompió su lanza acometiendo a Sir Gareth, pero Sir Bleobaris cayó del golpe al suelo. Acto seguido, Sir Galihodin que vio eso, invitó a Sir Gareth a que justase con él, y Sir Gareth lo derribó por tierra. Entonces Sir Galihud se armó de una lanza para vengar a su hermano, y Sir Gareth hizo lo mismo con él, así como con su hermano. La Cote Male Taile, Sir Sagramor le Desirous, y Sir Dodinas el Salvaje; a todos éstos los derribó de un solo lanzazo. Cuando el rey Agwisance de Irlanda, vio pelar de ese modo a Sir Gareth, se preguntó quién podía ser aquel hombre, porque unas veces parecía verde, y al salir otra vez parecía azul. Y a cada carrera que daba en el campo cambiaba de color, de manera que ni reyes ni caballeros pudieran reconocerlo. Luego, Sir Agwisances, rey de Irlanda, justó con Sir Gareth, y Sir Gareth lo derribó del caballo con silla y todo. Salió después a justar con Sir Gareth el rey Carados de Escocia, y Sir Gareth derribó por tierra al caballo y al jinete. Y lo mismo hizo con el rey Uriens del país de Gore. Salió a continuación Sir Bagdemagus, y Sir Gareth derribó por tierra al caballo y al jinete. Y el hijo de Bagdemagus, Meliganus, rompió con bravura y gallardía una lanza acometiendo a Sir Gareth. Entonces Sir Galahault, noble príncipe, gritó: «Caballero de los muchos colores, bien habéis justado; preparaos ahora, porque quiero justar con vos.» Sir Gareth le oyó, y se armó de una lanza grande, y se

acometieron, y el príncipe rompió su lanza ; pero Sir Gareth le acertó en la parte izquierda del yelmo, de tal modo, que el príncipe se bamboleó de un lado a otro, y habría caído al suelo si su hombre no lo hubiese sostenido. «De verdad—dijo el Rey Arturo—que ese caballero de los muchos colores es un buen caballero» En vista de lo cual, mandó el rey llamar a Sir Lancelot, y le rogó que justase con aquel caballero.«Sir—le contestó Sir Lancelot—, creo que debo encontrar en mi corazón ánimos para no justar con él ahora, porque ya ha trabajado bastante por hoy, y cuando un caballero se porta tan bien un día, no es de buen caballero el hacerle perder ese honor, viendo lo mucho que se ha esforzado; quizá—dijo Sir Lancelot—hoy ha salido a batirse con alguien, y quizá por eso su dama lo preferirá a cuantos caballeros hay aquí, porque yo me he fijado muy bien que ese caballero tiene algo que lo impulsa y lo aguijonea a realizar grandes hazañas, y por eso—dijo Sir Lancelot—, por lo que hace a mí, serán hoy de él todos los honores, y aunque estuviese en mi mano el despojarle de ellos, no lo haría»

Hubo aquel día un pequeño episodio desagradable que yo, por razones de estado, suprimí del informe del sacerdote. Habréis podido ver por la lectura anterior que Garry estaba peleando magníficamente en el torneo. Cuando digo Garry, me refiero a Sir Gareth. Garry era el nombre cariñoso que yo le daba en privado; ese nombre hace sospechar que yo sentía profundo afecto hacia él, y así era. Pero se trataba únicamente de un nombre cariñoso para emplearlo en privado, sin pronunciarlo en voz alta ante nadie, y mucho menos para hablarle a él mismo; como era un noble, no habría tolerado en mí semejante familiaridad. Prosigamos: yo, en mi categoría de ministro del rey, estaba sentado en el palco particular que se me había reservado. Mientras Sir Dinadan esperaba su turno para entrar en la justa, entró en mi palco, tomó asiento y empezó a charlar; siempre buscaba la manera de acercármese, porque yo era extranjero y le agradaba disponer de un mercado nuevo para sus chistes, porque la mayoría de los suyos habían llegado a un grado tal de desgaste, que quien los cuenta es el único capaz de reírse, mientras los demás que le escuchan ponen cara de hastío. Yo había respondido siempre lo mejor que me fue posible a sus esfuerzos; sentía un afecto profundo y auténtico hacia él, porque, si por una maldad del Destino resultaba que él conocía precisamente una determinada anécdota que era la que yo había oído más veces en mi vida y a la que yo había tomado mayor odio y aborrecimiento, Sir Danadan por lo menos me la ahorrraba. Era una anécdota que yo había oído contar atribuyéndola a todos los humoristas que pusieron el pie en tierra americana, desde Colón hasta Artemus Ward. Se refería a un conferenciante humorista que durante una hora estuvo apabullando a un auditorio ignorante con chistes matadores sin arrancar una sola risa; finalmente, cuando ya se marchaba, algunos pobres inocentones le estrecharon vigorosamente y muy agradecidos la mano, y le dijeron que su conferencia había sido la más divertida que hasta entonces habían escuchado, y que «desde el primer momento tuvieron que hacerse vivísima fuerza para no reírse» Esta anécdota no vio nunca el día en que valiese la pena de contarla; y, sin embargo, yo había tenido que aguantar que me la contasen centenares, millares, millones y billones de veces, aunque en todas ellas grité y maldije. ¿Quién es, pues, capaz de imaginarse cuáles fueron mis sentimientos cuando oí que aquel asno revestido de armadura de hierro empezaba a contarla, allá en el confuso crepúsculo de la tradición, antes que alborease la historia, cuando podía incluso decirse hablando de Lactancio, «el difunto Lactancio» y cuando todavía las Cruzadas tenían que esperar quinientos años antes de nacer? En el instante mismo en que terminó de contarla, llegó el muchacho que avisaba a los caballeros; por eso se marchó él de allí gritando como un demonio a su caballo y

traqueteando con un chocar de hierros que parecía una caja de fundición llena de piezas sueltas. Nada más supe de él. Tardé algunos minutos en volver en mí, y abrí los ojos en el instante justo para ver como Sir Gareth le daba un golpe terrible, mientras yo murmuraba inconscientemente esta plegaria: «¡Quiera Dios que lo haya matado!» Pero, por mala suerte, aún no había pronunciado yo del todo estas palabras, cuando Sir Gareth acometió con estrépito a Sir Sagramor el Anhelante, y lo desmontó como un trueno por la grupa de su caballo. Resulta que Sir Sagramor oyó mi exclamación, y se imaginó que lo decía por él.

Pues bien: cuando a uno de aquellos hombres se le metía una cosa en la cabeza, ya no había modo de sacársela de allí. Yo lo sabía, de modo, pues que no malgasté saliva, y me guardé de ofrecer explicaciones. En cuanto Sir Sagramor se puso bueno, me notificó que había entre nosotros una cuenta que saldar, y me emplazó para cierto día, de allí a tres o cuatro años; lugar en que había de ventilarse la cuestión: el campo donde había tenido lugar la ofensa. Le dije que me encontraría listo cuando regresase. Es preciso tener en cuenta que él iba en busca del Santo Grial. Todos aquellos muchachos hacían de cuando en cuando una escapada para correrse una aventura en el Santo Grial; yo no creo que ninguno de ellos esperase realmente dar con el Santo Grial, y, aunque se hubiese dado de narices con él, no creo que lo reconociese. En realidad, era algo así como lo del Paso del Noroeste de nuestros días; ni más ni menos. Todos los años salían expediciones con el propósito de santogrialerar, y al año siguiente tenían que salir expediciones de socorro en busca de los primeros. Con todo aquello se ganaba enorme fama, pero no dinero. ¡Hasta quisieron que yo tomase parte; ¡ Ni que decir que me sonreí!

CAPITULO X

LOS COMIENZOS DE LA CIVILIZACION

No tardó en llegar la noticia del desafío a la Mesa Redonda, despertando, como es natural, muchas discusiones, porque los muchachos se interesaban por esa clase de asuntos. El rey pensó que yo debía salir en busca de aventuras, para de ese modo ganar fama y hacerme más digno de pelear con Sir Sagramor cuando hubiesen transcurrido aquellos años. Yo me disculpé por el momento; dije que me harían falta tres o cuatro años más para organizar bien las cosas y que todo marchase como la seda; que entonces estaría dispuesto; según toda probabilidad, al fin de ese período aún seguiría Sir Sagramor grialendo, de modo que con ese retraso para entonces llevaría yo en el Gobierno seis o siete años, y creía que mi sistema y mis máquinas se encontrarían tan bien desarrollados que me podría tomar una vacaciones sin que de ello se derivase daño alguno.

Yo estaba no poco satisfecho de lo que había realizado ya. Tenía dispuestos en lugares y rincones tranquilos del país los comienzos de toda clase de industrias a desarrollar, los núcleos de futuras enormes fábricas que serían los misioneros de hierro y acero de mi futura civilización. Había reunido en esos lugares las inteligencias juveniles más brillantes que pude encontrar, y enviaba agentes para que rastreasen el país de una manera constante en busca de más. Yo estaba convirtiendo a una muchedumbre de individuos ignorantes en personas técnicas —técnicas en toda clase de trabajo manual y de profesión científica—. Aquellos viveros míos seguían desarrollándose de una manera silenciosa y oscura sin que nadie los molestase en sus apartados retiros del campo, porque a nadie se permitía entrar sin permiso especial en sus recintos, porque yo temía a la Iglesia.

La primera cosa que hice fue instalar una fábrica de maestros y una gran cantidad de escuelas dominicales; como resultado de aquello, disponía de un admirable sistema de escuelas graduadas y en pleno funcionamiento en los lugares en cuestión; también disponía de una completa variedad de congregaciones protestantes en plena prosperidad y desarrollo. Siendo cristianos, todos podían pertenecer a la variedad que más les agradase; a ese respecto había perfecta libertad. Sin embargo, relegué la enseñanza pública de religión a las iglesias y a las escuelas dominicales, no permitiendo que se diese en los demás centros educativos. Yo habría podido dar preferencia a la secta a que yo mismo pertenezco, y no me habría costado ningún trabajo que todos se hiciesen presbiterianos, pero con ello habría infligido un insulto a una ley que rige la naturaleza humana: las necesidades y los instintos espirituales son en la familia humana tan variados como los apetitos, los caracteres y los rasgos físicos; moralmente hablando, los hombres no llegan a su estado más perfecto sino cuando se hallan provistos de la indumentaria religiosa cuyo color, corte y tamaño se acomoda más bellamente al carácter, ángulos y estatura espiritual del individuo que la lleva; además, a mí me asustaba la existencia de una Iglesia única, porque viene a ser entonces un poder inmenso, el de más fuerza que se puede concebir, y cuando poco a poco esa fuerza cae en manos egoístas, tal como ocurre fatalmente siempre, significa la muerte de la libertad humana y la parálisis del pensamiento humano.

Todas las minas eran de propiedad real, existiendo muchísimas. Con anterioridad habían sido explotadas tal como los salvajes las explotan siempre, abriendo agujeros en la tierra y extrayendo el mineral en recipientes de cuero, a mano, a razón de una tonelada por día; pero en cuanto me fue posible, empecé yo a colocar la explotación minera sobre una base científica.

Sí, para cuando Sir Sagramor me lanzó su reto, yo había realizado bellos progresos.

Corrieron cuatro años, ¡y entonces! La verdad es que no se os ocurrirá lo que pasó por mucho que lo penséis. El poder ilimitado es la cosa ideal cuando se halla en manos seguras. El despotismo del cielo es el único gobierno absolutamente perfecto. El despotismo terrenal sería el gobierno terrenal absolutamente perfecto, si en la tierra reinasen las mismas condiciones que en el cielo, a saber: que el déspota fuese el individuo más perfecto de la raza humana y si tenía asegurada una vida eterna. Pero como el hombre perfecto es perecedero y tiene que morir, y deja su despotismo en manos de un sucesor imperfecto, resulta que el despotismo terrenal no es simplemente una mala forma de gobierno, sino que es la peor forma de gobierno posible.

Mis trabajos demostraron lo que era capaz de hacer un déspota que disponía de los recursos de un reino. Sin que lo sospechase aquel oscuro país, yo estaba haciendo que la civilización del siglo XIX floreciese bajo sus mismas narices. Esa civilización está apartada mediante cercas de la vista del público, pero era una realidad, un hecho gigantesco e indiscutible, y del que se oíría hablar si yo tenía vida y suerte. Era una realidad, era un hecho seguro y tan sustancial como cualquier volcán sereno que esconde su cima inocente, libre de humo, en el firmamento azul, sin dar señal alguna del infierno ascendente que lleva en sus entrañas. Mis escuelas e iglesias no eran cuatro años antes más que niños; pero ya habían crecido; lo que hacía cuatro años eran depósitos, se habían convertido en fábricas enormes; allí donde cuatro años antes disponía yo de una docena de hombres entrenados, contaba ahora con millares; donde entonces disponía yo de un técnico brillante, contaba ahora con cincuenta. Me encontraba, como si dijéramos, con la mano en la llave, preparado para abrirla e inundar de luz en cualquier momento al mundo de medianoche. Pero yo no tenía el propósito de obrar de un modo tan repentino, no era ésa mi norma política. Lñas

gentes no habrían podido resistirlo; y , además, se me habría echado encima un minuto después al Iglesia Oficial Católico Romana.

Nada de eso. Yo me había conducido cautelosamente en todo aquel tiempo. Había mantenido agentes confidenciales actuando por todo el país durante algún tiempo; la misión de esos agentes era la de socavar la clase de los caballeros por grados imperceptibles, y mordiscar un poco a esta superstición, a la otra, y a la de más allá, preparando gradualmente el camino para un orden de cosas mejor. Yo iba encendiendo cada vez una bujía de mi lámpara, y me proponía seguir esa conducta.

Había distribuido secretamente por el reino algunas escuelas preparatorias preparatorias con excelentísimos resultados. A medida que pasase el tiempo, y si no ocurría nada que me asustase, pensaba yo seguir valiéndome de este truco. Uno de mis secretos mejor guardados era mi West Point, es decir, mi academia militar. Cuidé con el mayor celo de mantenerla oculta a la vista; lo mismo con la academia naval que había establecido en un lejano puerto marítimo. Ambas prosperaban a satisfacción mía.

Clarence tenía para ahora veintiún años; era mi cabeza ejecutiva, mi mano derecha. Un encanto de muchacho; sabía estar a la altura de cualquier misión; no había nada a que no pudiese dedicarse. Ultimamente lo había estado yo entrenando para el periodismo , porque me parecía que había llegado casi el momento de lanzar un periódico: no un periódico grande, sino justamente un pequeño semanario para que circulase de un modo experimental en mis viveros de civilización. Clarence se lanzó a ello como un valiente; desde luego, aquel muchacho llevaba oculto dentro a un editor. Ya para entonces se había desdoblado en un aspecto: hablaba como siglo VI y escribía como siglo XIX. Su estilo periodístico progresaba con gran firmeza; había llegado ya al nivel del periodismo de las viejas colonias de Alabama, y nadie lo habría diferenciado de las producciones periodísticas de esa región, ni por el tema, ni por el saborcillo.

Estábamos también a punto de dar comienzo a otra gran iniciativa: al primer telégrafo y al primer teléfono, nuestra primera aventura en este negocio. De momento, los hilos serían únicamente para el servicio particular mío, y se mantendrían secretos hasta que llegase el momento de su madurez. Teníamos una cuadrilla de hombres que trabajaban principalmente de noche. En la actualidad tensaban alambres a ras de tierra; teníamos miedo de colocar postes, porque éstos llamarían demasiado la atención. Lo mismo en el telégrafo que en el teléfono, teníamos bastante con tender las líneas a ras del suelo, porque los alambres se hallaban protegidos por un aislamiento de mi propia invención, que resultaba perfecto. Mis hombres tenían orden de tirar las líneas a campo traviesa, esquivando los caminos y estableciendo conexión con cualquier ciudad importante cuyas luces delatasen su presencia, dejando personas expertas al cuidado de las mismas. Nadie era capaz de decirnos dónde se encontraba ningún lugar determinado del reino, porque nadie iba decididamente a ningún lugar; la gente, en sus vagabundeos, tropezaba pro casualidad con las poblaciones , y por lo general se marchaba de ellas sin preguntar siquiera cómo se llamaban. En algunas ocasiones habíamos enviado expediciones de topógrafos para triangular y levantar mapas del reino, pero siempre se habían entremetido los curas, poniendo dificultades. Por ello habíamos renunciado de momento a esa tarea; habría sido dar un mal paso el convertir a la Iglesia en antagonista.

En cuanto al estado general del país, era éste prácticamente el mismo que cuando yo llegué. Había realizado cambios, pero habían sido por fuerza ligeros y no trascenderían . Hasta entonces no me había metido siquiera a arreglar la cuestión de las tasas, fuera de aquellas de las que salía la renta real. Estas las había sistematizado, asentándolas sobre

bases eficaces y justas. Como consecuencia de esto, estas rentas se habían cuadruplicado ya, y , sin embargo, su carga se hallaba distribuida de un modo mucho más equitativo que antes, hasta el punto de que el reino experimentó una sensación de alivio, y los elogios a mi administración eran cordiales y generales.

Al llegar a este punto, interrumpí yo mi vida corriente, pero no me importó, porque esa interrupción no podía ocurrir en mejor momento. De haber sobrevenido antes, podía haberme molestado; pero en la actualidad estaba ya todo en buenas manos y nadando a la perfección. El rey me había recordado últimamente varias veces que los cuatro años de espera que yo había pedido estaban a punto de cumplirse. Esto era una sugerencia de que yo debía salir por el mundo en busca de aventuras, para ganarme fama tal que me hiciese digno del honor de quebrar una lanza con Sir Sagramor; éste seguía ausente grialando, pero habían salido varias expediciones de socorro que le seguían la pista por todas partes, y podían dar con él un año antes o después. Yo, desde luego, esperaba esa interrupción; no me tomó por sorpresa.

CAPITULO XI

EL YANQUI, EN BUSCA DE AVENTURAS

Jamás existió país como aquél para los embusteros andantes; los había de uno y otro sexo. Apenas transcurría un mes sin que llegase de sus andanzas alguno de estos vagabundos; por lo general, llegaban cargados con un relato de que tal o cual princesa necesitaba ayuda para sacarla de algún castillo lejano en el que era mantenida cautiva por algún canalla desaforado; generalmente, por un gigante. Vosotros pensaréis que la primera cosa que haría el rey, consistiría, después de escuchar una novelita así de labios de un completo desconocido, en pedirle que presentase sus credenciales; si, señor; eso y algunos puntos de referencia sobre la situación del castillo, el camino mejor para llegar a él y otras cosas por el estilo. Sin embargo, a nadie se le ocurrió jamás una cosa tan simple y tan de sentido común como esa. No señor; todos se tragaban enteras las mentiras de esa gente, sin hacer nunca pregunta alguna de ninguna clase y acerca de nada.

Pues bien: cierto día, no hallándome yo presente, llegó uno de esos individuos—mejor dicho, una de esas individuos—y contó una historia del tipo corriente. Aseguró que su señora se hallaba cautiva en un castillo inmenso y lóbrego, junto con otras cuarenta y cuatro señoritas jóvenes y hermosas , casi todas ellas princesas; dijo que llevaban languideciendo en aquel cruel cautiverio veintiséis años; los señores del castillo eran tres hermanos estupendos, cada uno de los cuales tenía cuatro brazos y un solo ojo, este ojo único en el centro de la frente y tan voluminoso como una fruta. No dijo como qué fruta; aquella gente era muy descuidada en materia de estadística.

¿Lo creeréis? El rey y toda la Mesa Redonda se mostraron entusiasmados anta tan absurda oportunidad de aventura. Todos los caballeros de la Mesa se adelantaron queriendo aprovechar aquella oportunidad, y pidieron que se les encomendase a ellos. Pero, con gran pesar y molestia para ellos, el rey me la encomendó a mí, que en modo alguno la había solicitado.

Hice un esfuerzo para contener mi júbilo, cuando Clarence me trajo la noticia. Pero este joven...; este joven se desbordó de alegría . Su boca descargaba en continuos borbotones su regocijo y su gratitud; regocijo por mi buena suerte, gratitud hacia el rey por tan señalada muestra de su aprecio como me otorgaba. No conseguía Clarence mantener

sosegadas ni su piernas ni su cuerpo, y llevando de su ágil éxtasis de felicidad, corrió por la habitación haciendo piruetas.

A decir verdad, yo sentía ganas de maldecir la amabilidad que me confería semejante merced, pero oculté mi irritación por motivos de buena política, y manifesté de todas maneras mi satisfacción. Llegué incluso a decir que aquello me alegraba. En cierto sentido esto era verdad; porque estaba tan alegre como cuando a uno le revenden un billete a mayor precio.

Pero, en fin, es preciso sacar el mejor partido de las cosas, sin perder tiempo en inútiles refunfuños, poniéndose a la tarea y viendo lo que se puede hacer. En todas las mentiras suele haber algún grano entre la paja; yo en este caso tenía que ir en busca del grano; por esa razón mandé llamar a la muchacha y ella acudió. Era una mujer bien parecida, suave y modesta, pero, si los signos exteriores valen para algo, sabía del asunto lo mismo que un reloj de señora. Yo le pregunté:

—Veamos querida, ¿os han hecho preguntas acerca de algunos detalles?

Ella contestó que no.

—Bien, yo no esperaba que os hubiesen hecho ninguna pregunta, pero quería estar seguro; pero así me han educado. Pues bien : no toméis a descortesía que os recuerde que, como nosotros no sabemos quién sois, hemos de avanzar poquito a poco. Quizá estéis en lo cierto, desde luego, y ojalá que lo estéis; pero no es proceder con juicio el darlo por supuesto. Eso ya lo comprendéis. No tengo más remedio que haceros unas pocas preguntas. Limitaos a contestarme con llaneza y verdad, y no temáis. ¿Dónde vivís, cuando estáis en vuestra casa?

—En el país de Moder, noble señor.

—País de Moder. No recuerdo haberlo oído nombrar antes de ahora. ¿Viven vuestros padres?

—En cuanto a eso, ignoro si viven todavía, dado que he permanecido tantos años encerrada en el castillo.

—¿Cómo os llamáis, por favor?

—Me llamo la señorita Alisanda la Carteloise, para serviros.

—¿Conocéis a alguien aquí que pueda identificaros?

—Eso no es probable, noble señor, porque es la primera vez que vengo este lugar.

—¿Traéis con vos cartas, documentos de cualquier clase, o pruebas de que sois persona seria y de fiar?

—Con seguridad que no. ¿Y para qué iba yo a traerlas? ¿No tengo acaso lengua, y no puedo decir todo eso yo misma?

—Pero, comprended que es distinto el que lo digáis vos y el que lo diga otra persona.

—¿Distinto? ¿Cómo puede ser eso? Me temo que no llego a entenderos.

—¿Qué no me entendéis? Por vida de ...; escuchad; válgame Dios: ¿que no sois capaz de entender una cosa como ésa? De modo que no sois capaz de entender la diferencia que hay entre lo que vos... ¿Por qué me miráis con esa inocencia y esa expresión de idiota?

—¿Yo? La verdad que no lo sé, pero será que ello es la voluntad de Dios.

—Si, sí; una cosa así debe de ser. No os preocupéis de verme excitado; la verdad es que no lo estoy. Cambiemos de tema. Hablemos de ese castillo, con las cuarenta y cinco princesas dentro, y tres orgoros al mando del mismo y decidme: ¿dónde está el harén?

—¿Harén?

— Me refiero al castillo. ¿Dónde está el castillo?

— ¡Ah! En cuanto a eso, os diré que es un castillo grande, fuerte, que se ve muy bien, y que se alza en un país lejano. Si , a muchas leguas.

—¿A cuántas?

—¡Oh noble señor! Sería terriblemente difícil de decir, porque las leguas son tantas y encajan tan bien una dentro de la otra, y son todas hechas según una misma figura y pintadas del mismo color, que no es posible distinguir una legua de la otra, ni es posible contarlas sin antes dividir la una de la otra, y bien sabéis que ésa es tarea propia de Dios y que excede a la capacidad humana; porque fijaos...

—No sigáis, no sigáis; no os preocupéis de la distancia. ¿Hacia dónde cae el castillo? ¿Qué dirección hay que tomar para ir a él desde aquí?

—¡Oh, por favor, señor! No hay dirección alguna desde aquí, porque el camino hasta él no va en línea recta, sino que cambia de dirección constantemente; pero la dirección de ese lugar no tiene importancia, porque se encuentra en algún lugar debajo de un firmamento, y luego de otro, de modo que si vos os hicieseis a la idea de que está en el Este, y camináis en esa dirección, observaréis que el camino gira sobre si mismo en el espacio de medio círculo, y como esta maravilla ocurre otra y otra vez, y otra vez más, os pesará de que os hayáis dejado guiar por vanidades de la inteligencia para retorcer y reducir a la nada la voluntad de Aquel que no dio a un castillo una dirección desde un lugar determinado, salvo que fuese su voluntad, y si no es su voluntad, todos los castillos y todas las direcciones hasta ellos desaparecerán de la tierra, dejando los lugares en que se encontraban, desolados y desiertos, advirtiendo con ello a sus criaturas que donde El quiere, El quiere y que donde El no quiere...

—Eso está muy puesto en razón, muy puesto en razón, y dejadnos respirar; no os preocupéis de la dirección (perdonad, os pido mil perdones), hoy no me encuentro bien; no hagáis caso si me veis hablar solo, porque se trata de una costumbre vieja, de una costumbre vieja y mala, pero de la que cuesta trabajo desprenderse cuando uno tiene el estómago estropeado de comer alimentos que se cosecharon mucho antes que uno hubiese nacido; buena muchacha, es imposible que el estómago de uno funcione con regularidad comiendo pollos que tienen mil trescientos años de viejos. Pero, no os preocupéis, de esto; decidme: ¿lleváis encima algo que se parezca a un mapa de esa región? Un mapa bueno...

—¿Es por acaso eso que me decís una cosa que los no creyentes han traído hace poco de más allá de los mares, y que, cuando se fríe en aceite, y se le agrega una cebolla y sal, produce...?

—¿Si un mapa es eso? ¿De qué estáis hablando ? ¿No sabéis lo que es un mapa? Bueno, bueno, no hagáis caso, no me deis explicaciones, detesto las explicaciones; las explicaciones oscurecen de tal manera las cosas, que os impiden decir anda acerca de las mismas. Ya podéis salir corriendo, corazón; buenos días; enseñale el camino, Clarence. Ahora estaba razonablemente claro el que aquellos asnos no tuvieron la costumbre de calar a esos embusteros para procurarse detalles. Quizá aquella muchacha llevaba en su cerebro alguna realidad, pero no creo que se pudiese extraérsela ni con una bomba hidráulica ; ni que fuera posible obtenerla con los recursos primitivos para hacer volar una cosa; se requería la dinamita. Se trataba de una perfecta pollina: y, sin embargo, el rey y sus caballeros habían escuchado su relato, como si ella hubiese sido una hoja arrancada del Evangelio. Hecho semejante sirve para calibrar a todos ellos. Fijaos ahora en la sencillez del procedimiento de aquella corte. Esta moza andante no había tenido más dificultad en llegar hasta el rey, dentro de su palacio, que la que en mis tiempos y en mi país habrían tenido en lograr acceso a un asilo de pobres. La verdad es que el rey se alegró de verla y de

escuchar su relato; con este relato suyo que ofrecer la moza fue tan bien recibida como lo es un cadáver por un juez de investigaciones.

Cuando estaba yo terminando de hacerme estas reflexiones, regresó Clarence. Le hice notar el resultado nulo de mis esfuerzos en el interrogatorio de la muchacha; no había conseguido descubrir un solo detalle que pudiera ayudarme a encontrar el castillo. El mozo pareció un poco sorprendido, intrigado, o yo no sé que; por su parte, me dijo que él se había quedado maravillado de que yo tuviese necesidad de hacer todas aquellas preguntas a la muchacha.

—Pero por todos los diablos — le dije—¿acaso no necesito yo encontrar el castillo? ¿Cómo me las puedo arreglar si no es así?

—Calmaos, señor, yo creo que es fácil responder a esa pregunta. Ella os acompañará. Es lo que hacen todos. Ella cabalgará con vos.

—¿Cabalgar conmigo? ¡No digáis tonterías!

—¡Claro que cabalgará! ¡Claro que cabalgará con vos! Ya lo veréis.

—¿Cómo? ¿Qué ella ramoneará conmigo por las colinas e irá conmigo a la búsqueda por los bosques (sola conmigo) lo mismo que si estuviésemos comprometidos para casarnos?

¡Pero eso es escandaloso! Pensad en lo que diría la gente.

¡Válgame Dios, la linda cara que se alzó delante de mí! El mozo aquel estaba ansioso de conocer todos los detalles de asunto tan delicado. Le hice jurar que guardaría el secreto, y le dije entonces el nombre de la muchacha de quien yo estaba enamorado: ¡la chicha de Flanagan! Clarence pareció desilusionado, y me dijo que no recordaba a esa condesa. ¡Que natural resultaba para el pequeño cortesano atribuirle una jerarquía! Me preguntó dónde vivía.

—En East Har — comprendí de pronto y me callé, algo confuso: luego, dije —: pero dejémoslo por ahora; en otro momento os lo contaré.

¿Podría él verla? ¿Le permitiría yo verla algún día?

Poco me costaba prometérselo, sería cuestión de mil trescientos años más o menos, y el mozo estaba anhelante; le dije, pues, que sí. Pero suspiré; no pude evitarlo. Sin embargo, ese suspiro carecía de sentido común, porque la muchacha no había nacido todavía. Pero, así somos, cuando se trata de sentimientos, no razonamos; nos limitamos a asentir.

Durante todo aquel día y toda la noche no se habló otra cosa que de mi expedición; los muchachos aquellos se portaron muy bien conmigo, se ocuparon mucho de mí, y parecía que habían olvidado su desilusión y su enfado anteriores, manifestando tal interés por que yo cazase a los ogros aquellos y pusiese en libertad a las vírgenes ya viejas y maduras, como si les hubiese dado a ellos mismo el contrato. La verdad es que eran buenos muchachos. Pero nada más que eso: muchachos. Me proporcionaron un sinfín de consejos acerca de cómo tenía que arreglármelas para buscar gigantes y para metérmelos en el zurrón: me explicaron toda clase de ensalmos contra los encantamientos, y me proporcionaron bálsamos y otras porquerías para curarme con ellas las heridas. A ninguno de ellos se les ocurrió pensar que, si yo era un nigromante tan prodigioso como afirmaba ser, para nada necesitaba de sus bálsamos y de sus enseñanzas ni de sus ensalmos contra los encantamientos y menos aún me iban a ser necesarias las armas y la armadura para una expedición de esa clase, aunque tuviese que luchar contra dragones que echaban fuego por la boca y contra demonios que venían de las llamas del infierno, y mucho menos contra adversarios tan insignificantes como los que yo buscaba, es decir, contra cualquiera de esos ogros vulgares de las antiguas colonias.

Me había propuesto desayunarme muy temprano y salir con el alba, porque era eso lo que se hacía corrientemente; pero pasé un rato endemoniado con mi armadura, y esto me retrasó

un poco. El embutirse dentro de la armadura cuesta mucho trabajo, porque la armadura tiene un sinfín de detalles. Empezáis por rodearos el cuerpo con una o dos capas de manta, para formar una especie de acolchado, y libraros de la frialdad del hierro, a continuación os ponéis vuestras mangas y camisa de cota de malla. Esa cota de malla está hecha de pequeñísimos eslabones de acero, entretejidos, que forman un tejido tan flexible, que si tiráis vuestra camisa de malla al suelo, ésta se apelotona lo mismo que un puñado de red de pescar húmeda. Es muy pesada y casi tan incómoda como la más incómoda de las telas que se fabrican para camisas de noche; sin embargo, es artículo muy corriente para cobradores de impuestos, reformadores y para reyes de un solo caballo con títulos defectuosos, y para toda esa clase de gente por el estilo. A continuación os ponéis los zapatos, que son una lanchas planas, entoldadas por encima mediante tiras de acero entrelazadas, y atornilláis vuestras burdas espuelas en los calcañares. Después, abrocháis las espinilleras en vuestras pantorrillas y las escarcelas en vuestros muslos; viene luego la coraza de espalda y la coraza de pecho, con lo que empezáis a sentir un poco molesto; después de eso engancháis en la coraza de pecho la media faldilla de anchas tiras de acero superpuestas, que os cuelgan por delante, pero que por detrás forman festón a fin de que podáis sentaros, aunque ni para poder secaros en ellas las manos significan las tales faldillas mejora alguna sobre cualquier cubo invertido para el carbón; después de eso, os ceñís vuestra espada; acto continuo metéis en vuestros brazos los codos en unión de las tuberías de estufa y metéis en vuestras manos los guanteletes; luego os caláis en la cabeza la ratonera de hierro con un retazo de tejido de acero sujeto al mismo para que os caiga detrás por encima del cuello, y héteos ya tan cómodo como una vela dentro del molde en que se fabrica. No es momento como para bailar. La verdad es que cuando un hombre está empaquetado de esa manera, resulta una nuez que no vale la pena de cascar, porque, mirándolo bien, es muy poca la carne que queda si se la compara con la cáscara.

Los muchachos me ayudaron, porque de otro modo no habría terminado nunca. Cuando estuve listo, entró casualmente Sir Bedivere, y me di cuenta de que quizá no había elegido yo el equipo más conveniente para un largo viaje. ¡Qué magnífico aspecto tenía él! ¡Y qué alto, ancho y grande parecía! Llevaba encima de su cabeza un casco cónico de acero que le llegaba sólo hasta las orejas, y únicamente llevaba como visor una estrecha barra de hierro que llegaba hasta el labio superior y le protegía la nariz; todo el resto de su armadura, desde el cuello hasta los talones, era de cota de malla flexible, incluidos los pantalones, pero casi todo estaba oculto por el vestido exterior que era, como ya he dicho, de cota de malla, y le colgaba recto desde los hombros hasta los tobillos; desde la cintura hasta la parte baja, lo mismo delante que detrás, esa prenda de vestir estaba dividida, de modo que le permitía montar a caballo, dejando que sus faldas colgasen a ambos lados. Sir Bedivere marchaba a griallear, y por eso era el equipo que más le convenía. Yo habría pagado cualquier cosa por aquel abrigo ruso, pero ya era demasiado tarde para andarme en preocupaciones.

El sol acababa de levantarse en el cielo, el rey y la corte andaban por allí cerca para verme marchar y desearme buena suerte; sería, pues, faltar a la etiqueta el retrasarme. En esas condiciones, vos no montáis a caballo; no montáis, y si intentáseis hacerlo, quedaríais defraudado. Os sacan en vilo, lo mismo que se lleva en vilo hasta la farmacia al un hombre con insolación; os colocan encima del caballo, os ayudan a endezaros, y sujetan vuestros pies dentro de los estribos; en todo ese tiempo experimentáis un sensación extraña, os sentís como ahogado, como si fueseis otro y no vos mismo, otro al que hubiesen cazado por sorpresa, o le hubiese caído un rayo, o algo por el estilo y no hubiese todavía vuelto de todo en sí, encontrándose entontecido, sin acabar de poder manejar sus miembros. Acto continuo

colocaron de pie y dentro de su casquillo, junto a mi pie izquierdo, el mástil al que llamaban lanza, y yo lo agarré con la mano; finalmente, me colgaron del cuello el escudo, y con eso quedé completo y listo para levar anclas y echarme a navegar. Se mostraron conmigo todo lo bondadosos que podían ser, y una doncella de honor me sirvió por sus propias manos la copa que llaman espolazo. Ya nada quedaba por hacer, fuera de que la damisela en cuestión se colocase a mis espaldas sobre un almohadón; lo hizo y me ciño el cuerpo con un brazo, o cosa así, para sostenerse.

Nos pusimos en camino, y todos nos dijeron adiós y agitaron sus pañuelos o sus yelmos. Todas aquellas personas con quienes nos encontramos cuando cabalgábamos colina abajo y cuando cruzamos la aldea, se mostraron respetuosas con nosotros, excepto algunos sucios muchachitos en las afueras del pueblo. Estos gritaron:

—¡Mirad ese mamaracho! — y nos tiraron pedazos de tierra.

Según he podido ver por experiencia, los muchachos son iguales en todas las épocas. No respetan nada, no les importa por nada ni por nadie. Le gritan : «Levántate, calvo», al profeta que seguía su camino sin molestar a nadie en la remota antigüedad. Me apedrean a mí en la lobreguez sagrada del Medioevo; y eso mismo era lo que yo había visto durante el gobierno de Buchanan; lo recuerdo, porque yo estaba allí y colaboré. El profeta disponía de sus osos; y arregló cuentas con los muchachos; yo quería bajarme del caballo y arreglar cuentas con los míos, pero la cosa no habría resultado, porque me habría sido imposible volver a montar a caballo. Odio al país que no dispone ni de una sola cabria.

CAPITULO XII

TORTURA LENTA

Casi enseguida nos vimos en pleno campo. Era un espectáculo encantador y agradable el de aquellas silvestres sociedades en las primeras y frescas horas de la mañana de principios de otoño. Desde lo alto de las colinas distinguíamos hermosos valles verdes que se extendían a nuestros pies y por los que serpentean arroyuelos; aquí y allá islotes de bosque de árboles y grandes robles solitarios esparcidos por el panorama, proyectando negras manchas de sombra; más allá de los valles, distinguimos hileras de colinas, envueltas en neblina azul, que se alejan en perspectiva ondulante hasta el horizonte; a largos intervalos distinguíase una mancha de blanco o de gris en lo alto de una ola; sabíamos que aquello era un castillo. Cruzamos por extensos prados naturales en los que centellaba el rocío, y avanzábamos igual que si fuéramos espectros, porque el césped acolchado no dejaba oír ningún ruido de pisadas; soñamos, cruzando por calveros envueltos en una neblina de luz verde coloreada por el techo, empapado de sol, de follaje que se alzaba sobre nuestras cabezas, y el más claro y más fresco de los arroyuelos avanzó junto a nuestros pies saltando y chachareando en sus cañas y levantando una especie de música susurrante, que era una delicia para los oídos; en ocasiones dejábamos a nuestras espaldas el mundo, y penetrábamos en las profundidades grandiosas y solemnes, y en la rica penumbra de la selva, en la que pasaban jopeando y se escabullían, unas cosas furtivas y selváticas, desapareciendo aún antes de que hubieseis podido mirar al sitio de donde os llegaba el ruido; únicamente, los pájaros más primitivos se dejaban ver, entregándose a sus tareas con un cántico aquí, una riña más allá, y un misterioso y lejano martilleo y tamborileo en busca de gusanos sobre el tronco de un árbol, allá en algún lugar de la impenetrable lejanía de los bosques. Al poco rato lográbamos nosotros salir otra vez a un calvero.

La tercera, cuarta o quinta vez que salimos a un calvero—situado por allí en nuestro camino, a cosa de un par de horas después de salir el sol—, ya la excursión no resultaba tan agradable como lo había sido antes. Empezaba a hacer calor. Este se dejaba sentir mucho. Nos tocó un trecho de camino largo y sin sombra alguna. Resulta curioso el ver cómo las pequeñas molestias crecen y se van multiplicando progresivamente en cuanto empezáis a sentir las. Cosas que al principio no me habían importado, empezaron a importarme ahora, y me fueron importando cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Las primeras diez o quince veces que me hizo falta el pañuelo, no parecí darle importancia; seguí adelante, diciéndome que no importaba, que no era cosa de preocuparse, y lo aparté de mi imaginación. Pero ahora la cosa variaba; necesitaba el pañuelo insistentemente; la idea de que necesitaba el pañuelo me encoraba, me encoraba, seguía encorándome, sin dejarme descansar; no había manera de distraer mi atención; por último, perdí los estribos y mandé al diablo al hombre al que se le había ocurrido fabricar una armadura sin ponerle bolsillos.

Porque donde yo tenía el pañuelo era en mi yelmo; el pañuelo y algunas otras cosas; pero era el mío uno de esos yelmos que tiene que ayudarnos otra persona a quitárnoslos. Eso no se me había ocurrido cuando puse allí el pañuelo; la verdad es que entonces no lo sabía y me pareció que era aquél un lugar muy oportuno. Pero ahora, la idea de que lo tenía allí tan a mano, tan cerca, y sin poder agarrarlo, empeoraba el sufrimiento y lo hacía más insoportable. Sí, por lo general, son las cosas a las que no podéis echar mano las que necesitáis. Eso lo ha observado cualquiera. Pues bien; el pañuelo apartó mi atención de todas las demás cosas, las barrió de mi imaginación, centrándose en mi yelmo; millas y millas, mi atención estuvo puesta allí, imaginándome el pañuelo, representándomelo; era una amargura y una irritación el que el sudor salado me gotease dentro de los ojos y que yo no pudiera recurrir al pañuelo. Así, en el papel, parece una insignificancia; pero en la realidad no tenía nada de insignificante, sino que constituía ya desdicha mayor. No lo diría, si no fuese así. Decidí que la próxima vez llevaría conmigo un bolso, cayese bien o mal, hablase o dejase de hablar la gente lo que le diese la gana. Desde luego, que aquellos estúpidos hombres de hierro de la Mesa Redonda opinarían que aquello era escandaloso, y quizá gritasen escandalizados, pero en cuanto a mí, prefiero en primer lugar la comodidad, y después, la elegancia. Seguimos, pues, avanzando penosamente; de cuando en cuando cruzábamos un espacio de terreno lleno de polvo, y las nubes que levantábamos se me metían por la nariz y me hacían estornudar y llorar; en esos momentos pronuncié frases que no debía haber dicho; no lo niego. Yo no soy mejor que los demás.

Parecía que no íbamos a tropezar con nadie, ni siquiera con un ogro, en esta solitaria Inglaterra; en el humor que yo llevaba, fue preferible para el ogro que no tropezásemos con él, es decir, si el ogro llevaba un pañuelo. La mayoría de los caballeros sólo habrían pensado en apoderarse de su armadura; pero yo, con tal de hacerme con su gran pañuelo de dibujos, le habría dejado toda su ferretería, y que buen provecho le hiciese. Entre tanto, la temperatura era cada vez más y más ardiente. Figuraos que el sol caía de plano y el hierro se iba calentando cada vez más. Ya comprenderéis que si sentís esa clase de calor, la cosa más pequeña os irrita. Cuando yo ponía mi caballo al trote, armaba un traqueteo como si fuera un cajón lleno de fuentes, y eso me molestaba; además, no sabía cómo arreglármelas para sujetar aquel escudo, que no hacía otra cosa que dar golpes, una vez contra mi pecho y otra contra mi espalda; si ponía, el caballo al paso, las junturas de mi armadura crujían y rechinaban del modo fatigoso que cruje y rechina una carretilla de mano; y como a ese paso no levantábamos soplo alguno de viento, tenía la impresión de que me iba a freír dentro de

aquella estufa; además, cuanto más al paso camináis, más deja el hierro sentir su peso sobre vuestro cuerpo, afianzándose en éste, y más y más toneladas os parece que pesáis a cada minuto que pasa. Agréguese a esto que me sentía en la necesidad de cambiar de manos, pasando la lanza de un pie al otro, porque resultaba molestísimo el sostenerla mucho rato seguido con la misma mano.

Ahora bien: es cosa sabida que cuando llegáis a sudar de esa manera, a ríos, llega un instante en que, en que... bueno, en que os pica. Vos estáis metido dentro de la armadura, y vuestras manos están fuera. ¡Bonita situación! Entre vuestras manos y donde os pica no hay más que hierro. Parezca bien o parezca mal, yo digo que no es cosa de poca monta.

Empieza por picaros en un sitio, luego, en otro; luego, en otro más, y sigue la picazón extendiéndose y extendiéndose y acaba ocupando todo el territorio; nadie puede imaginarse lo que sentís, ni lo desagradable que aquello resulta. Cuando las cosas habían llegado a su punto peor, y yo creía que ya no podría resistir más, se me metió una mosca por entre la rejilla y se asentó en mi nariz; las barras de la rejilla estaban atascadas y no funcionaban, y yo no podía levantarme el visor y tampoco podía sacudir la cabeza, que para entonces la tenía como en un horno, y la mosca—bueno, ya saben ustedes la manera de proceder de una mosca cuando ella ha hecho presa segura—; la mosca de marras sólo reaccionaba ante mis sacudidas, pasándose de la nariz a los labios y de los labios a una oreja, y allí zumbaba de un lado para otro, y seguía posándose y mordiendo de una manera que a mí, que ya me encontraba en grandes angustias, me resultó insoportable. Me di por vencido, e hice que Alisanda me soltase el yelmo y me lo quitase de encima. Entonces ella lo vació de los artículos de comodidad que yo había guardado en el mismo y me lo trajo lleno de agua; yo bebí, y luego me puse bien tieso, y ella vertió el resto del líquido por el interior de mi armadura. Nadie puede imaginarse lo que aquello me reconfortó. Alisanda siguió trayendo agua y vertiéndola de arriba abajo por el interior de la armadura, hasta que estuve empapado y me sentí completamente a gusto.

¡Qué satisfacción el poder tener un descanso y quedar en paz! Pero en esta vida no hay nada completamente perfecto. Algún tiempo atrás yo me había fabricado una pipa y había cultivado algo de tabaco de muy buena calidad; no era verdadero tabaco, sino lo que algunos indios emplean para fumar, a saber: la parte interior de la corteza seca de un mimbrero. Todas estas comodidades las llevaba yo dentro del yelmo y ahora estaban a mi disposición otra vez, pero no tenía cerillas.

Poco a poco, a medida que transcurría el tiempo, se impuso a mi comprensión un hecho molesto: el que el tiempo aquel nos retrasaba. Un novicio armado con todas sus armas no puede encaramarse a su caballo sin ayuda, sin mucha ayuda. La Rubia no bastaba; para mí, al menos, no era bastante. Teníamos que esperar hasta que alguien pasase por allí. Esperar en silencio habría resultado lo suficientemente agradable, porque yo rebosaba de temas de meditación y quería dar a mi pobre cerebro ocasión de funcionar. Yo quería descubrir cómo era posible que hombres racionales, o por lo menos medio racionales, hubiesen aprendido a llevar encima una armadura, teniendo en cuenta las mil incomodidades de la misma, y cómo era posible que se las hubieran arreglado para mantener una moda como aquella durante generaciones y generaciones, teniendo en cuenta que, lo que yo soportaba hoy, ellos lo habían venido soportando todos los días de su vida. Necesitaba encontrar una explicación a semejante fenómeno; además, yo quería descubrir algún modo de reformar semejante absurdo y de convencer a las gentes que dejasen que desapareciese aquella moda estúpida; pero en circunstancias como aquella, el pensar estaba fuera de toda posibilidad. Donde estuviese la Rubia no era posible pensar.

Era una mujer por demás servicial y bondadosa, pero cuando se desataba a hablar funcionaba con tanta constancia como un molino y os levantaba dolor de cabeza, lo mismo que las galeras y los grandes carros de la ciudad. Si se le hubiese podido taponar la boca con un corcho, aquella mujer hubiera resultado una gran comodidad. Pero a esa clase de mujeres no es posible taponarlas; se morirían. Su chachareo no cesaba en todo el día, y yo estaba viendo que su mecanismo iba a sufrir en cualquier momento un percance; pero no, jamás se desconcertó, y ella no tuvo nunca necesidad de acortar su marcha por falta de palabras. Era capaz de moler, darle a la bomba, girar como una desnatadora y zumbiar durante una semana seguida, sin detener la máquina un momento, para engrasarla o enfriarla. Pero el resultado de todo aquello no era más que viento. Carecía por completo de ideas; no había en su palabrerío más ideas que las que hay en una niebla. Era una charlatana sin sustancia, quiero decir que todo se le volvía chacharear y charlatenear; pero era todo lo buena que podía ser. Aquella mañana no había hecho caso de su mosconeo, porque ya tenía bastantes molestias de otra clase, pero por la tarde tuve que decirle más de una vez: —Tómame un descanso, muchacha; al paso que llevas de gastar todo el aire de esta tierra, el reino tendrá que dedicarse a traerlo mañana de importación, y ya la tesorería anda bastante escasa sin ese gasto.

CAPITULO XIII

HOMBRES LIBRES

Sí, resulta curioso con que poco puede contentarse una persona en cada momento. Un rato antes, cuando yo cabalgaba y padecía, este descanso, esta suave serenidad en aquel rincón sombreado y apartado, cerca de aquel arroyo parlero, me habría parecido un cielo de tranquilidad, en el que yo habría podido pasar mi vida con toda comodidad con sólo que vertiesen un recipiente de agua de cuando en cuando dentro de mi armadura. Sin embargo, ya empezaba a sentirme descontento; en parte, porque no podía encender mi pipa—pues si bien era cierto que hacía tiempo había puesto yo en marcha una fábrica de cerillas, me había olvidado de surtirme de ellas—y en parte, porque no teníamos nada para comer. Aquí tenemos otro ejemplo de la imprevisión infantil de aquella época y de aquel pueblo. Un hombre embutido en su armadura fiaba siempre a la casualidad el proporcionarle alimento durante sus andanzas, y se habría escandalizado ante la sola idea de llevar colgando de su lanza una cesta de bocadillos. Es probable que en todo aquel artilugio de la Mesa Redonda no hubiese un solo caballero que no prefiriese morir antes de que nadie lo viese llevando una cosa así en el asta de su guión. Y, sin embargo, no puede haber nada más razonable. Yo había tenido el propósito de meter de contrabando en mi yelmo un par de bocadillos, pero me sorprendieron en el acto, y tuve que presentar disculpas y dejarlos a un lado, comiéndoselos un perro.

Se acercaba la noche, y con la noche, una tormenta. La oscuridad se echaba rápidamente encima. No teníamos más remedio que acampar allí mismo. Encontré debajo de una roca un buen refugio para la joven, y yo me aparté de allí y encontré otro para mí mismo. Pero no tuve más remedio que permanecer dentro de mi armadura, porque no me la podía quitar yo mismo, y tampoco podía dejar que Alisanda me ayudase, porque aquello se habría parecido mucho a desnudarme ante otra persona. En realidad no habría sido así, porque yo llevaba ropas debajo; pero es difícil desembarazarse de golpe de ciertos prejuicios en que

uno ha sido educado, y yo sabía que cuando llegase el momento de desembarazarme de aquellas faldas de hierro, recortadas por detrás me sentiría embarazado.

La tormenta produjo un cambio de temperatura; cuanto más fuerte soplaba el viento y con mayor furia caía el agua a nuestro alrededor, mayor iba siendo el frío. Al poco rato empezaron a salir de la humedad manadas de distintas clases de escarabajos, hormigas, gusanos y otros animaluchos, metiéndose dentro de la armadura para estar calientes; algunos de ellos se portaban regularmente bien, colocándose a su comodidad entre mis ropas y permaneciendo allí tranquilos, pero la mayoría era inquieta y molesta; no se estaba tranquila un instante, sino que se lanzaba a merodear y a la caza de no sabían qué, especialmente las hormigas, que se trasladaron de parte a parte de mi cuerpo en fatigosa procesión durante horas enteras; son unos animalitos en cuya compañía yo no deseo volver a dormir. Yo aconsejaría a las personas que se encuentran en una situación así que no se revuelquen ni peguen saltos de un lado a otro; esto excita el interés de las distintas clases de animales y hace que todos ellos quieran salir fuera para ver lo que ocurre, lo cual no hace sino empeorar las cosas y os obliga a renegar todavía con mayor violencia, si eso es posible. Pero si uno no se revuelca y pega saltos de un lado a otro, se moriría; de modo, pues, que lo mismo de una cosa que otra, porque no hay verdaderamente posibilidad de elegir. Aún después que yo me quedé duro como el hielo, podía distinguir aquel hormigueo, parecido al que experimenta el cuerpo cuando se lo somete a tratamiento eléctrico. Yo me dije que, después de aquel viaje, no volvería jamás a llevar puesta una armadura.

Durante todas aquellas hora de prueba en que yo estaba helado y, sin embargo, era un fuego vivo, como si dijéramos, debido al enjambre de animalitos reptadores, daba vueltas y más vueltas por mi cansado cerebro la misma pregunta incontestable: «¿Cómo pueden las personas soportar esta atormentadora armadura? ¿Cómo se las arreglaron para soportarla todas las generaciones que la han usado? ¿Cómo pueden esas personas dormir pro la noche pensando en las torturas del día siguiente?»

Cuándo, por fin, llegó la mañana, yo me encontraba en situación bastante mala: destemplado, amodorrado, antontado por falta de sueño; fatigado de tanto moverme a saltos de un lado para otro; hambriento, debido al largo ayuno; anhelante de tomarme un baño, para desembarazarme de aquellos animalitos, e inválido con el reuma. ¿Y qué tal lo había pasado aquella mujer de alcurnia, aquella aristócrata con título, la señorita Alisanda la Carteloise? Pues estaba tan fresca como una ardilla; había dormido como los muertos. En cuanto a tomar un baño, es probable que ni ella ni ninguna otra persona noble del país se hubiese bañado en su vida, de modo que no podía echarlo en falta. Aquellas gentes, midiéndolas por las costumbres modernas, eran simplemente unos salvajes algo modificados. Aquella noble damisela no dio señales de impaciencia por desayunarse, y también esto huele a salvaje. Los británicos de aquel tiempo estaban acostumbrados a largos ayunos durante sus viajes y sabían soportarlos; sabían también cargarse bien en previsión de probables ayunos antes de ponerse en marcha, tal como lo hacen los indios y los anacondas. Nada tendría de particular que la Rubia se hubiese cargado de lastre para un ayuno de tres días.

Echamos a andar antes de la salida del sol, la Rubia a caballo, y yo, renqueando, detrás. Media hora después tropezamos con un grupo de pobres seres harapientos que se habían reunido para arreglar una cosa que ellos llamaban un camino. Se condujeron conmigo con tanta humildad como los animales; cuando les propuse desayunarme con ellos, se sintieron tan halagados y tan abrumados por aquella benevolencia mía, que en el primer momento no acertaban a creer que yo lo dijese en serio. Mi dama torció el gesto con expresión de mofa y

se apartó a un lado, diciendo, de manera que ellos le oyesen, que antes comería con las demás bestias que con ellos, comentario que si dejó embarazados a aquellos pobres diablos fue simplemente por el hecho de que se refería a ellos y no porque se creyesen insultados ni ofendidos por el comentario. Y, sin embargo, no se trataba de esclavos ni de siervos de la gleba. Por un sarcasmo de la ley y del lenguaje, eran ciudadanos libres. Siete décimas partes de la población libre del país eran iguales a ellos en clase y condición: pequeños granjeros, independientes, artesanos, etc, es decir, eran la nación, la auténtica nación; eran casi todo lo que en ella había de útil, de digno de salvarse, de digno de un verdadero respeto; sustraerlos a ellos habría equivalido a sustraer la nación, dejando detrás algunas heces, algunos desechos, en forma de un rey, la nobleza y los caballeros, la gente ociosa, la gente improductiva, la gente familiarizada principalmente con las artes de la destrucción y del derroche, con las gentes que en un mundo racionalmente organizado no sirven para nada ni tienen valor alguno. Sin embargo, y gracias a un ingenioso artilugio, esta minoría dorada, en lugar de estar en la cola de la procesión, que era el lugar que le correspondía, marchaba con la cabeza alta y con banderas desplegadas al otro extremo de la misma; esa minoría había decidido que ella era la nación y todos estos hombres callados y modestos lo habían tolerado durante tanto tiempo, que acabaron por aceptarlo como una verdad; y no sólo acabaron por aceptarlo como una verdad, sino que les pareció que aquello era justo y que debía de ser así. Los eclesiásticos les habían predicado a sus antepasados y a ellos mismo que semejante irónico estado de cosas había sido impuesto por Dios; de esa manera, sin ponerse a pensar en lo improbable que era que Dios se hubiese divertido con tales sarcasmos, y especialmente con burlas tan pobres y transparentes como ésta, dejaron estar las cosas y permanecieron respetuosamente tranquilos.

La conversación de aquellos hombres mansos sonaba de una manera extraña en oídos que habían sido norteamericanos. Eran hombres libres pero no podían abandonar las fincas de su señor o de su obispo sin permiso de éstos; no podían fabricar su propio pan, sino que tenían que entregar su trigo para moler y su pan para cocer en el molino y en la panadería de aquéllos, pagando una bonita cantidad por esas operaciones; no podían vender ninguna cosa de su propiedad sin pagar al señor o al obispo un magnífico porcentaje del precio obtenido; ni podían comprender a otro un objeto de su propiedad sin pagar a su señor en dinero contante ese privilegio; tenían que cosechar gratis el cereal del amo, y si éste los llamaba, tenían que acudir en el acto, dejando que sus propias cosechas corriesen el peligro de ser destruidas por la tormenta que amenazaba; tenían que permitirle plantar árboles frutales en sus campos de cultivo, y guardarse de exteriorizar su indignación si los cosechadores de las frutas pisoteaban el cereal alrededor de los árboles; tenían que guardarse su ira cuando las partidas de caza del señor pasaban al galope por sus cultivos, destrozando lo que habían conseguido ellos a fuerza de paciente trabajo; no se les permitía criar palomas, y cuando las bandadas de palomas del palomar del señor se posaban en sus cultivos, no debían perder su paciencia y matar a ninguna, porque el castigo sería terrible; cuando, por fin, recogían la cosecha, se presentaba el cortejo de despojadores para cobrarles el barato: primero, la Iglesia acarreaba su productivo diezmo; luego, el comisionado del rey se llevaba la vigésima parte; luego, los empleados del señor producían una gran mella en el resto; después de todo aquello, el desollado hombre libre disfrutaba de la libertad de meter el resto de su cosecha en graneros, si valía la pena de tomarse ese trabajo; todo se volvían impuestos, impuestos y más impuestos, y nuevos impuestos, y todavía más impuestos, que tenía que pagar este mendigo libre e independiente, mientras que ni su señor el barón ni el obispo tenían que pagar ninguno, ni los pagaba la derrochadora nobleza ni la trágala todo,

que era la Iglesia; para que el barón pudiera dormir sin que nadie le molestase su sueño, le hombre libre, después de su jornada de trabajo, tenía que velar de noche y golpear con varas los estanques y las ciénagas a fin de que las ranas se mantuviesen calladas; si la hija del hombre libre...; pero no, esta infamia, la mayor de los gobiernos monárquicos, no puede imprimirse; y por último, si el hombre libre, desesperado ya de sus tormentos, encontraba la vida insostenible bajo tales condiciones, y la sacrificaba y buscaba en la muerte compasión y refugio, la bondadosa Iglesia lo condenaba a fuego eterno, la bondadosa legislación lo enterraba a medianoche en un cruce de carreteras con la espalda atravesada por un palo, y el señor barón o el obispo confiscaban todas sus propiedades y arrojaban a la calle a su viuda y sus huérfanos.

Ahí estaban esos hombres libres reunidos a primera hora de la mañana para trabajar tres días cada uno, gratis, en el camino que pertenecía a su señor el obispo; todos los cabezas de familia y todos los hijos de familia, tres días cada cual, gratis, con más un día por sus criados. La verdad que todo esto se parece a lo que uno lee acerca de Francia y de los franceses antes de la por siempre memorable y bendita revolución, que barrió mil años de tales infamias en un rápido maremoto de sangre, en uno sólo, es decir en una liquidación de aquella vieja deuda en la proporción de media gota de sangre por cada veinte cántaras de la que había sido arrancada al pueblo mediante torturas lentas en el lastimoso transcurso de diez siglos de injusticia, de vergüenza y de miseria, que no encuentran comparación sino en el mismo infierno. Recordémoslo y meditémoslo: hubo dos reinados de terror: el uno, asesinó llevado de un arrebatado de pasión, el otro asesinó despiadadamente, a sangre fría; el uno, duró algunos meses, el otro duró mil años; el uno, mató diez mil personas, el otro, mató a un centenar de millones; pero nosotros nos escalofriamos únicamente de los «horrores» del más pequeño de esos reinados del terror, del terror momentáneo, como si dijéramos; y, sin embargo, ¿qué es el horror de una muerte rápida, de un hachazo, comparado con el de una muerte que dura toda la vida, entre hambre, fríos, ofensas, crueldad y desgarramiento de alma? ¿Qué es la muerte rápida producida por el rayo comparada con la muerte a fuego lento en la hoguera? Los ataúdes que llenó aquel breve terror, que con tanta diligencia se nos ha enseñado a mirar con estremecimientos y a lamentar doloridos, cabrían en el cementerio de una ciudad; pero difícilmente cabrían en toda Francia los ataúdes que llenó aquel otro Terror más antiguo y más real, aquel Terror indeciblemente amargo y espantoso que a ninguno de nosotros se nos ha enseñado a contemplar en su inmensidad ni a compadecer como se merece.

Aquellos pobres y, en apariencia, hombres libres que estaban compartiendo su desayuno conmigo, y también su charla, se hallaban poseídos de tan humilde reverencia hacia su rey, hacia la Iglesia y hacia la nobleza como hubieran podido desear sus peores enemigos. Tenía aquello algo de lamentablemente cómico. Les pregunté si creían que hubiese existido alguna vez una nación compuesta de gentes de pueblo que, mediante un voto libre en la mano de cada individuo, hubiese determinado que reinase sobre ella para siempre una sola familia y sus descendientes, lo mismo si eran unos babiecas, con exclusión de todas las demás familias, incluyendo la del votante; y que hubiesen elegido que un centenar de familias ascendiesen hasta las cimas mareantes de la alcurnia y se revistiesen de glorias y privilegios dañosos y hereditarios, con exclusión de todas las demás familias de la nación, incluyendo a la del propio votante. Pareció que la pregunta no les había afectado, y contestaron que no lo sabían; que nunca habían pensado en ello hasta entonces, y que nunca se les había ocurrido el que una nación se hallase en condiciones de que todos sus hombres pudieran tener voz en el Gobierno. Yo les dije que había visto una, y que esa nación duraría

hasta el momento en que tuviese una Iglesia oficial. Tampoco ahora pareció que mis palabras habían dado en el clavo, al principio. Pero , poco después, uno de aquellos hombres alzó la vista y me pidió que repitiese aquella proposición; yo la expuse lentamente , de modo que pudiera calar en su cerebro. Eso hice yo, y al cabo de unos momentos aquel hombre captó la idea, bajó el puño y dijo que él no creía que una nación en la que todos los hombres disponían de un voto pudiera caer voluntariamente en el fango y en la vergüenza de semejantes cosas, y que el robar a una nación su voluntad y sus preferencias tenía que ser un crimen, el mayor de todos los crímenes. Yo me dije para mis adentros:

«Este sí que es un hombre. Si yo me viera respaldado por un número suficiente de hombres de esta clase, emprendería una lucha a favor del bienestar de este país, y procuraría demostrar que yo era el más leal de sus ciudadanos, realizando un cambio saludable en su sistema de gobierno»

Por esto comprenderéis que la lealtad que yo propugnaba era la lealtad al país propio, no a sus instituciones, ni a los que detentan el poder. Lo real y auténtico es el país; el país es lo esencial, lo eterno; de quien hay que cuidar, por el que hay que velar, a quien hay que guardar lealtad es al país; las instituciones son cosa postiza, son simplemente sus vestidos, y la ropa puede gastarse, puede destrozarse, puede dejar de resultar cómoda, puede dejar de proteger al cuerpo contra el invierno, la enfermedad y la muerte. Ser leal a los harapos, gritar a favor de los harapos, reverenciar a los harapos, morir por los harapos es una lealtad carente de razón, es pura animalidad, es propia de la monarquía, fue inventada por la monarquía. Yo procedía de Conneticut, estado cuya Constitución declara «que todo el poder político está adscrito al pueblo, y todos los gobiernos libres tiene por base la autoridad del pueblo y han sido instituidos para beneficio del pueblo; y que este tiene en todo momento un derecho indiscutible e inalienable a alterar su forma de gobierno de la manera que el mismo pueblo crea que procede».

Bajo ese evangelio, el ciudadano que juzga que los vestidos políticos de la comunidad están ya gastados y , sin embargo, permanece tranquilo y no se mueve pidiendo ropas nuevas, es desleal, es un traidor. No le disculpa el que quizá sea él la única persona que cree percibir ese desgaste; su deber es el de agitarse de cualquier manera, y el deber de los demás consiste en echarlo abajo con sus votos, si no tienen la misma visión del problema.

Allí estaba yo, después de todo, en un país en que el derecho a decir cómo tenía éste que ser gobernado se hallaba restringido a seis personas por cada mil de su población. El manifestarse descontentas con el sistema reinante y el excitar a cambiarlo, si quienes tal hacían eran las novecientas cuarenta y cuatro últimas, habría hecho estremecerse como a un solo hombre a las seis restantes, y habría constituido una traición desleal , deshonrosa y putrefacta. Yo me había convertido, como si dijéramos, en un accionista de una compañía en la que novecientos cuarenta y cuatro de sus miembros suministraban todo el dinero y realizaban todo el trabajo, mientras que los otros seis se habían nombrado a sí mismos para el consejo permanente de dirección y se repartían entre sí todos los dividendos. Me pareció que lo que necesitaban los novecientos cuarenta y cuatro engañados era que se les diese un nuevo trato. Para la parte de circo que llevo yo en mi temperamento, lo que mejor le habría venido era el renunciar a mi patronazgo, organizar una insurrección y transformarla en revolución; pero yo sabía que el Jack Cade o el Wat Tyler que lo intenta sin antes educar a sus materiales, elevándolos hasta el grado de revolucionario, puede estar casi seguro de que lo dejarán en la estacada. Yo nunca me acostumbré a que dejasen en la estacada, a pesar de que yo lo diga. Por consiguiente, el trato que desde hacía algún tiempo iba tomando forma

en mi imaginación era de un modelo completamente distinto al que emplearon Cade y Tyler.

Me abstuve, pues, de hablar de sangre y de insurrección al hombre aquel que seguía sentado masticando pan negro con aquel rebaño de corderos humanos del que se abusaba de tal manera y al que de tal manera se equivocaba; me lo llevé, en cambio aparte y le hablé de un asunto diferente. Cuando hube terminado, hice que me prestase un poco de tinta de sus venas; con ésta y con una pequeña astilla, escribí en un pedazo de corteza: «Colocadlo en la fábrica de hombres.»

Se la di, y le dije:

—Llevad esto al palacio de Camelot, y dádselo en propias manos a Amyas el Pollo, al que yo llamo Clarence, y él comprenderá.

—Se trata, entonces, de un clérigo — me dijo el hombre, y observé que desaparecía de su rostro una parte del entusiasmo.

—¿Cómo que es un clérigo? ¿No os he dicho que en mi fábrica de hombres no puede entrar nadie que pertenezca a la clase de siervos de la Iglesia, ni de esclavos jurados del Papa o del obispo? ¿No os dije que vos mismo no podrías entrar a menos de que vuestra religión, tengáis la que tengáis, sea de vuestra libre propiedad?

—¡Claro que es así, y por ello me alegré! Lo que ya no me agradó, y lo que despertó en mi interior una fría duda, fue el enterarme de que estaba allí ese clérigo.

—Yo os aseguro que no es clérigo.

El hombre me miró con expresión muy poco satisfecha, y me dijo:

—¿Qué no es clérigo, y sabe leer?

—No es clérigo, y, sin embargo, sabe leer, si; y sabe, además, escribir, si así me lo ponéis. Yo mismo se lo enseñé —la cara de aquel hombre se iluminó—Y eso será la primer cosa que os enseñarán en esa fábrica...

—¿A mí? Yo daría la sangre de mi corazón por saber ese arte. Os digo que seré vuestro esclavo, vuestro...

—No, no lo seréis; no seréis esclavo de nadie. Reunid a vuestra familia y marchaos. Vuestro señor el obispo confiscará vuestros escasos bienes, pero que no os importe. Clarence os establecerá a vuestra comodidad.

CAPITULO XIV

«DEFIÉNDETE, SEÑOR»

Pagué por mi desayuno tres peniques, suma por demás extravagante, puesto que con ella podían desayunarse una docena de personas; pero yo me sentía para entonces a mi gusto y siempre he sido de un modo u otro un derrochador; además como aquellas gentes habían querido darme aquellos alimentos gratis, a pesar de lo escasos que andaban, resultaba una satisfacción agradable el hacer resaltar mi aprecio y sincero agradecimiento mediante un grueso donativo financiero que en aquellas manos sería mucho más beneficioso que guardado en mi yelmo; como estas monedas de penique se fabricaban de hierro y no se escatimaban en el peso, mi medio dólar en peniques resultaba para mí una carga bastante pesada.

Por aquellos días gasté el dinero con liberalidad excesiva, es cierto; pero una de las razones a que esto obedeció fue el que aún no había yo llegado a ajustar en el reino los precios proporcionales de las cosas, a pesar de mi larga estancia en Inglaterra; no había llegado

hasta el punto de comprobar de una manera absoluta que un penique en la nación de Arturo y un par de dólares en Conneticut venían a ser una y la misma cosa: monedas gemelas, como si dijéramos, por lo que hace a su capacidad de compra. Si se hubiese retrasado muy pocos días más mi marcha de Camelot, hubiera podido yo pagar a esta gente en hermosas monedas nuevas de nuestro propio cuño, cosa que me habría agradado, y seguramente no les habría agradado menos a ellos. Yo había adoptado exclusivamente las monedas norteamericanas. Una o dos semanas después, los céntimos, níqueles, monedas de diez centavos, cuartos, medios dólares y también un poquitín de oro estaría corriendo en caudales poco voluminosos, pero seguros por todas las venas comerciales del reino, y yo esperaba ver cómo esta nueva sangre rejuvenecería su vida.

Los campesinos aquellos se empeñaron en recompensar mi liberalidad con algo más, lo quisiese yo no lo quisiese, en vista de lo cual les permití que me regalasen un pedernal y su acero; en cuanto ellos nos colocaron a la Rubia y a mí cómodamente a caballo, encendí mi pipa. Cuando salió por entre la rejilla de mi yelmo la primer bocanada mía de humo, toda aquella gente salió corriendo hacia el bosque, y la Rubia cayó por la grupa al suelo, dando un golpe sordo. Creyeron todos que yo era uno de esos dragones que vomitan fuego, y acerca de los que había oído hablar mucho por boca de los caballeros y otros mentirosos de profesión. Me costó un trabajo infinito convencer a aquellas gentes de que se arriesgasen a volver hasta una distancia que me permitiese explicárselo. Entonces les dije que aquello no era sino un pequeño encantamiento que no haría daño a mis enemigos. Les prometí, con la mano puesta en mi corazón, que si todos cuantos no sentían contra mí enemistad alguna se acercaban y desfilaban por delante, tendrían ocasión de ver; únicamente los que se quedaban atrás caerían muertos de golpe. La procesión avanzó con mucha rapidez. No hubo bajas que lamentar, porque ninguno tuvo la curiosidad suficiente para quedarse donde estaba y ver lo que ocurría.

Después de eso, tuve que perder algún tiempo, porque aquellos niños grandes, una vez perdido el temor, se mostraron tan atónitos y satisfechos ante aquella manera mía tan aterradora de lanzar fuego, que tuve que seguir allí y fumarme un par de pipas para que me dejaran marchar. Sin embargo, el retraso no resultó completamente improductivo, porque la Rubia necesitó de todo ese tiempo para acostumbrarse del todo a semejante novedad; tened en cuenta que ella iba muy cerca. También logré con ello detener durante bastante tiempo el molino de su conversación, y eso era ya una ganancia. Pero, por encima de los demás beneficios, yo había aprendido algo. Yo estaba en situación de hacer frente a cualquier gigante o cualquier ogro que pudiera presentármese.

Aquella noche la pasamos con un santo ermitaño, y mi oportunidad llegó a esos de la media tarde del día siguiente. Para atajar camino, estábamos cruzando por un enorme prado; yo marchaba ensimismado, sin oír nada, ni ver nada; de pronto, la Rubia interrumpió unos comentarios que había empezado a hacer por la mañana, y gritó:

—¡Defiéndete, señor!... ¡Se aproxima un peligro de muerte!

Se dejó caer del caballo, corrió un corto trecho y se detuvo. Yo alcé la vista y vi, lejos y a la sombra de un árbol, media docena de caballeros armados, con sus escuderos; en el acto advertí gran revuelo entre ellos y que apretaban las cinchas de sus cabalgaduras para montar en ellas. Yo llevaba mi pipa preparada y la habría llevado encendida si no me hubiese ensimismado en meditaciones sobre la manera de desterrar la opresión de aquel país, devolviendo a todos sus moradores los derechos y la hombría de que habían sido despojados, haciéndolo sin perjudicar a nadie. La encendí en el acto, y para cuando pude tener preparada una buena reserva de vapor, ya ellos se me venían encima, además, todos

juntos; nada de esas magnanimidades caballerescas sobre las que tanto hemos leído, cuando nos cuentan de que sólo acometía de una vez un cortés caballero andante mientras los demás se hacían a un lado para cuidar de que todo se hiciese de acuerdo con las reglas. Estos de ahora avanzaban como un solo hombre, avanzaban como un zumbido y como un alud, avanzaban lo mismo que una ráfaga descargada por una batería de cañones, avanzaban con las cabezas bajas, los penachos ondeando hacia atrás por efecto del viento y las lanzas en ristre. Era un espectáculo bello, un espectáculo magnífico, para verlo subido en un árbol. Yo dejé tranquila mi lanza y esperé, con el corazón palpitante, hasta que la ola de hierro estuvo dispuesta a romper sobre mí; entonces vomité una columna de humo blanco, por entre la rejilla de mi yelmo. ¡Qué espectáculo el de la ola haciéndose pedazos y desparramándose! Ese sí que era más bello de ver que el otro.

Pero mis acometedores se habían detenido a doscientas o trescientas yardas de distancia, y esto me alarmó. Derrumbóse mi satisfacción y me acometió el temor; me tuve por hombre perdido. Pero la Rubia estaba radiante, y estaba también a punto de volverse elocuente; pero yo le corté la palabra, y le dije que mi magia no había funcionado bien, yo no sé por qué; que montase a la grupa rápidamente, porque íbamos a buscar la salvación en la fuga. Ella contestó que no lo haría. Me dijo que mi encantamiento había paralizado a aquellos caballeros; que no avanzaban en su carrera porque no podían; que esperase, porque dentro de un momento iban a caer de sus monturas y podríamos hacernos con sus caballos y con sus arneses. Yo no podía pensar en engañar a aquella mujer de confiada simplicidad; le dije que estaba equivocada, que cuando mis fuegos de artificio mataban, mataban instantáneamente; no, aquellos hombres no morirían había en mi aparato algo que no marchaba bien, y que yo desconocía; pero lo que debíamos hacer es darnos prisa y largarnos porque aquella gente volvería a atacarnos dentro de un momento. La Rubia se echó a reír y dijo:

—¡Que no, señor; que no son de esa raza! Sir Lancelot atacaría a los dragones, se lanzaría contra ellos, los acometería una y otra vez, incansable, hasta lograr vencerlos y aniquilarlos; y lo mismo haría Sir Pellinore, Sir Aglovale y Sir Carados y quizá otros, pero nadie más se arriesgaría a semejante empresa, digan lo que quieran las gentes ociosas. Y en cuanto a esos pobres cobardes que veis allí, ¿creéis que no han llevado ya lo suyo y que aún desean más?

—Pues entonces, ¿a qué esperan? ¿Por qué se retiran? Nadie se lo impide. Por vida mía, que yo estoy dispuesto a que lo pasado quede como pasado.

—¿Retirarse? Sobre ese punto estad tranquilo. No sueñan con semejante cosa. Os digo que no. Ellos esperan para rendirse.

—¿De veras? Y si eso esperan, ¿por qué no se rinden?

—Eso les gustaría mucho; pero si vos supieseis la idea que tienen de los dragones; no los censuraríais. Tiene miedo de acercarse.

—Pues entonces, si en lugar de que ellos se acerquen me acercase yo a ellos y...

—Estad bien seguro de que no esperarían a que os llegaseis a ellos. Yo iré.

Y así lo hizo. Era la Rubia una persona muy útil para compañera de una excursión así. A mí, semejante mandado me habría parecido peligroso; pero poco después vi que los caballeros se marchaban y que la Rubia regresaba. Menos mal. Me pareció que, por lo que fuese, no había sido ella la primera en marcar tantos... me refiero en la conversación; porque de haber empezado ella, la entrevista no habría sido tan corta. Pero resultó que se las había apañado bien; mejor dicho, admirablemente. Me dijo que al informar ella a esos caballeros de que yo era El Patrón, esto les llegó al alma: «Los dejó enfermos de miedo y de terror», fueron las palabras de la Rubia; en vista de eso se mostraron dispuestos a aceptar cualquier

condición que se les exigiese. Juraron, pues, comparecer en el término de dos días en la Corte de Arturo y entregarse con caballos y arneses, comprometiéndose a ser de allí en adelante mis caballeros y a obedecer mis órdenes. ¡Cuánto mejor manejó el negocio la Rubia que lo que yo lo habría manejado! Era una alhaja.

CAPITULO XV

EL RELATO DE LA RUBIA

—Pues entonces, ¿a qué esperan? ¿Por qué se retiran? Nadie se lo mientras cabalgábamos—¿Quién diablos iba a suponer que yo viviría tiempo suficiente para poner en mi activo esa clase de bienes? La verdad es que no voy a saber que hacer con ellos, como nos los rife. ¿Cuántos son, Rubia?

—Siete señor, y sus escuderos.

—Buena redada. ¿Quiénes son? ¿Dónde se amagan?

—¿Qué dónde se amagan?

—Sí, que dónde viven.

—¡Ya! No os había comprendido. Luego os lo diré —y de pronto la Rubia se ensimismó y repitió con suavidad, como paladeando tiernamente las palabras—: Dónde se amagan... dónde se amagan...Dónde se amagan...¡Eso es!... Dónde se amagan. La verdad es que suena bien y con elegancia; la verdad es que está dicho muy lindamente, Lo repetiré luego, cuando no tenga nada que hacer, y quizá se me quede bien grabado. Dónde se amagan. ¡Perfectamente!

—Rubia, no te olvides de los vaqueros.

—¿De los vaqueros?

—Sí; de los caballeros esos. Ibais a hablarme de ellos. Hace rato; recordadlo bien.

Hablando de una manera figurada, os ha llegado el momento de jugar.

—¿De jugar?

—¡Claro que sí! Id ya en busca del mazo. Quiero decir, que volváis a vuestras estadísticas y que no os gastéis tanto tiempo en encender el fuego. Habladme de los caballeros.

—Lo haré, y lo haré sin andarme en rodeos. De modo, pues, que ambos marcharon de allí y entraron cabalgando en un gran bosque. Y...

—¡Por los clavos de Cristo!

Como véis, yo reconocí mi error en el acto. Había dado cuerda a su reloj; era culpa mía; aquella mujer tardaría treinta días en venir a los hechos que yo necesitaba. Por regla general, rompía a hablar sin prefacio, y terminaba de hablar sin haber dicho nada efectivo. Cuando se la interrumpía, o bien marchaba adelante sin darse por enterada, o contestaba con un par de palabras y luego volvía a lo suyo, repitiendo la última frase. Por eso se perdía siempre con interrumpirla; y, sin embargo, yo no tenía más remedio que interrumpirla, e interrumpirla con mucha frecuencia, para salvar mi vida; porque quien la dejase gotear sobre sí durante todo el día la charla monótona, era persona muerta.

—¡Por los clavos de Cristo! —dije lleno de angustia. Ella recogió la frase anterior y reanudó el hilo del discurso:

—De modo, pues, que ambos marcharon de allí, y entraron cabalgando en un gran bosque, y ...

—¿Quiénes dos?

—Sir Gawaine y Sir Uwayne. Y cabalgando y cabalgando, llegaron a un monasterio de monjes, donde fueron bien aposentados. Y por la mañana oyó cada cual su misa en el monasterio, y después cabalaron hasta llega a un gran bosque; entonces, Sir Gawaine distinguió en un valle, cerca de una torre, doce lindas damiselas y dos caballeros armados sobre dos grandes caballos, y las damiselas iban y venían junto a un árbol. Entonces, Sir Gawaine vió que de aquel árbol colgaba un escudo blanco y que cada vez que las damiselas pasaban cerca escupían al escudo, y algunas le tiraron incluso pellas de barro...

—Escuchad, Rubia: si yo no lo hubiese visto con mis propios ojos en este país, no lo creería. Pero he visto hacer cosa por el estilo, y por eso estoy viendo ahora a esas mujercitas, desfilando por delante del escudo muy ufanas y haciendo eso que decís. Desde luego, las mujeres de este país obran como todas las posesas. Sí, y me refiero a las mejores de entre vosotras, a la más distinguidas de vuestra sociedad. La más humilde de las telefonistas, hablando al extremo de diez mil millas de hilo, sería capaz de enseñar gentileza, paciencia, modestia y buenas maneras a la más encopetada duquesa del país de Arturo.

—¿Telefonistas?

—Sí, pero no me pidáis que os explique; es un género nuevo de muchachas; aquí no las tenéis ; resulta que cualquiera les habla con rudeza, siendo así que ellas no tienen ninguna culpa, pero luego se arrepiente, y no se le quita la vergüenza de haber obrado así ni en mil trescientos años, porque es una verdadera porquería y ruindad el conducirse de ese modo, cuando nadie lo provoca a uno; la verdad es que ningún caballero hace semejante cosa, aunque yo..., veréis, yo, y no tengo más remedio que confesarlo...

—Quizá ella...

—Olvidaos de ella; no es preocupéis de ella; os digo que yo no podría daros explicaciones acerca de ella de manera que me comprendieseis.

—Sea, si tal es vuestra voluntad. Entonces Sir Gawaine y Sir Uwayne se acercaron y las saludaron, y les preguntaron que por qué hacían aque desprecio al escudo. «Señores— contestaron las damiselas—, os lo diremos. Hay en este país un caballero al que pertenece este escudo blanco, y ese caballero es de bastantes buenas prendas , pero odia a todas las damas y gentileshembras, y por esa razón le hacemos este desprecio.» «Yo os digo—les contestó Sir Gawaine—que no está bien el que un buen caballero desdeñe a todas las damas y gentileshembras, aunque quizá él tenga algun razón para odiaros, y quizá él está enamorado de damas y gentileshembras de otro país y es amado por ellas, y siendo, como decís, hombre de tales hazañas...

—Hombre de hazañas, Rubia; ésa es la clase de hombre que a ellas les gusta. Hombre de sesos es cosa en la que ellas no piensan nunca, Tomasito Sayers, Juanito Heenan, Juanito L. Sullivan, ¡qué pena que no estéis aquí! Es muy posible que colocaseis vuestras piernas debajo de la Mesa Redonda y que tuvieseis antes de veinticuatro horas un sir delante de vuestros nombres; y es posible que en otras veinticuatro horas hubieseis conseguido un nuevo reparto de las princesas y duquesas casadas en esta Corte. La verdad, que se trata de una especie de corte de comanches bien educados, y que no hay en ella una squaw que no esté dispuesta en cuanto le hagan una seña con el sombre a huir con un macho que luce en su cinturón un rosario mayor de pericráneos.

«... y si es hombre de tales hazañas, como decís — dijo Sir Gawaine—.¿Y cómo se llama ese caballero? »«Señor—contestaron ellas—se llama Marhaus y es rey de Irlanda.»

«—Querréis decir hijo del rey del Irlanda; porque eso otro no tiene sentido. Y ahora mirad y agarraos bien a mí, porque vamos a saltar por encima de esa zanja, ¡ya está! Ahora no hay ya peligro alguno. Este caballo parece de circo; ha nacido antes de su época.

—Lo conozco bien—dijo Sir Uwayne—, es un caballero tan valiente como el más valiente de los que viven.

—Rubia, os expresáis de una manera un poco arcaica. Pero no importa.

—Porque en una ocasión lo vi justar en un torneo al que habían acudido muchos caballeros, y en aquel entonces no hubo nadie que pudiera resistirle. Y sir Gawaine les dijo: «Yo creo, damiselas, que merecéis censura, porque es de suponer que ese caballero colgó aquí ese escudo porque no ha de tardar en volver, y que no ha de tardar en volver, y quizá entonces esos caballeros que se ven ahí sobre sus cabalgaduras quieran pelear con él, y por esa razón merece mayor respeto, y yo no estoy dispuesto a consentir por más tiempo que se haga esa afrenta al escudo de un caballero.» Después de lo cual Sir Uwayne y Sir Gawaine se apartaron un poco de allí, y más tarde vieron a Sir Marhaus que llegaba directamente hacia ellos, caballero en un magnífico caballo. Cuando las doce damiselas vieron a Sir Marhaus, escaparon al interior de la torre como locas, hasta el punto de que algunas de ellas se cayeron por el camino. Entonces, uno de los caballeros que había cerca de la torre alzó su escudo, y dijo en voz alta: «Sir Marhaus, defendeos» Y acto seguido ambos se acometieron, y el caballero quebró su lanza sobre Marhaus y Sir Marhaus descargó sobre él tan fuerte golpe que le quebró el cuello y quebró el espinazo de su caballo...

—Ahí tenéis lo que yo encuentro de mal a esta clase de asuntos: el que se estropean tantos caballos.

—Visto eso por el otro caballero de la torre, se dirigió contra Marhaus, y ambos se acometieron con tal ímpetu, que no tardó el caballero de la torre de ser derribado al suelo con su caballo, y quedó muerto en el acto. Ya tenemos otro caballo más; os digo que es preciso acabar con esta costumbre. No comprendo como gentes de buenos sentimientos con capaces de aplaudirla y defenderla.

—De modo que esos dos caballeros se acometieron con gran azar...

Me di cuenta de que me había dormido, perdiendo un capítulo entero, pero no dije nada. Juzgué que el caballero irlandés andaba ya para entonces en dificultades con los visitantes, y así salió.

—... que Sir Uwayne descargó un golpe sobre Sir Marhaus que le hizo pedazos al escudo, y que Sir Marhaus descargó sobre él un golpe tan terrible que el caballo y el caballero fueron derribados por tierra, y que Sir Uwayne quedó herido en el costado izquierdo...

—La verdad es, Alisanda, que los antiguos eran gentes demasiados sencillas; el vocabulario que emplean es excesivamente limitado, y por eso, y a consecuencia de eso, las descripciones pecan por falta de variedad; se aplican demasiado a igualar Sáhara de hechos, sin dar bastantes detalles pintorescos; lo cual los envuelve en cierta atmósfera de monotonía; a decir la verdad, las peleas resultan todas iguales; una pareja de personas que se acomete con gran azar (la palabra esta suena bien, como sonarían para el caso exégesis, holocausto, sustracción, usufructo y otras cien por el estilo, pero ¡por vida mía! que una persona debe saber lo que escribe), se acometen con gran azar, se quiebra una lanza, y uno de los contendientes rompe su escudo y el otro es derribado por tierra con su caballo y todo, sale por la grupa del caballo y se rompe la nuca; acto continuo, el siguiente candidato acomete con gran azar y quiebra su lanza, y el otro resulta con el escudo hecho pedazos, y allá van, caballo y caballero, por encima de la grupa del caballo y se rompe la nuca, y luego sale otro, y otro, y otro, y otro más, hasta que queda agotado todo el material de

reserva; total, que cuando queréis recordar los resultados, no podéis distinguir una pelea de otra, ni podéis decir quién dio la paliza; y como pintura de un combate lleno de vida furioso, estrepitoso (pues, la verdad, la pintura resulta pálida y muda), es como si dos fantasmas se diesen golpes en medio de una niebla. Por vida mía, ¿cómo nos representaría este seco vocabulario el más grandioso de los espectáculos? ¿Por ejemplo, el incendio de Roma en tiempo de Nerón? Pues se limitaría a decir: «Se quemó la ciudad; nada estaba asegurado; un muchacho rompió una ventana, un bombero se rompió la nuca.» ¡Pero eso no es pintura!

Pensé, y así lo dije, que aquello estaba muy bien para una conferencia, pero la Rubia no se preocupó ni se apartó un momento de su relato; volvió a levantar vapor rápidamente y, en el momento en que retiré la tapadera, prosiguió:

—Entonces, Sir Marhaus, volvió su caballo y lo lanzó al galope hacia Gawaine, lanza en ristre. Cuando Sir Gawaine lo vio, preparó su escudo, ambos quebraron sus lanzas y chocaron con toda la fuerza de sus caballos, hasta el punto de que se dieron tan fuerte golpe en mitad de sus escudos, que la lanza de Sir Gawaine...

—...se quebró, ya lo sabía.

—Pero la de Sir Marhaus aguantó; y por ello Sir Gawaine y su caballo rodaron por tierra...

—Naturalmente, y se rompió el espinazo.

—... y Sir Gawaine se puso en pie rápidamente, desenvainó su espada y se abalanzó hacia Sir Marhaus a pie, y ambos se acometieron otra vez con gran ímpetu; y se golpearon tan fuertemente con sus espadas, que sus escudos volaron en pedazos y se abollaron sus yelmos y sus plaquines, hiriéndose mutuamente. Pero Sir Gawaine, como ya eran pasadas las nueve del reloj, fue cobrando cada vez más fuerzas pro espacio de tres horas y su fuerza se triplicó. Sir Marhaus veía eso y se preguntaba muy admirado cómo era que crecía la fuerza de su adversario, y ambos se infligieron heridas bastante importantes, pero cuando llegó el mediodía:

El sonsonete martilleante del relato me llevó a mí a escenas y sonidos de los días de mi niñez:

—¡N-e-e-ew Haven! Diez minutos para comer (el conductor hará sonar la campana dos minutos antes que salga el tren), los pasajeros para la línea de Short, sírvanse tomar asientos en el último coche, este coche no seguirá viaje: manzanas, naranjas, plátanos, bocadillos, palomitas de maíz.

...y siguieron luchando después del mediodía, y se fueron acercando a la hora de vísperas, Sir Gawaine se fue debilitando cada vez más, hasta el punto de que ya no podía resistir, y entonces Sir Marhaus se iba sintiendo cada vez más voluminoso y voluminoso...

—Naturalmente, acabaría por reventar su armadura; pero una minucia así les habría importado poco a unas gentes como ellos.

—Y entonces dijo Sir Marhaus: «Señor caballero, he podido ver que sois un gallardo caballero y un hombre de fuerza maravillosa como jamás había encontrado yo hasta ahora, la cuasa de nuestra pelea no es grande, y sería una lástima que yo os hiriese, porque me doy cuenta de que os estáis debilitando bastante.» «Ah— dijo Sir Gawaine—gentil caballero, sois vos quien dice las palabras que yo debiera decir.» Entonces se despojaron de sus yelmos y se besaron el uno al otro, jurando allí de consuno quererse el uno al otro como hermanos...

Pero yo perdí allí el hilo del discurso y me adormilé, acabando por dormirme, al mismo tiempo que pensa que era una pena que hombres de tan magnífica fuerza física—una fuerza que les permitía permanecer encajonados dentro de chapas de hierro cruelmente pesadas,

transidos de sudor, dándose mutuamente de cuchilladas, lanzadas, porrazos, por espacio de seis horas seguidas—no hubiesen nacido en una época en que podían emplearla en finalidades útiles. Tomemos como ejemplo el burro; el burro tiene esa clase de fuerza, y la emplea en cosas útiles, resultando de gran valor para el mundo, precisamente porque es un burro; pero a un noble no se le puede valorar porque sea un burro. Esa mezcla resulta siempre ineficaz, y no debería haber sido puesta en práctica para empezar. Sin embargo, una vez que cometéis para empezar un error, ya desbarrasteis y nunca sabéis en qué parará aquello.

Cuando desperté y comencé a escuchar de nuevo, me di cuenta de que había perdido otro capítulo, y de que Alisanda se había alejado muchísimo con sus caballeros.

—Y ellos fueron cabalgando y llegaron a un valle profundo lleno de peñasco, y en él vieron un hermoso arroyo de agua; en un lugar más alto estaba el manantial en que nacía el arroyo, formando una hermosa fuente, cerca de la cual estaban sentadas tres damas jóvenes. «Nunca—dijo Sir Marhaus— llegó a este país, desde que fue bautizado, un caballero que no se encontrase con aventuras extrañas...»

—Alisanda, no lo hacéis bien, Sir Marhaus, hijo del Rey de Irlanda, había en vuestra boca como todas las demás; debierais darle el acento irlandés o, por lo menos, poner en su boca algún taco característico; de ese manera cualquiera lo reconocería en cuanto abriese la boca sin necesidad de que vos dijeseis su nombre. Es un recurso literario corriente entre los grandes autores. Deberíais hacerle decir: «En este país, ¡vive Dios!, jamás llegó un caballero desde que aquél fue bautizado, sin que, ¡por todos los diablos!, no tropezase con aventuras extrañas, ¡vive Dios!» Observad que esto suena mucho mejor.

—Jamás llegó un caballero sin que tropezase con aventuras extrañas, ¡vive Dios! Es cierto, noble señor, que suena mejor, aunque resulta algo difícil, pero quizá con la costumbre eso no retrasará, sino que dará mayor rapidez al relato. Entonces cabalgaron hasta donde estaban las damas, se saludaron unos a otros, y la de mayor edad tenía ceñida la cabeza con una guirnalda de oro, siendo su edad de más de tres veintenas de años.

—¿Tantos tenía la jovencita?

—Tantos, querido señor; y debajo de la guirnalda, sus cabellos eran blancos.

—Apuesto a que tenía dientes de celuloide a nueve dólares el juego; de ese clase de dentaduras sueltas que suben y bajan lo mismo que una poterna cuando coméis, y que se os salen de la boca cuando reís.

—La segunda de las damas jóvenes tenía treinta inviernos, y se ceñía la cabeza con una corona de oro. La tercera sólo tenía quince años.

Los pensamientos venían en oleadas sobre mi alma, y la voz se fue alejando hasta dejar de oírse.

¡Quince! ¡Rómpete corazón mío...! ¡Oh adorada a la que he perdido! ¡Esa edad tenía precisamente aquella mujer tan gentil, tan encantadora, la que lo era todo para mí, y a la que ya nunca volveré a ver! ¡Cómo me lleva el recuerdo suyo por encima de océanos inmensos de mi memoria hasta unos tiempos vagamente confusos, hacia unos tiempos felices, a tantísimos siglos de distancia de aquí, hacia unos tiempos en los que yo solía despertarme en las dulces mañanas veraniegas, saliendo de soñar deliciosamente, para decir: «¡Hola, central!» y para escuchar su voz que volvía hacia mí derritiéndose con un «¡Hola, corazón!», que para mis oídos encantados resultaba como una música de las esferas. Ella ganaba tres dólares por semana, y bien merecidos se los tenía.

Ya no me fue posible seguir a Alisanda hasta que me explicase quiénes eran nuestro cautivos caballeros; es decir, en el caso de que ella hubiese llegado alguna vez hasta el

momento de explicar quiénes eran. Había desaparecido mi interés, mis pensamientos estaban muy lejos y eran muy tristes. En algunos fugitivos atisbos de aquel cuento que seguía y seguía y que yo pesqué de cuando en cuando, creí comprender vagamente que cada uno de aquellos tres caballeros tomó a la grupa de su caballo a una de las tres damas, y que uno de ellos cabalgó hacia el Norte, el otro hacia el Este y el otro hacia el Sur en busca de aventuras, para volverse a encontrar y decirse mentiras de allí a un año y un día. Un año y un día, y sin equipaje. Aquello concordaba perfectamente con la simplicidad general del país.

Para entonces se estaba poniendo el sol. Cuando Alisanda había empezado a decirme quiénes eran los vaqueros, serían alrededor de las tres de la tarde; de modo que, teniendo en cuenta lo que era ella, había progresado bastante. Alisanda llegaría ¡qué duda cabe!, un día u otro, pero no era persona a que se pudiera dar prisas.

Nos acercábamos a un castillo que se alzaba en terreno elevado; una construcción imponente, maciza, venerable, cuyas viejas torres y almenas se hallaban encantadoramente revestidas de hiedra, y cuya mayestática masa total se destacaba envuelta en los resplandores que despedía el sol al morir. Era el castillo más grande que yo había visto hasta entonces, de modo que pensé que bien podía ser el que buscábamos, pero la Rubia me dijo que no. Ella no sabía quién era el propietario; me dijo que pasó por allí sin entrar en él en su viaje hacia Camelot.

CAPITULO XVI

MORGANA LA FE

Si hubiéramos de creer a los caballeros andantes, no todos los castillos eran lugares apetecibles para pedir hospitalidad en ellos. Pero lo cierto es que los caballeros andantes no eran personas a quienes uno podía creer, por lo menos, midiéndolos con las normas modernas de veracidad; sin embargo, medidos con las normas de su propio tiempo, y transferidos en la correspondiente proporción, llegabais a la verdad. La cosa era muy sencilla; bastaba con descontar de sus afirmaciones el noventa y siete por ciento; el resto era verdad. Ahora bien: después de hacer este descuento, lo que quedaba de verdad de semejante afirmación era que, si estaba en mi mano, obraría cuerdamente procurando averiguar algo acerca de cualquier castillo antes de tocar el timbre, quiero decir antes de llamar a gritos a sus guardianes. Por eso sentí placer cuando descubrí a lo lejos a un jinete que doblaba el último recodo del camino que descendía de aquel castillo.

Cuando ya estuvimos bastante cerca, vi que llevaba yelmo con penacho y que parecía que iba embutido en ropas de acero, aunque con un curioso agregado, a saber: un atavío cuadrado y rígido parecido al tabardo de un heraldo. Sin embargo, no pude menos de reírme de mi poca memoria cuando nos acercamos más y leí esta inscripción en el tabardo:

JABON PERSIMMONS...

Era aquella una pequeña idea mía, con varias finalidades sanas encaminadas a civilizar y elevar a esta nación. En primer lugar, aquello era un golpe dado furtivamente y a sotamano a todas esas paparruchas de la caballería andante, aunque nadie sospecha semejante cosa. Yo había lanzado a la circulación cierto número de gentes así—los más valerosos caballeros de quienes pude disponer— que iban emparedados entre tableros

anunciadores en los que había trazado algún dibujo o consigna. Me pareció que poco a poco, cuando llegasen a ser muy numerosos, empezarían a parecer ridículos; y entonces, hasta el asno vestido de acero que no llevaba encima ningún tablero, comenzaría a parecer también ridículo, por la sencilla razón de que ya no era moda.

En segundo lugar, estos misioneros, sin despertar sospechas o excitar alarmas, introducirían gradualmente entre la nobleza hábitos rudimentarios de limpieza, y esos hábitos se extenderían de la nobleza a la gente del pueblo, a condición de que no se agitasen los clérigos. Esto socavaría la Iglesia. Quiero decir que equivaldría a un paso en ese camino. Después vendría la enseñanza, después, la libertad, y entonces aquella empezaría a desmoronarse. Poseído del convencimiento de que toda la Iglesia oficial era un crimen oficial, un encerradero de esclavos oficial, no sentía escrúpulos y estaba dispuesto a darle el asalto de cualquier manera que fuese, o recurriendo a cualquier arma que prometiese herirla. ¿No existían en mis mismos tiempos anteriores—en siglos remotos que aún no se movían en el seno del tiempo—viejos ingleses que se imaginaban haber nacido en un país libre, en un país libre en el que regía la ley de asociaciones y la profesión de fe; puntales contra las libertades del hombre y las conciencias deshonradas, para sostener con ellos un anacronismo oficial?

Los misioneros míos tenían instrucciones de leer en voz alta las doradas inscripciones de sus tabardos; lo de hacerlas llamativamente doradas había sido una idea admirable, y yo habría podido hacer que le rey llevase un tablero de anuncios sólo por lucir aquella bárbara magnificencia. Tenían que leer en voz alta aquellas inscripciones y explicar luego a los lores y a las damas se asustaban del jabón, debían hacer que los ensayasen en su perro. El paso siguiente del misionero consistía en reunir a la familia y lavarse él con el jabón; no debía detenerse ante ningún experimento, por desesperado que fuese, si era capaz de convencer a la nobleza de que el jabón era inofensivo; si aún les quedaba alguna duda, tenía que ir en busca de un ermitaño; los bosques estaban llenos de ermitaños, que se llamaban a sí mismos santos, y a los que los demás creían santos. Eran de una santidad para la que no había palabras, obraban milagros, y todo el mundo sentía hacía ellos un temor respetuoso. Si un ermitaño sobrevivía a una jabonadura, y ni aun con ello se convencía el duque, había que renunciar y no molestarlo más.

Siempre que mis misioneros alcanzaban por el camino a algún caballero andante, lo lavaban, y cuando el caballero se sentía a su gusto, le tomaban juramento de que había de ir a que le diesen un tablero anunciador, y de que se dedicaría el resto de sus días a propagar el jabón y la civilización. Como consecuencia de esto, el número de trabajadores en ese campo iba creciendo gradualmente, y la reforma se extendía sin cesar. Mi fábrica de jabón se vio muy pronto en la necesidad de esforzarse para poder atender a la demanda. Al principio sólo tuve dos obreros; pero para cuando salí a mis andanzas, había empleado quince; trabajando de día y de noche; el resultado atmosférico se fue haciendo tan pronunciado que el rey estuvo a punto de desmayarse e iba y venía jadeando; dijo que no creía poder soportar aquello mucho tiempo más, y a sir Lancelot no se le ocurrió otra cosa que pasearse por la terraza y lanzar tacos, a pesar de que yo le dije que allí estaría peor que en cualquier otra parte; pero me contestó que él necesitaba mucho aire, y siempre se quejaba de que el palacio no era el lugar apropiado para una fábrica de jabón, asegurando que si alguien estableciese una fábrica en su casa, por todos los diablos que había de estrangularlo. Se hallaban presentes a sus juramentos algunas damas, pero la gente aquella no se preocupaba de tales cosas; juraban delante de sus hijos, si el viento soplaba de su lado cuando la fábrica estaba en marcha.

El nombre de este caballero misionero de ahora era La Cote Male Tayle, y me dijo que este castillo que tenía enfrente era la mansión de Morgan La Fe, hermana del rey Arturo y esposa del Rey Uriens, monarca de un reino casi tan grande como el distrito de Columbia; es decir, que podías colocarnos en el centro del reino y tirar ladrillos al reino vecino. Los reyes y los reinos eran tan abundantes en Inglaterra como lo habían sido en la pequeña Palestina en los tiempos de Josué, cuando la gente tenía que dormir en cuclillas porque no podían alargar las piernas sin un pasaporte.

La Cote se hallaba muy abatido, porque en aquel lugar había experimentado la peor derrota de su campaña. No había podido dar salida ni a una sola pastilla, a pesar de que había puesto en obra todos los recursos de su negocio, hasta el de lavar a un ermitaño; porque el ermitaño falleció. Desde luego que aquél era un fracaso; aquel pedazo de bestia sería proclamado mártir, y ocuparía su lugar entre los santos del calendario romano. El pobre Sir La Cote Male Tayle lo dijo dejando escapar un gemido y dando pruebas de gran dolor. Al oírle sangró mi corazón y me sentí impulsado a consolarlo y calmarlo. Le dije , pues:

—Noble caballero, dejad vuestra aflicción, porque esto no es una derrota. Vos y yo tenemos cerebro; y para quienes saben discurrir, no hay derrotas y todo son victorias. Fijaos en cómo vamos a convertir este que parece un desastre en un anuncio , en un anuncio de nuestro jabón; en el mayor de los anuncios que jamás se nos ocurrió; un anuncio que transformará la derrota de Mount Washington en la victoria de Matterhorn,. Escribiremos un nuestro tablero de anuncios: Usado por el Elegido .¿Qué tal os suena?

—¡Sí que está admirablemente pensado!

—Sí, señor, cualquiera tiene que reconocer que, como título modesto de un sola línea para anuncio, es estupendo.

Y con ello desaparecieron los pesares del buen portaanuncios. Era un hombre valeroso, que en su tiempo había realizado gloriosos hechos de armas. Su mayor celebridad descansaba en las aventuras que le ocurrieron en una excursión parecida a esta mía, y que realizó en compañía de una dama joven llamada Melidisant, de lengua tan suelta como la Rubia, aunque de otra clase, porque su boca no lanzaba más que burlas e insultos, mientras que la música de la Rubia era más agradable. Yo conocía perfectamente su historia, y por ello interpreté perfectamente la expresión compasiva de su cara cuando se despidió de mí. Aquel hombre suponía que yo estaba pasando muy malos ratos.

La Rubia y yo hablamos de la historia de aquel caballero mientras íbamos cabalgando; la Rubia dijo que la mala suerte de La Cote arrancaba del principio mismo de aquella excursión; el primer día de la excursión lo había derribado de su caballo el bufón del rey, y en tales casos, lo corriente era que la muchacha abandonase al vencido por el vencedor, pero Maledisant no lo hizo; y se empeñó incluso en seguir con él , después de todas sus derrotas. Pero, le dije yo: «¿Y si el vencedor rehusaba aceptar a la moza como despojo?» Ella me contestó que eso no podía ocurrir, que no tenía más remedio que aceptarla. No podía rehusar; eso se saldría de las normas. Yo tomé nota. Si en alguna ocasión llegaba a cargarme demasiado el chachareo de la Rubia, me dejaría vencer por un caballero, con la esperanza de que ella abandonase para seguirlo a él.

A su debido tiempo las guardias del castillo no dieron el alto desde las murallas, y después de parlamentar nos admitieron. Nada agradable tengo que contar de aquella visita. Sin embargo, no constituyó una desilusión, porque yo conocía por su fama a la señora La Fe, y nada agradable esperaba. Todo el reino sentía miedo de ella, porque había hecho creer a todos que era una gran embrujadora. Todos sus actos eran malvados, y todos sus instintos

, demoníacos. Estaba atiborrada de fría maldad hasta los párpados. Toda la historia de su vida se hallaba ennegrecida por crímenes; y entre esos crímenes era corriente el asesinato. Yo sentía gran curiosidad por conocerla; la misma curiosidad que habría sentido por conocer a Satanás. Con gran sorpresa mía, me encontré con que era hermosa; los pensamientos malvados no habían conseguido que su expresión fuese repulsiva, y los años no habían conseguido tampoco arrugar su piel aterciopelada o dañar su lozana frescura. Podía haber pasado por nieta del viejo Uriens y la hubieran podido tomar por hermana de su propio hijo.

Así que estuvimos lo suficientemente adentrados más allá de las puertas del castillo, se dio orden de que fuésemos llevados a presencia suya. Allí estaba el rey Uriens, anciano de rostro bondadoso y de expresión humilde; y también su hijo, Sir Uwayne, el de las Manos Blancas, que había despertado, como es natural, mi interés porque, según la tradición, había peleado una vez con treinta caballeros, y también por el relato de las andanzas suyas con Sir Gawaine y Sir Marhaus, con el que la Rubia me había estado envejeciendo. Pero la atracción principal y el personaje destacado, era allí Morgana; ella era la cabeza de su casa, eso saltaba a la vista. Nos hizo sentar; y empezó, con toda clase de coqueterías y atenciones, a hacernos preguntas. Por vida mía, cuando hablaba parecía un pájaro, una flauta, o algo por el estilo. Me convencí de que cuanto se me había dicho de aquella mujer era mentira y calumnia. Ella seguía gorjeando y gorjeando, y mientras hablaba entró un paje, bello y joven, vestido como un arco iris, y de movimientos tan flexibles y ondulantes como una ola; traía algo encima de una bandeja de oro, y arrodillándose para ofrecérselo a ella, exageró sus gracias y perdió el equilibrio, cayendo ligeramente contra la rodilla de Morgana; ella le clavó un puñal con la misma tranquilidad con que otra persona habría arponeado una rata.

¡Pobre muchacho! Cayó al suelo, retorció sus miembros cubiertos de seda en una última y violentísima contorsión de dolor, y quedó muerto. Al viejo rey se le arrancó un involuntario ¡oh! de compasión. La mirada que ella le dirigió bastó para cortar la palabra y para que no la alargase con guiones. A una señal de su madre, Sir Uwayne salió a la antecámara, llamó a unos servidores, y mientras tanto, la señora siguió susurrando dulcemente su charla.

Vi que era una buena ama de casa, porque mientras hablaba, seguía con el rabillo del ojo a sus servidores para ver si desbarataban algo al levantar el cadáver y al sacarlo de allí; cuando vinieron con toallas limpias, los mandó que se las llevaran y que las trajesen de otra clase, y cuando acabaron de secar el suelo y ya se retiraban, les señaló una gota carmesí del tamaño de una lágrima que no habían visto sus ojos, más torpes que los de ella. Comprendí con toda claridad que La Cote Male Tayle no había logrado ser recibido por la señora de la casa. Es frecuente que las pruebas mudas circunstanciales hablen en tono más alto y con mayor claridad que ninguna lengua de testigo.

Morgana La Fe seguía gorjeando tan melodiosamente como siempre. ¡Mujer admirable! ¡Y qué mirada la suya! Cuando cayó con expresión de reproche sobre los criados, éstos se encogieron y retrocedieron igual que suelen hacer las personas tímidas cuando estalla el relámpago en una nube. Es posible que hasta yo mismo hubiese llegado a adquirir ese hábito. Lo mismo le ocurría la pobre y anciano rey Uriens; veíasele constantemente al borde inseguro del recelo; bastaba con que ella volviese la vista hacia él para que Uriens parpadease.

En medio de la conservación dejé yo caer una frase de cumplimiento para el Rey Arturo, olvidándome de momento del odio que aquella mujer sentía por su hermano. Bastó

ese pequeño cumplido. Morgana se ensombreció igual que una tormenta, llamó a sus guardias , y les dijo:

—Llevadme a esos lacayos a las mazmorras.

Esas palabras cayeron como hielo en mis oídos, porque las mazmorras de Morgana tenían fama bien ganada. No se me ocurrió decir ni hacer nada. Pero a la Rubia sí. Cuando el guardia me puso la mano encima, ella alzó la voz con tranquila confianza, y dijo:

—¡Por los clavos de Cristo Nuestro Señor! ¿Acaso buscáis vuestro aniquilamiento? ¡Es El Patrón !

¡Qué idea más feliz! ¡Y qué sencilla! Sin embargo, a mí no se me habría ocurrido. Yo nací modesto; no en toda mi persona, pero sí a trechos; y éste era uno de mis trechos de modestia.

El efecto que produjo en la señora fue eléctrico. Su rostro se aclaró, recobró sus sonrisas y todas sus gracias zalameras e insinuantes; sin embargo, no consiguió con todo ello ocultar por completo la realidad de que estaba terriblemente asustada. Y exclamó: —¡Hola! ¿No habéis oído lo que ha dicho vuestra doncella? ¡Cómo si una persona dotada de los poderes que yo poseo hubiese podido decir, como no fuese de broma, lo que yo he dicho al hombre que triunfó sobre Merlín! Gracias a mis encantamientos, yo había previsto vuestra llegada, y gracias a mis encantamientos, supe el momento en que habías entrado en el castillo. No hice otra cosa que permitirme esta pequeña broma con la esperanza de obligaros por sorpresa a realizar alguna exhibición de vuestro arte, porque no dudaba de que habríais podido hacer explotar a mis guardias mediante fuegos ocultos, reduciéndolos a cenizas en el mismo lugar, prodigio que está mucho más allá de las habilidades mías, aunque hace ya mucho tiempo que siento una curiosidad infantil por verlo realizado.

Los guardias no sentían tanta curiosidad, y abandonaron la habitación en cuanto tuvieron permiso.

CAPITULO XVII

UN FESTIN REAL

Viéndome pacífico y sin dar muestras de resentimiento , la señora juzgó sin duda que me había engañado con su excusa; porque desapareció su terror y empezó muy pronto a importunarme de tal manera para que hiciese una exhibición y matase a alguien, que aquello comenzó a ponerme molesto. Pero, para alivio mío cesó en sus insistencias al sonar la campana para hacer las oraciones. No tengo más remedio que hacerlo constar a favor de la nobleza: A pesar de estar compuesta de tiranos, asesinos, gentes rapaces y moralmente podridas , las familias nobles eran profunda y entusiásticamente religiosas. No había nada capaz de hacerlas faltar al cumplimiento regular y leal de los rezos que imponía la Iglesia. Más de una vez había visto yo a un noble que ese momento tenía colocado a su enemigo en situación de desventaja, detenerse a rezar antes de cortarle el cuello; más de una vez había visto yo a un noble, después de estar en emboscada al acecho de su enemigo y de matarlo, apartarse a la capilla más próxima que había a la vera del camino, para dar humildemente las gracias a Dios, sin entretenerse ni aun siquiera en despojar el cadáver. Ni siquiera, en la vida de Benvenuto Cellini, ese santo rudamente tallado de diez siglos más tarde, habría ningún episodio más noble y más generoso. Todos los nobles de Inglaterra, con sus familias, asistían mañana y noche al servicio divino en sus capillas particulares, y hasta los

peores de ellos tenían además cinco o seis veces al día rezos familiares. A la Iglesia había que atribuir el mérito de todo aquello. Aunque yo no era amigo de aquella Iglesia Católica, no tenía más remedio que reconocer ese hecho. Frecuentemente, y a pesar mío, me encontré exclamando: «¿Qué sería de este país sin la Iglesia?».

Después de las oraciones, hicimos la comida en el gran vestíbulo de festines, que estaba alumbrado por centenares de fuentes de grasa encendida. Todo allí era magnífico, derrochador y rudamente espléndido, tal como convenía a la posición real de los anfitriones. En la cabecera del salón, sobre una plataforma real, estaba la mesa del rey, de la reina, y de su hijo, el príncipe Uwayne. Al pie de ella arrancaba la mesa general, que se extendía por el suelo del salón. En esta mesa, desde donde terminaba la plataforma hasta la cabecera, sentábanse los nobles visitantes de uno y otro sexo y los miembros mayores de sus familias, es decir, la corte permanente; en total, sesenta y una personas; desde el lugar en que empezaba la sala, hasta el extremo de la mesa, sentábanse los funcionarios menores de la real casa, con sus principales subordinados; en total, ciento dieciocho personas sentadas, y en pie, detrás de sus sillas, otros tantos criados de librea, que prestaban servicios de una u otra clase. Era un espectáculo magnífico. Una banda de címbalos, cuernos, arpas y otros instrumentos horrorosos, situada en una galería, inició el acto con una composición que pareció ser el primer borrador en bruto, o la agonía original del lamento que muchos siglos más tarde se cantó con el título de los Dulces adioses. La cosa era nueva, y los músicos debieron de haberlo ensayado un poco más. No sé por qué razón la reina, terminada la comida, hizo ahorcar al compositor.

Después de esta música, el sacerdote, que estaba en pie detrás de la mesa real, recitó una magnífica y larga bendición en un latín llamativo. Acto continuo, el batallón de camareros se desplegó de sus puestos, se abalanzó, se precipitó, voló, trajo y llevó, y dio comienzo la grandiosa comilona; no se oía por ningún lado una palabra, porque la atención absorbente estaba consagrada a la tarea. Las hileras de mandíbulas se abrían y cerraban en inmenso compás unísono, y el ruido que hacían parecía al ahogado runruno de una maquinaria subterránea.

La destrucción continuó por espacio de hora y media, y es inimaginable el consumo que se hizo de manjares. Del plato principal del festín—el enorme jabalí que colocaron al principio tan imponente y majestuoso—no quedó sino un cosa que parecía un miriñaque; y aquello no era sino la muestra y símbolo de lo que había ocurrido a todos los demás manjares.

Después de los pasteles y otras cosas por el estilo, empezó también la conversación. Uno tras otro desaparecieron los galones de vino y de aguamiel; todo el mundo se colocó a su gusto, feliz y chispeantemente alegre—los comensales de uno y otro sexo—, y no tardaron todos en volverse bulliciosos. Los hombres relataron anécdotas que causaba espanto oír, pero nadie se sonrojó; y cuando llegaban a la parte maliciosa del cuento, toda la concurrencia largaba una risotada que parecía un relincho, y que hacía retemblar el castillo. Las damas contestaban con historietas que habrían obligado a taparse la cara con un pañuelo a la reina Margarita de Navarra y hasta a la gran Isabel de Inglaterra; pero allí no se tapó la cara nadie, sino que se limitaron a reírse, casi diríamos a ladrar de risa. En la mayoría de aquellas anécdotas terribles, los héroes eran gentes de iglesia, pero eso no molestó en lo más mínimo al capellán, que se carcajeó lo mismo que todos los demás; más aún: accediendo a una invitación, el capellán cantó con voz de trueno una canción tan atrevida como la más atrevida que se cantó aquella noche.

Para la medianoche ya todos estaban rendidos, y doloridos de tanto reír; casi todos estaban también borrachos: los unos, con borrachera llorona; otros, cariñosa; otros, hilarante; otros pendenciera, y algunos estaban muertos y tirados debajo de la mesa. De las damas, la que peor espectáculo dio fue una joven y encantadora duquesa, que se casaba al otro día; la verdad que el espectáculo que dio fue por demás edificante. Tal como estaba allí, habría podido posar por anticipado de modelo para el retrato de la joven hija del regente de Orléans, en el famoso festín del que la llevaron a su cama, echando pestes por su boca, borracha y sin poderse valer, en los días llorados y perdidos del Antiguo Régimen. De pronto, cuanto aún el sacerdote tenía las manos levantadas, y todas las cabezas conscientes se inclinaban en espera reverente de la bendición que iba a darles, surgió bajo el arco de la puerta más lejana, al fondo del vestíbulo, una dama anciana, encorvada y de blancos cabellos que se apoyaba en un bastón; lo levantó, y apuntando con él a la reina, gritó:

—¡Que la ira y la maldición de Dios caigan sobre ti, mujer sin piedad, que has matado a mi inocente nieto y has traído la desolación a este corazón anciano que no tenía en este mundo otro polluelo, ni amigo, ni apoyo, ni consuelo sino él!

Todos los allí presentes se santiguaron, presas de pánico; porque una maldición era cosa espantosa para aquellas gentes; pero la reina se alzó mayestática, con fulgores de muerte en sus ojos, y contestó con este mandato implacable:

—¡Apresadla! ¡A la hoguera con ella!

Los guardias abandonaron sus puestos para obedecer. Era aquello un ignominia; era un espectáculo cruel. ¿Qué podía hacerse? La Rubia me dirigió una mirada; comprendí que tenía otra inspiración. Y dije:

—Haced lo que os parezca.

Se puso en pie, y se volvió en un instante de cara a la reina, y señalándome a mí, dijo:

—Señora, él dice que esto no puede ser. ¡Retirad vuestro mandado, porque de lo contrario él hará volar por los aires el castillo; y éste se desvanecerá como si todo él hubiese sido cosa de sueño!

¡Maldita sea, y qué loco compromiso para poner en él a un persona! ¿Y sí la reina...?

Pero mi consternación se tranquilizó y mi pánico desapareció; porque la reina, completamente desmayada, no prestó ninguna resistencia, hizo una seña dando contraorden y se dejó caer en su asiento. Cuando se sentó se le había despejado la borrachera. Y lo mismo les pasaba a muchos otros. La concurrencia se levantó, se desprecupó en absoluto de ceremonias, y se precipitó hacia la puerta en tropel; derribó sillas, rompió vajilla, dio empujones, forcejeó, dio codazos, se amontonó, es decir, hizo todo lo que estuvo en su mano para salir de allí antes que yo alterase mi resolución y lanzase el castillo al vacío inconmensurable y oscuro del espacio. La verdad, que eran una partida de gentes supersticiosas. Hasta allí se podía llegar para suponerme capaz de cosa semejante.

La pobre reina estaba tan asustada y tan humilde, que ni siquiera se atrevió a que ahorcasen al compositor sin antes consultarme. Lo sentí mucho por ella, de verdad, como lo habría sentido cualquiera, porque aquella mujer pasaba verdaderamente un mal rato; por eso yo me sentí dispuesto a realizar todo lo que fuese razonable, y no quise llevar las cosas a extremos exagerados. Medité, pues, bien la materia, y acabé por dar orden a los músicos que viniesen a presencia nuestra y que tocasen otra vez aquellos Dulces adioses. Entonces comprendí que la reina tenía razón, y di permiso para que ahorcasen a toda la banda. Ese pequeño relajamiento de severidad produjo un buen efecto en la reina. El estadista gana poca cosa con el ejercicio arbitrario de una autoridad férrea en todas las ocasiones; esto

lastima el justo orgullo de sus subordinados, y de ese modo tiende a socavar la fuerza de aquél. Una pequeña concesión de cuando en cuando, en ocasiones en que ningún daño puede hacer, es la política más sabia.

Ahora que la reina se había tranquilizado otra vez, y que se sentía moderadamente feliz, el vino que se había echado al cuerpo empezó lógicamente a dar señales de vida, y pudo de momento más que ella. Quiero decir, que hizo que se le soltase su fuente de música, la campanita de plata de su lengua. ¡Válgame Dios, y qué maravillosa conversadora! No habría estado bien que yo le sugiriese que era ya muy tarde, que estaba cansado y tenía mucho sueño. ¡Ojalá me hubiese ido a la cama cuando tuve oportunidad! Ahora no tenía más remedio que aguantar; no había otro camino. Siguió, pues, ella, charla que charla, en medio del silencio profundo y fantasmal del dormido castillo, hasta que empezó a llegar, como desde profundidades situadas debajo de nosotros, un sonido lejano, que parecía un chillido ahogado, y que tenía tales vibraciones de angustia, que hacía poner la carne de gallina. La reina dejó de hablar, y sus ojos se iluminaron de placer; inclinó su graciosa cabeza lo mismo que un pájaro cuando escucha. Otra vez se abrió camino desde la profundidad y por entre el silencio aquel chillido.

—¿Qué es eso?—dije.

—Es un alma verdaderamente enérgica y que resiste mucho, porque lleva ya varias horas así.

—¿Qué resiste qué?

—El potro. Venid, y veréis un espectáculo gozoso. Y si él no confiesa ahora su secreto, veréis cómo lo hacen pedazos.

¡Qué mujer más suavemente endemoniada! ¡Y qué tranquila y serena, mientras que los tendones de mis piernas me dolían por simpatía con el dolor de aquel hombre! Conducidos por guardias vestido con cotas de malla y que llevaban antorchas encendidas, caminamos por resonantes corredores, y descendimos por escaleras de piedra, húmedas y resbaladizas, que olían a moho y a eternidades de noche aprisionada. Fue una excursión fría, desagradable y larga, sin que contribuyese a acotarla ni alegrarla aquella bruja con su parloteo, explicándonos quién era el atormentado y el crimen que había cometido. Un informador anónimo lo había acusado de haber matado un ciervo de los cotos reales. Yo le dije:

—Alteza, una acusación anónima no es prueba suficiente. Sería más justo celebrar un careo entre acusado y acusador.

—No había pensado en ello, porque es asunto de poca importancia. Y aunque hubiese pensado, no habría podido hacerlo, porque el acusador llegó a cencerros tapados en la noche, y le dijo al guardabosques lo que pasaba; inmediatamente se marchó de aquí, de modo que el guardabosques no lo conoce.

—De modo que también el desconocido estuvo cerca del ciervo muerto: ¿no es así? ¿Y no es posible que hubiese sido él mismo quien lo mató? Su fervorosa lealtad (en un enmascarado) parece un poquitín sospechosa. ¿Pero qué se propone Su Alteza sometiendo al preso al tormento del potro? ¿Qué ganáis con ello?

—Si no lo hago así, él no confesará su delito; y su alma se perderá. La ley lo condena a muerte por su crimen y ya me cuidaré yo de que pague su deuda con la vida; pero pondría en riesgo mi alma si lo dejase morir sin confesión y sin absolución. Sería un estupidez que yo fuese al infierno por comodidad suya.

—Pero, Alteza, vamos a suponer que él no tiene nada que confesar.

—Eso ya lo veremos luego. Si yo lo torturo en el potro hasta la muerte y él no confiesa, quizá demuestre con ello que no tenía nada que confesar. ¿Convenís conmigo en que eso es verdad? Pues entonces, yo no me condenaré porque haya muerto sin confesar un hombre que nada tenía que confesar, y ya veis que de ese modo me salvaré.

Ese era el terco razonamiento de aquella época. Era inútil discutir con ella. Las razones no tienen probabilidades de triunfar en lo que la educación ha petrificado; lo desgastan un poco nada más, lo mismo que las olas desgastan el acantilado; y la educación que había recibido ella era la que habían recibido todos. La inteligencia más brillante de todo el país no habría sido capaz de descubrir que el punto de vista de aquella mujer era erróneo.

Cuando entramos en el cuarto del tormento se presentó ante mi vista un espectáculo que ya nunca se me olvidará. ¡Ojalá pudiera olvidarlo! Un joven gigante, de unos treinta años más o menos, hombre del país, estaba tendido sobre el potro, con las muñecas y los tobillos atados a cuerdas que iban a terminar en unos pequeños cabrestantes. Aquel hombre había perdido el color; los rasgos de su carga estaban contorsionados y rígidos, y en su frente aparecían gotas de sudor. Había a cada lado de él un sacerdote; el verdugo estaba allí cerca, había también guardias de servicio; en recipientes, y a lo largo de las paredes, humeaban antorchas encendidas; en un rincón estaba agazapada una mujer joven; su cara aparecía rígida de angustia; sus ojos tenían la expresión medio salvaje de quien se ve perseguido, y sobre su regazo había un niño dormido. En el momento mismo de cruzar nosotros el umbral, el verdugo dio a su máquina una ligera vuelta, que arrancó un grito al preso y la mujer, pero yo di una voz tremenda, y el verdugo aflojó la tensión sin esperar a ver quién era el que había hablado. No podía consentir que siguiese adelante aquella cosa horrible; sólo de verla me habría muerto yo. Pedí a la reina que permitiese desalojar el cuarto y hablar en secreto con el preso. Vi que iba a oponerse, y le hablé en voz baja, diciéndole que yo no deseaba dar un espectáculo delante de sus servidores, pero que tenía que hacerse lo que yo quería, porque yo era el representante del Rey Arturo y hablaba en su nombre. Ella vio que tenía que ceder. Le pedí que me respaldase ante aquellas gentes, y que se retirase luego. Esto no era agradable para ella, pero tuvo que tragarse la píldora; fue incluso más allá de lo que yo me había propuesto pedirle. Yo sólo quería el respaldo de su propia autoridad; pero ella dijo:

—Haced en todo lo que os ordene este señor. Es El Patrón.

Fue, desde luego, un conjuro magnífico; no hubo sino verlo en las caras gesticulantes de aquellas gentes. Los guardias de la reina se formaron en línea, y ella y ellos se retiraron, con sus portaantorchas, despertando los ecos de los túneles cavernosos con el paso rítmico de su marcha. Hice que retirasen al preso del potro y que lo tendiesen sobre su cama, que aplicasen medicamentos a sus heridas, y que le diesen a beber vino. La mujer se acercó furtivamente, mirando todo aquello con ansiedad, con amor, pero llena de miedo, como quien teme una repulsa; llegó incluso a tocar furtivamente la frente de aquel hombre, y retrocedió de un salto, convertida en el retrato del miedo, al volverme yo inconscientemente hacia ella. Daba pena ver aquello.

—¡Válgame Dios, mujer, acariciadle si queréis! —dije—Haced lo que os parezca bien, sin preocuparos de mí.

Apareció en sus ojos una expresión de gratitud parecida a la de un animal al que acariciáis y os entiende. Dejó a su bebé a un lado y arrimó su mejilla inmediatamente a la del hombre mientras sus manos le acariciaban los cabellos y corrían por sus ojos lágrimas de felicidad. El hombre se reanimó, y acarició a su esposa con la mirada, que era lo único que podía

hacer. Me pareció que era tiempo de despejar aquel antro, y así lo hice; ordené salir de allí a todos, menos a la familia, quedando ellos y yo. Luego dije al preso:

—Y ahora, amigo mío, explicadme vuestro punto de vista de este asunto. El punto de vista de ellos ya lo conozco.

El hombre movió la cabeza en señal de que se negaba a ello. Pero mi sugerencia —eso creí yo— pareció complacer a la mujer. Seguí diciendo:

—¿Me conocéis?

—Sí. Todo el mundo os conoce en los reinos del rey Arturo.

—Si lo que os han contado de mí es verdad, no deberías asustaros de hablar.

La mujer intervino, anhelante:

—¡Oh, mi noble señor, convencedlo! Vos podéis y vos lo haréis. ¡Oh, cuánto ha sufrido! ¡Y todo por mí, por mí! ¿Cómo puede yo soportarlo? Yo preferiría verlo morir de una muerte suave y rápida. ¡Oh, Hugo mío, yo no puedo soportar esto!

Rompió a sollozar y se arrodilló a mis pies, implorando. ¿Qué es lo que imploraba? ¿Qué lo matasen? Yo no lograba ver claro en todo aquello. Pero Hugo la interrumpió, y dijo:

—¡Paz! No sabéis lo que pedís ¿Acaso me resignaré a que muera de hambre la mujer a quien amo, para conseguir una muerte sin dolor? Yo creía que me conoceríais mejor.

—Veamos—dije yo— No consigo ver claro este asunto. Esto es un rompecabezas. Ea...

—¡Oh mi querido señor, si pudieseis convencerlo! ¡Pensad qué dolor me producen sus tormentos! ¡Y él no hablará!... Pero, el consuelo, la tranquilidad que hay en una muerte bendita y rápida...

—Pero ¿qué estáis mascullando? Este hombre va a salir de aquí como hombre libre y entero. Este hombre no va a morir.

La cara llena de palidez del hombre se iluminó, y la mujer, se arrojó sobre mí con el más sorprendente arrebató de gozo, exclamando:

¡Se ha salvado! Porque ha hablado el rey por la boca de ministro del rey. ¡Ha hablado Arturo, el rey cuya palabra es oro!

—Menos mal, veo que me creéis digno de confianza. ¿Por qué no empezasteis por ahí?

—¿Quién lo dudo? Yo no, desde luego; y tampoco ella.

—Pues bien: ¿por qué no quisisteis contarme lo que os pasa?

—Es que vos no habíais hecho ninguna promesa; si la hubieseis hecho, yo me habría portado de otro modo.

—Ya veo, ya veo. Aunque, en fin de cuentas, creo que no lo veo del todo claro. Vos resististeis el tormento y os negasteis a confesar; eso demuestra con claridad suficiente como para que lo vea hasta el más torpe que nada teníais que confesar.

— ¿Yo, señor mío? ¿Cómo así? ¡Fui yo quien mató al ciervo!

—¿Qué vos lo matasteis? ¡Válgame Dios, ahora sí que se complica más que nunca el asunto!

—Querido señor, yo le pedí de rodillas que confesase, pero...

—¿Qué vos se lo pedisteis? Pues esto se va poniendo cada vez más espeso. ¿Para qué queríais que él confesase?

—Para que con ello le diesen una muerte rápida, y se librara de esta cruel tortura.

—Bien, sí, en eso ya hay una razón. Pero él no quería una muerte rápida.

—¿El? ¡Claro que la quería!

—Pues entonces ¿cómo diablos no confesaba?

—¡Ah, bondadoso señor! ¿Iba yo a dejar a mi esposa y a mi niño sin pan y sin cobijo?

—¡Oh corazón de oro! ¡Ahora lo comprendo! La ley cruel embarga las propiedades del reo convicto y condena a su mujer y a sus huérfanos a pedir limosna. Ellos podían atormentaros hasta la muerte, pero sin convicción y sin confesión no podían despojar a vuestra esposa y a vuestro niño. Os resististeis por ello, como un hombre; y vos, esposa leal y mujer leal, habríais pasado por todo para librarlo del tormento, aunque hubieses tenido que morir de hambre lentamente. La verdad que uno se siente pequeño pensando en lo que vuestro sexo es capaz cuando llega el momento de sacrificarse. Yo os contrato a los dos para mi colonia; a los dos para mi colonia; os agrada vivír allí; es una fábrica en la que yo voy a convertir en hombres a los autómatas que malviven y penan trabajando.

CAPITULO XVIII

EN LAS MAZMORRAS DE LA REINA

En fin, que yo arreglé todo aquello e hice que aquel hombre marchase libre a su casa. Sentí grandes impulsos de poner en el potro al verdugo, no por el hecho de que fuese un funcionario bueno que se tomaba molestias y que las daba—porque no redundaba en descrédito suyo el que realizase funciones que tenía encomendadas—, sino para darle su merecido por haber abofeteado y martirizado temerariamente de otras maneras a aquella mujer joven. Los sacerdotes me lo contaron, movidos de un generoso impulso de que fuese castigado. De cuando en cuando se descubrían ciertos hechos desagradables por este estilo. Me refiero a episodios que venían a demostrar que no todos los clérigos eran farsantes y egoístas; que también había muchos, quizá la gran mayoría de los que se movían a ras de tierra entre la gente plebeya, que eran hombres sinceros y de noble corazón, consagrados a aliviar las molestias y los sufrimientos de la Humanidad. Pero esta clase de individuos no podía evitarse, y por eso raras veces me desasosegué yo a ese respecto, y mi desasosiego no duró nunca muchos minutos; yo nunca he seguido la norma de molestarme mucho por las cosas que no es posible remediar. Sin embargo, no me agradaba, porque esa clase de actitudes contribuía precisamente a que el pueblo se mantuviera en buenos términos con una Iglesia oficial. Necesitamos de una religión—eso no hace falta decirlo—; pero mi criterio a este respecto es que conviene dividirla en cuarenta sectas libres, de modo que se vigilen unas a otras, según ocurría en los Estados Unidos de mi época. Mala cosa es la concentración del poder en una máquina política, y una Iglesia oficial no es otra cosa que una máquina política; fue creada para eso; para eso se la fomenta, se la acuña y se la conserva. Es una institución enemiga de la libertad humana, y los beneficios que produce pueden muy bien realizarlos estando dividida y desparramada. Esto que digo no era una ley; tampoco era el Evangelio; era únicamente una opinión, mi opinión, y yo era tan sólo un hombre, un hombre de modo, pues, que esa opinión no valía más que la del Papa, ni tampoco menos, dicho sea de paso.

Pues bien: yo no podía someter a tormento al verdugo ni podía tampoco pasar por alto la justa queja de los sacerdotes. Era preciso castigar a aquel hombre de una manera u otra; procedí, pues, a degradarlo de su cargo, y lo nombré director de la banda de música., de la banda nueva que iba a organizarse. El hombre me suplicó encarecidamente que no hiciese tal cosa, asegurándome que él no sabía tocar ningún instrumento; excusa plausible, pero de poca fuerza, porque en todo el país no había música que supiese tocar un instrumento.

La reina se sintió muy ofendida a la mañana siguiente, cuando vio que no iba a obtener ni la vida de Hugo ni sus bienes. Pero le dije que tenía que cargar con aquella cruz,

que si bien era cierto que por ley y por costumbre tenía derecho a la vida del reo y a cuanto constituía su propiedad, existían en aquel caso circunstancias atenuantes, de modo que yo, en nombre del rey Arturo, le había perdonado. El ciervo estaba causando destrozos en los cultivos de aquel hombre, y éste, en un arrebato de pasión, lo había matado; no lo había hecho por aprovecharse, y lo había llevado al interior del bosque real con la esperanza de que de ese modo fuese imposible descubrir el causante del daño. ¡Vaya con la mujer! Me fue imposible hacerla comprender que la obcecación momentánea constituye circunstancia atenuante en matar a una pieza de caza—e incluso a una persona—. Renuncié, pues, a ello y dejé que se le pasase el berrinche. La verdad es que se me ocurrió que podría hacérselo comprender con la explicación de que también el caso del paje atenuaba su crimen el súbito arrebato que ella había sufrido.

—¡Crimen! ¡Qué manera tenéis de hablar!—exclamó—¡De modo que crimen! ¿No sabéis que voy a pagar una cantidad por ese paje?

No valía la pena de malgastar razonamientos con ella. La educación, la educación lo es todo; la educación que recibe una persona hace que ella sea como es. Hablamos del natural de una persona; eso es una estupidez. No existe lo que llamamos el natural; lo que por ese vocablo mal empleado queremos dar a entender es simplemente lo hereditario y la educación recibida. No tenemos pensamientos nuestros, ni tenemos opiniones nuestras; pensamientos y opiniones nos son transmitidos por la herencia o inculcados por la educación. Todo lo que hay de original en nosotros, y por consiguiente, todo lo que redunda en honor o en descrédito nuestro, puede ser disimulado y ocultado por el punto de una aguja de hilo de Holanda; todo lo demás son átomos que nos han transmitido dientes nuestros, que se remonta a un billón de años, hasta la almeja, el saltamontes o el mono adánicos que sirvieron de arranque al desarrollo lentísimo, llamativo y sin provecho de nuestra raza. En cuanto a mí, la única opinión que tengo acerca de esa triste y dificultosa peregrinación, acerca de ese patético dejarse llevar entre dos eternidades, es la de que debemos tener cuidado de llevar una vida humilde, pura, elevada y sin censura, preocupándonos de salvar ese único átomo microscópico que llevamos dentro y que es nuestro verdadero yo; lo demás, puede irse con viento fresco al infierno, que a mí me tiene sin cuidado.

¡Vaya, digo, con la mujer aquella! Su inteligencia era despierta, razonaba bastante bien, pero la educación que había recibido la tenía convertida en una borrica, en una borrica, mirándola desde el punto de vista de muchos siglos más tarde. Matar al paje no constituía crimen, sino que era un derecho suyo; y ese derecho lo sostenía muy serena y totalmente inconsciente del daño causado. Ella era un resultado de generaciones y generaciones educadas en una creencia aceptada sin examen y no discutida por nadie; que la ley que le permitía matar a un súbdito suyo cuando bien le pareciese, era completamente justa y justificada.

En resumen; debemos ser justos hasta con el mismo Satanás. Aquella mujer merecía que yo le dedicase un cumplido por una sola cosa; intenté decírselo, pero las palabras se me perdieron en la garganta. Ella tenía derecho a matar al muchacho, pero en modo alguno estaba obligada a pagar por él una cantidad. Esa ley regía para otras personas, que no para ella. Sabía, por consiguiente, que pagando por el muchacho realizaba un acto magnífico y generoso, y que yo, si quería ser nada más que justo, estaba obligado a decir alguna bella frase a este respecto; pero no pude, mi boca se negó. Yo no podía menos de ver con la imaginación a la pobre abuela del corazón destrozado y al bello muchacho acuchillado y en el suelo, con sus pequeñas vanidades y pompas de seda adornadas con el encaje de su

sangre dorada. ¿Con qué podía aquella mujer pagar aquella vida? ¿A quién podía pagar el precio de la misma? Sabiendo, pues, yo que esta mujer, dada la educación que había recibido, merecía un elogio, y hasta una frase de adulación, me sentía incapaz de pronunciarla, porque mi educación había sido otra. Todo lo más que pude hacer fue recoger un cumplido del exterior, como si dijéramos, y lo doloroso del caso fue que ese cumplido era verdadero:

—Señora, vuestro pueblo os reverenciará por esto que habéis hecho.

Exacto, pero yo me proponía ahorcarla por aquella muerte si yo vivía lo bastante. Algunas de aquellas leyes eran demasiado malas, totalmente malas. El amo podía matar a su esclavo por cualquier cosa: por simple enojo, por simple malignidad o para entretener el tiempo. Tal y como acabamos de ver, una testa coronada podía hacerlo con sus esclavos, es decir, con todos sus súbditos. Un caballero podía matar a un plebeyo libre, pagando cierta suma por él, en dinero o en frutos del mercado. El noble podía matar a otro noble sin que le costase nada, porque la ley no imponía ningún pago, pero tenía que prepararse a represalias en especie. Cualquiera podía matar a otro, menos el plebeyo y el esclavo; éstos no tenían privilegios. Si mataban, había cometido un asesinato, y la ley no admitía el asesinato. Se desembarazaba rápidamente del que lo había cometido, y también de su familia, si el asesinado pertenecía a alguna de las capas sociales que servían de adorno. Si un plebeyo hacía a un noble un rasguño que ni lo mataba ni siquiera le producía una herida, era, no obstante, castigado como si le hubiese producido la muerte; lo descuartizaban haciendo que tirasen de él cuatro caballos, y todo el mundo acudía a contemplar el espectáculo, hacer chistes y pasar un buen rato. El papel que representaban en esos espectáculos las personas mejores allí presentes era tan bestial y tan imposible de poner en imprenta como cualquiera de los que imprimió el simpático Casanova en el capítulo donde relata el descuartizamiento del pobre y torpe enemigo de Luis XV.

Con todo esto, yo estaba harto de aquel horrendo lugar y deseaba marcharme, pero no podía hacerlo, porque me bullía en el cerebro algo que despertaba agujoneos en mi conciencia y que no podía olvidar. Si yo tuviera que rehacer al hombre, no le dejaría la conciencia. La conciencia es una de las cosas más desagradables que tiene una persona; aunque no puede dudarse de que ejerce muchísimo bien, a la larga tampoco puede decirse que compensa; sería preferible con mucho el que fuésemos menos buenos y viviésemos más tranquilos. Sin embargo, ésta es una simple opinión mía, y yo no soy más que un hombre; otros con menor experiencia, quizá piensen de modo distinto. Tienen razón para su punto de vista. Yo sostengo únicamente esto: durante muchos años vengo yo vigilando a mi conciencia, y sé que, de todas las cosas con que inicié la vida, es ésta la que mayores molestias y embarazos me ha causado. Creo que al principio la tenía yo en mucha estima, porque damos importancia a todo lo que es nuestro; pero ¡qué estupidez la mía en pensar así! Si mirásemos el problema de otro modo, veríamos todo su absurdo; por ejemplo; si yo tuviese dentro de mí un yunque, ¿le daría importancia? Desde luego que no. Pues bien: si nos ponemos al pensarlo, no hay verdadera diferencia entre una conciencia y un yunque, me refiero en cuanto a comodidad. Lo he observado un millar de veces. Además, os quedaría el recurso de disolver un yunque mediante ácidos, cuando ya no lo pudieseis soportar más; pero eso no lo podríais hacer con la conciencia, si fuese posible desembarazarse de ella; por lo menos, yo no tengo noticia de ningún caso en que haya ocurrido.

Antes de abandonar el castillo quería yo realizar una cosa; pero se trataba de un asunto desagradable y me repugnaba poner manos a la tarea. Estuvo fastidiándome durante

toda la mañana. Yo podría decírselo al anciano rey, pero ¿qué se sacaba con ello? El viejo rey era un volcán apagado. En sus buenos tiempos había estado en actividad, pero se le acabó hacía mucho tiempo el fuego, y ya sólo era un majestuoso montón de cenizas; bastante simpático, bastante adaptable para mi propósito, sin duda, pero no era aprovechable. Aquel titulado rey era un cero; el único poder que allí había era la reina, y la reina era un Vesubio. Puesta a hacer un favor, era capaz de dar calor a una bandada de gorriones si se lo pedíais, pero era muy capaz de aprovechar esa misma oportunidad para desatarse y sepultar una ciudad. Sin embargo, yo me dije que cuando uno espera lo peor suele ocurrir muchas veces que el resultado que se consigue no suele ser, en fin de cuentas, del todo malo.

Cobré, pues, ánimos, y sometí el asunto a Su Alteza Real. Le dije que yo había realizado en Camelot y en los castillos próximos un inventario general de los materiales que tenían en las cárceles, y que si ella me lo permitía me agradaría examinar la colección de la suya, su rastro, es decir sus presos. Ella se resistió, pero yo me lo esperaba. Por último, consistió. También eso me lo esperaba, aunque no tan fácilmente. Con ello terminó casi mi intranquilidad. La reina ordenó que viniesen sus guardias con antorchas, y bajamos a las mazmorras. Hallábanse éstas debajo de los cimientos del castillo, y consistían principalmente en celdas pequeñas, excavadas en la roca viva. Algunas de estas celdas no tenían luz alguna. Había en una de ellas una mujer cubierta de inmundos harapos; estaba sentada en el suelo, y no supo contestar a ninguna pregunta ni hablar una palabra, limitándose a levantar la vista hacia nosotros una o dos veces, por entre la maraña de su revuelta cabellera, como si quisiera ver qué era aquella cosa inesperada que venía a perturbar con luz y sonidos la triste pesadilla inexpresiva en que se había convertido su vida; después de eso, se sentó con el cuerpo inclinado y sus dedos cubiertos de costra entrelazados en el regazo, sin volver a dar otra señal de vida. Aquel pobre esqueleto era en apariencia una mujer de edad mediana, pero sólo en apariencia una mujer de edad mediana, pero sólo en apariencia; llevaba allí nueve años y cuando la encerraron tenía dieciocho. Era una plebeya; la había enviado a la mazmorra, la noche misma de su boda, un señor de allí cerca, de quien el padre de la muchacha era vasallo, Sir Breuse Sance Pité, porque se había negado a que dicho señor ejerciese en ella lo que se ha venido llamando el derecho de pernada; además, aquella joven había contestado a la violencia con la violencia y había derramado medio vasito de la sangre casi sagrada de Sir Breuse. Al llegar a ese punto, el joven esposo había intervenido, creyendo en peligro la vida de la novia, y había lanzado a viva fuerza al noble en medio de la sal en que se hallaban reunidos los humildes y asustados concurrentes a la boda, dejándolo allí atónito ante tal ultraje y animado de un odio implacable contra el novio y la novia. Como el señor en cuestión andaba escaso de espacio en sus mazmorras, había pedido a la reina que guardase en las suyas a los dos criminales, y desde entonces éstos estuvieron en el castillo de la reina. A estas mazmorras los había traído antes que transcurriese una hora de su crimen, y desde entonces no habían vuelto a verse el uno al otro. Allí estaban, lo mismo que sapos encerrados en el interior de la misma roca; habían pasado nueve lóbregos años a cincuenta pies de distancia el uno del otro, sin que ninguno de ellos supiese si el otro vivía o no. Durante los primeros años, la única pregunta que habían hecho, y la habían hecho con súplicas y lágrimas capaces de ablandar, quizá y con el tiempo, las piedras; pero hay que tener en cuenta que los corazones no son piedras; ¿Vive él? ¿Vive ella? Jamás obtuvieron una contestación; acabaron por no hacer ya esa pregunta, ni ninguna otra.

Después de oír aquel relato quise ver al hombre. Tenía treinta y cuatro años y parecía tener sesenta. Estaba sentado en un bloque cuadrado de piedra, con la cabeza inclinada, los antebrazos descansando sobre las rodillas, sus largos cabellos cayéndole como flecos delante de la cara, y mascullaba algunas palabras. Alzó la barbilla y nos miró de arriba abajo, lentamente, de una manera inexpresiva, parpadeando por el dolor que le producía la luz de las antorchas; volvió a dejar caer la cabeza, y luego siguió mascullando palabras ininteligibles, sin preocuparse más de nosotros. Había algunos testigos mudos de un patetismo elocuente. En sus muñecas y tobillos veíanse cicatrices viejas y ya suaves; sujeta a la piedra en que él estaba sentado veíase una cadena con argollas y esposas; pero este aparato está tirado por el suelo, cubierto de una espesa capa de roña. Cuando el preso ha perdido ya el espíritu, las cadenas están de más.

No conseguí despertar a aquel hombre; entonces dije que íbamos a conducirlo adonde ella estaba; y ya veríamos; íbamos a conducirlo hasta la novia que había sido en un tiempo para él la cosa más hermosa del mundo, que había sido en algún tiempo para él rosas, perla y rocío hecho carne, una obra maravillosa, la obra maestra de la Naturaleza; con ojos que no se parecían a ningunos otros, con voz distinta de todas las demás, con una lozanía y gracia ágil y juvenil, y con una belleza que sólo parecían propias de los seres de ensueño. Todo eso le parecía a él, y nadie más. La vista de aquella mujer le haría latir la sangre dormida de aquel preso, la vista de aquella mujer...

Pero fue un desencanto. Ambos permanecieron sentados en el suelo, y se miraron por algún tiempo a la cara de un modo inexpresivo, con una especie de débil curiosidad de animales; pero enseguida se olvidaron el uno del otro, bajaron los ojos, y fue evidente que ambos se ensimismaron y que sus pensamientos se lanzaron por países de ensueños y de sombras, tan lejanos que nada sabemos de ellos.

Hice que los sacasen y los pusiesen en manos de amigos suyos. A la reina no le agradó mucho. No porque tuviese el menor interés en el asunto, sino porque le pareció que era obrar irrespetuosamente con Sir Breuse Sance Pité. Sin embargo, yo le di a la reina la seguridad de que si el tal señor encontraba insoportable lo que yo había hecho, ya le arreglaría yo las cuentas de manera que lo soportase.

Saqué a cuarenta y siete presos de aquellos terribles agujeros de ratas y dejé solamente a uno encerrado. Ese preso era un señor, y había matado a otro señor que tenía cierto parentesco con la reina. Ese otro señor le había tendido una emboscada para asesinarlo, pero el preso había llevado la mejor parte y le había cortado el cuello. Sin embargo, no fue por eso por lo que yo le retuve en la cárcel, sino porque había destruido malvadamente el único pozo público de agua que había en una de sus miserables aldeas. La reina tenía que ahorcarlo por haber matado a un pariente, pero yo no podía permitir eso, porque el matar a un asesino no era crimen. Pero le dije a la reina que yo estaba dispuesto a permitir que lo ahorcase por haber destruido el pozo de agua. Ella acabó conformándose con esto, que siempre era mejor que nada.

¡Válgame Dios, y por qué faltas insignificantes estaban encerrados allí la mayor parte de aquellos cuarenta y siete hombres y mujeres! Los había incluso que no habían cometido falta alguna y que estaban allí para satisfacer el rencor de alguna otra persona; no siempre se trataba de la reina, sino de algún amigo suyo. El crimen cometido por el preso que había entrado el último consistía simplemente en haber hecho un comentario. Dijo que, en opinión suya, todos los hombres eran más o menos iguales, y que, despojados de sus vestidos, cualquier hombre valía tanto como otro; que, en opinión suya, si se ponía en cueros vivos a toda la nación y se enviaba por entre la multitud a un extranjero, éste sería

incapaz de distinguir al rey de un charlabarato y a un duque de un mozo de hotel. Por lo visto se trataba de un hombre cuya masa encefálica no había sido reducida a papilla chirle mediante una educación propia de idiotas. Lo puse en libertad y lo envié a la fábrica.

Algunas de las celdas excavadas en la roca viva se hallaban justamente detrás de la cara del precipicio; en cada una de ellas se había abierto una saetera para que entrase la luz del día y para que el preso gozase de un débil rayo del sol bendito. El caso de uno de aquellos pobres hombres era especialmente duro. Desde su agujero sombrío de golondrina, abierto a gran altura en la enorme pared de la roca nativa, podía mirar hacia el exterior y ver su propia casa, allá a lo lejos, en el valle; veintidós años llevaba viéndola, con el corazón dolorido y lleno de nostalgia, por aquella grieta. Veía brillar las luces por la noche, y durante el día podía ver cómo entraban y salían de casa las personas, su mujer y sus hijos, entre ellas, sin duda alguna, aunque no pudiese distinguirlos a semejante distancia. En el transcurso de los años llevaba nota de las festivales que allí se celebraban, procuraba alegrarse, y se preguntaba qué clase de festejos eran, si no serían bodas. Llevaba también nota de las funerales, y su corazón se desgarraba al verlos. Distinguía el féretro, pero no podía señalar el tamaño del mismo, no sabiendo si sería el de su mujer o el de algún hijo. Veía formarse el cortejo, con los clérigos y los acompañantes del duelo, y alejarse solemnemente, llevándose con ellos el secreto. Había dejado al entrar en la cárcel a su esposa con cinco hijos, y en diecinueve años había visto salir cinco cortejos fúnebres, sin que ninguno de ellos fuese lo bastante humilde para poder calcular que correspondía a un criado. De modo pues, que había perdido cinco de sus tesoros; todavía le quedaría uno—uno que era ahora infinita e indeciblemente precioso—. Pero ¿quién era él? ¿La esposa o un hijo? Esa era la pregunta que le torturaba noche y día, dormido y despierto. Ahora bien, al tener algo en que se concentre el interés de uno, sea de la clase que sea, y un débil rayo de luz, cuando uno está encerrado en una mazmorra, constituye un gran apoyo para el cuerpo y un gran medio de conservación para la inteligencia. Aquel hombre se hallaba todavía en bastante buen estado. Para cuando acabó de hacerme el relato de su dolorosa historia, yo me encontraba en el mismo estado de ánimo que se habría encontrado cualquiera que sintiera una normal curiosidad, quiero decir, que me sentía abrasado por un deseo tan intenso como el que él sentía de saber qué miembro de su familia era el que quedaba con vida. Lo acompañé, pues a su casa; fue esa una excursión llena de las sorpresas más asombrosas; sí, tifones y ciclones de gozo frenético, y Niágaras de lágrimas felices, porque, por vida mía, que nos encontramos a la que era en tiempos joven matrona bordeando de gris lo que iba a ser el borde inminente de su medio siglo, y a los que eran bebés convertidos en hombres y mujeres, casados algunos y ya con familia, porque ni uno sólo de aquella tribu había muerto. ¡Figuraos la maldad ingeniosa de aquella reina! Ella sentía un odio singular contra aquel preso, y era ella misma la que había inventado aquellos cortejos fúnebres, para con ellos ponerle en sangre viva el corazón; y el más sublime de sus golpes de genio en todo aquel asunto consistió en dejar que la familia organizase funerales para todos menos uno de sus miembros; de ese modo conseguía que el alma del preso se agotase adivinando.

De no ser por mí, aquel hombre no habría sido puesto nunca en libertad. Morgana la Fe lo odiaba con todo su corazón, y jamás se habría compadecido de él. Sin embargo, su delito era más bien obra de ligereza que de maldad deliberada. Ese hombre había dicho que la reina era pelirroja. La verdad es que lo era, pero no era ésa la manera de hablar del cabello de la reina. Cuando se habla de personas de ciertas categorías sociales que tienen los cabellos rojos, debe decirse que sus cabellos son de color caoba.

Pensad hasta dónde llegaba la cosa: entre los cuarenta y siete presos había cinco cuyos nombres, delitos y fechas de encarcelamiento se habían olvidado. Una mujer y cuatro hombres... Eran unos patriarcas, todo encorcorvados, arrugados y con la inteligencia ya muerta. Ellos mismos habían olvidado desde hacía mucho tiempo esos detalles; en el mejor de los casos, conservaban simples, confusas teorías acerca de los mismos, pero sin detalles concretos, porque no eran capaces de repetir dos veces la misma cosa de la misma manera. Los clérigos que se habían sucedido en el oficio de orar diariamente con los presos y recordarles que Dios los había puesto allí por algún sabio designio suyo, y para enseñarles que la paciencia, humildad y sumisión a los opresores era lo que El gustaba de ver en las personas de rango humilde; esos sacerdotes, digo, conservaban cierta tradición de aquellas pobres ruinas, pero nada más. Esas tradiciones se remontaban a muy poco tiempo atrás, porque sólo se referían al tiempo que llevaban allí encarcelados y no a los nombres de los delitos. Lo único que pudo probarse con la ayuda de esa tradición fue que ninguno de los cinco había visto la luz del día en treinta y cinco años; del tiempo anterior en que llevaban sin verla nada pudo adivinarse. El rey y la reina no sabían nada de aquellos pobres seres, salvo que eran herencia, bienes muebles heredados junto con el trono, de la firma antecesora. Nada les había sido transmitido acerca de su historia con las personas mismas, y por eso los nuevos propietarios no les habían dado ningún valor, ni habían sentido el menor interés por ellos. Yo le dije a la reina:

—Siendo así, ¿cómo es posible que no los hayáis puesto en libertad?

La pregunta era embarazosa. Ella no sabía por qué no lo había hecho; la verdad es que ni por un momento se le había ocurrido. Aquella mujer había barruntado la auténtica historia de los futuros presos del castillo de If, sin saberlo. Yo comprendía que, dada la educación que ella había recibido, aquellos presos heredados eran unos simples bienes muebles, ni más ni menos. Lo cierto es que cuando nosotros heredamos algunos bienes, nunca se nos ocurre rechazarlos, aunque no les demos ningún valor.

Cuando yo saqué mi cortejo de murciélagos humanos al ancho mundo y a los resplandores del sol de la tarde— vendándoles previamente los ojos por un sentimiento de caridad, ya que llevaban tanto tiempo sin que los torturase la luz — formaban un espectáculo que producía lástima. Todos y cada uno de ellos eran esqueletos, mamarrachos, trasgos, que daba miedo verlos; eran los hijos legítimos de la Monarquía por la gracia de Dios y de la Iglesia oficial. Murmuré para mis adentros, ensimismado:

«¡Ojalá pudiera fotografiarlos!»

Os habréis encontrado con gentes que por nada del mundo dejarán ver que ellos desconocen el sentido de una palabra nueva e imponente. Cuanto más ignorantes son, más lastimosamente seguro es que fingirán que no se les ha pasado por alto lo que habéis dicho. La reina era de esa clase de personas, y por ese motivo tenía a cada paso las más estúpidas meteduras de pata. Al oír lo de fotografiar, vaciló un momento; luego, su rostro se iluminó con súbita expresión de haber comprendido, y me contestó que ella los fotografiaría.

Yo pensé: «¿Qué esta mujer va a fotografiarlos? Pero, ¿qué sabe ella de fotografía? No era, sin embargo, buen momento para ponerse a meditar. ¡Al volverme para mirar vi a Morgana que avanzaba en el cortejo armada de un hacha!

La verdad es que Morgana la Fe, era sin duda alguna, un curioso tipo de mujer. He conocido en mis tiempos a una buena cantidad de tipos de mujer, pero Morgana sobrepujaba a todos ellos por su variedad. ¡Qué vivamente la caracterizaba este episodio! Tenía la misma idea que pudiera tener un caballo de cómo se fotografiaba un cortejo, pero,

en la duda, se le ocurrió que aquello tenía seguramente que hacerse con un hacha. ¡Estaba en lo suyo!

CAPITULO XIX

LA CABALLERIA ANDANTE COMO NEGOCIO

A la mañana siguiente, a una hora brillante y temprana, estábamos la Rubia y yo otra vez en el camino. ¡Qué satisfacción la de abrir los pulmones y aspirar en ellos sabrosos barriles enteros del aire bendito de Dios puro, oliendo a rocío y a bosque, después de pasar dos días y dos noches afixiándose de cuerpo y de alma en las hediondecas morales y físicas de aquel intolerable y viejo nido de busardos! Todo eso lo digo para mí: aquel lugar resultaba muy bien y muy agradable para la Rubia, que durante toda su vida estaba acostumbrada a alternar en la alta sociedad.

¡Pobre muchacha! Sus mandíbulas habían soportado un fatigoso descanso en aquellos días, y yo estaba esperando sufrir las consecuencias. No me equivoqué; pero como durante nuestra estancia en el castillo se había puesto de mi lado y me había sido de la mayor utilidad, apoyando y reforzando poderosamente mi posición con el relato de gigantescas locuras que en un lugar como aquél eran más eficaces que unos discursos sabios de tamaño doble que aquéllas, pensé que se había ganado bien el derecho de hacer funcionar su molino durante algún rato, si se le antojaba, y no experimenté ningún dolor cuando rompió a decir:

—Volvamos ahora a sir Marhaus, el que se marchó en su caballo hacia el Sur llevando a la grupa a la damisela de treinta inviernos...

—¿Cómo es eso, Rubia? ¿Vais acaso, a intentar seguir otra media jornada en la huella de los vaqueros?

—Eso mismo, mi noble señor.

—Pues, adelante. Esta vez no os interrumpiré, si puedo evitarlo. Volved a empezar, haced una buena arrancada y sacudid bien todos vuestros rizos, que yo cargaré mientras tanto mi pipa, y os escucharé con atención.

—Volvamos ahora a sir Marhaus, el que se marchó en su caballo hacia el Sur llevando a la grupa a la damisela de treinta inviernos. Llegaron, pues, a un bosque muy cerrado, donde los alcanzó la noche, y cabalgaron por un camino muy oscuro y llegaron por último, a un castillo en que vivía el duque de South Marches, y pidieron alojamiento. El duque mandó llamar por la mañana a sir Marhaus, rogándole que se preparase. Y Sir Marhaus se levantó y se armó, y se cantó delante de él una misa, y se desayunó, y luego montó a caballo en el patio del castillo, donde iban a combatir. Estaba ya allí el duque a caballo, armado de sus mejores armas, y tenía a su lado a cinco hijos, y cada uno de ellos tenía una lanza en la mano, y así se acometieron, y el duque y dos de sus hijos quebraron sus lanzas al chocar con su adversario, pero Sir Marhaus levantó la suya y no tocó a ninguno. Entraron luego en liza cuatro hijos suyos, por parejas, y dos de ellos quebraron sus lanzas, y lo mismo hicieron los otros dos. Y todo eso sin que Sir Marhaus los tocara, entonces, sir Marhaus lanzó su caballo contra el duque y de un bote de su lanza derribó por tierra al caballo y al

jinete, Y lo mismo hizo con sus hijos. Y Sir Marhaus echó entonces pie a tierra y conminó al duque a que se entregase, porque si no lo mataría. Entre tanto, volvieron en sí algunos de sus hijos y querían acometer a Sir Marhaus. Entonces éste dijo al duque: «Que se estén quietos vuestros hijos, pues, de otro modo, acabaré con todos vosotros» Cuando el duque vio que lo mataría sin remedio, gritó a sus hijos que se entregasen a Sir Marhaus. Y todos se arrodillaron y presentaron al caballero las empuñaduras de sus espadas, y él las recibió. Ayudaron entonces a levantarse a su padre y prometieron todos, de consuno, que no serían jamás enemigos del rey Arturo, y que después de Pentecostés iría el duque con sus hijos para ponerlos en la gracia del rey

—Hasta aquí llega la historia, noble Sir El Patrón. Ahora bien: sabed que este mismo duque y sus seis hijos son los que hace pocos días vencisteis vos y enviasteis a la Corte de Arturo.

—¡Pero Rubia, no es posible que habléis en serio!

—Si no digo la verdad, que caiga sobre mí el castigo.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Quién iba a suponérselo? De modo que todo un duque y seis duquesitos. De verdad, Rubia, que fue una redada elegante, La caballería andante es el oficio más idiota, y como tarea resulta bastante aburrida, pero empiezo a comprender que, bien mirado, y con un poco de suerte, hay dinero en el asunto. No es que yo sea capaz de meterme en ese negocio de una manera permanente, porque no lo haría. Ningún negocio sólido y legítimo puede basarse en la especulación. Una buena racha en el renglón de la caballería andante, ¿a qué queda reducida si apartáis del mismo la fantasía y os atenéis a la fría realidad? Es un monopolio pasajero de la carne de cerdo, y de ahí no podéis pasar. Os hacéis rico, si señor (os hacéis rico de pronto) pero es por un día, quizás por una semana; pasado ese plazo, se hace otro con el control del mercado contra vos, y allá se va por los suelos vuestra agencia clandestina. ¿No es así, Rubia?

—Si alguna vez se descarrió mi inteligencia derramando mi lenguaje sencillo de manera que las palabras parecen no tener fin y pasan por encima...

—Rubia: no se va a ninguna parte con esos rodeos y tratando de esquivar las cosas, porque éstas son tal como yo las digo. Y si vamos derechos hasta el fondo mismo del asunto, la caballería andante es peor que el negocio del cerdo; ocurra lo que ocurra, siempre queda la carne del cerdo, y alguien se beneficia de un modo u otro con ella; pero cuando en una racha buena de caballería andante se desmorona el mercado, y cada caballero andante de los que han intervenido presenta su liquidación, ¿qué os queda entre las manos? Nada más que un montón de cadáveres aporreados y un par de recipientes de chatarra estropeados. ¿Podéis llamar a eso un activo sólido? A mí dadme en cualquier caso el negocio del cerdo. ¿No tengo razón?

—¡Ah! Es posible que mi cabeza aturrullada por los mil asuntos a que la han llevado las confusiones de estos últimos venturosos acontecimientos y fortunas, en los que no sólo yo, ni tampoco vos sólo, sino que, según creo...

—No, Rubia, no tiene la culpa vuestra cabeza. Vuestra cabeza funciona perfectamente, si vamos a eso, pero es que vos no entendéis de negocios, y hacéis mal en intentarlo una vez y otra. Pero, dejando eso a un lado, la pesca fue buena y nos cosechará magnífica fama en la Corte de Arturo. A propósito, y hablando de vaqueros: ¡que país más curioso es éste por lo que abunda en hombres y en mujeres que jamás envejecen! Ahí tenéis, por ejemplo, a Morgana La Fe, tan fresca y juvenil como una pollita de Vassar, según todas las apariencias, y ahí tenemos también al viejo duque de South Marches que, con los años que tiene y después de criar una familia como la que ha criado, sigue tirando aún de espada y de

lanza. Según tengo entendido, Sir Gawaine le mató a siete de sus hijos, y aún le quedaron seis para que Sir Marhaus y yo nos las viésemos con ellos. Y no olvidéis la damisela aquella de sesenta inviernos que en su helada floración excursionaba de aquí para allá.

¿Cuántos años tenéis, Rubia?

Fue aquélla la primera vez que tropecé con un punto silencioso en ella. El molino se había cerrado para efectuar reparaciones o algo por el estilo.

CAPITULO XX

EL CASTILLO DEL OGRO

Entre las seis y las nueve hicimos diez millas, que es mucho para un caballo que iba cargado con tres: un hombre, una mujer y una armadura; entonces nos detuvimos para hacer un largo alto de mediodía bajo unos árboles y junto a un límpido arroyuelo. Poco después vimos venir un caballero sobre su caballo; cuando estuvo cerca dejó escapar un gemido doloroso, y por el movimiento de sus labios me di cuenta de que estaba largando tacos y reniegos; sin embargo me alegré de su llegada, porque distinguí un tablero anunciador en el que se leía en letras de oro un bruñido:

USAD EL CEPILLO DE DIENTES PROFILÁCTICO DE PETERSON
¡A TODA PRUEBA!

Me alegré de su llegada, porque con sola aquella muestra sabía yo que era un caballero de los míos. Era Sir Madok de la Montaine, un hombrón cuyo mayor título de honor consistía en que en cierta ocasión estuvo a dos dedos de tirar a Sir Lancelot por encima de la cola de su caballo. No dejaba pasar mucho tiempo, cuando se encontraba en presencia de un desconocido, sin encontrar ningún pretexto para dar a conocer aquella hazaña. Había, sin embargo, otro hecho de volumen casi igual, que no contaba a nadie, si no se lo preguntaban, pero que tampoco se lo callaba cuando alguien le preguntaba por el mismo, a saber; que si no logró éxito completo había sido porque se vio interrumpido en su tarea, pues el otro lo envió por encima de la cola de su propio caballo. Este enorme e inocente babieca no veía ninguna diferencia sensible entre ambos hechos. Le tomé simpatía porque era muy entusiasta en su trabajo y de mucha utilidad. ¡Y qué gusto daba verlo con sus anchas espaldas cubiertas de cota de malla, su leonina cabeza empenachada y su voluminoso escudo, en el que lucía el curioso dibujo de una mano enguantada que empuñaba el cepillo de dientes profiláctico, con la divisa Probad el Noyoudont . Era éste un licor dental que yo estaba introduciendo.

Me dijo que estaba fatigado; y la verdad que lo parecía; peor que no echaría pie a tierra, porque iba buscando al hombre del líquido para bruñir estufas. Y sin más, se largó volviendo a lanzar tacos y reniegos. El hombre del tablero de anuncios al que se había referido era Sor Ossaise de Surluse, caballero valerosos y muy celebrado por haber intentado llegar a conclusiones en un torneo; nada menos que con el archipámpano de Sir Gaheris, aunque sin éxito. Era hombre de genio alegre y divertido, que no tomaba por lo serio nada en este mundo. Por esa razón precisamente lo había elegido yo a fin de que crease entre las gentes la afición al bruñidor de estufas. Como todavía no existían estufas, lo del bruñidor tenía que echarse a broma. Lo que el agente debía hacer era preparar con

habilidad y gradualmente al público para la gran novedad, despertando en las gentes un gusto por la limpieza para cuando llegase el momento de lanzar las estufas a escena. Sir Madok dijo que estaba muy quemado, y estalló en nuevas maldiciones. Dijo que tenía el alma destrozada de tanto maldecir; pero se negó a apearse del caballo, y tampoco quiso descansar ni escuchar ninguna palabra de consuelo hasta dar con Sir Ossaise y liquidar aquella cuenta. Según parecía, por lo que yo pude hilvanar de los fragmentos poco edificantes de lo que dijo, se había tropezado por la mañana temprano con Sir Ossaise, y éste le informó que si cortaba por campos, ciénagas, colinas rocosas y hondonadas, podría alcanzar a un grupo de caballeros, que eran estupendos clientes para cepillos profilácticos y licor para los dientes. Sir Madok, con el entusiasmo que lo caracterizaba, se lanzó de cabeza a la caza de aquella gente, y al cabo de tres horas de fatigoso cabalgar a campo traviesa había dado alcance al grupo perseguido. ¡Y se encontró con los cinco patriarcas que la tarde anterior habían sido puestos en libertad! ¡Pobre gente, que lo menos desde hacía veinte años, por lo menos, no tenían en sus bocas un raigón de muela ni el más ligero resto de diente!

¡Grandísimo bellaco!—dijo Sir Madok—. A mi cuenta queda el bruñirlo como a una estufa, si doy con él; para que nunca más Sir Ossaise ni nadie vuelva a hacerme semejante bellaquería y seguir con vida, si llego a encontrarlo. Hoy hice a ese respecto un terrible juramento.

Y con estas y otras palabras, blandió con gallardía su lanza, como si no pesase nada, y se alejó. A mediados de la tarde tropezamos con uno de aquellos patriarcas; estaba a la entrada de una pobre aldea. Estaba calentándose al amor de los parientes y amigos a quienes no había visto en cincuenta años; a su alrededor, y acariciándolo, estaban también algunos descendientes de su propia sangre, a los que no había conocido hasta entonces; peor todos ellos eran para él gentes extrañas, porque había perdido la memoria y su inteligencia se había estancado. Parecía increíble que un hombre pudiera sobrevivir medio siglo encerrado en un negro agujero igual que una rata; pero allí estaban para atestiguarlo su anciana mujer y algunos viejos camaradas. Aún lo recordaban tal como era en la lozanía y el vigor de su juvenil virilidad, cuando besó a su hija, la puso en manos de su madre y se alejó para entrar en aquel largo olvido. Las gentes del castillo, en el transcurso de media generación, eran incapaces de decir el tiempo que llevaba encerrado por un delito del que no había constancia y que ya estaba olvidado; pero su anciana esposa lo sabía y también lo sabía su hija, ya entrada en años, y que ahora estaba allí, rodeada de sus hijos y sus hijas ya casados, procurando comprender en la realidad a un padre que había sido sólo un nombre para ella, sólo un pensamiento, una imagen informe, una tradición durante toda su vida, y que de pronto se concretaba en carne y sangres y aparecía ante sus ojos.

Era una situación curiosa; no es, sin embargo, por esa razón por la que le he hecho lugar aquí, sino por otra cosa que a mí me pareció todavía más extraña, a saber: que un suceso tan tremendo no arrancase un estallido de ira contra sus opresores a aquellas pobres gentes pisoteadas. Venían siendo desde tanto tiempo atrás los herederos y las víctimas de la crueldad y del atropello, que sólo una cosa habría sido capaz de sobresaltarlos: un acto de bondad. Sí, allí tenía yo una revelación curiosa de las profundidades de la esclavitud en que había sido hundido aquel pueblo. Su vida estaba reducida a un monótono nivel de paciencia, resignación y un aceptar ciego y sin queja de cualquier cosa que pudiera ocurrirles en la vida. Hasta su imaginación estaba muerta. Reconozco que cuando se puede decir eso de una persona, es que ha llegado ya al fondo mismo, no existiendo para él una profundidad mayor.

¡Ojalá hubiese yo tomado otro camino! Esa experiencia no era la más conveniente para un estadista que estaba proyectando en su mente una revolución pacífica, porque no podía menos que ponerle ante los ojos el hecho insoslayable de que, a pesar de todas las bellas palabras y de todo cuanto se ha filosofado en contrario, ningún pueblo del mundo consiguió su libertad mediante charlas untuosas y argumentos de índole moral, porque es una ley inmutable que todas las revoluciones que han de triunfar tienen que empezar con sangre, adopten luego la actitud que adopten. Si la Historia enseña algo, es esa lección, de modo , pues, que lo que aquella gente estaba necesitando era un reinado del terror y una guillotina, y no era yo el hombre que les convenía.

Dos días después, a eso del mediodía empezó la Rubia a dar muestras de excitación y de expectación febril. Me dijo que nos estábamos acercando al castillo del Ogro. Aquello fue para mí una sorpresa y un golpe desagradable. Poco a poco se me había ido olvidando la finalidad que íbamos buscando; aquella manera de resucitarla constituyó para mí durante un momento un hecho que me volvió con un sobresalto a la realidad, y despertó en mí un vivo interés. La excitación de la Rubia creció por momentos y también la mía, porque ése es un fenómeno contagioso. Empezó a latirme con fuerza el corazón. Con el corazón no se puede andar en razones; se rige por sus propias leyes y da saltos por cosas de las que la razón se mofa. Poco después, cuando la Rubia se dejó caer del caballo, me hizo seña de que me detuviese, y avanzó furtivamente y arrastrándose, con la cabeza agachada casi hasta tocar las rodillas, hacia una hilera de arbustos que se alzaban al borde de un declive; los altos de mi corazón se hicieron más violentos y más apresurados, y siguieron de ese modo hasta que ella llegó al lugar de su emboscada y se puso a atisbar por encima del declive; y mientras yo reptaba hasta ponerme de rodillas a su lado. Le ardían los ojos cuando, señalándome en cierta dirección con el dedo, me dijo con un cuchicheo jadeante:

—¡El castillo! ¡El castillo! ¡ Miradlo allí!

¡Que bienvenida desilusión la que yo experimenté! Y le dije:

—¿Castillo? Eso es una cochiguera; una cochiguera con un cañizo a su alrededor.

La Rubia pareció sorprendida y dolorida. Desapareció la animación de su cara, permaneciendo durante algunos momentos ensimismada y silenciosa.

—Antes no estaba encantado—dijo meditabunda y como hablando consigo misma—. ¡Y que me prodigio más extraño y qué cosa más espantosa el que haya sido encantado para los ojos de uno, quedando convertido en un objeto de apariencia vil y vergonzosa; mientras que para otros ojos no está encantado, no ha sufrido cambio alguno y sigue firme y magnífico, rodeado de su foso y con sus banderas ondeando al firmamento azul desde sus torres!

¡Válgame Dios, y cómo retuerce el corazón el volver a ver a las bellas cautivas, con las huellas del dolor más profundas aún en sus caras! Nos hemos retrasado y merecemos por ello censura.

Vi mi salida. El castillo estaba encantado para mí, no para ella. Sería tiempo perdido el pretender sacarla con razones de su engaño; eso no podía hacerse, tenía que seguirle lo corriente. Le dije pues:

—Este es un hecho frecuente; me refiero a que sea encantada una cosa para los ojos de una persona, quedando tal y como era para los demás. Seguramente, Rubia, que habréis oído hablar de ello antes de ahora, aunque no os haya ocurrido personalmente. A decir verdad, lo que haya ocurrido es una suerte. Si esas damas hubiesen sido cerdas ante sus ojos y ante los de todo el mundo, no habría más remedio que romper el encantamiento, lo cual sería imposible mientras no se descubriese el procedimiento exacto empleado en encantarlos. Sería, además, arriesgado; porque, cuando se intenta desencantar sin haber descubierto

antes la clave, está uno expuesto a errar y a convertir las cerdas en perras, las perras en gatas, las gatas en ratas y así sucesivamente, acabando por reducir las a la nada o a transformarlas en un gas inodoro al que no podéis seguir; lo cual, en fin de cuentas, viene a ser lo mismo. Pero aquí, por fortuna, sólo mis ojos sufren el encantamiento, de modo que no vale la pena intentar el hacerlo desaparecer. Estas damas siguen siendo damas para vos y para todo el mundo; y al mismo tiempo, no sufren ellas absolutamente nada por el engaño mío, porque si yo sé que un animal que parece una cerda es en realidad una mujer, no necesito más y sé cómo debo tratarla.

—Gracias, mi buen señor; habéis hablado como un ángel. Yo sé que las libentaréis, porque estáis llamado a grandes hazañas, y sois un caballero de brazo tan fornido y tan valeroso para quererlo y llevarlo a cabo como cualquier otro de los caballeros con vida.

—Desde luego, Rubia, que no permitiré que una princesa permanezca en una cochiguera. ¿Son, por ventura, aquellos otros que se ven más allá, y que para mis ojos pervertidos parecen piaras hambrientas?

—¿Los ogros? ¿También éstos están cambiados? ¡Qué prodigio! Pero eso me hace entrar en temor, porque ¿cómo vais a poder descargar vuestros golpes con segura puntería si cinco de los nueve codos de estatura que tienen, resultan invisibles para vos? Proceded con cautela, señor: porque ésta es una empresa más dificultosa de lo que yo perseguía.

—Tranquilizaos, Rubia. Lo único que me hace falta saber es la altura de la parte del Ogro que es invisible para mí, con eso sabré calcular dónde están sus órganos vitales. No temáis, porque me va costar poco trabajo el dar buena cuenta de estos estafadores. Quedaos donde estáis.

Dejé a la Rubia arrodillada allí; con cara de muerta, pero animosa y esperanzada: bajé a caballo hasta la cochiguera e hice un convenio con los pastores de la piara de cerdos. Me gané su gratitud comprándoles todos los animales en la suma redonda de diecisiete peniques, que era un precio bastante superior al de las cotizaciones. Lo hice muy a tiempo, porque al día siguiente, y entre la Iglesia, el señor de la tierra y los demás recaudadores de contribuciones, habrían arreado casi con todo, dejando a los pastores muy escasos de cerdos y a la Rubia sin princesas. Pero ahora podían pagar los impuestos en dinero y aún les quedaría un saldo favorable. Uno de aquellos pastores tenía diez hijos; me contó que el año anterior se presentó un clérigo y quiso llevarse como diezmo el más gordo de sus diez cochinos, y entonces la mujer se abalanzó contra él y le ofreció un niño, diciéndole:

—Fiera sin entrañas, ¿por qué me dejas mi hijo y me despojas de los medios que tengo para alimentarlo?

¡Cosa curiosa! Eso mismo ocurrió en el País de Gales en mi tiempo y bajo la misma Iglesia oficial, que se suponía que había cambiado su naturaleza al cambiar de disfraz.

Mandé a los tres pastores que se alejasen, y luego abrí la puerta de la cochiguera e hice señas a la Rubia de que se acercase, cosa que ella hizo; y no tomándose tiempo, sino con la velocidad de un fuego en una pradera. Pero cuando la vi abalanzarse hacia las cerdas, corriéndole por las mejillas lágrimas de alegría, y abrazarlas estrechamente, y besarlas, y acariciarlas, y darles con mucha reverencia grandes títulos principescos, sentí vergüenza por ella y sentí vergüenza por la raza humana.

Tuvimos que conducir las cerdas hasta casa, a diez millas de allí; jamás tropecé yo con señores más caprichosas y amigas de llevar la contraria. No querían seguir ningún camino ni sendero. Se escapaban por todas partes hacia el monte bajo, huían en todas direcciones, se metían por lugares pedregosos, subían a las colinas y a los lugares más ásperos y

abruptos. Y no había que pegarles ni tratarlas con dureza; la Rubia no podía tolerar que las tratase sino con los modales que convenían a su rango. A la molestísima cerda vieja del lote había que llamarla milady y tratarla de Su Alteza, lo mismo a que a las demás. Correr detrás de una piara de cerdos para hacerles entrar por la vereda es cosa difícil y molesta cuando se hace revestido de una armadura. Había una condesita, con un aro de hierro en el morro y con la espalda casi limpia de pelo, que era el colmo de la perversidad. Me hizo correr una carrera de una hora por toda clase de terrenos, y al cabo de la hora nos encontramos casi en el punto mismo en que la habíamos iniciado, sin que hubiésemos avanzado una vara. Acabé por agarrarla de la cola, y la arrastré mientras ella gruñía furiosamente. La Rubia se quedó horrorizada al ver aquello, cuando llegamos al grupo, me dijo que era por demás indelicado el arrastrar a una condesa por la cola de su vestido. Llegamos con la cerdas a su destino cuando oscurecía; es decir, llegamos con la mayor parte. La princesa Neronvens de Morganore faltaba, con dos de sus damas de compañía, a saber: la señorita Angela Bohun y la señorita Elaine Courtemains; era aquélla una cerda negra con una estrella blanca en la frente, y esta última una cerda marrón de patas delgadas y que cojeaba un poco en la caña de proa del lado de estribor; y ambas eran dos de las más molestas pejiñeras que yo he visto para dejarse conducir. Entre las que faltaban habían también varias que no pasaban del título de baronesas, y yo dije que por mi podían perderse; pero no, había que dar con el paradero de toda aquella carne de embutido; enviáronse, pues, criados con antorchas que recorriesen con ese objeto los bosques y las colinas.

Como es natural, hubo que aposentar a toda la piara dentro de la casa, ¡y vive Dios, que no he visto nunca cosa semejante! Aquello fue como una insurrección dentro de un gasómetro.

CAPITULO XXI

LOS PEREGRINOS

Cuando por fin logré acostarme, me encontraba indeciblemente cansado. ¡Qué delicia, qué placer el poder estirarse a sus anchas y el relajar los músculos después de una larga tensión! Eso fue todo lo que yo pude conseguir, porque no había ni que pensar por el momento en entregarse al sueño. El pataleo, las carreras y los gruñidos de aquella nobleza por los salones y corredores fue un nuevo Pandemonium, y me mantuvo sin poder pegar ojo. Como es natural, estando yo despierto, mis pensamientos trabajaban activamente; su principal ocupación era aquel curioso engaño de la Rubia. Allí estaba ella, tan cuerda como la persona más cuerda del reino, y, sin embargo, desde mi punto de vista, se conducía como una loca. ¡Válgame Dios, y que fuerza tiene la educación y que influencia tiene el entrenamiento que hemos recibido! Yo tenía que ponerme en el lugar de la Rubia para darme cuenta de que no era una lunática. Si, y también tenía que ponerla a ella en mi lugar, para demostrar lo fácil que uno aparece como loco ante los ojos de la persona a la que no se ha educado de la misma manera que uno. Si yo le hubiese dicho a la Rubia que había visto una galera que, sin influencia alguna de encantamiento, corría a una velocidad de cincuenta millas por hora; o que había visto a un hombre, desprovisto de todo arte de magia, meterse dentro de un canasto y ascender hasta perderse de vista entre las nubes; si yo le hubiese dicho que yo, sin la ayuda de ningún nigromante, había escuchado la conversación de una persona que se encontraba a varios centenares de millas de distancia, la Rubia no solamente me habría tenido por loco, habría pensado también en que mi locura era de una absoluta

certidumbre. Todo el mundo alrededor de ella creía en encantamientos; nadie tenía al respecto la menor duda; poner en tela de juicio que un castillo podía ser convertido en una cochiguera y sus moradores en cerdos, habría sido para aquella gente lo mismo que si dudase la de Connecticut, en la actualidad, de la existencia del teléfono y de sus maravillas; en ambos casos, el ponerlo en duda constituiría prueba absoluta de una inteligencia enferma y de una razón trastornada. Sí, la Rubia estaba cuerda; no había más remedio que reconocerlo. Para que la Rubia me creyera también a mí cuerdo, necesitaba yo guardarme mis propias supersticiones acerca de locomotoras, que no eran obra de encantamiento ni de milagro, lo mismo que los globos o los teléfonos. También yo creía que el mundo no era una superficie plana y que no se apoyaba en columnas ni tenía encima un palio para mantenerlo libre de un universo de aguas que ocupaba el espacio superior; pero como yo era la única persona del reino que padecía de las opiniones tan impías y criminales, hube de reconocer que constituiría buena norma de prudencia el no abrir la boca a ese respecto, si no quería verme de pronto esquivado y olvidado por todos como un loco.

A la mañana siguiente congregó la Rubia a la piara de cerdos en el comedor y les sirvió el desayuno, atendiéndoles personalmente y manifestando de todas maneras la profunda reverencia que los indígenas de su isla, lo mismo los de antes que los de ahora, han sentido siempre por la alcurnia, cualesquiera que fuesen el revestimiento exterior y el contenido intelectual y moral de la misma. Si yo hubiese tenido por nacimiento la alcurnia que correspondía a mi rango oficial, me habría desayunado en compañía de los cerdos; pero como no la tenía, acepté aquel inevitable menosprecio sin quejarme. La Rubia y yo nos desayunamos en la segunda mesa. La familia no estaba en casa. Yo dije:

—¿Cuántos son, Rubia, en esta familia, y dónde están escondidos?

—¿En esta familia?

—Sí.

—¿De qué familia habláis, mi buen señor?

—¿De qué familia he de hablar? De ésta; de vuestra propia familia.

—De verdad que no os había entendido. Yo no tengo familia.

—¿Qué no tenéis familia? Pero, Rubia, ¿no es ésta vuestra casa?

—¿Cómo puede ser ésta mi casa? Yo no tengo casa.

—Entonces, ¿a quién pertenece ésta?

—¡Válgame Dios! Yo os lo diría si lo supiese.

—Según eso, vos ni siquiera conocéis a esta gente. ¿Quién nos invitó, entonces?

—Nadie. Vinimos; eso es todo.

—Pero mujer, ¡vaya un modo extraordinario de conducirnos! Es una desvergüenza que pasa de la raya. De modo que nos metemos en la casa de una persona, lo atiborramos de la única nobleza auténticamente valiosa que el sol ha descubierto hasta ahora en la tierra, y luego resulta que ni siquiera sabemos cómo se llama el propietario de la casa. ¿Cómo se os ocurrió arriesgaros a tomar semejante libertad? Me supuse, desde luego, que se trataba de vuestra casa. ¿Qué va a decir ahora el dueño?

—¿Qué va a decir? ¿Puede hacer otra cosa que darnos las gracias?

—¿Gracias, de qué?

La cara de la Rubia adoptó una expresión de intrigada sorpresa:

—De verdad, señor, que turbáis mi inteligencia con palabras extrañas. ¿Soñáis, acaso, que una persona de su categoría pueda tener dos veces en su vida el honor de aposentar a gentes como las que nosotros hemos traído para que honren con su presencia su casa?

—Sí, la verdad es que, bien mirado, no se dará ese caso. Hasta podría apostarse, con buenas probabilidades, que es ésta la primera vez que recibe un obsequio como éste.

—Pues entonces, que se muestre agradecido y lo dé a entender con palabras de gratitud y con la debida humildad; si no lo hiciese, sería un perro, heredero y antecesor de perros. Para mi manera de ver, era aquélla una situación incómoda, y podía serlo todavía más. Sería una buena idea la de reunir la piara y seguir camino. Por eso dije:

— Rubia, el día avanza. Es hora de reunir a todas estas gentes nobles y de seguir nuestro camino.

¿Y adónde vamos a ir, noble señor y patrón?

—Queremos llevarlos a sus casas ¿no es así?

—¡Ay, que gracia! ¡Pero si ellas pertenecen a todas las regiones de la tierra! Cada una de ellas debe marchar a su propia casa; porque vos no podríais hacer todas esas caminatas en una vida tan corta como la que Dios ha otorgado a las criaturas que El creó, y de la misma manera que a la vida, a la muerte con ayuda de Adán, el que por el pecado que cometió por los halagos de su compañera, siendo esta arrastrada y engañada por los argumentos del gran enemigo del hombre, la serpiente llamada Satanás, que antes había consagrado y dedicado a esta maldad, llevada del despecho y de la envidia, de que rebosaba su corazón por culpa de las bajas ambiciones que echaron a perder y dañaron a una naturaleza que era antes tan blanca y tan pura cuando alternaba con las brillantes multitudes de hermanos suyos en los valles lozanos de aquellas hermosas praderas celestiales en las que todas cuantos nacieron...

—¡Arrea!

—¿Qué decía, mi señor?

—Veréis: vos sabéis muy bien que no tenemos tiempo para todo eso. ¿No veis que podríamos distribuir a estas señoras por toda la redondez de la tierra en menos tiempo que el que os va llevar explicarme que es imposible que lo hagamos? No es éste momento de hablar, sino de actuar. Debéis tener cuidado; no debéis dejar que se dispare de esa manera vuestro molino en un momento como éste. Pongámonos ahora a la tare, que para luego es tarde. ¿Quién las de llevar a sus casas a esta aristocracia?

—Sus propios amigos, que vendrán a buscarlas desde todas las partes del mundo.

Aquello era como un rayo en medio de un cielo azulado, por la manera inesperada como vino; y el alivio que en ello encontré fue lo mismo que el indulto para un preso. Como es natural, sería ella quien se quedase para hacer la entrega de la mercancía.

—Pues entonces, Rubia, como ya nuestra empresa ha terminado magníficamente y con éxito, regresaré a palacio e informaré; y si en otra ocasión.

—También yo estoy dispuesta; os acompañaré.

Esto era como anular el indulto.

—¿Cómo? ¿Qué vos vendréis conmigo? ¿Y por qué?

—¿Creéis que yo voy a ser traidor a mi caballero? Eso sería una deshonra. Yo no puedo separarme de vos hasta que un combate entre caballeros, a campo abierto, os derrote algún campeón incomparable, me gane a mí, y me lleve con él honrosamente. Yo merecía la mayor censura si pensase que pudiera ocurrir cosa semejante.

«Elegido para el período más largo—suspiré para mis adentros—. Creo que lo que me conviene es sacar el mejor partido posible de esta situación» Por eso dije en voz alta:

—Perfectamente, andando, entonces.

Mientras ella se despedía llorando de la piara, yo regalé toda aquella nobleza a los criados. Y les pedí que contratasen a un barrendero para que barriese un poco el lugar en que aquella gente aristocrática se había alojado y paseado; pero los criados no creyeron que

hubiese necesidad de tanto; porque constituiría además una grave falta a la costumbre, que levantaría probablemente comentarios. Faltar a la costumbre, con eso quedaba todo arreglado; era aquélla un nación capaz de cualquier crimen menos del de apartarse de la costumbre. Los criados dijeron que obrarían según la costumbre, una costumbre que, por haber sido observada de una manera inmemorial, se había hecho sagrada; desparramarían junto fresco por todas las habitaciones y salas, y con ello dejaría de ser visible el rastro de la aristocrática visita. Era una especie de sátira contra la Naturaleza; aquello constituía el método científico, el método geológico; mediante él quedaba depositada la historia de la familia en registros superpuestos en estratos; el anticuario podría irlos levantando y podría decir, guiándose por los restos de cada período, las modificaciones alimenticias que la familia había ido introduciendo sucesivamente en un centenar de años.

La primera cosa que nos tropezamos aquel día fue una procesión de peregrinos. No seguían nuestro mismo camino, pero nos unimos a ellos; hora por hora iba naciendo en mí el convencimiento de que si yo quería gobernar sabiamente aquel país, necesitaba imponerme de los detalles de su vida, pero no de segunda mano, sino por observación y examen personal.

Esta compañía de peregrinos se parecía a las de Chaucer en esto: En que contaba con un botón de muestra de casi todas las profesiones y ocupaciones que había en el país, y con una variedad de ropas proporcional. Formaban entre los peregrinos hombres jóvenes y hombres viejos, mujeres jóvenes y mujeres de edad, individuos alegres e individuos serios. Cabalgaban en mulas y caballos, y no se veía una sola silla lateral; porque esta especialidad de los sillones para cabalgar seguiría siendo desconocida en Inglaterra durante novecientos años todavía.

Era aquél un rebaño simpático, amistoso, sociable, piadoso, feliz, alegre y rebosante de inconsciente rudeza y de inocentes desvergüenzas. Narraban constantemente lo que ellos llamaban cuentos alegres, y los tales cuentos no les causaban mayor rubor que el que habrían causado doce siglos más tarde entre la mejor sociedad inglesa. Bromazos dignos del ingenio inglés del primer cuarto del lejanísimo siglo XIX, saltaban aquí y allá por la línea de peregrinos, y arrancaban los más satisfechos aplausos. En ocasiones, cuando en un extremo de la procesión alguien hacía un comentario brillante, éste iniciaba su viaje en dirección al otro extremo, y entonces podía seguirse su avance por todo el camino, guiándose por el centelleante surtidor de risas que lanzaba por sus amuras a medida que se abría paso; y también podía seguirse por los rubores de las mulas que iba dejando en su estala.

La Rubia conocía el punto de destino y la finalidad de aquella peregrinación, y me dijo: —Van camino del Valle de la Santidad, para ser bendecidos por todos los santos ermitaños, beber de las aguas milagrosas y curarse de sus enfermedades de la piel.

—¿Dónde se encuentran esas fuentes?

—A dos jornadas de aquí, en los bordes de la tierra llamadas el Reino del Cucku.

—Decidme lo que sabéis de él. ¿Es un lugar célebre?

—Pues sí que lo es. No hay otro más celebrado. Antaño vivía allí un abad con sus monjes. No había en el mundo otros más santos que ellos; se dedicaban al estudio de los libros piadosos, no se dirigían entre ellos la palabra, ni hablaban con nadie, se alimentaban únicamente de hierbas secas, apenas dormían, oraban mucho, y no se lavaban jamás; llevaban también el mismo hábito hasta que éste se le desprendía del cuerpo de puro viejo y gastado. Así es como llegaron a ser conocidos de todo el mundo por estas santas austeridades, y a ser visitados y reverenciados por ricos y pobres.

—Proseguid.

—Pero era aquél un lugar en el que faltaba el agua. El santo abad oró, y como respuesta a sus oraciones, brotó por milagro en un lugar desierto un gran manantial de agua cristalina. Aquello dio motivo a que los volubles monjes fueron tentados por el enemigo malo, y tuvieron constantes peleas con su abad debido a que le pedían y suplicaban constantemente que construyese un baño; cuando él se cansó y vio que ya no podía resistir más, les dijo que hiciesen lo que querían, y les otorgó su petición. Pues bien: tened en cuenta que con ello olvidaban los caminos de pureza que Dios ama, y seguían los caminos mundanos y pecaminosos. Aquellos monjes entraron en el baño y salieron del mismo tan blancos y limpios como la nieve. ¡Y en ese momento Dios dejó ver una señal milagrosa de su enojo! Las ofendidas aguas que El había enviado dejaron de brotar y desaparecieron totalmente.

—Rubia, considerando que en este país el lavarse es un grandísimo crimen, salieron bastante bien librados.

—Así es; pero es que aquél era su primer pecado, y hasta entonces habían llevado durante largo tiempo una vida de perfección, que los diferenciaba muy poco de los ángeles. Rezos, lágrimas, torturas de la carne, todo fue inútil para conseguir que volviesen a brotar las aguas. Ni siquiera las procesiones; ni siquiera las ofrendas consumidas en el fuego; ni siquiera las lámparas votivas a la Virgen; todo fracasó, y todo el país se sintió maravillado.

—¡Qué raro se me hace el ver que incluso esta industria sufre sus pánicos financieros, y ve cómo sus asignados y los billetes de reverso verde pierden su valor hasta quedar reducidos a cero, sin que pueda moverse el negocio! Adelante, Rubia.

—Entonces, el buen abad, después de mucho tiempo, se rindió humildemente y echó abajo el baño. ¡Y he aquí que la ira de Dios se apaciguó en ese mismo instante, y las aguas se volvieron a brotar abundantes, y no han dejado de manar con generosidad hasta el día de hoy!

—De lo cual deduzco que desde entonces ya nadie ha vuelto a lavarse.

—Quien intente hacerlo se ganaría el dogal; y os aseguro que lo necesitaría muy pronto.

—¿Ha prosperado desde entonces la comunidad?

—Prosperó desde aquel mismo día. La fama del milagro se extendió a todos los países. De todos llegaban monjes para agregarse a la comunidad; llegaron incluso lo mismo que los peces, en bancos; el monasterio levantó un edificio tras otro; y abrió anchos sus brazos para acoger dentro a todos. Vinieron también monjas; y cada año vinieron más; y levantaron frente al monasterio, al otro lado del valle, un edificio, y al primero fueron agregando constantemente otros, hasta que aquel monasterio de monjas se hizo poderoso. Y las monjas se mostraron bondadosas con los monjes, y unos y otras unieron sus amorosas tareas, y entre ambos construyeron una gran inclusa a mitad de camino entre los dos monasterios.

—Me hablasteis de algunos ermitaños, Rubia.

—Se han congregado allí ermitaños que han venido de los puntos más apartados de la tierra. Donde mejor florece un ermitaño es donde hay muchedumbres de peregrinos. Allí no faltará ninguna clase de ermitaños. Si alguien cita una clase de ermitaños que a él le parece nueva y que no se encuentra sino en algún país muy poco conocido, le aconsejo que arañe entre los agujeros y cavernas y ciénagas que rodean ese Valle de la Santidad, y no importa la raza de que se trate, encontrará allí un ejemplar.

Me acerqué al costado de un hombrachón de cara gruesa y alegre, con el propósito de hacerme simpático y recoger algunas migajas de hechos reales; pero, apenas hube trabado conocimiento con él cuando empezó, con mucha seriedad y de una manera muy torpe, a

llevarme por los caminos inmemoriales hacia la misma vieja anécdota, hacia la anécdota aquella que me había contado Sir Dinadan, en la ocasión en que surgieron mis dificultades con Sir Sagramor y en que éste me desafió. Me disculpé, y volví a la cola de la procesión, con el corazón triste, anhelando abandonar esta vida molesta, este valle de lágrimas, este corto día de sobresaltado descanso, de nubes y tempestades, de forcejeos fatigosos y derrotas constantes; pero, sin embargo, me sentía reacio al cambio, recordando lo larguísima que es la eternidad y lo muchas que son las personas que han pasado a ello y que conocen la anécdota en cuestión.

A primera hora de la tarde alcanzamos otra procesión de peregrinos; pero en ésta no había regocijo, ni chistes, ni risas, ni retozonerías, ni clase alguna de feliz aturdimiento, propio de jóvenes o propio de hombres maduros. Y, sin embargo, había en esa procesión personas maduras y personas jóvenes; hombres y mujeres de cabeza blanca; hombres y mujeres fuertes de mediana edad, esposos jóvenes, esposas jóvenes muchachos y niñas, y tres bebés de pecho. Hasta los niños desconocían la sonrisa; no había entre todo aquel medio centenar de personas una cara que no diese muestras de abatimiento, y que no tuviese la expresión rígida de desesperanza que nace de las duras y prolongadas aflicciones y de un viejo trato con la desesperación. Eran esclavos: de sus pies esposados y de sus manos con grilletes salían cadenas que iban a parar a un cinturón de cuero que les ceñía la cintura; todos, excepto los niños, iban encadenados juntos en una sola fila, con seis pies de separación entre unos y otros; la cadena que los unía a todos pasaba de un collar a otro a lo largo de toda la línea. Caminaban a pie, y habían hecho trescientas millas en dieciocho días, alimentándose con los más baratos desperdicios de toda clase, injeridos en escasas cantidades. Habían dormido todas las noches encadenados de aquella manera, hacinados juntos igual que cerdos. Llevaban encima de sus cuerpos alguna pobres harapos, pero no podía decirse que fuesen vestidos. Los hierros habían irritado la piel de sus tobillos, produciendo llagas que se habían ulcerado y llenado de gusanos. Sus pies descalzos estaban destrozados, y ninguno de ellos caminaba sino renqueando. Al principio de la expedición eran un centenar estos desgraciados, pero en el transcurso del viaje habían sido vendidos la mitad. El negociante a cuyo cargo iban, cabalgaba y empuñaba un látigo de mango corto y lazo pesado y largo, dividido al final en varias colas con nudos. Con este látigo cortaba las espaldas de cualquiera de los esclavos que se bambolease de cansancio y hacía que se irguiese de dolor. Aquel hombre no hablaba; tenía suficiente con su látigo para hacer comprender sus deseos sin necesidad de palabras. Cuando pasamos por el lado de aquellos pobres seres, ninguno alzó la vista; ni siquiera mostraron conciencia de nuestra presencia. Sólo dejaban oír un solo ruido: el melancólico y doloroso tintineo de sus cadenas, desde un extremo al otro de su larga fila; ese tintineo se dejaba oír a medida que cuarenta y tres pies cargados se alzaban y bajaban al unísono. La hilera de esclavos avanzaba envuelta en una nube producida por ellos mismos.

Todas aquellas caras estaban recubiertas de una capa de polvo gris. Era una capa como la que todos hemos visto sobre los muebles de las casas deshabitadas, y en ese polvo hemos escrito con el dedo nuestro ocioso pensamiento. Lo recordé cuando vi las caras de algunas de aquellas mujeres, madres jóvenes que llevaban a cuestas bebés que estaban cerca de la muerte y de la libertad; había en sus corazones algo que estaba escrito en el polvo que cubría sus caras y que era fácil de leer. ¡Qué fácil de leer era, Dios mío! Porque estaba escrito en las huellas de sus lágrimas. Una de aquella madres jóvenes no era más que una niña, y me dolió el alma leer esa clase de escritura, y pensar en que había brotado del

corazón de una niña como aquélla, de un corazón que no debería conocer aún el dolor, sino únicamente la alegría de la mañana de la vida; y sin duda...

En ese instante ella giró, aturdida por el cansancio, y allá se descargó el látigo, arrancando un trozo de piel de sus espaldas desnudas. Sentí un aguijonazo como si el látigo hubiera descargado sobre mí y no sobre ella. El dueño de los esclavos ordenó hacer alto a toda la filma y saltó de su caballo. Abroncó y amenazó con toda clase de juramentos a la muchacha, y dijo que ya le había dado bastante trabajo con su flojedad, y como era aquella la última oportunidad que se le presentaría, iba a arreglarle las cuentas ahora. La muchacha se dejó caer de rodillas, alzó las manos, y empezó a suplicar, llorar e implorar, en un impulso de terror, pero el dueño no le hizo caso. Le arrancó al hijo, e hizo que los esclavos varones que iban encadenados adelante y detrás de ella la tirasen al suelo y la sujetasen de manera que el cuerpo le quedase al descubierto; luego empezó a descargar latigazos como loco hasta que la muchacha tuvo la espalda desollada. En todo ese tiempo ella chillaba y forcejeaba de un modo lastimoso. Uno de los hombres que la sujetaba volvió su cara hacia otro lado, y este gesto de humanidad le valió el ser insultado y el recibir algunos latigazos. Todos nuestros peregrinos contemplaban aquel espectáculo y comentaban la habilidad con que aquel hombre manejaba el látigo. Una vida entera de familiaridad diaria con la esclavitud los había endurecido demasiado para que viesan en aquel espectáculo ninguna otra cosa que mereciese comentario. La esclavitud llegaba a producir ese resultado, con su manera de osificar lo que podríamos llamar el lóbulo superior del sentimiento humano; porque aquellos peregrinos eran gente de buen corazón, y no habrían tolerado que aquel hombre diese un trato por el estilo a un caballo.

Yo sentí impulsos de cortar aquello y de dar libertad a los esclavos, pero el resultado no habría sido bueno. Yo no debía entremeterme demasiado y crearme fama de que atropellaba las leyes del país y los derechos de los ciudadanos burdamente calzados. Si yo vivía y prosperaba, acabaría con la esclavitud; estaba bien resuelto a ello; pero procuraría arreglármelas de manera que cuando yo llegase a ser el verdugo que le daba el golpe de muerte, obraría por mandado de la nación.

Allí cerca veíase el taller de un herrero, a la vera del camino; llegó luego el propietario rústico que había comprado a esta muchacha unas cuantas millas antes, para que se la entregasen en aquel sitio, donde podría soltarla de sus cadenas. Estas le fueron quitadas; pero entonces surgió una disputa entre el caballero y el vendedor sobre quién tenía que pagar al herrero. En el instante en que la muchacha se vio libre de sus cadenas, se arrojó, desecha en lágrimas y sollozos frenéticos en brazos del esclavo que había vuelto su cara hacia otro lado cuando la azotaban. El la estrechó contra su pecho, y cubrió de besos su cara y la del niño, lavándolas con la lluvia de sus lágrimas. Sospeché. Pregunté. Yo estaba en lo cierto: eran marido y mujer. Hubo que arrancarlos el uno del otro por la fuerza; hubo que arrastrar de allí a la muchacha, que forcejeaba, peleaba y chillaba como loca, hasta que un recodo del camino la ocultó a la vista; aún después, seguimos oyendo la queja de aquellos chillidos que se fue desvaneciendo poco a poco. ¿Y qué estado sería el del marido y padre, al perder a su esposa y a su hijo para no volverlos a ver nunca en la vida? Era imposible soportar la vista de aquel hombre, y yo me alejé; pero estoy seguro de que no conseguiré borrar nunca de mi memoria su imagen, y en ella sigue hasta el día de hoy haciendo que vibren violentamente las cuerdas de mi corazón siempre que pienso en ello. A la caída de la noche, tomamos alojamiento en el mesón de una aldea; al levantarme a la mañana siguiente, me puse a mirar hacia el exterior y descubrí a un caballero que se acercaba cabalgando envuelto en la gloria luminosa del nuevo día, reconociendo en él a uno

de los míos; a Sir Ozana le Cure Hardy. Este caballero pertenecía al departamento de suministros para nombres, y su especialidad misionera la constituían los sombreros de copa alta. Iba todo él vestido de acero, con la más hermosa de las armaduras de aquel tiempo, hasta donde debiera estar el yelmo; pero no llevaba yelmo alguno, sino un brillante sombrero de tubo de chimenea, ofreciendo un espectáculo todo lo ridículo que pudiera ofrecerse a la vista de uno. Era aquél otro de mis proyectos subrepticios para acabar con la caballería andante, haciéndola grotesca y absurda. Sir Ozana llevaba colgadas de la silla de su caballo sombrereras de cuero, y cada vez que alcanzaba a un caballero andante, le tomaba juramento de entrar a mi servicio y le suministraba un sombrero de copa, haciendo que se lo pusiese. Me vestí y bajé corriendo a dar la bienvenida a Sir Ozana , pidiéndole noticias.

—¿Cómo va ese comercio?— le pregunté.

—Fijaos en que sólo me quedan estos cuatro; cuando salí de Camelot llevaba diecisiete.

—Veo, Sir Ozana, que os habéis conducido magníficamente. ¿Por dónde anduvisteis forrajeando estos últimos tiempos?

—Llego ahora mismo del Valle de la Santidad, señor.

—A ese lugar me dirijo yo. ¿Ocurre entre monjerío algo que sea más excitante que de costumbre?

—¡Por la Santa Misa! ¿y aún me lo preguntáis? (Muchacho, dadle bien de comer a mi caballo, si apreciáis en algo vuestra cabeza, llevadlo rápidamente a los establos y haced lo que os digo). Señor, os traigo noticias graves, y...¿Son todos éstos peregrinos? Pues si lo sois, buena gente, lo mejor que podéis hacer es reuniros y escuchar el relato que tengo que haceros, puesto que con vosotros se relaciona, porque lo mismo puede ser que lo encontréis que no lo encontréis , y que busquéis en vano lo que busquéis , mi vida responde mis palabras, y mis palabras y me mensaje son éstos a saber: Que ha ocurrido un acontecimiento como no había ocurrido otro parecido en dos mil años, que fue la primera y última vez que semejante desventura cayó sobre el Valle de Santidad en esta forma por mandato del Sumo Señor, y eso por razones justas y por motivos que contribuyeron a ello.

—¡La fuente milagrosa se ha secado!

Este grito estalló a un mismo tiempo de las bocas de veinte peregrinos.

—Y que lo digáis, buena gente. A eso iba yo a llegar cuando vosotros lo dijisteis.

—¿Acaso se ha bañado en ella alguien?

—Bien pudiera ser, pero nadie lo cree. Se cree más bien que debe ser por otro pecado, pero nadie cae en la cuenta de qué pecado pueda ser.

—¿Y qué efecto ha producido esta calamidad?

—Es imposible describirlo con palabras. La fuente lleva ya nueve días seca. No han cesado desde entonces ni de noche ni de día las plegarias que empezaron a hacer, y las lamentaciones, el vestido de saco y cenizas, las procesiones sagradas y demás; monjes, monjas y niños de la Inclusa, agotados ya de tanto rezar, han colgado plegarias escritas en pergamino, hasta que recobren fuerzas para dejar oír de nuevo sus voces. Por último, os han enviado a buscar a vos, Sir Patrón , para que pongáis por obra vuestra magia y encantamientos, y si vos no veníais, el mensajero tenía orden de traerse con él a Merlín, y éste lleva ya allí tres días, y aseguró que buscará el agua aquella aunque tenga que hacer volar en pedazos el globo y destruir sus reinos para conseguirlo; ha puesto en obra muy valerosamente su magia y ha llamado a todos los espíritus del mal para que acudan en su ayuda, pero aún no ha brotado ni un aliento de humedad, ni siquiera la que se necesitaría

para empañar un espejo de cobre; eso sin contar los barriles de sudor que Merlín ha sudado de sol a sol, entregado con grandes esfuerzos a su tarea; y si vos...

El almuerzo estaba listo. Cuando acabamos de almorzar mostré a Sir Ozana estas palabras que yo había escrito en el interior de su sombrero: «Departamento quinto, Laboratorios, Sección G. Pxxp.—Eviadme dos de tamaño mayor, dos de número 3, y seis de número 4, junto con los detalles oportunos complementarios, y a dos de mis ayudantes entrenados» Y le dije:

—Ahora os iréis a Camelot a toda la velocidad de vuestro corcel, bravo caballero, y mostraréis este escrito a Clarence, y lo diréis que quiero tener todo esto en el Valle de la Santidad lo antes posible.

—Así lo haré, Sir Patrón—y se puso en camino.

CAPITULO XXII

LA FUENTE SAGRADA

Los peregrinos eran seres humanos. Si no lo hubiesen sido, se habrían conducido de otra manera. Habían hecho un viaje largo y difícil, y cuando ya estaban casi al final del mismo, supieron que la cosa principal que ellos venían buscando había dejado de existir; pero no hicieron lo que habrían ellos los caballos, gatos o gusanos de anzuelo, probablemente, a saber: dar media vuelta y dedicarse a algo que fuese provechoso ; no , si antes sentían anhelo por ver la fuente milagrosa, ahora lo sentían cuarenta veces mayor por ver el lugar en que la tal fuente había estado. Los seres humanos resultan inexplicables.

Cabalgamos a buen paso; un par de horas antes de la puesta del sol nos encontrábamos en los altos confines del Valle de la Santidad, y nuestros ojos abarcaban de parte a parte el panorama, observando sus características. Es decir, sus características principales. Estas consistían en las tres masas de edificios. Temporalidades lejanas y aisladas, que quedaban empequeñecidas hasta parecer construcciones de juguete en aquella soledad de lo que parecía ser un desierto, y que lo era. Escenas de esa clase resultan siempre dolorosas, por su silencio impresionante y porque parecen impregnadas de muerte. Pero oíase allí un sonido que rompía el silencio sólo para aumentar la tristeza del mismo. Ese sonido, débil y lejano, era el de las campanas. La brisa nos los traía flotando caprichosamente, tan amortiguado, tan suave, que apenas si nos dábamos cuenta de si eran nuestros oídos o nuestros espíritus los que lo escuchaban.

Llegamos al monasterio antes de oscurecer; allí se daba alojamiento a los varones, pero las mujeres eran enviadas al convento de monjas. Ahora teníamos cerca las campanas , y su timbre solemne hería los oídos como un mensaje de desgracia. Una desesperación supersticiosa se había apoderado del corazón de todos los monjes, y se les salía a lívida cara. Por todas partes surgían estos espectros de negras túnicas, blandas sandalias y caras sebosas; iban y venían un instante y luego desaparecían tan silenciosos como las figuras de una pesadilla y tan misteriosos.

La alegría que experimentó el viejo abad al verme resultó patética. Llegó incluso a las lágrimas; naturalmente que fue sólo quien las derramó. Y me dijo:

—Hijo, no os demoreís, y poneos a vuestra obra salvadora. Si no hacemos brotar otra vez el agua muy pronto, estamos arruinados, y la buena obra de doscientos años se acabará por la fuerza. Pero cuidado de que los encantamientos que empleéis sean santos, porque la Iglesia no tolerará que en lo que se realice a favor suyo intervenga la magia del demonio.

—Padre, estad bien seguro de que cuando yo trabaje, no echaré mano de nada que se relacione con el diablo. No emplearé artes que vengan del espíritu malo, ni de elementos que no hayan sido creados por la mano de Dios. ¿Y Merlín? ¿Trabaja él siguiendo estrictamente normas piadosas?

—¡Ay, hijo mío, él dijo que lo haría, el dijo que lo haría y prestó juramento de que haría buena su promesa!

—Pues en ese caso, dejadle que siga.

—¿Pero no pensaréis estaros ahí, cruzado de brazos, sin ayudar?

—Padre, el mezclar métodos no trae buenas consecuencias; ni se acomoda tampoco con la cortesía profesional. Dos personas de la misma profesión no deben ofrecer rebajas para quitarse el trabajo. Eso sería tanto como ofrecer un género inferior y salir así del paso; en último término, a eso quedaría reducido el asunto. Merlín tiene el contrato, y hasta que él renuncie al mismo, ningún otro mago puede poner mano en éste.

—Pero yo se lo quitaré; la situación es terrible, y ello justifica ese acto. Y si no lo justificase, ¿es que puede alguien dar leyes a la Iglesia? En la Iglesia la que impone la ley a todos. Y la Iglesia puede hacer lo que ella quiere, moleste a quien moleste. Yo le retiraré el contrato; vos empezareis inmediatamente.

—Eso no podría ser, padre. Sin duda, según vos decís, quien tiene el poder supremo puede obrar como guste, sin con ello perjudicarse; pero nosotros, los pobres magos, no nos encontramos en esa situación. Merlín es un mago muy bueno, pero que trabaja en pequeña escala, y goza de muy buena reputación en provincias. En este momento él lucha y trabaja lo mejor que puede; yo faltaría a las buenas formas si le quitase el trabajo mientras él mismo no lo deje por imposible.

La cara del abad se iluminó.

—Eso es muy sencillo. Siempre hay maneras de convencerle de que abandone la tarea.

—No, no, padre, eso no resulta. Si se le convenciese contra su voluntad, el cargaría esa fuente con un encantamiento malicioso que obstaculizaría luego mi acción mientras yo no descubriese su secreto. Quizá eso me llevase un mes. Yo, por mi parte, podría establecer un pequeño encantamiento mío al que llamo teléfono, cuyo secreto él no sería capaz de descubrir en cien años. Si, ya comprenderéis: él podría cerrarme el camino durante un mes. ¿Os gustaría arriesgar un mes de sequía como ésta?

—¡Un mes! Sólo con pensarle me dan escalofríos. Haced como gustéis, hijo mío, pero mi corazón se siente dolorido por esa desilusión. Dejadme solo y permitid que mi espíritu permanezca cansado y esperando, tal como lo vengo efectuando desde hace diez largos días, haciendo el simulacro de ese que suele llamarse descanso, y colocando mi cuerpo en posición supina, señal exterior de reposo, aunque interiormente yo no gozaré de ninguno. Desde luego, habría sido mejor para Merlín el dejar de lado toda etiqueta, abandonar y darlo de barato, porque jamás conseguiría hacer brotar el agua, siendo como era un auténtico mago de la época; es decir, que los grandes milagros, los que le habían dado reputación, habían tenido la suerte de ser realizados cuando nade más que Merlín estaba delante. Era imposible que él hiciese brotar aquella fuente estando rodeado de una muchedumbre que le miraba; una muchedumbre era cosa tan mala en aquel tiempo para el milagro de un mago como lo era en el tiempo mío para el milagro de un espiritista; con toda seguridad que se hallaría presente algún escéptico, dispuesto a encender el gas en el momento decisivo, echándolo todo a perder. Pero yo no quería que Merlín abandonase su tarea hasta que yo no estuviese preparado para poner mano en ella de una manera decisiva;

y no podía hacer esto hasta que no me llegasen mis cosas de Camelot, y éstas tardarían dos o tres días.

Mi presencia llevó la esperanza al ánimo de los monjes, y los reanimó mucho; por primera vez en diez días hicieron aquella noche una comida sustanciosa. En cuanto sus estómagos estuvieron debidamente reforzados con alimento, empezaron sus ánimos a levantarse rápidamente; cuando empezó a circular el aguamiel, esos espíritus se elevaron más de prisa todavía. En cuanto estuvieron todos un poquitín mareados, la santa comunidad se sintió en buena disposición para pasar una noche divertida; permanecemos, pues, junto a la mesa y dejamos que las cosas siguiesen por ese camino. Aquello llegó a ponerse verdaderamente agradable. Se contaron anécdotas viejas muy salpimentadas, que hicieron que corriesen las lágrimas y que las bocas cavernosas se abriesen de par en par y los vientres redondos se estremeciesen de risa; y se cantaron a voz en cuello, en poderoso coro que ahogó el tañido de las campanas que doblaban a muerto, canciones no menos salpimentadas.

La cosa llegó a tal punto que yo mismo me arriesgué a colocar una historieta, que tuvo enorme éxito. Ese éxito, como es natural, no fue instantáneo, porque los indígenas de estas islas no se deshacen, por regla general, en los primeros toques de un relato humorístico; pero al repetirlo por quinta vez, empezaron a crujir aquí y allá; al hacer por octava vez el relato, empezaron a desmoronarse; y en la quinceava repetición se desintegraron, y yo no tuve que hacer otra cosa que echar mano de una escoba y recoger todo lo que quedaba de ellos. Esta manera de hablar es metafórica. Aquellos isleños, no se podía negar, tardaban al principio en ser remuneradores, es decir, que no rendían utilidad rápida por el esfuerzo invertido en ellos, pero al final eran más remuneradores que todas las demás naciones, resultando éstas pobres y pequeñas por contraste.

Al día siguiente me presenté en la fuente a primera hora. Allí estaba Merlín, rumiando sus encantamientos igual que un castor, pero sin lograr levantar humedad. No estaba de humor agradable; y cada vez que yo le apuntaba la idea de que este contrato era un poquitín demasiado complicado para un novicio, Merlín daba suelta a su lengua, y echaba tacos lo mismo que un obispo, lo mismo que un obispo francés de los tiempos de la Regencia, quiero decir.

El problema se me presentó tal y como ya había calculado. La fuente era un pozo ordinario, que había sido excavado como se excava en los pozos ordinariamente, y que había sido revestido por dentro de la piedra, como suele hacerse con los pozos. Allí no había nada de milagroso. Ni siquiera la mentira en que se basaba la fama era milagrosa. Ni siquiera la mentira en que basaba la fama era milagrosa. Yo mismo, con una mano atada a la espalda, habría sido capaz de decirla. El pozo se hallaba en una cámara oscura, que caía en el centro de una capilla de piedra labrada, cuyos muros estaban llenos de cuadros piadosos de una habilidad artística que haría enorgullecerse a un cromo; eran cuadros históricos que conmemoraban curaciones milagrosas realizadas por las aguas en momentos en que no había nadie delante mirando. Es decir, en momentos en que sólo los ángeles estaban presentes; los ángeles están siempre sobre cubierta cuando tiene lugar por la proa algún milagro; quizá para que los saquen a ellos en el cuadro. Los ángeles son tan aficionados a que los retraten como una compañía de bomberos; y si no, fijaos en los antiguos maestros de la pintura.

La cámara del pozo se hallaba débilmente alumbrada por lámparas; los monjes extraían el agua por medio de un cabrestante y una cadena, y la vertían en conductos que la llevaban hasta depósitos de piedra que había en el exterior de la capilla—quiero decir, cuando había agua que sacar—, y nadie más que los monjes entraba en la cámara del pozo. Yo sí que

entré porque tenía autoridad temporal para hacerlo, por concesión de mi hermano de profesión y subordinado. Pero ni siquiera Merlín había entrado en el pozo, Merlín lo realizaba todo por medio de encantamientos; jamás procedía por razonamientos. Si Merlín hubiese entrado y se hubiese servido de sus ojos en lugar de recurrir a su mente desordenada, habría podido curar el pozo recurriendo a medios naturales para luego presentarlo como un milagro, según tenía por costumbre; pero no, era un viejo Babieca, un mago que creía en su propia magia; y no es posible que prospere ningún mago que se ve trabado por una superstición como ésta.

Yo llevaba una vaga idea de que en aquel pozo se había producido una grieta; que algunas de las piedras del pozo, próximas al fondo del mismo, se habían desprendido, dejando grietas por las que se marchaba el agua. Medí la cadena: noventa y ocho pies. Llamé luego a un par de monjes, cerré la puerta, cogí una vela, e hice que me bajasen al pozo dentro del caldero. Cuando se había desenrollado toda la cadena, la luz confirmó mis suposiciones; una parte considerable de la pared del pozo estaba desprendida y había a la vista una grieta muy grande.

Casi lamenté que mi teoría acerca de lo que ocurría al pozo fuese correcta, porque yo tenía otra que podía anotarse un par de puntos brillantes para poder pasar por milagro. Recordé que en Norteamérica, muchos siglos después, acostumbraban, cuando cesaba de fluir un pozo de petróleo, volarlo con un torpedo de dinamita. Si yo me encontraba con el pozo seco, sin que hubiese una explicación a la vista, podía despertar noblemente el asombro de aquellas gentes, haciendo que un individuo de poca categoría dejase caer en el interior del mismo una bomba de dinamita. Pensaba hacer que ese individuo fuese Merlín.

Sin embargo, era evidente que allí no había caso para emplear la bomba. Las cosas nos salen siempre como uno querría. Pero las desilusiones no deben en modo alguno deprimir a un hombre; debe éste tomar la resolución de mirar las cosas con serenidad. Eso es lo que yo hice. «No tengo prisa—me dije—; puedo esperar. Lo de la bomba podrá todavía emplearse con éxito» Y así fue, en efecto.

Cuando volví a brotar a la superficie, hice salir de allí a los monjes y dejé caer una sonda; el pozo tenía ciento cincuenta pies de profundidad ¡y había en el mismo cuarenta y un pies de agua! Llamé a un monje y le pregunté:

—¿Qué profundidad tiene el pozo?

—Señor, yo lo ignoro, porque nunca me lo dijeron.

—¿Hasta dónde ha llegado, por regla general, el agua dentro del pozo?

—Hasta cerca de la boca durante estos dos siglos, según testimonios que han llegado hasta nosotros por nuestros predecesores.

Esto es cierto—al menos por lo que se refería a tiempos recientes—, porque había allí un testigo bastante mejor que el monje. Sólo unos veinte o treinta pies de la cadena mostraban señales de desgaste y de uso, porque el resto se hallaba sin desgastar y mohoso. ¿Qué ocurrió la otra vez que el pozo dejó de dar agua? Sin duda alguna que hubo allí alguna persona con sentido práctico que tapó la grieta y luego subió a la superficie y dijo al abad que si no se echaba abajo el baño pecaminoso, el pozo no volvería a manar. En la actualidad se había reproducido la grieta, y a estos niños no se les ocurrió otra cosa que rezar, organizar procesiones y hacer que sus campanas tocasen llamando la ayuda del Cielo, hasta que todos ellos quedaron con la garganta seca y faltos de aliento; no hubo entre ellos ningún inocente al que se le ocurriese dejar caer dentro del pozo una cuerda para sondear, o que se metiese dentro para descubrir qué era lo que allí pasaba. Los viejos hábitos del cerebro son una de las cosas de que resulta más difícil desprenderse en este mundo. Se

transmiten lo mismo que las formas y los rasgos físicos; en aquellos tiempos, el hombre que hubiese tenido una idea que no habían tenido sus ascendiente, habría caído en sospechas de que era hijo bastardo. Yo dije a los monjes:

—El hacer que un pozo seco vuelva a manar es milagro difícil; pero lo intentaremos en el caso que mi hermano Merlín fracase. El hermano Merlín es un artista bastante bueno, pero solamente en la especialidad de la magia de salín, y quizá no tenga éxito; a decir verdad, no es probable que lo tenga. Pero esto nada quiere decir en descrédito suyo; el hombre capaz de realizar esta clase de milagro sabe lo bastante para ponerlo a dirigir un hotel.

—¿Un hotel? Creo que no he oído...

—¿Hablar de hoteles? Ustedes los llaman hosteles. El hombre capaz de realizar este milagro puede muy bien llevar un hostel. Yo puedo realizarlo; yo realizaré este milagro; pero no trato de ocultaros el hecho de que es un milagro que requerirá de los poderes ocultos que pongan en tensión su máximo esfuerzo.

—Nadie conoce esa verdad mejor que la comunidad, estad seguro; porque en nuestros archivos consta que en otro tiempo fue peligrosamente difícil, y necesitó un año. Sin embargo, que Dios os de un buen éxito y nosotros rezaremos porque así sea.

Desde el punto de vista del negocio era buena la idea de que corriese la voz de que se trataba de una cosa difícil. El acierto en la propaganda ha convertido muchas cosas pequeñas en grandes. Aquel monje estaba muy convencido de la dificultad de la empresa, él convencería a los demás. De allí a dos días esa creencia estaría en plena floración.

Al mediodía, camino de mi residencia, me encontré a la Rubia. Esta había estado seleccionando ermitaños. Yo le dije:

—Me agradecería hacer yo mismo esa tarea de clasificación. Hoy estamos a miércoles. ¿Hay matinée?

—¿Si hay qué, señor?

—Matinée. ¿No abren por la tarde?

—¿Quién?

—Los ermitaños, como es natural-

—¿Si no abren?

—Sí, si no abren. ¿No está la cosa bastante clara? ¿Es que bajan los cierres al mediodía?

—¿Si bajan los cierres?

—Eso es, si bajan los cierres. ¿Qué hay con eso de bajar los cierres? En mi vida he visto una cabeza tan atontada. ¿Es que no entendéis las cosas? En otras palabras; si cierran el establecimiento, recogen la plata y apagan los fuegos.

—Si cierran el establecimiento, recogen...

—Ea, no hagáis caso, dejadlo pasar; me cansáis. Parece que no fuerais capaz de comprender las coas más sencillas.

—Ojalá, señor, que yo pudiera complaceros, y bien que me duele y me pesa el no conseguirlo; pero yo soy una señorita sencilla y que no ha aprendido nada, porque desde la cuna no me han bautizado en esas aguas profundas del saber que ungen a quien participa del más noble sacramento con la soberanía, invistiéndolo ante los ojos mentales de los humildes mortales con un estado de gran respeto, porque aquellos que carecen de esa gran consagración no ven en su propio estado de ignorancia sino un símbolo de aquella otra especie de falta y de pérdida que los hombres exponen ante las miradas compasivas con vestiduras de harpillera, sobre las que vierten y espolvorean las cenizas del dolor, y por eso cuando esos hombres ignorantes encuentran en la oscuridad de su inteligencia estas frases de oro llenas de misterio, estos cierres bajados, estos retirar la plata, estos apagar los

fuegos, sólo mediante la gracia de Dios no estallan de envidia de esa otra , inteligencia que es capaz de encontrar y de esa lengua que es capaz de pronunciar unos milagros de la palabra tan maravillosa y de tan dulce sonido y si de ello se sigue confusión en esa inteligencia humilde y no alcanza a adivinar el sentido de tales maravillas, aun entonces esa falta de comprensión suya no es fingida, sino verdadera y auténtica; sabedlo bien, que eso es la sustancia misma de su veneración y homenaje, y que no hay que menospreciarlo con ligereza, y ya vos observasteis esta manera de ser de mi temperamento y de mi inteligencia y comprendisteis que lo que yo quería no podía , y que lo que yo no podía, no podía , y ni quería ni podía, o no podía y no quería, pudiendo todo ello resultar en una ventaja hacia el deseado quería, de modo que os suplico seáis compasivo con esta incapacidad mía y que os dignéis perdonarme llevado de vuestra bondad y de vuestra caridad, mi buen maestro y muy querido señor.

Yo no logré entenderla. Es decir, no logré entenderla en todos sus detalles, pero sí comprendí la idea general; y comprendí lo suficiente de esta idea general para sentirme avergonzado. No era noble el derramar de golpe todo aquel tecnicismo del siglo XIX sobre la hija abandonada del siglo VI y a continuación echarle en cara que no pudiese seguir el sentido a mis palabras, y luego, cuando con más ahínco se esforzaba ella, reprenderla porque no podía llegar a tiempo a la base en su carrera; de modo, pues , que le presenté mis disculpas. Acto seguido fuimos caminando agradablemente, tan pronto por un lado como por otro, hacia los agujeros de los ermitaños; conversamos muy amistosamente y mejores amigos que nunca.

Yo iba poco a poco sintiéndome poseído de una reverencia misteriosa y temerosa hacia esta muchacha. Cuando ella arrancaba de la estación y su tren tomaba bastante velocidad por aquellas parrafadas transcontinentales y sin horizontes, características de ella se me ocurría pensar que yo me encontraba en la venerable presencia de la Madre del Idioma Alemán. Esto me produjo la impresión que, a veces, cuando ella empezaba a soltarme una de aquellas parrafadas , yo adoptaba inconscientemente la actitud característica de la veneración, y permanecía con la cabeza descubierta; si las palabras hubiesen sido agua, con seguridad que yo me habría ahogado. Ella se conducía exactamente al estilo de los alemanes; si se le ocurría algo que decir, ya fuese un simple comentario, ya fuese un sermón, una enciclopedia o la historia de una guerra, ella lo metía todo en una sola parrafada o se moría. Cuando el alemán literato se zambulle en un párrafo, ya no volvéis a verlo hasta que sale a flote al otro lado del Atlántico con su verbo en la boca.

Fuimos caminando toda la tarde de ermitaño en ermitaño. Formaban una colección de fieras de lo más curioso. Se hubiera dicho que su principal motivo de emulación era ver quién de ellos se las arreglaba para estar más sucio y abundar más en miseria. Sus maneras y actitudes constituían la última expresión de la vanidad en la propia virtud. Para un anacoreta constituía motivo de orgullo el tumbarse desnudo en el fango y dejar que los insectos le picasen y levantasen ampollas, sin molestarlos por nada; para otro, permanecer apoyado durante todo el día en una roca, mostrándose de ese modo a la admiración de los peregrinos y rezando; para otro, el ir de una parte a otra desnudo y a gatas; para otro, el arrastrar en sus andanzas, año tras año, ochenta libras de hierro; para otro el no dormirse nunca tumbado, colocándose de pie entre arbustos espinosos y roncando en los momentos en que había peregrinos a su alrededor; una mujer, que no tenía otro vestido encima que su cabellera blanca por los años, se exhibía negra desde la coronilla hasta los talones, por efecto de sus cuarenta y siete años de abstinencia santa del agua. Todos ellos se veían rodeados de grupos de peregrinos que contemplaban tan extraños seres, poseídos de

asombro reverente y celosos de la inmaculada santidad que habían conseguido del cielo exigente gracias a estas piadosas austeridades.

Al rato fuimos a ver a uno de los ermitaños grandes de verdad. Gozaba de celebridad extraordinaria; su fama había corrido por toda la cristiandad; personas nobles y de gran crédito viajaban desde las tierras más remotas del globo para darle muestras de reverencia.

El lugar en que éste se hallaba instalado era el centro de la parte más ancha del valle, y necesitaba todo ese espacio para que pudieran acomodarse sus multitudes.

Su establecimiento consistía en una columna de sesenta pies de altura, con una ancha plataforma en lo alto de la misma. En el momento en que llegamos estaba aquel hombre haciendo lo que hacía todos los días desde veinte años atrás en aquella altura. a saber; doblando su cuerpo de una manera rápida e incesante hasta casi sus pies. Era ésa su manera de orar. Le tomé el tiempo con un cronómetro, comprobando que realizaba mil doscientas cuarenta y cuatro revoluciones en veinticuatro minutos y cuarenta segundos. Daba pena ver cómo se malgastaba aquella suma de energía. El movimiento que realizaba era uno de los más útiles que hay en la mecánica; yo hice una nota en mi libro-memorandum,

proponiéndome algún día aplicarle a ese hombre un sistema de cuerdas elásticas para hacer funcionar una máquina de coser. Andando el tiempo realicé mi propósito y conseguí sacar de aquel hombre cinco años de servicios útiles; en ese tiempo confeccionó más de dieciocho mil camisas de tejido de hilo de primera calidad, es decir, a razón de diez por día. Aproveche su trabajo los domingos y todo, porque él seguía moviéndose los domingos igual que el resto de la semana, y no valía la pena que se perdiese aquella energía. Esas camisas no me costaban nada, fuera de la insignificancia que valían sus materiales— éstos los suministraba yo, porque no habría sido justo obligarle a que los suministrase él—, y se vendían como el pan a los peregrinos, a razón de un dólar y medio por camisa, equivalente al precio de cincuenta vacas o un caballo de carreras de pura raza en el reino de Arturo. La gente las consideraba como una perfecta protección contra todo pecado, y mis caballeros las anunciaban de esa manera por todas partes, a fuerza de botes de pintura y chapas para estarcir; llegó un momento en que no había colina o peñasco o muro en toda Inglaterra en el que no se pudiera leer a una milla distancia: **COMPRAD LA ÚNICA AUTÉNTICA CAMISA DEL SANTO ESTILISTA USADA POR LA ARISTOCRACIA- Patente Solicitada .**

El negocio producía tal cantidad de dinero que no sabía uno lo que hacer con él. A medida que se fue extendiendo lance una serie de prendas como para reyes y un artículo de gran elegancia para duquesas y demás, con volantes de la escotilla delantera y el mecanismo de abrir y cerrar sujeto con punto de diente de perro hacia sotavento y luego alzado hacia atrás con un estay posterior y atado hacia arriba con media vuelta en la jarcia muerta delantera de las trenzas de sujeción para el mal tiempo. Si señor, era una cosa preciosa.

Para entonces ya me había fijado yo en que aquella fuerza motriz de la columna se apoyaba en una pierna, y descubrí que algo le pasaba en la otra; al ver aquello, yo hice lo siguiente: fui almacenando mercancía y aligeré mis responsabilidades, metiendo en la sociedad financieramente a Sir Bors de Ganis con un grupo de amigos suyos; antes de un año se interrumpió la fabricación, y el buen santo se fue a descansar. Bien se lo había ganado. No tengo más remedio que decirlo en elogio suyo.

Sin embargo, tal como estaba la primera vez que yo lo vi, su estado físico no era como para ser descrito en este libro. Podéis leerlo en las Vidas de los Santos.

CAPITULO XXIII

ES RESTAURADA LA FUENTE

El sábado al mediodía fui a ver el pozo y lo estuve contemplando un rato. Merlín seguía quemando polvos humeantes y dando de manotadas al aire, mascullando su jerigonza con tanta energía como siempre; pero se le veía que estaba muy abatido, porque ya es de suponer que hasta entonces no había sacado del pozo ni siquiera una vaharada de humedad. Por último yo el dije:

—¿Qué es eso, socio, promete la cosa esta vez?

—Pues, veréis; en este momento estoy atareado poniendo en práctica el encantamiento más poderoso que conocen los príncipes de las artes ocultas de los países del Oriente; si fracaso con él, ya nada servirá. Dejadme en paz hasta que termine.

Esta vez se produjo una humareda que ensombreció la región, y seguramente que los ermitaños lo pasaron mal, porque el viento soplabá de su lado y cayó sobre sus cubiles la espesa humareda, que avanzaba como un oleaje. Merlín derramó por su boca volúmenes de palabrerío tan oscuro como el humo, retorció su cuerpo y aserró el aire con sus manos en una forma extraordinaria. Al cabo de veinte minutos se dejó caer al suelo, jadeante y casi exhausto. Llegaron entonces el abad y varios centenares de monjes y monjas, y tras ellos una multitud de peregrinos y una cantidad de incluseros que llenaban dos acres; se habían congregado todos al ver aquella humareda prodigiosa, y daban muestras de gran excitación. El abad preguntó ansiosamente por los resultados, y Merlín dijo:

—Si el esfuerzo de un mortal fuese capaz de romper el encantamiento que tiene sujetas esas aguas, seguramente que este que yo acabo de poner en práctica lo habría conseguido. Pero ha fracasado; por tanto, yo no sé si afirmar que lo que yo me temía ha quedado ya establecido como una verdad, a saber: que el más poderoso de los espíritus conocidos por los magos del Oriente, y cuyo nombre nadie puede pronunciar sin morir, es quien ha embrujado este pozo. No ha nacido mortal alguno que sea capaz de penetrar en el secreto de ese embrujo, y sin conocerlo nadie podrá romperlo. Buen padre, el agua no volverá ya a manar jamás. Yo hice todo lo que puede hacer un hombre. Permitidme que me retire. Como es natural, esto sumió el abad en una gran consternación; volviéndose hacia mí con señales de la misma en su cara y me dijo:

—Ya le habéis oído. ¿Es eso cierto?

—Una parte, sí.

—Entonces, ¿no todo lo que dice es cierto? ¿Qué parte es la verdadera?

—Que ese espíritu que tiene un nombre ruso ha puesto su embrujo en este pozo.

—¿Por las llagas de Cristo! ¿Estamos entonces arruinados?

—Es posible.

—¿Pero no seguro? ¿Queréis decir que no es absolutamente seguro?

—Eso quiero decir.

—Entonces, queréis decir también que cuando ese hombre dijo que no hay nadie que pueda romper el encantamiento...

—Sí, al decir eso dijo una cosa que no es forzosamente verdad. Existen condiciones bajo las cuales podría tener cierta probabilidad el esfuerzo para romper ese encantamiento, es decir, podría tener una probabilidad pequeña, pequeñísima, de éxito.

—Y las condiciones...

—¡Oh, no son nada difícil! Son nada más que éstas; necesito que el pozo y sus alrededores, en un espacio de media milla, queden reservados exclusivamente a mí desde la puesta del sol del día de hoy hasta que yo retire la prohibición, y a nadie le estará permitido cruzar por ese terreno sin autorización mía.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y sabéis también que con sólo conocerlo no basta, sino que tenéis necesidad de pronunciarlo? ¡Ajaja! ¿Lo sabíais?

—Sí, también sabía eso.

—¿Que lo sabíais! ¿Estáis loco? ¿No os importa el pronunciar ese nombre y morir?

—¿Pronunciarlo? Claro que sí, yo lo pronunciaría si fuese un nombre galés.

—Entonces, podéis daros por muerto; voy a decírselo a Arturo.

—Está muy bien. Podéis cargar con vuestro zurrón y marcharos. Lo que a vos os conviene es ir a vuestra casa y maniobrar con el tiempo, Juanito W. Merlín.

Aquel golpe intencionado dio en el blanco y la hizo parpadear; porque sus intentos de maniobrar con el tiempo habían constituido un fracaso en el reino. Bastaba que él hiciese izar a lo largo de la costa las señales de peligro, para que se experimentase calma chicha durante una semana, y cada vez que él profetizaba buen tiempo caían vez que él profetizaba buen tiempo caían chuzos de punta. Pero yo, precisamente para socavar su fama, lo mantenía en la oficina del tiempo. De todos modos, aquel golpe excitó su bilis, y en lugar de dirigirse hacia la capital para llevar la noticia de mi muerte, dijo que se quedaría allí para disfrutar de ella.

Al atardecer llegaron mis dos técnicos, muy cansados, porque habían hecho jornadas dobles. Llevaban consigo mulas de carga y habían traído todo lo que yo necesitaba, a saber; herramientas, un bomba, tuberías de plomo, fuego griego, gavillas de grandes cohetes, velas romanas, lanzafuego de colores, aparatos eléctricos y varias cosas más; en una palabra; todo lo necesario para un milagro de alta categoría. Cenaron y descabezaron el sueño, y a eso de la medianoche hicimos una salida por un terreno en el que la soledad era completa, hasta el punto de sobrepasar las condiciones impuestas por mí. Tomamos posesión del pozo y sus alrededores. Mis muchachos eran gente práctica en toda clase de trabajos, desde revestir de piedra un pozo hasta el de construir instrumentos matemáticos. Una hora antes que saliese el sol habíamos cerrado la grieta de una manera perfecta, y el agua empezó a subir. Acto continuo almacenamos en la capilla nuestros fuegos de artificio, la cerramos y nos fuimos a casa a dormir.

Antes que terminase la misa de doce ya estábamos otra vez en el pozo; era mucho lo que aún quedaba por hacer, y yo estaba resuelto a que saltase el milagro antes de la medianoche, por razones prácticas, a saber: si un milagro hecho por la Iglesia entre semana vale mucho, ese milagro vale diez veces más si se hace en domingo. En nueve horas el agua había subido a nivel normal, o sea, a menos de veintitrés pies del borde del pozo.

Colocamos una pequeña bomba de hierro, que era de las primeras que se habían fabricado en mis talleres de cerca de la capital; agujereamos un depósito de piedra que se apoyaba contra el muro exterior de la cámara del pozo e insertamos un trozo de tubo de plomo de suficiente largura para que llegase hasta la puerta de la capilla y que se proyectase por fuera del umbral. El agua que saliese sería visible a todas las gentes que cubrían un espacio de doscientos cincuenta acres, y que yo me proponía que se hallasen presentes en la llanura frente a esta pequeña colina sagrada en el momento oportuno.

Desfondamos por un lado una barrica vacía y la izamos hasta el tejado horizontal de la capilla, donde la sujetamos bien; vertimos en ella pólvora hasta formar en el fondo una capa floja de una pulgada de grosor, y luego colocamos los cohetes verticalmente dentro de la barrica, lo suficientemente apretados para que pudiesen sostenerse con holgura; había allí de todas las clases de cohetes que se conocen y formaban un haz grueso e imponente. En la pólvora de la barrica aseguramos un alambre de una batería eléctrica de bolsillo, colocamos en cada esquina del tejado todo un depósito de fuego griego—azul en una esquina, verde en otra, rojo en otra y color púrpura en la última—, y conectamos con cada uno de esos depósitos un alambre.

En la llanura, a cosa de doscientas yardas de distancia, levantamos un cuchitril de maderos de unos cuatro pies de altura, y sobre los maderos colocamos tablas, formando una plataforma. Recubrimos la plataforma con tapices que pedimos prestados para ese momento y coronamos todo con el trono del mismo del abad. Si os preparáis a realizar un milagro a favor de unas gentes ignorantes, es preciso que no olvidéis ninguno de los detalles de importancia, necesitáis que ninguno de los aderezos escénicos escape a la consideración del público, necesitáis arreglar las coas de manera que vuestro huésped de honor lo vea todo cómodamente; conseguido eso, podéis entrar libremente en materia y sacar todo el partido que es posible de vuestros recursos. No debéis escatimar la pompa en vuestro milagro. El hacerlo produce molestias, da trabajo y en ocasiones cuesta dinero; pero en fin de cuentas rinde beneficios.

Pues bien: colocamos los alambres en el suelo de la capilla y luego los llevamos por debajo del suelo hasta la plataforma, y allí ocultamos las baterías eléctricas. Colocamos una defensa de maromas, formando un cuadro de cien pies alrededor de la plataforma, a fin de mantener alejada a la muchedumbre vulgar, y con ello quedó terminado el trabajo. Mi programa era el de que se abriesen las puertas a las diez y treinta minutos y que la función empezase a las once y veinticinco minutos exactos. Me habría gustado cobrar un tanto por la entrada, pero ya se comprenderá que no podía ser. Di órdenes a mis muchachos de que estuvieran en la capilla no más tarde de las diez, antes que empazase a tomar posiciones la gente, y de que se preparasen a manejar la bomba en el momento oportuno. Después nos fuimos a casa a cenar.

La noticia del desastre ocurrido en el pozo había llegado para entonces muy lejos, y en los dos o tres últimos días se había ido volcando en el valle un constante alud de personas. El extremo del fondo del valle se había convertido en un enorme campamento; no cabía duda de que tendríamos una buena entrada. A primera hora de la tarde salieron para hacer su ronda los pregoneros y anunciaron el intento que se preparaba; todos los pulsos latieron con temperatura febril. Los pregoneros anunciaron que el abad y su cortejo oficial se trasladarían con gran pompa y ocuparían la plataforma a las diez y treinta minutos, y que, hasta ese momento debía quedar despejada toda la región en la que yo tenía prohibido entrar; entonces dejarían de tocar las campanas, y ésta sería la señal de que se autorizaba a la multitud a que se acercase y ocupase sus lugares.

Yo me encontraba en la plataforma con todo preparado para hacer los honores cuando la solemne procesión del abad asomó a la vista, cosa que no ocurrió hasta que estuvo muy próxima a la cerca de maromas, porque la noche era sin estrellas y cerrada y no se permitía encender antorchas. Con la procesión llegó Merlín y tomó asiento en una silla delantera de la plataforma. No era posible ver a las multitudes reunidas más allá del espacio prohibido, pero allá estaban, sin embargo. En el instante en que dejaron de tocar las campanas, aquellas masas congregadas se lanzaron como una oleada negra, inmensa, y se

desparramaron más allá de la línea; durante casi media hora siguieron vertiéndose, y finalmente se solidificaron, y se habría podido caminar por encima de un pavimento de cabezas humanas en una distancia muchas millas. Después de eso dimos un compás de solemne espera que duró cerca de veinte minutos. Yo había calculado esa espera para producir efecto; siempre es bueno dejar al auditorio una posibilidad de que él mismo aumente su expectativa. Por último, rompió el silencio un bello canto latino, a voces de hombre, y se fue agrandando majestuosamente, propagándose por la noche, en una marea majestuosa de melodía. También eso lo había preparado yo, resultando uno de los mejores efectos que jamás se me ocurrieron. Cuando acabó el concierto aparecí yo de pie en la plataforma y extendí mis manos por espacio de dos minutos, con mi cara levantada —eso produce invariablemente un silencio de muerte—, y a continuación pronuncie lentamente, y con una especie de solemnidad temerosa, la siguiente horrenda palabra que hizo temblar a muchos centenares de personas y desmayarse a no pocas mujeres:

"¡CONSTANTINOPOLITAUISCHERBUDELSACHSPEFELFENMACHERSGESSELLSCHAFTT!"

En el momento en que yo estaba acabando como en un gemido las últimas letras de esta palabra, establecí el contacto de una de mis líneas eléctricas, y toda aquella ingente multitud antes en tinieblas se manifestó de pronto a la luz de un terrible resplandor azul. ¡Que efecto más colosal! Muchísimas personas chillaron, las mujeres retrocedieron y escaparon en todas direcciones, los hospicianos cayeron por pelotones al suelo, desmayados. El abad y los monjes se apresuraron a persignarse y sus labios se estremecieron con agitadas plegarias. Merlín contuvo el aliento, pero se quedó atónito hasta los callos de sus pies; jamás había visto empezar de aquella manera ningún procedimiento. Era el instante de ir amontonando los golpes de efecto. Alcé mis manos y solté como un gemido, como si estuviese en agonía, esta palabra:

"¡RIHILISTENDUNAMILLHEALERHAESTCHENSSPRENGUNGSALLENTAELVERSUSCHUNGEN!"

...y di el contacto para que estallara el fuego rojo. ¡Vierais y oyerais a aquel Océano Atlántico de personas gemir y ulular cuando aquel infierno escarlata fue a juntarse con el fuego azul! Al cabo de sesenta segundos grite:

"¡TRANSVALLFIUPPENTROPENTRASPOTTRAMPPELHIERTREIVERTRAUUNGSIHRAENEINGRAGOEDIE!"

...¡e hice estallar el fuego verde! Esperé únicamente cuarenta segundos esta vez, extendí mis brazos y solté como un trueno las aterradoras sílabas de esta palabra de palabras:

"¡MEHHAMUSELMANNUENMASSENMENCHENMORERDERMOHERNMULLERMARMONUMENTENMACHER!"

...¡y lancé el torbellino del fuego color púrpura! ¡Allí los teníamos, brillando a la vez, el rojo, el azul, el verde y el púrpura! Cuatro volcanes furiosos que proyectaban nubes enormes de humo radiante a gran altura, desparramando un enceguedor mediodía de arco iris hasta los más lejanos confines del valle. Allí, a lo lejos, pudo verse el individuo de la columna destacarse rígido, de pie, contra el fondo del firmamento, deteniendo por vez primera en veinte años su movimiento de columpio. Comprendí que los muchachos estaban ya junto a la bomba y listos para empezar. Por ello dije al abad:

—Padre, el momento ha llegado. Estoy a punto de pronunciar el nombre terrible y de ordenar que se rompa el encantamiento. Es preciso que reunáis todo vuestro valor y que os agarréis a algo—acto continuo grité a las gentes—: Atención, porque dentro de un minuto quedará roto el encantamiento, si es posible que pueda romperlo un ser mortal. Si el

encantamiento se rompe, todos lo sabréis, porque veréis cómo el agua santa brota por la puerta de la capilla.

Permanecí en silencio unos instantes para dar tiempo a que quienes me habían escuchado lo tuviesen para hacer correr mi anuncio comunicándoselo a quienes no podían oírme, a fin de que de ese modo llegase hasta las filas más alejadas. Entonces realicé un gran despliegue de posturas y gestos extra, y grité:

¡Ea! ¡Yo mando el mal espíritu que se ha posesionado de la fuente sagrada que vomite hacia el firmamento todos los fuegos infernales que aún le quedan en su interior, y que disuelva en el acto su encantamiento y huya de aquí al infierno para permanecer allí encadenado por espacio de mil años. ¡Se lo mando por su mismo nombre terrible...

VEGWJJILLIGKKK!

Entonces di la corriente al haz de cohetes, y una inmensa fuente de deslumbrantes lanzas de fuego se vomitó a sí misma hacia el cenit en carrera llena de siseos, y estalló en mitad del cielo, como una tempestad de piedras preciosas lanzadas en todas direcciones. Entre el pueblo congregado estalló un enorme gemido de terror, —que se transformó súbitamente en un hosanna de júbilo—, porque ante sus ojos, limpia y clara, en medio del extraordinario resplandor, vieron saltar el agua ya libre. El viejo abad no pudo hablar una sola palabra, porque se lo impidieron las lágrimas y los ahogos que sentía en su garganta; sin dejar escapar una sola sílaba, me estrechó entre sus brazos hasta casi destrozarme. Aquello era más elocuente que las palabras. Más elocuente y más difícil de reponerse de sus efectos en un país en el que en realidad no había médico alguno que valiese un mal níquel.

Vierais a todos aquellos acres de gente arrojar al suelo sobre el agua aquella, y besarla, besarla, acariciarla, mimarla y hablarle igual que si estuviese viva, dándole la bienvenida por su regreso con los nombres más cariñosos que aplicaban a sus seres queridos, lo mismo que si fuese un amigo que se había marchado lejos, perdiéndose, y que ahora regresaba a casa. Sí, era un espectáculo agradable de ver y que me hizo tener a aquella gente en más estima de la que la había tenido hasta entonces.

Mandé a Merlín a casa, tumbado en un postigo de la ventana. Cuando yo pronuncié el terrible nombre se había desmayado y caído al suelo como si se hubiese producido un desprendimiento de tierras, y ya no volvió en sí. Merlín no había oído jamás hasta entonces aquel nombre—ni yo tampoco—, pero lo tomó por el nombre verdadero. Con posterioridad reconoció que ni la misma madre del espíritu habría sido capaz de pronunciar aquel nombre mejor que yo. No acertaba a comprender cómo yo seguía viviendo, y yo no se lo dije. Únicamente los magos jóvenes son capaces de descubrir semejante secreto.

Merlín se pasó tres meses ideando encantamiento para tratar de descubrir el profundo truco de cómo pronunciar aquel nombre y seguir viviendo. Pero no lo consiguió.

Cuando yo me dirigí hacia la capilla, el populacho se descubría y me abría paso reverente, igual que si yo hubiese sido un ser superior, como en efecto lo era. Y yo lo sabía. Me llevé conmigo un turno de monjes para la noche, les enseñé el misterio de la bomba y los puse a trabajar, porque era evidente que una buena parte de las gentes que había al aire libre no se apartarían en toda la noche del agua; era, pues, justo que dispusiesen de toda la que ellos querían. La bomba fue para esos monjes una cosa que tenía mucho de milagro, y se manifestaron llenos de admiración del artificio, y su admiración se extendió a la extraordinaria eficacia de su rendimiento.

Fue aquella una noche grandiosa, una noche inmensa. Una noche que me produciría enorme reputación. Casi no pude dormirme de satisfecho que estaba con el resultado.

CAPITULO XXIV

UN MAGO RIVAL

Desde ese momento fue prodigiosa mi influencia en el Valle de la Santidad. Me pareció que valía la pena de aprovecharla para conseguir algún resultado de importancia. A la mañana siguiente se me ocurrió una idea y me la sugirió el ver a uno de mis caballeros que trabajaban en el renglón de los jabones y que llegó allí a caballo. Según la historia, los monjes de este lugar se habían vuelto dos siglos antes tan mundanos que quisieron darse un baño. Pudiera ser que aún les quedase un fermento de aquella profanidad. Sondeé a un hermano:

—¿No os agradaría tomar un baño?

Tuvo un escalofrío ante aquella idea —la idea del peligro que aquella representaba para el pozo—, pero dijo muy sensatamente:

—No hace falta preguntar eso a un pobre cuerpo que desde tiempos de su niñez no ha disfrutado de esa bendita satisfacción. ¡Pluguiera a Dios que yo pudiera lavarme! Pero, noble señor, no me tentéis, porque eso no puede ser; está prohibido.

Dichas palabras suspiró con expresión muy dolorida, que me movió a tomar la resolución de que por lo menos podría tirarse una capa de la tierra de campo que era su cuerpo, aunque aquello exigiese poner en juego toda mi influencia y arruinase el edificio. Fui, pues, al abad y le pedí permiso para que se bañara aquel hermano. El abad empalideció ante semejante idea; no quiero decir que la palidez le saliese al exterior, porque eso era imposible si antes no se pasaba una rasqueta, y la cosa no me parecía tan importante como para llegar a ese extremo; pero yo sabía de todos modos que había empalidecido, y que había empalidecido por debajo del grosor de las pastas de un libro. Digo pues, que empalideció y se echó a temblar, diciéndome:

—¡Ay, hijo, pedidme todo lo demás que queráis, y lo tenéis concedido, libremente y con un corazón lleno de gratitud. ¡Pero esto, oh esto! ¿Queréis acaso que se nos retire otra vez el agua santa?

—No, padre, no os la retiraré. Yo poseo misteriosos conocimientos que me dan a entender que hubo un error aquella otra vez en que se creyó que era la institución del baño lo que había matado a la fuente.

El rostro del anciano empezó a dar señales de gran interés.

—Esos conocimientos míos me dicen que el baño fue por completo inocente en aquella desgracia, que ocurrió por otra clase de pecado muy distinto.

—Esas palabras vuestras son valerosas, pero... pero bien venidas serían si fuesen ciertas.

—Son completamente ciertas. Permitidme, padre, que vuelva a construir el baño.

Permitidme que vuelva a construirlo, y la fuente manará por siempre jamás.

—¿Vos lo prometéis? ¿Vos lo prometéis? ¡Decid que sí..., decid que lo prometéis!

—¡Si es así, seré yo el primero que se bañe! Id, poneos a la tarea. No os detengáis; no os detengáis, poneos a la tarea.

Mis muchachos se pusieron el acto a la tarea. En los sótanos del monasterio se hallaban las ruinas del antiguo baño, sin que faltase una sola piedra. Durante generaciones habían permanecido de ese modo, y las gentes las esquivaban con un temor piadoso, como cosa maldita. Terminamos toda la reparación en un par de días y las llenamos, formando un estanque espacioso de agua clara y limpia en el que era posible nadar. Además, el agua corría. Entraba y salía por las conducciones antiguas. El viejo abad mantuvo su palabra, y

fue el primero en hacer la prueba. Bajó negro y temblequeante, dejando arriba a toda la comunidad negra, turbada, inquieta y llena de temores. ¡Pero el abad regresó blanco y gozoso, con lo que la partida estaba ganada! Nos habíamos anotado otro triunfo.

La campaña que realizamos en aquel Valle de la Santidad fue provechosa, y yo estaba muy satisfecho. Me disponía a marcharme de allí, pero sufrí una desilusión. Agarré un fuerte resfriado, y como consecuencia, se despertó en mí el viejo reumatismo que llevaba oculto. Como es natural, el reumatismo buscó para manifestarse el sitio más débil, que era aquel en que el abad había puesto sus brazos y me había estrujado cuando quiso mostrarme su agradecimiento con un abrazo.

Cuando salí de mi enfermedad, era yo una sombra. Pero todos estaban llenos de atenciones y bondades conmigo, y éstas me devolvieron la alegría de vivir, constituyendo la verdadera medicina para hacerme salir rápidamente de mi convalecencia recobrando la salud y la fuerza. Me recuperé, pues, rápidamente.

La Rubia estaba agotada a fuerza de cuidarme, por lo que resolví salir para hacer un recorrido solo, dejándola a ella que descansase en el convento de monjas. Yo pensaba disfrazarme de ciudadano libre de la clase campesina y recorrer a pie el país por espacio de un par de semanas. Aquello me daría la oportunidad para comer y aposentarme con la clase más baja y pobre de los ciudadanos libres, alternando con éstos de igual a igual. No había otra manera de poder informarme perfectamente de su vida corriente y de los efectos que tenían sobre ellos las leyes. Si yo me presentaba como un caballero, los convencionalismos y los respetos me apartarían de sus gozos y dificultades particulares, y solamente alcanzaría la corteza exterior.

Había salido una mañana a dar un largo paseo con objeto de hacer músculos para mi excursión a pie y había trepado al borde que limitaba el valle por su extremo Norte. De pronto, me di con una abertura artificial, en la cara de un profundo precipicio, y caí en la cuenta de que se trataba de una ermita que muchas veces me había sido señalada desde lejos, diciéndoseme que allí se cobijaba un ermitaño de gran austeridad. Yo sabía que hacía poco tiempo le habían ofrecido un puesto en el Gran Sahara, donde los leones y los mosquitos sin trompetilla dan a la vida eremítica atractivos y dificultades muy especiales; sabía que se había marchado al Africa a tomar posesión, y por eso juzgué oportuno introducirme allí para ver si el interior de aquella cueva correspondía a su fama.

Mi sorpresa fue grande. La cueva había sido recién barrida y limpiada. Acto continuo experimenté otra sorpresa. Al fondo de la lóbrega caverna oí el tintineo de un timbre, seguido de esta exclamación:

—¡Hola central! ¿ Hablo con Camelot? Atención, porque vais a poder alegrar vuestro corazón, si sois hombres de fe para creer en lo maravilloso cuando éste llega de una manera inesperada, y se manifiesta en lugares imposibles. Aquí se encuentra, en su propia carne, Su Alteza El Patrón, y vais a oírle hablar con vuestros propios oídos.

¿Qué alteración radical de las cosas era aquella? ¿Qué rompecabezas de incongruencias extravagantes puestas juntas? ¿Qué fantástica conjunción de cosas contrarias e irreconciliables? ¡El hogar del milagro falso convertido en hogar del milagro auténtico, la caverna de un ermitaño medieval convertida en ofician telefónica!

El empleado del teléfono salió a la luz y yo reconocí en el mismo a uno de mis jóvenes colegas. Y le dije:

—¿Cuánto tiempo lleva funcionando aquí esta oficina, Ulfius?

—Desde la medianoche, Sir Patrón. Vimos muchas luces en el Valle y juzgamos que valía la pena de hacer una estación, porque donde existen tantas luces, por fuerza indican una población de bastante buen tamaño.

—Perfectamente. No es una ciudad en el sentido corriente de las palabras, pero de todos modos es un buen emplazamiento. ¿Sabéis en qué lugar os encontráis?

—No he tenido tiempo para averiguarlo. Cuando mis camaradas se alejaron de aquí para entregarse a sus tareas y me dejaron al cuidado de esto, me entregué al descanso que necesitaba, proponiéndome hacer averiguaciones cuando despertase, dando a Camelot el nombre del lugar para que lo registrase.

—Pues bien: éste es el Valle de la Santidad.

Mi frase no tuvo efecto: aquel hombre no experimentó sobresalto al oír este nombre, según yo creí que lo experimentaría. Se limitó a decir:

—Lo comunicaré.

—Pero, ¿cómo? Las regiones circundantes están llenas con el ruido de los recientes prodigios que han ocurrido aquí. ¿No habéis oído hablar de ellos?

—Tened presente que nosotros nos trasladamos de un lugar a otro de noche, y que evitamos el hablar con nadie. Nosotros no sabemos sino lo que nos comunican desde Camelot.

—¡Pero ellos deben saberlo todo! ¿No os han dicho nada acerca del grandioso milagro de la fuente sagrada?

—¡Ah, vamos, desde luego que sí! Pero el nombre del este valle difiere profundamente del nombre de aquel Valle; a decir verdad, no es posible que difieran más de lo que difieren.

—¿Cuál es entonces el nombre que os dieron?

—El Valle Infernal.

—Así se explica. De todos modos, maldito teléfono, no hay otra cosa igual para establecer entre los sonidos semejanzas que constituyen un verdadero prodigio de parecido con la similaridad de los significados. Pero no importa, ya sabéis ahora cuál es el nombre del lugar. Pedid comunicación a Camelot.

Llamó, e hizo acudiese Clarence. ¡Qué dicha la de oír de nuevo la voz del muchacho! Era como si yo estuviese en mi casa. Después del intercambio de frases cariñosas, y de darle algunas noticias de mi última enfermedad, le dije:

—¿Qué ocurre de nuevo?

—El rey, la reina y muchos personajes de la Corte se ponen en camino en este mismo momento con rumbo a vuestro Valle, para rendir piadoso homenaje a las aguas que vos habéis hecho manar de nuevo, y para limpiarse de pecado, y contemplar el lugar en que el espíritu infernal vomitó verdaderas llamas del infierno hasta las nubes, aunque si pegáis el oído podréis oírme parpadear y dibujar una sonrisa, sabiendo que fui yo quien realizó la selección de aquellas llamas de entre nuestros depósitos, y quien os la envió cumpliendo vuestras órdenes.

—¿Conoce el rey el camino hasta este lugar?

—¿El rey? No, ni conoce el camino a ningún otro lugar de sus reinos, creo yo; pero le servirán de guías por el camino los muchachos que os ayudaron en el milagro; ellos serán quienes señalen los lugares para el descanso del mediodía, y para dormir por la noche.

—¿Cuánto tardarán en el viaje, según eso?

—Llegarán ahí, a mitad de la tarde del tercer día, o quizá, algo después.

—¿Ninguna otra novedad?

—El rey empezó a reclutar el ejército permanente que vos le sugeristeis; ya hay un regimiento completo y con su oficialidad.

—¡Eso está muy mal hecho! Yo quería haber puesto mi mano personalmente en el asunto. En todo el reino sólo hay un grupo de hombres capacitados para ejercer de oficiales en un ejército regular.

—Sí, y por eso os asombraréis de saber que en ese regimiento no hay ni siquiera uno de West-Point.

—¿Qué decís? ¿Habláis en serio?

—Os he dicho exactamente la verdad.

—Pues me intranquiliza. ¿A quién se eligió, y mediante qué procedimiento? ¿Hubo exámenes por oposición?

—Pues la verdad, yo ignoro qué procedimiento se empleó. Lo único que sé es que lo oficiales son todos familias nobles, y (¿cómo soléis decir vos?) unos babiecas.

—Clarence, hay algo que no anda bien.

—Consolaos de todas maneras; porque dos candidatos a tenientes salen de aquí con el rey (ambos son jóvenes nobles) y no tenéis más que esperar donde ahora os encontráis, para que presenciéis el examen.

—Esa noticia viene muy a punto. Haré que se nombre uno de West-Point. Haced que monte a caballo un hombre y enviadlo a la escuela con un mensaje; que reviente caballos si es necesario, pero que se encuentre ahí antes de la puesta del sol de esta tarde, y decidle...

—No hace falta. He tendido una línea por tierra hasta la escuela. Permitidme que os conecte con ésta.

¡Qué bien sonaba aquello! En esta atmósfera de teléfonos y de comunicación relampagueante con lugares lejanos, respiraba yo al aire vital otra vez, después de un largo ahogo. Entonces fue cuando me di cuenta de cómo este país había constituido para mí un espanto subrepticio, sin vida, tristísimo durante todos aquellos años, y de qué manera había llegado yo a un estado de torpor mental, acostumbándome al mismo, hasta el punto de no darme cuenta de mi estado.

Di mis órdenes personalmente al superintendente de la academia. Le pedí que me enviase papel, una estilográfica y un par de cajas de fósforos. Estaba ya cansado de vivir sin esas comodidades. Podía disponer ya de ellas, porque no pensaba por el momento volver a cargarme con la armadura, y por consiguiente, llevaba los bolsillos alcance de mi mano. Cuando regresé al monasterio, observé que ocurría en el mismo una cosa interesante. El abad y sus monjes se hallaban reunidos en la gran sala, contemplado con asombro y fe infantiles las habilidades de un mago nuevo, de un recién llegado. Vestía de la manera más fantástica; sus ropas eran tan llamativas y tan absurdas como las de un curandero brujo indio. Todo se le volvía hacer muecas, mover la boca, gesticular, dibujar en el aire y en el suelo figuras místicas, en una palabra, lo de siempre. Era una celebridad procedente del Asia; eso dijo él, y con que lo dijese, bastó. Era una prueba que pasaba por oro, y circulaba como moneda corriente por todas partes.

¡Qué cosa más fácil y más barata resultaba el ser un gran mago, con las cosas que hacía aquel hombre! Su especialidad consistía en decirnos lo que en aquel mismo instante estaba haciendo cualquier individuo de cualquier parte de la tierra; y lo que había hecho en cualquier tiempo pasado, lo mismo que lo haría en cualquier tiempo futuro. ¿Quería saber alguien lo que estaba haciendo en ese mismo instante el emperador del Oriente? El centelleo de los ojos y el satisfecho frotarse de las manos constituían una respuesta elocuente, en efecto; aquella multitud de reverendos gustaría de saber lo que el tal monarca estaba haciendo en ese mismo instante. La farsa continuó con algunos embelecocos más, y acto continuo, el mago anunció pomposamente:

—El alto y poderoso emperador de Oriente coloca en este mismo instante una cantidad de dinero en la palma de la mano de un santo fraile mendicante; una, dos, tres monedas, y todas son de plata.

Estalló todo alrededor un murmullo de exclamaciones admirativas:

—¡Prodigioso! ¡Asombroso! ¡Lo que este hombre habrá estudiado y trabajado para adquirir poder tan asombroso!

¿Les agradaría saber lo que estaba haciendo el supremo señor de la India? Sí. El mago les dijo lo que estaba haciendo el supremo señor de la India. Acto continuo les dijo lo que estaba haciendo el sultán de Egipto; y también en qué se hallaba ocupado el rey de los Mares Lejanos. Y así sucesivamente; a cada maravilla, crecía el asombro por la exactitud con que hablaba. La concurrencia pensaba que alguna vez titubearía; pero no, el mago no titubeaba jamás, lo sabía, todo, y siempre con precisión absoluta. Me di cuenta de que, si aquello continuaba, perdería yo mi supremacía, que aquel fulano se llevaría a mis adeptos, y yo quedaría al aire libre. Era preciso que le metiese dado falso, y que lo hiciese en seguida. Por eso le dije:

—Permitidme, me gustaría muchísimo saber lo que está haciendo una persona determinada.

—Hablad sin empacho, os lo diré.

—Será difícil, quizá imposible.

—Para mi arte no existe esa palabra. Cuanto más difícil es, más seguro podéis estar de que os lo revelaré.

Como veréis, yo estaba despertando el interés. Este subía mucho; bastaba con ver cómo todos los circunstantes alargaban el cuello y medio contenían el aliento. Yo procedí a llevar el interés hasta la cúspide.

—Si no os equivocáis (si me contestáis verdaderamente lo que yo deseo saber), os daré doscientos peniques de plata.

—¡Mía es la fortuna! Yo os diré lo que deseáis saber.

—Entonces, decidme lo que estoy haciendo yo con mi mano derecha.

—¡Ah!

Hubo una exclamación general de sorpresa. A nadie de aquella muchedumbre se le había ocurrido, el truco sencillo de preguntarle por alguna persona que no se encontrara a diez mil millas de distancia. El mago acusó fuertemente el golpe; era aquélla una ocurrencia que no se le había presentado en todas su carrera, y lo dejó de una pieza, sin saber cómo salvar la dificultad. Se le vio como atentado y confuso; no podía decir una palabra. Yo le dije:

—Ea, ¿a qué esperáis? ¿Es posible que vos podáis contestar en el acto, y decir lo que está haciendo cualquier persona que se encuentra al otro lado de la tierra, y que no podáis decir lo que está haciendo una persona que se encuentra a tres yardas de distancia de donde vos estáis? Las personas que están detrás de mí saben lo que estoy haciendo con mi mano derecha, y si acertáis, lo corroborarán—el hombre seguía mudo—. Perfectamente, yo os voy a decir la razón de que no habléis ni acertéis; no habléis ni acertáis porque no lo sabéis.

¡Vos, un mago! Amigos míos, este vagabundo no es sino un farsante y un embustero.

Esta manera de hablar dejó angustiados y llenos de terror a los monjes. No estaban acostumbrados a oír aplicar nombre insultantes a aquellos seres que inspiraban temor, y no sabían en qué podía acabar aquello. Se produjo un silencio de muerte; todas las almas estaban poseídas de temores supersticiosos. El mago empezó a recobrar su aplomo, y luego, cuando mostró una sonrisa despreocupada y bonachona, renació la tranquilidad a su alrededor, porque ella daba a entender que no estaba animado de propósitos destructores.

Dijo aquel hombre:

—Me ha dejado sin palabra la manera frívola de expresarse esta persona. Sepan todos, si por acaso no lo saben, que los encantadores de mi calidad no se dignan preocuparse sino de las cosas que realizan reyes, príncipes, emperadores, es decir, aquellos que nacieron en la púrpura, y sólo de ellos. Si me hubieseis preguntado lo que en este momento está haciendo Arturo, el gran rey, habría sido otra coasa, y yo os lo hubiera dicho; pero lo que hace o no hace un súbdito no me interesa.

—¡Oh, entonces os comprendí mal! Creí que habíais dicho que adivinabais lo que hacía cualquiera, y supuse que en cualquiera estaban incluidos... todos.

—Sí, todos los que son de gran alcurnia; y mejor aún si son personas reales.

El abad, que vio una oportunidad para suavizar las cosas y evitar un desastre, dijo:

—Eso bien pudiera ser, creo yo, porque no es probable que un don tan maravilloso como éste sea conferido para revelar lo que concierne a seres inferiores a los que nacieron cerca de la cima de la grandeza. Nuestro rey Arturo...

—¿Desearíais saber de él? —le interrumpió el encantador

—Con mucho gusto, sí, y muy agradecido.

—¡Idiotas incurables! Todos volvieron a sentirse llenos de respeto y de interés.

Contemplaron absortos los encantamientos, y me miraron con un aire de «¿y qué decís ahora a esto?». De pronto habló el oráculo:

—El rey está cansado de la caza y se encuentra desde hace dos horas en su palacio durmiendo con sueño sosegado.

—¡Caigan sobre él las bendiciones! —dijo el abad, y se santiguó—. ¡Qué duerma hasta que su cuerpo y su alma haya descansado por completo!

—Eso le ocurriría si estuviese durmiendo—dije yo—; peor el caso es que el rey no está durmiendo, sino que está cabalgando.

Surgió una nueva dificultad, un conflicto de autoridades. Nadie sabía a quién de nosotros creer; todavía conservaba yo cierta reputación. El mago se sintió movido por el desdén y dijo:

—Vaya, en los días de mi vida he visto muchos adivinadores, profetas y magos; pero jamás vi a ninguno capaz de permanecer sin hacer nada y de penetrar hasta el corazón de las cosas sin siquiera la ayuda de un encantamiento.

—Vos habéis vivido en los bosques, y con ello habéis perdido mucho. Yo empleo los encantamientos, según sabe esta buena comunidad, pero únicamente en ocasiones importantes.

Cuando se trata de cambiar sarcasmos, confieso que yo sé mantener enhiesta mi bandera. Aquella puñalada hizo que el fulano se retorciese. El abad le preguntó por la reina y por la Corte, y obtuvo estos informes:

—Se hallan también durmiendo, porque estaban abrumados de fatiga, lo mismo que el rey. Yo le dije:

—Eso es otra pura mentira. La mitad de los cortesanos se hallan entregados a sus diversiones, y la reina, con la otra mitad, no duermen, sino que cabalgan. Pero veamos, quizá podíais alargaros un poco y decirnos hacia dónde cabalgan el rey, la reina y todos cuantos les acompañan.

—Están durmiendo, según he dicho; pero por la mañana cabalgarán, pues piensan emprender una excursión hacia el mar.

—¿Y dónde se encontrarán pasado mañana a la hora de vísperas?

—Muy al norte de Camelot, porque habrán realizado la mitad de su jornada.

—Esa es otra mentira, que dista de la verdad un espacio de ciento cincuenta millas. No solamente habrán realizado la mitad de su jornada, sino que le habrán realizado totalmente, y estarán aquí, en este valle.

¡Qué disparo magnífico! Lanzó al abad y a los monjes a un torbellino de emoción, e hizo tambalearse por su base al encantador. Yo seguí adelante con el argumento:

—Si el rey no llega, yo haré que me lleven a horcajadas sobre una barca de hierro; pero sí él llega, yo haré que os lleven a vos de esa manera, exponiéndoo a la mofa de todos.

Marché al día siguiente a la oficina telefónica, y supe que el rey había pasado por dos poblaciones que se encontraban a lo largo de la línea. Al día siguiente seguí su marcha de la misma manera. Pero me lo callé todo. Los informes del tercer día me demostraron que si el rey llevaba la misma marcha llegaría alrededor de las cuatro de la tarde. Por ninguna parte se advertía signo alguno de interés en su llegada. No parecía que se realizasen preparativos para recibirlo solemnemente; cosa extraña, desde luego. Sólo tenía una explicación, a saber: que el otro mago me había estado minando el terrero. Era cierto. Se lo pregunté a un monje amigo mío, y él me dijo que sí, que el mago había puesto en práctica nuevos encantamientos, adivinando que la Corte había decidido por último no emprender viaje alguno, y quedarse en casa. ¡Imagínaos! Pensad en lo que valía una reputación en país como aquél. Aquellas gentes me habían visto llevar a cabo el más brillante acto de magia que registraba la Historia, y el único que, a estar a lo que ellos recordaban, había tenido un valor positivo; sin embargo, helos aquí, dispuestos a seguir a un aventurero que no podía ofrecer otra prueba de sus poderes que su propia afirmación gratuita.

Sin embargo, no era de buena política dejar que el rey llegase sin barullo ni pompa alguna. Fui de un lado para otro, reuní a golpes de tambor un cortejo de peregrinos y saqué con humaredas a una partida de ermitaños, poniéndolos a todos en marcha a las dos de la tarde, para salir al encuentro del rey. Y con esa pompa entró éste. El abad se sintió presa de inútil rabia y humillación cuando yo lo saqué a un balcón y le enseñé al Jefe del Estado que avanzaba sin que hubiese a mano ni siquiera un monje que le diese la bienvenida, y sin bullicio ni repiques de campanas que alegrasen su ánimo real. El abad echó un vistazo, y voló a dar el alerta a sus fuerzas. Un instante después, las campanas volteaban furiosamente, y todos los edificios vomitaban monjes y monjas, que se abalanzaron como un hormiguero hacia el cortejo que llegaba; y con ellos marchaba el mago, expuesto a la mofa sobre una barra de hierro por orden del abad; su reputación andaba por los suelos, y la mía andaba otra vez por el firmamento. Como digo, en un país como aquél, era posible que un hombre mantuviese la popularidad de su marca comercial, pero no podía en es caso cruzarse de brazos, sino que tenía que hallarse siempre sobre cubierta y dedicar toda su atención al negocio.

CAPITULO XXV

UN EXAMEN DE OPOSICIONES

Siempre que el rey quería viajar para cambiar de aire, o para llevar a cabo algún progreso, o para visitar a un noble lejano, al que deseaba arruinar con el coste de su mantenimiento, se trasladaba con él una parte de sus funcionarios administrativos. Era una moda de aquellos tiempos. La comisión que tenía a su cargo el examen de candidatos, para ocupar puestos en el ejército, llegó con el rey al valle, donde podían llevar adelante sus

tareas lo mismo que en la capital. Aunque esta expedición de ahora era estrictamente hablando una excursión de vacaciones para el rey, hizo que siguiesen realizándose algunas de sus funciones regias. Como de costumbre, corregía los entuertos; establecía su tribunal en la puerta de la casa a la salida del sol, y juzgaba sobre los casos que se le presentaban, porque él en persona era el presidente de su Tribunal Supremo.

Arturo hacía muy buen papel, en este aspecto. Era un juez sabio y humano, y juzgar con sus mejor voluntad y sentido de justicia, de acuerdo con sus propias luces. Esta salvedad es importante. Porque sus luces—quiero decir, su preparación— daban con frecuencia color a sus decisiones. Siempre que se trababa de una disputa entre un noble o caballero y una persona plebeya, las inclinaciones y simpatías del rey se manifestaban a favor de la clase elevada, con o sin sospecharlo él mismo. Resultaba imposible que ocurriese lo contrario. En todo el mundo son conocidos y aceptados los efectos embotadores que la esclavitud ejerce sobre las ideas morales del dueño de esclavos; y la clase privilegiada, la aristocracia, no es sino una pandilla de dueños de esclavos disimulados con otro nombre. Esto sonará duro y, sin embargo no debiera ser ofensivo para nadie —ni siquiera para el aristócrata mismo—, a menos que el hecho a que se refiere sea un ultraje, porque la afirmación no hace otra cosa que formular un hecho. Lo repulsivo en la esclavitud es la esclavitud misma, no el nombre que se le dé. Basta con oír a un aristócrata hablar de las clases, que están por debajo de él, para darse cuenta de que hasta su aire y el tono en que habla son los mismos de un auténtico propietario de esclavos, con modificaciones insignificantes. En ambos casos ese aire y ese tono son producidos por idéntica causa, a saber; la costumbre vieja e innata que tiene el propietario de considerarse como un ser superior. Las sentencias del rey encerraban con frecuencia injusticias, pero éstas era una simple mala consecuencia de su educación y de sus simpatías naturales e inalterables. Se hallaba tan incapacitado para ser juez como lo estaría la mayoría de las madres para desempeñar en tiempos de hambre el cargo de distribuidoras de leche a los niños necesitados; sus propios hijos serían un poco mejor tratados que los demás.

Se presentó ante el rey un caso por demás curioso. Una joven huérfana, que poseía grandes propiedades, contrajo matrimonio con un hermoso joven que nada poseía. Las propiedades de la muchacha se hallaban enclavadas dentro de un señorío que correspondía a la Iglesia. El obispo de la diócesis, vástago arrogante de la alta nobleza, reclamó para sí las propiedades de la muchacha, alegando que se había casado en secreto y que de ese modo había estafado a la Iglesia los derechos que ésta tenía por su señorío. Se refería precisamente al derecho al que ya hemos hecho referencia: el de pernada. La negativa o el ocultamiento para que el señor ejercitara su derecho se condenaba con la confiscación. La defensa de la muchacha fue que, cayendo el señorío en el obispo, y como ese derecho era personal y no podía transferirse, y existiendo una ley más antigua de la Iglesia misma que prohibía rigurosamente al obispo que lo ejercitase, ese derecho quedado anulado. El caso, desde luego, era muy extraño.

A mí me recordó algo que leí durante mi juventud sobre la ingeniosa manera que tuvieron los concejales de Londres de reunir el dinero con que fue construida la Mansion House. Las personas que no habían tomado el santo sacramento de acuerdo con el rito anglicano, no podían presentarse de candidatos al cargo de alguacil de Londres. De ese modo resultaba que los disidentes no podían ser elegidos; no podían presentar su candidatura si se les pedía, y no podían ocupar el cargo si salían elegidos. Los concejales, que sin duda alguna eran yanquis disfrazados, idearon este precioso proyecto: hicieron aprobar una ley accesoria, imponiendo una multa de cuatrocientas libras a todo aquel que

rehusase presentarse como candidato para el cargo de alguacil, y una multa de seiscientas libras a la persona que, después de elegida para ese cargo, se negase a ocuparlo. Aprobada la ley, pusieron manos a la obra y eligieron a un grupo de disidentes, uno después de otro, y siguieron con el procedimiento hasta que reunieron en multas quince mil libras: todavía sigue en pie la majestuosa Mansion House, para recordar a los sonrojados ciudadanos los tiempos, ya lejanos y lamentados, en que un grupo de yanquis se deslizó dentro de Londres y se entretuvo en hacer pasadas de la clase que ha dado a su raza una fama única y oscura entre todos los pueblos realmente buenos y santos que hay en la tierra.

El caso de la muchacha me pareció a mi fuerte, y también el obispo tenía a su favor fuertes razones. Yo no veía de qué manera iba el rey a salir de semejante agujero. Pero salió. Doy a continuación su fallo:

En verdad que son pequeñas las dificultades que encuentro, porque el asunto, por su simplicidad, pudiera ser juzgado por un niño. Si la joven novia, según estaba obligada, hubiese anunciado su casamiento a su señor feudal, dueño verdadero y protector, el obispo, ella no habría sufrido ningún daño, porque el obispo habría podido conseguir una dispensa en la que, teniendo en cuenta conveniencias temporales, se le hubiese facultado para ejercitar su derecho en cuestión, y de ese modo la joven conservaría todas sus propiedades. Ahora bien: no habiendo cumplido con la primera de esas obligaciones, dejaba por ello de cumplir con todas; se agarró a una cuerda, la cortó más arriba de sus manos y, por consiguiente, tenía que caer, porque de nada le vale el afirmar que el resto de la cuerda se hallaba sana, ni eso la libraría de su peligro, según lo verá por experiencia. Por consiguiente, el caso de la mujer está podrido en su arranque mismo, y el tribunal decreta que ella entregue a dicho señor obispo todos sus bienes, hasta el último maravedí que posea, siendo, además, multada con las costas... ¡Al siguiente!

Aqué! era un final trágico a una luna de miel que no tenía todavía tres meses. ¡Pobres jóvenes! Habían vivido aquellos tres meses, sumergidos hasta los labios en comodidades mundanas. Aquellas ropas y joyas que llevaban era todo lo finas y delicadas que las astutas mallas de las leyes suntuarias permitían a las gentes de su condición; y vestidos con esas ropas, la novia, llorando en el hombro del novio, y el novio, procurando consolarla con frases esperanzadoras, a las que ponía música la desesperación, salieron del recinto del tribunal a seguir su vida, sin hogar, sin lecho, sin pan; ni los mendigos que circulaban por la vera de los caminos eran tan pobres como ellos.

Pues bien: el rey había salido de su agujero con esa sentencia, a gusto de la Iglesia y del resto de la aristocracia; de eso no hay duda alguna. Suelen escribirse alegatos muy bellos y plausibles en defensa de la monarquía, pero el hecho indiscutible es que en los estados en que todos los hombres tienen un voto, son imposibles las leyes brutales. Desde luego, que los súbditos del rey Arturo eran material deleznable para una república, porque llevaban muchísimo tiempo degradados por la monarquía; sin embargo, aún ellos habrían sido lo bastante inteligentes para acabar muy pronto con esa ley que el rey les había estado imponiendo; habría bastado con que fuese sometida al voto libre de todos. Existe una frase que ha llegado a ser tan común en la boca del mundo, que se la tiene por razonable y de buen sentido: la razón y el sentido a que se refiere su empleo; esa frase es la que hace referencia a que esta o la otra nación puede ser considerada «capaz de gobernarse a sí misma»; el sentido que se le da es el de que ha existido en alguna parte, en una o en otra época, alguna nación que no era capaz de gobernarse a sí misma, y que por eso, algunos que se habían nombrado a sí mismos especialistas, la gobernaban o deberían gobernarla. En todas las edades y todas las naciones, las inteligencias señeras han brotado en copiosa

muchedumbre de la masa de la nación, y sólo de la masa de la nación, no de sus clases privilegiadas; por esos, sea cual sea el grado intelectual de la nación, lo mismo si es alto que si es bajo, el gran volumen de su capacidad ha estado entre las numerosas filas de sus gentes pobres y sin apellido, y por esa razón jamás dejó de tener material en abundancia para gobernarse por sí misma. Con ello afirmamos un hecho demostrado siempre, a saber: que hasta la monarquía mejor gobernada, más libre y más culta no llega nunca a colocar a la nación en el grado más alto a que podría llegar su pueblo; y eso mismo es exacto aplicado a las varias clases de gobierno de grados inferiores, hasta el más bajo de todos ellos.

El rey Arturo había activado el negocio de la formación de ejército más allá de lo calculado por mí. Yo no había supuesto que él tocaría el asunto mientras yo estuviese ausente; por esa razón, no había trazado un plan para determinar los méritos de los oficiales. Me limité a hacer notar que sería prudente someter a todos los candidatos a un examen severo y a fondo; mis propósitos eran señalar una lista de condiciones militares que nadie, sino los alumnos de West-Point, podían llenar. Yo debí haberlo dejado aquello listo antes de ausentarme; el rey estaba tan entusiasmado con la idea de un ejército permanente que no pudo esperar y se puso en el acto a la tarea, trazando un plan de exámenes todo lo bueno que pudo sacar de su propia cabeza.

Yo sentía impaciencia por ver qué plan era ése, y estaba también impaciente por demostrar cuánto más admirable era el que yo expondría al tribunal examinador. Se lo hice notar cortésmente al rey, y encendí con ello su curiosidad. Cuando se reunió el tribunal, yo entré detrás del rey, y a continuación entraron los candidatos. Uno de éstos era un inteligentísimo joven de mi academia de West Point, que venía acompañado de dos de mis profesores de la misma.

Cuando vi quiénes integraban el tribunal, no supe si reír o llorar. ¡El presidente era el funcionario que en siglos posteriores se conoció con el nombre de rey de armas! Los otros dos miembros eran jefes de despacho en su departamento; y, como es natural, los tres eran clérigos; todos los funcionarios que tenían que saber leer y escribir eran clérigos.

El primero en ser llamado fue mi candidato, por pura cortesía hacia mí. El presidente del tribunal le habló con solemnidad de funcionario:

—¿Nombre?

—Mal-ease

—¿Hijo de?

—Webster.

—Webster... Webster... ¡ejem! Yo..., la verdad es que no recuerdo ese apellido.

¿Profesión?

—Tejedor

—¡Tejedor!... ¡Dios nos valga!

El rey se tambaleó desde su cima hasta su base; hubo un funcionario que se desmayó, y los demás le anduvieron cerca. El presidente recogió todo su valor y dijo indignado:

—Basta. Largaos de aquí.

Pero yo apelé al rey. Pedí que fuese examinado mi candidato. El rey se mostraba dispuesto, pero el tribunal, formado todo él por personas bien nacidas, suplicó al rey que les ahorrara la vergüenza de examinar al hijo de un tejedor. Yo sabía que ellos no tenían conocimientos suficientes para examinarlo en modo alguno; uní, pues, mis súplicas a las suyas y el rey encargó de esa tarea a mis profesores. Yo había hecho preparar un encerado,

se colocó en su lugar, y empezó la exhibición. Era hermoso escuchar cómo aquel hombre exponía la ciencia de la guerra y enfrascarse en detalles sobre batallas y asedios, aprovisionamiento, transportes, minas y contraminas, táctica superior, estrategia superior y pequeña estrategia, servicio de señales, infantería, caballería, artillería, cañones de asedio, cañones de campaña, fusiles Gatling, rifles, fusiles sin rayar, práctica de mosquete, ejercicios de revólver. Ya comprenderéis que aquellos gánapiros no eran capaces de comprender ni una sola palabra de todo aquello. ¡Qué hermosura verlo escribir con tiza sobre el encerado pesadillas matemáticas que habrían dejado tontos a los ángeles mismos, y el hacer todo aquello como quien no hace nada! Y también todo lo referente a eclipses, cometas, solsticios, constelaciones, medidas del tiempo corriente, del tiempo sideral, del tiempo de comer, del tiempo de dormir y de todas las cosas imaginables de encima y debajo de las nubes, mediante las cuales se puede acosar o intimidar al enemigo, haciéndole arrepentirse de haberlo atacado. Finalmente, cuando el mozo hizo su saludo militar y se quedó a un lado en posición de firmes, yo me sentí tan orgulloso que le di un abrazo y todas aquellas gentes se quedaron tan atónitas, que parecían medio petrificados y medio borrachos; y totalmente abrumados y apabullados. Me pareció que el pastel era nuestro, por gran mayoría.

La educación es una gran cosa. Este mozo era el mismo que cuando llegó a la academia, lo hizo en tal estado de ignorancia, que al preguntarle yo «Si a un oficial general le matan el caballo de un tiro en el campo de batalla ¿qué debe hacer?» me contestó con gran ingenuidad:

—Levantarse y cepillarse.

Se llamó entonces a uno de los nobles jóvenes. Me pareció bien hacerle yo mismo unas preguntas, y le dije:

—¿Sabe Su Señoría leer?

Su rostro se sonrojó con indignación, y me descargó esta andanada:

—¿Acaso me tomáis por un escribiente? Creo que por mi sangre...

—Contestad a la pregunta.

Contuvo su ira, y contestó:

—No.

—¿Sabéis escribir?

También quiso darse por ofendido, pero yo le dije:

—Limitaos a contestar a las preguntas sin hacer comentarios. No habéis venido aquí para jactaros de vuestra sangre ni de vuestra elegancia, y no se os permitirá semejante cosa. ¿Sabéis escribir?

—No.

—¿Conocéis la tabla de multiplicar?

No sé a qué os referís.

—¿Cuántas son nueve veces seis?

—Ese un misterio que se me oculta, porque en los días de vida no se me ha presentado una oportunidad que hiciese preciso sondearlo, y como no he tenido nunca necesidad, estoy por completo vacío de tal conocimiento.

—Si A vende a B un barril de cebollas, a dos peniques el bushel, a cambio de ovejas que valen cuatro peniques y un perro que vale un penique, y C mata al perro antes de entregarlo al comprador, porque el perro le ha mordido tomándolo por D ¿qué cantidad debe todavía A a B y quién ha de pagar el importe del perro: C o D, y quién ha de recibir el dinero? Si ha de recibirlo A, ¿basta con que se le entregue un penique, o puede él

reclamar una cantidad adicional en forma de daños y perjuicios por los beneficios que el perro pudiera producirle, clasificados como aumento de ganado, es decir, como usufructo?

—La verdad es que, dentro de la sabia e inescrutable providencia de Dios, que realiza sus maravillas por medios misteriosos, no oí jamás una pregunta que pueda igualarse con ésta por la confusión que lleva a la inteligencia y la congestión a los conductos del pensamiento. Y por eso os suplico que dejéis de lado al perro, las cebollas y a esas personas de nombres raros y profanos para que salgan como les sea posible de sus dificultades lamentables y asombrosas sin que yo les ayude, porque de verdad que ya tienen bastante con sus apuros, tal como son, y si yo intentase ayudarles no haría sino echar a perder aún más su causa, y quizá no quedase yo con vida para contemplar la ruina producida por mí.

—¿Qué sabéis de las leyes de la atracción y la gravitación?

—Si esas leyes existen, quizá su gracia el rey las promulgó estando yo enfermo, a principios del año actual, y por eso no me enteré de las mismas.

—¿Qué sabéis de la ciencia de la óptica?

—Yo conozco a los gobernadores de ciudades, a los senescales de castillos, a los alguaciles de condados y a otros muchos funcionarios y títulos de honor, pero a ese que llamáis ciencia de la óptica no lo he oído nombrar hasta ahora; quizá se trate de una dignidad de nueva creación.

¡Y pensar que un molusco así solicitaba en serio un cargo oficial de ninguna clase que fuese! Tenía todas las marcas de familia del copista de la máquina de escribir, si exceptuáis su inclinación a colaborar con correcciones, que nadie le pide, a vuestro estilo y a vuestra puntuación. Resultaba inexplicable que no intentase encontrar un poco de ayuda de esa clase en su mayestática suma de incapacidad para el cargo. Sin embargo, ello no demostraba que aquel hombre no llevase dentro de sí mismo condiciones para esa manera de proceder; demostraba únicamente que no había llegado todavía a la categoría de copista a máquina. Después de encorarlo un poco más, solté contra él a los profesores, que lo volvieron del revés, en las cuestiones de guerra científica, y como es natural, lo encontraron vacío. Algo sabía en cuestiones de hacer la guerra al estilo de su tiempo—de batir el bosque bajo en busca de ogros, de luchas de toros en la pista del torneo y otras cosas por el estilo

—, pero fuera de eso, estaba vacío y para nada servía. Abordamos a continuación al otro joven noble; por su ignorancia e incapacidad era hermano gemelo del primero. Yo los pasé a las manos del presidente del tribunal, conscientemente satisfecho de que su pastel estaba crudo. Los examinaron en el orden anterior de precedencia.

—¿Vuestro nombre, por favor?

—Pertípole, hijo de Sir Pertípole, barón de Barley Mash.

—¿Abuelo?

—También Sir Pertípole, barón de Barley Mash.

—¿Bisabuelo?

—Idéntico nombre y título.

—¿Tatarabuelo?

—No lo tuvimos, venerable señor, porque nuestro árbol genealógico no llega más allá.

—No importa. Basta con cuatro generaciones para cumplir con los requisitos de las normas establecidas.

—¿Cumplir con qué normas? — pregunté.

—La que exige cuatro generaciones de nobleza, no siendo en caso contrario aceptable el candidato.

—¿De modo que un hombre no puede aspirar al grado de teniente en el ejército, si no demuestra poseer cuatro generaciones de ascendencia noble?

—Así es; sin esa condición, no puede ocupar el cargo de teniente ni recibir ningún otro nombramiento.

—Vamos, eso es algo asombroso. ¿Qué ventaja hay en que reúna esas condiciones?

—¿Qué ventaja? La pregunta es difícil, noble señor y Patrón, porque ella llega hasta impugnar la sabiduría de nuestra misma Santa Madre Iglesia.

—¿De qué manera?

—En cuanto a que ella ha establecido esa misma norma para los santos. De acuerdo con su ley, nadie puede ser canonizado hasta que lleve muerto cuatro generaciones.

—Me doy cuenta, me doy cuenta, es exactamente lo mismo. Asombroso. En un caso, el hombre lleva muerto-vivo cuatro generaciones (momificado en la ignorancia, y en la roncería) y eso le da categoría para tener mando sobre seres vivos y para tomar su prosperidad o su desgracia en sus manos impotentes; en el otro caso, un hombre yace enterrado con la muerte y los gusanos durante cuatro generaciones, y eso le da categoría para ocupar un cargo en el reino celestial. ¿Aprueba, acaso, la gracia del rey esta ley extraña?

El rey dijo:

—Veréis: la verdad es que yo no descubro nada extraño en ello. Todos los cargos de honor y de provecho pertenecen, por derecho natural, a quienes poseen sangre noble y, por consiguiente, las dignidades del ejército son propiedad suya y lo serían aun sin esa o sin ninguna norma. La norma sólo sirve para señalar un límite. Su finalidad es la de mantener apartada la nobleza demasiado reciente, que haría que estos cargos fuesen mirados con menosprecio y que los hombres de alto linaje les volviesen las espaldas y tuviesen a menos el ocuparlos. Si yo permitiese calamidad semejante merecería censura. Vos podéis permitirlo si tenéis ese propósito, porque vuestra autoridad es delegada, pero el que lo hiciese el rey sería una locura desafortunada e incomprensible para todos.

—Me inclino. Seguid adelante, señor jefe del Colegio de Heraldos.

El presidente reanudó el diálogo como sigue:

—¿Qué ilustre hazaña que redundase en honor del trono y del Estado llevó a cabo el fundador de vuestro gran linaje para elevarse a la sagrada dignidad de la nobleza británica?

—Construyó una cervecería.

—Sire, el tribunal encuentra a este candidato perfecto en todos los requisitos y condiciones para tener un mando militar, y someterá su caso a resolución, después de haber examinado debidamente a su competidor.

Su competidor se adelantó y demostró, de la misma manera, que tenía cuatro generaciones de nobleza. De modo, pues, que hasta ahí marchaban empatados en condiciones militares.

El segundo competidor se apartó por un momento; se hizo un examen mayor de Sir Pertípole:

—¿De qué condición social era la mujer del fundador de vuestro linaje?

—Procedía de la clase de propietarios rústicos de más alta hidalguía, pero no era noble; era una mujer buena, pura y caritativa, de vida y carácter intachable, pudiendo ponerse en estos aspectos a la par de la mejor de todo el país.

—Basta con eso. Sentaos.

Entonces volvió a llamar al noble joven competidor, y le preguntó:

—¿Cuál era el rango y condición social de la bisabuela que confirió la nobleza británica a vuestra gran familia?

—Era la barragana de un rey, y ascendió hasta esa magnífica eminencia desde el arroyo en que había nacido por sólo sus propios méritos.

¡Válgame Dios, que ésta es auténtica nobleza! Aquí tenemos la justa y perfecta mezcla de sangres. El cargo de teniente es vuestro, noble señor. No lo tengáis a menos; por pasos humildes de llega a grandezas, más dignas del esplendor de un linaje como el vuestro.

Yo había caído en el pozo sin fondo de la humillación. ¡Me había prometido a mí mismo un triunfo fácil y que alcanzase el cenit, y he aquí el resultado!

Sentí casi vergüenza de mirar a la cara a mi pobre cadete desilusionado. Le dije que volviese a la academia y tuviese paciencia, porque las cosas no quedarían allí.

Tuve una audiencia privada con el rey, y le hice una proposición. Le dije que era muy justo que nombrase para oficiales de aquel regimiento a personas nobles, y que no podía habersele ocurrido idea más sabia. También sería una buena idea el agregar a ese regimiento quinientos oficiales; mejor dicho, adscribir al mismo tantos oficiales como nobles y parientes de nobles había en el país aunque resultase al cabo que los oficiales eran cinco veces más numerosos que los soldados; con eso se conseguiría un regimiento despampanante, el regimiento envidiado por todos, el Regimiento del Rey, que se hallaría autorizado a luchar por cuenta propia y a su propia manera, a ir y venir a donde y cuando bien le pareciese en tiempos de guerra, gozando de una completa independencia. Con ello se conseguiría que el tal regimiento constituyese el anhelo cordial de toda la nobleza, y todos los miembros podrían ser satisfechos y felices. Después de eso, organizaríamos todo el resto del ejército permanente con materiales más ordinarios y nombraríamos para oficiales a cualesquiera personas, que era lo que convenía—a cualesquiera, elegidos sobre la base de su eficacia personal—; haríamos que este regimiento se desplegara en línea de batalla, no le otorgaríamos ninguna libertad aristocrática que le ahorrara esfuerzos, y lo obligaríamos a realizar todo el trabajo en un martilleo constante, con objeto de que cuando el Regimiento del Rey estuviese cansado y quisiese variar y darse un garbeo por entre los ogros y pasar un buen rato, pudiese marchar muy tranquilo, sabiendo que los asuntos estaban en buenas manos a espaldas suyas, y que todo seguiría funcionando en el mismo sitio y de la misma manera.

Al rey le encantó aquella mi idea. Al verlo, creí yo haber dado con un valioso procedimiento. Vi, finalmente, la salida de una dificultad vieja y difícil de vencer. No hay que olvidar que las personas de la familia real de Pendragon eran una raza de larga vida y muy fecunda. Siempre que a una de las personas de esa familia le nacía una criatura—lo cual ocurría con mucha frecuencia—, estallaba la boca de la nación en un júbilo desaforado y embargaba el corazón de la nación un sentimiento doloroso. El júbilo era discutible, pero el sentimiento de dolor era sincero. Porque aquello equivalía a otra llamada al derecho real de otorgar bienes y privilegios. La lista de esas personas de sangre real era larga, y constituían una carga pesada que crecía constantemente sobre la tesorería, y una amenaza para la Corona. Pero Arturo no podía creer esto último y tampoco escuchó ninguno de los distintos proyectos que yo le presenté para sustituir con ellos los donativos reales. Si yo hubiese logrado convencerle que proveyese de cuando en cuando de apoyo económico, mediante un donativo de su propio bolsillo, a aquellos vástagos desamparados, habría dado

un gran paso en ese sentido, y el rasgo habría producido muy buen efecto en la nación; pero no, no quería ni oír hablar de cosa semejante. Sentía algo como una pasión religiosa por conceder mercedes; parecía mirarlo como una especie de botín sagrado; la manera de irritarlo con la mayor rapidez y seguridad era atacando esa venerable institución. Si yo me arriesgaba cautelosamente a darle a entender que en toda Inglaterra no existía otra familia respetable que fuera capaz de humillarse hasta el punto de presentar el sombrero para que le echasen una limosna, no me arriesgaba en modo alguno a ir más allá; y , además, él me cortaba la palabra de un modo tajante.

Sin embargo, me pareció que por fin se presentaba la ocasión. Yo formarí aquel estupendo regimiento con oficiales únicamente, sin un solo soldado raso. La mitad del regimiento estaría compuesta de nobles que cubrirían todas las plazas hasta el grado de comandante general, y que servirían gratis y se pagarían los gastos de su bolsillo; lo harían muy contentos cuando supiesen que el resto del regimiento constaría exclusivamente de príncipes de la sangre. Estos príncipes de la sangre se distribuirían los cargos desde teniente general hasta el de mariscal de campo, recibirían espléndidos sueldos y serían equipados y alimentados a cargo del Estado. Además, y éste era el golpe maestro, se daría un decreto disponiendo que todos aquellos grandes magníficos recibirían un tratamiento atontadoramente solemne y que impusiese respeto—ya lo inventaría yo—, con la particularidad de que ellos y sólo ellos tendrían derecho a él en toda Inglaterra. Por último, se daría a todos los príncipes de la sangre el derecho a elegir libremente: podían agregarse a ese regimiento y gozar de ese gran título, renunciando a las mercedes reales, o permanecer fuera del regimiento y del título, acogándose a una merced real. Pero el golpe que constituía el colmo del refinamiento: los príncipes de la sangre, aún no nacidos pero de nacimiento inminente, podían nacer formando ya parte del regimiento e iniciar magníficamente su vida, con un buen sueldo y una colocación permanente, con sólo que sus padres comunicasen por adelantado ese deseo.

Yo estaba seguro de que todos los varones se agregarían al regimiento; en consecuencia, harían abandono de las mercedes que actualmente disfrutaban; era igualmente seguro que los recién nacidos ingresarían sin excepción en el regimiento. Ante de sesenta días, las mercedes reales, esa anomalía extraña y curiosa, dejaría de ser una realidad viva, y pasaría a ocupar un lugar entre las cosas raras del pasado.

CAPITULO XXVI

EL PRIMER PERÍODICO

Cuando informé al rey que yo iba a salir por el reino disfrazado como hombre libre de poca categoría, para ver cosas y familiarizarme con la vida más humilde de las gentes del pueblo, se entusiasmó con la novedad al instante y se empeñó en tomar parte de la aventura; nada era capaz de detenerlo; lo dejaría todo y se echaría por esos mundos, porque era la idea más bonita que se había lanzado en mucho tiempo. Mostró deseos de escurrirse sin que nadie lo viese poniéndose inmediatamente en camino; pero yo le hice ver que con ello no se ganaba nada. Como comprenderéis, el papel del rey era el de curar la escrofulosis—quiero decir, el imponer las manos a los que padecían—y no habría estado bien el defraudar a los espectadores; además el retraso que yo pedía no tenía importancia, porque era sólo cuestión de una noche más. Me pareció, asimismo, que debía informar a la

reina que el rey se marchaba. Arturo se ensombreció al oír aquello, y pareció ponerse triste. Lamenté haber hablado, especialmente cuando me dijo con dolor:

—Olvidáis que Lancelot se encuentra aquí, y estando aquí Lancelot, ella no se preocupa de que el rey se marche, ni del día en que tiene que regresar.

Como es natural, cambié de conversación. Desde luego, la reina Ginebra era hermosa, es cierto; pero bien mirado, estaba bastante flaca. Yo no me entremetía nunca en esa clase de asuntos, porque no eran de mi incumbencia, pero me molestaba ver cómo andaban las cosas, y no me importaba decirlo. Muchas veces la reina me había preguntado: «Sir Patrón: ¿habéis visto por ahí a Sir Lancelot?»; pero el hecho es que, si alguna vez iba la reina de un lado para el otro preguntando por el rey, yo nunca me encontré en su camino.

Para el asunto de la curación de la escrofulosis existía un ceremonial muy solemne, digno de todo elogio por su limpieza. El rey se sentaba bajo un solio de honora, y a su alrededor se apiñaba un grupo numeroso de clérigos con sus mejores ornamentos sacerdotales. Muy a la vista, lo mismo por el lugar en que se situaba como su atavío personal, colocábase Marinel, un ermitaño que pertenecía a la clase de los curanderos y que era quien presentaba al enfermo. Los escrofulosos tumbados o sentados en espesa maraña, ocupaban el suelo espacioso y llegaban hasta las mismas puertas; una luz muy viva alumbraba el cuadro. Porque era algo tan bueno como un cuadro; a decir verdad, todo aquello tenía la apariencia de haberse compuesto con ese objeto, aunque no era así. El número de enfermos que allí había ascendía a ochocientos. La tarea era lenta; para mí carecía del interés de la novedad, porque había presenciado con anterioridad otras ceremonias por el estilo; el asunto no tardaba en ponerse aburrido, pero no había más remedio que aguantarlo hasta el final, a fin de aguardar las conveniencias. El curandero estaba allí, porque en toda esa clase de multitudes había siempre personas que no estaban enfermas sino de imaginación; otras muchas sabían perfectamente que se encontraban sanas, pero anhelaban el honor inmortal del contacto corpóreo con un rey, y había otras que fingían la enfermedad para recibir la moneda que el rey les daba al mismo tiempo que les imponía las manos. Hasta aquel entonces el donativo consistía en una pequeñísima moneda de oro que equivaldría a la tercera parte de un dólar. Cuando uno piensa en todo lo que se podía comprar con esa moneda, en aquella época y, en aquel país, y en que la escrofulosis era una enfermedad corriente entre los vivos, se comprenderá que el capítulo anual para el ejercicio de la curación de la escrofulosis equivalía al presupuesto que tenía aquel Gobierno para ríos y puertos, por el puñado de dinero que se llevaba de la tesorería y la oportunidad que ofrecía de agotar todo el superávit. En vista de ello, yo, para mis adentros, decidí que impondría las manos a la tesorería misma para curarla de la escrofulosis. Una semana antes de salir de Camelot a correr aventuras, retiré seis-siete-avos de lo que había en el tesoro, y di orden de que el otro siete-avo fuese convertido en una cantidad exagerada de níqueles de cinco céntimos, y que se entregasen estas monedas al funcionario jefe del negociado de la escrofulosis; como veréis, mi operación consistía en cambiar cada moneda de oro por una de níquel, confiando en que sería igualmente eficaz. Quizá fuese inflar un poco el valor del níquel, pero me pareció que podría resistirlo. Como regla general, yo desapruébo el que se eche agua al valor del dinero; pero en el caso aquel lo encontré justo, porque, en resumidas cuentas, se trataba de un regalo, y aun regalo podéis aguarlo todo cuando os de la gana; yo suelo hacerlo. Las viejas monedas de oro y de plata del país eran de origen antiguo y desconocido en su mayor parte, aunque algunas eran romanas; eran monedas muy mal conformadas, y en cuanto a redondas, no llegaban a tener ni la redondez de la luna cuando ha pasado una semana de plenitud; estaban hechas a

martillo, no acuñadas, y era tal su desgaste con el uso, que los dibujos que tenían resultaban tan imposibles de leer como si fuesen ampollas, y lo parecían. Creí que una moneda de níquel, flamante, bien acuñada y brillante, con una perfecta imagen del rey en una cara y de la reina Ginebra en la otra, además de una inscripción de fervorosa piedad, quitaría los bодоques de la escrofulosis tan perfectamente como otra moneda de mayor valor, y resultaría más agradable a la fantasía de los escrofulosos; y yo estuve en lo cierto. Se hizo el primer ensayo con aquel grupo, y resultó a maravillas. La economía que con ello se hizo fue notable, como puede verse por los datos siguientes:

Fueron impuestas las manos a algo más de setecientos de entre los ochocientos enfermos que allí había; si se les hubiesen entregado las monedas de antes, el coste para el Gobierno habría resultado de unos doscientos cuarenta dólares; con las nuevas monedas salimos del paso con un gasto de unos treinta y cinco dólares, economizándonos más de doscientos dólares de un solo golpe.

Para apreciar toda la magnitud de la redada, fijaos en estas otras cifras; los gastos anuales del Gobierno de un nación ascienden el equivalente de una contribución igual a tres días de salario por término medio de todos los individuos que la componen, contando a todos sus habitantes como otros tantos hombres. En una nación de sesenta millones, en la que el salario medio es de dos dólares por día, quitando a cada individuo tres días de salario, obtendremos trescientos sesenta millones de dólares, con los que se pagarán todos los gastos del Gobierno. En mis tiempos, en mi propio país, ese dinero se recoge de los impuestos, y el ciudadano se imagina que quien lo paga es el importador extranjero, con lo cual se queda muy a gusto; en realidad, quien lo paga es el pueblo norteamericano, y ese gasto se halla distribuido entre los norteamericanos con una exactitud y una igualdad tales que, para quien tiene cien millones, resulta al año exactamente igual que para el niño de teta de un jornalero: ambos pagar seis dólares. Confieso que no es posible llegar a una igualdad mayor. Pues bien: Escocia e Irlanda eran tributarias de Arturo, y toda la población reunida de las islas Británicas subía a algo menos de un millón de personas. El sueldo medio de un trabajador, si él se pagaba la manutención, era de tres céntimos por día. Según eso, los gastos del Gobierno de la nación ascendían a noventa mil dólares al año, es decir, unos doscientos cincuenta dólares al día. De modo, pues, que sustituyendo en un día de cura de escrofulosis las monedas de oro por níqueles, yo no perjudicaba a nadie, no dejaba descontento a nadie, hacía felices a todos los interesados y economizaba las cuatro quintas partes del gasto nacional de un día—ahorro que era equivalente al que se habría hecho en Norteamérica y en mis tiempos economizando ochocientos mil dólares—. Al realizar aquella sustitución, me inspiré en una sabiduría de mi propia niñez—, porque el verdadero estadista no desdeña ninguna clase de sabiduría, por muy humilde que sea su origen. Yo, en mi niñez, me había ahorrado siempre los peniques, contribuyendo con botones a la causa de las misiones extranjeras. Para el salvaje ignorante, lo mismo daban los botones que las monedas, y, en cambio, para mí, resultaban mejor las monedas que los botones; todos, pues, contentos y nadie perjudicado.

Marinel se hacía cargo de los enfermos a medida que se presentaban. Examinaba al candidato; si no reunía las condiciones, le decía que se largase de allí; si reunía condiciones se lo pasaba al rey. Un sacerdote pronunciaba las palabras: «Impondrán sus manos a los enfermos, y éstos sanarán». El rey daba unos golpecitos en las úlceras mientras proseguía la lectura; por último, el enfermo recibía los grados, y recibía su moneda de níquel—que el rey colgaba del cuello con sus propias manos —y se le despedía. ¿Creeréis que los enfermos se curaban efectivamente? Pues sí, señor, se curaban. Cualquier paparrucha es

capaz de curar, a condición de que el enfermo tenga fe firme en ella. Allá, cerca de Astolat, había una capilla en la que la Virgen se apareció un vez a una muchacha que pastoreaba por allí gansos—lo dijo la muchacha misma—; construyeron una capilla del lugar y colgaron un cuadro en el que se pintaba el suceso. Es un cuadro que os parecerá peligroso dejar que los enfermos se acerquen a él; pues, todo lo contrario, millares de inválidos y de enfermos oraban ante el cuadro todos los años y se marchaban de allí sanos y enteros; y hasta quienes estaban sanos podían contemplarlo y seguir viviendo. Desde luego, cuando me contaron tales cosas no las creí; pero cuando fui a dicho lugar y las vi realizadas, tuve que rendirme. Con mis propios ojos vi realizarse las curaciones; pero curaciones auténticas, de las que no pueden ponerse en duda. Vi cómo personas inválidas, a las que yo llevaba viendo por los alrededores de Camelot caminar durante años en sus muletas, llegaban y oraban ante aquel cuadro, dejaban en el suelo sus muletas y salían caminando sin la menor cojera. Había allí montones de muletas dejadas como testimonio por esa clase de personas.

En otros lugares había gentes que actuaban sobre la mente del enfermo sin decirle una sola palabra, y lo curaban. En otras, ciertos expertos reunían a los enfermos dentro de una habitación, oraban pidiendo a Dios por ellos, apelaban a su fe, y esos enfermos se marchaban curados. Si tropezáis con algún rey que es incapaz de curar la escrofulosis, podéis estar seguro de que ha desaparecido la superstición más valiosa en que se apoyaba su trono, a saber: la creencia en que el nombramiento del soberano es de origen divino. Los monarcas de Inglaterra dejaron, cuando yo era joven, de imponer sus manos para curar la escrofulosis; pero no habían para ese acto de confianza, porque en cuarenta y nueve de cada cien casos los enfermos se habrían curado.

Pues bien; cuando ya el sacerdote llevaba tres horas runroneando y el buen rey otras tantas en pulir las pruebas y los enfermos seguían pugnando por avanzar en la misma abundancia que al principio, yo me sentí insoportablemente aburrido. Me hallaba sentado junto a una ventana abierta y no lejos del solio real. Por más de quinientas veces se había colocado allí delante de un enfermo para que le tocasen sus llagas repugnantes, y otras tantas veces se pronunciaban las mismas palabras: «Impondrán sus manos a los enfermos ...» De pronto, estalló en el exterior, con la misma claridad que un toque de clarín, el grito que llenó de arrobos mi alma y derribó al suelo junto a mis oídos trece siglos despreciables: —¡El Hosanna y el Volcán literario de Camelot!; Última edición (sólo dos céntimos), con todo lo referente al gran milagro del Valle de la Santidad!

Había llegado una cosa que era más grande que los reyes: ¡el vendedor de periódicos! Pero yo era la única persona en toda aquella multitud que conocía el alcance de aquel grandioso nacimiento, y lo que venía a realizar en el mundo este mago imperial.

Dejé caer una moneda de níquel por la ventana, y recibí mi periódico; el Adán vendedor de periódicos del mundo marchó a la vuelta de la esquina para cambiar mi moneda, y aún sigue a la vuelta de la esquina. Era un encanto el poder contemplar de nuevo un periódico; sin embargo, cuando mis vista cayó sobre las primeras rotulaciones de aquél, me di cuenta de que experimentaba un golpe desagradable. Había vivido yo hasta entonces en una atmósfera tan rezumante de reverencia, respeto y deferencias, que aquellos titulares hicieron que me corriese por el cuerpo un ligero escalofrío:

¡SUCESOS ESTUPENDOS EN EL VALLE DE LA SANTIDAD!

¡LAS FUENTES TAPONADAS!

¿INICIA SUS HABILIDADES EL HERMANO MERLÍN, Y SE QUEDA SOLO?

¡PERO EL PATRON GANA LOS PRIMEROS TANTOS!

"El pozo milagroso se destapone entre terribles estallidos de...
¡FUEGOS INFERNALES , HUMAREDAS Y TRUENOS!"
¡EI NIDO DE BUSARIOS, BOQUIABIERTO! REGOCIJOS INCOMPARABLES

... y así otros por el estilo. En efecto, aquello era demasiado chillón. En otro tiempo, yo habría disfrutado leyéndolo, y me habría parecido completamente normal, pero ahora constituía una nota discordante. Aquél era un buen periodismo del estado de Arkansas, pero no estábamos en Arkansas. Además, casi hasta la última línea estaba aquello escrito para molestar a los ermitaños, y quizá perdiésemos sus anuncios. Sin duda alguna, corría por todo el periódico un tono de ligera impertinencia. Era evidente que yo había cambiado mucho sin advertirlo. Me sentí desagradablemente molesto con algunas pequeñas agudezas irreverentes que en períodos anteriores de mi vida me habrían parecido frases atinadas y graciosas. Había en el periódico superabundancia de gacetillas del estilo de las que doy a continuación, y ello me produjo desasosiego:

HUMO Y CENIZAS LOCALES

"Sir Lancelot se encontró inesperadamente la pasada semana con el viejo Igrivance, rey de Irlanda, en la paranera al sur de los pastizales de cerdos de Sir Balmoral de Merveilleuse. Se han dado noticias a la viuda"

"La expedición número 3 saldrá hacia primeros del próximo mes en busca de Sir Sagramour el Anhelante. Va al mando del afamado caballero de los Rojos Prados, ayudado por Sir Persane de Inde, persona competente, inteligente , cortés y siendo además ayudado por Sir Palamides el Sarraceno, tampoco es moco de pavo, no van a una excursión de placer, porque los muchachos están resueltos a todo"

"Los lectores del Hossana leerán con sentimiento que el bello y popular Sir Charolais de Galia, que durante sus cuatro semanas de estancia en El Toro y el Halibut, de esta ciudad, se ha ganado todos los corazones por la cortesía de sus maneras y su elegante conversación, se largará hoy para casa. ¡Queremos verte otra vez por aquí!"

"La organización de los funerales del difunto Sir Dalliance, hijo del duque de Cornwall, muerto en un encuentro con el Gigante de la Maza Nudosa, que tuvo lugar el martes pasado a orillas de la llanura de los Encantamientos estuvo en manos del señor Mumble, príncipe de los empresarios de pompas fúnebres, persona por demás afable y activa, gracias a quien, y a nadie más, ha de resultar un placer y un satisfacción el ver realizadas las últimas y tristes exequias que nos hacen. Hagan con él una prueba nuestros lectores.

"Sean dadas las más expresivas gracias a la redacción del Hosanna , desde el director hasta el último mono, al siempre cortés y previsor tercer ayudante suplente del lord Alto

Camarero de Palacio por su envío de varias bolas de crema helada, que estaba como para que los ojos de recipendarios y se humedeciesen de gratitud, y lo consiguieron. Cuando se necesite nombrar a un funcionario para un rápido ascenso, el Hossana querría tener la oportunidad de poner por delante ese nombre.

La señorita Irene Gewlap, de South Astolat, está de visita en casa de su tío el popular dueño de la pensión Cattlement, Liver Lane , de esta ciudad.

Se ha presentado de nuevo en su casa el joven remendador de fuelles, Barker, y viene muy mejorado por la gira de vacaciones que ha hecho entre los herreros de los alrededores. Véase el anuncio correspondiente.

Desde luego, era un periodismo de bastante buena clase para empezar; yo lo comprendía perfectamente , pero no dejaba de ser algo desconsolador. La sección «Palacio Redondo», me agradó más: a decir verdad, el tono de respeto sencillo y digno en que estaba escrita venía a constituir un claro alivio para mí, después de tan desdichadas familiaridades. Per hasta esa sección podía ser mejorada. Yo conozco que, haga uno lo que haga, no hay modo de introducir aires de variedad en un patio circular. Existe una profunda monotonía en lo que en él ocurre que despista y contrarresta todos los esfuerzos sinceros que puedan llevarse a cabo para darle un poco de vida y de calor. El mejor recurso—a decir verdad, el único razonable—es el de disfrazar las repeticiones de los hechos bajo una variedad de formas, o sea, despellejando cada vez el hecho y recubriéndolo de un nuevo cutis de palabras. De esa manera se engaña la vista; el lector cree que se trata de un hecho nuevo; recibe la sensación de que la Corte vive como todos los demás; eso le excita y se traga la columna entera con el mejor apetito, sin quizá darse cuenta nunca de que aquello es un barril de sopa hecha con un solo guisante. El sistema que usaba Clarence era el bueno; era sencillo, digno, directo y práctico; sin embargo aún los había mejores:

PALACIO REAL

Lunes:

El rey se pasea a caballo por el parque.

Martes:

El rey se pasea a caballo por el parque.

Miércoles:

El rey se pasea a caballo por el parque.

Jueves:

El rey se pasea a caballo por el parque.

Viernes:

El rey se pasea a caballo por el parque.

Sábado:

El rey se pasea a caballo por el parque.

Domingo:

El rey se pasea a caballo por el parque.

Sin embargo, tomando el periódico en conjunto y en grande, me quedé satisfechísimo con el mismo. Aquí y allá podían notarse ciertas crudezas de tipo mecánico, pero entre todas juntas no llegaban a nada: la corrección de pruebas era bastante buena para Arkansas y mejor que lo que se necesitaba en los tiempos y en el reinado de Arturo . Por regla general, la corrección gramatical tenía grietas, y la construcción era más o menos renqueante; pero éstas son cosas a las que yo no doy mucha importancia. Yo cometo corrientemente esos defectos , y uno debe criticar a los demás en terrenos en los que él mismo no puede mantenerse en línea perpendicular.

Era tal el hambre de lectura que yo tenía, que hubiera querido echarme al cuerpo todo el número de una sola sentada; sin embargo, me limité a mordiscar aquí y allá, teniendo que dejarlo para mejor ocasión, porque los monjes que había a mi alrededor me asaltaron con ansiosas preguntas:

—¿Qué es esta cosa tan curiosa? ¿Para qué sirve? ¿Es un pañuelo? ¿Una manta de silla de montar? ¿Es un pedazo de camisa? ¿De qué está hecho? ¿Qué delgado es, qué delicado y frágil! ¡Y cómo cruje! ¿Creéis que resistirá y que no le perjudicará la lluvia? ¿Son letras todas esas cosas que se ven, o simples adornos?

Ellos sospechaban que aquello era escritura, porque algunos de entre ellos sabían leer latín y tenían algunas nociones de griego y conocieron algunas de las letras; pero no sacaban nada en limpio de todo el conjunto. Yo les di mis datos de la manera más sencilla posible:

—Es un diario público; en otra ocasión os explicaré en qué consiste un diario. No es tela, sino que está hecho de papel; en otra ocasión os explicaré qué es el papel. Las líneas que hay en él para leer; no están escritas a mano, sino impresas; luego os explicaré en qué consiste la impresión. Han sido hechas mil de estas hojas, todas exactamente iguales hasta en los detalles más insignificantes; es imposible distinguir una de otra.

Todos ellos estallaron en exclamaciones de sorpresa y admiración:

—¡Un millar! De veras que es un trabajo imponente. Eso representa el trabajo de muchos hombres durante un año.

—Pues no. Es simplemente el trabajo de un hombre y de un muchacho en un día.

Se santiguaron, y dejaron escapar algunas plegarias en que se pedía la protección divina.

—¡Qué milagro, qué prodigio! Esto es una obra de encantamiento.

Al oír eso no insistí más. Les leí en voz baja, de manera que pudieran escucharme el mayor número posible de aquellas cabezas rapadas, y les leí precisamente una parte del relato del milagro de la restauración del pozo, mi lectura se vio acompañada del principio al fin con exclamaciones de asombro y de reverencia:

—¡Ah! ¡Exactísimo! ¡Asombroso, asombroso! ¡Son los hechos tal y como ocurrieron, relatados con exactitud maravillosa! ¿Podían tomar en sus manos aquella cosa extraña, palparla y examinarla? Lo harían con mucho cuidado. Podían tomarla.

La tomaron y la manosearon con tanta precaución y tan devotamente como si se hubiese tratado de una cosa sagrada venida de alguna región sobrenatural; palparon suavemente su textura, acariciaron su agradable y lisa superficie con tacto lento, y examinaron con ojos fascinados los misterios caracteres. ¡Que bello espectáculo para mí el de aquellas cabezas agrupadas e inclinadas, aquellos rostros maravillosos, aquellos ojos que tanto decían! ¿No era aquél mi hijo querido y no constituía este mudo asombro, interés y homenaje, el tributo más elocuente y el cumplido más espontáneo al mismo? Entonces fue cuando supe lo que siente una madre al ver que otras mujeres, sean desconocidas o sean amigas suyas, toman en sus manos al bebé recién nacido y se apiñan a su alrededor, movidas de un ansioso

impulso, e inclinan sobre él sus cabezas en un éxtasis de adoración que hace que todo el resto del universo desaparezca de su conciencia, como si no existiese, mientras dura aquello. Supe lo que esa madre siente, y supe que no hay otra ambición satisfecha, sea de rey, conquistador o poeta, que llegue ni a mitad de camino de aquella cima lejana y serena, ni que proporcione la mitad de una satisfacción tan divina.

Durante todo el resto de la sesión, mi periódico viajó de un grupo a otro, de un lado para otro, por todo el ámbito del enorme salón, y mis ojos felices no se apartaban un punto del mismo, mientras yo permanecía sentado e inmóvil, sumido en placer, borracho de gozo. Sí, eso era el cielo; yo lo estaba paladeando, por si nunca más tenía que paladearlo.

CAPITULO XXVII

EL YANQUI Y EL REY VIAJAN DE INCÓGNITO

Más o menos a la hora de acostar, me llevé al rey a mis habitaciones particulares para cortarle el cabello y ayudarle a colocar el pobre atavío con que iba a ir vestido. Las clases superiores llevaban el cabello cortado en cerquillo a todo lo ancho de la frente, pero dejándolo caer sobre los hombros en todo el resto de la cabeza, mientras que las clases inferiores de plebeyos llevaban el pelo recortado delante y detrás; los esclavos no se cortaban el pelo, dejándolo crecer libremente. Yo puse al rey en la cabeza un cuenco invertido, y le corté todos los bucles que colgaban por debajo de sus bordes. Le recorté también las patillas y el bigote para que no tuviesen sino media pulgada de largura; procuré realizarlo de una manera poco artística, y lo conseguí. Resultó un disfraz de villano. Cuando se hubo calzado sus toscas sandalias y vestido su larga túnica de burdo paño color marrón, que la caía recta desde el cuello hasta los tobillos, no era ya el hombre mejor parecido de su reino, sino uno de los más feos, más vulgares y menos atrayentes. Ambos nos vestimos y arreglamos la barba de igual manera, pudiendo pasar por pequeños granjeros, arrendatarios de tierras, pastores o carreteros; sí, y también podíamos pasar por artesanos de aldea, si hubiésemos querido, porque nuestra indumentaria era universal entre la clase pobre, debido a su duración y baratura. No quiero decir con esto que esa ropa resultase verdaderamente barata para las personas pobres, sino que era la más barata que había para vestirse los varones, los varones que se vestían de paños confeccionados.

Salimos furtivamente una hora antes del amanecer, y para cuando el sol se hallaba en lo alto del cielo habíamos caminado ocho a diez millas, encontrándonos en medio de una región muy poco habitada. Mi morral era bastante pesado, porque iba cargado de provisiones, para que el rey se alimentase de las mismas hasta que se habituase a las poco delicadas comidas del país, sin peligro para su salud.

Descubrí a un lado del camino un sitio en que le rey podía sentarse cómodamente, y le di alguna cosa de comer para que le sirviese de tentempie. Luego le dije que iba en busca de agua, y me alejé paseando. Llevaba en parte la idea de perderme de su vista y sentarme para descansar un poco yo mismo. Tenía la costumbre de mantenerme siempre en pie en su presencia; hacía esto incluso en las reuniones del Consejo, salvo en las raras ocasiones en que la sesión era muy larga y duraba horas enteras; entonces me hacía llevar un taburete sin respaldo, que se parecía a una atarjea invertida y que resultaba tan cómodo como un dolor de muelas. No quería yo romper esa costumbre de pronto, sino gradualmente. De allí en adelante tendríamos que sentarnos ambos siempre que estuviésemos acompañados o a la

vista de las gentes; pero no resultaba buena norma política en mí el igualarme con Arturo cuando no era imprescindible hacerlo.

Encontré agua a unas trescientas yardas de allí; llevaba descansando unos veinte minutos, cuando oí voces. «No es nada —pensé—, serán campesinos que van a trabajar; no es probable que ande por aquí nadie a una hora tan temprana.» Pero un instante después y doblando un recodo del camino aparecieron a la vista ruidosamente aquellos caminantes; iban elegantemente vestidos, eran gentes de categoría y llevaban un cortejo de criados y de mulas con su equipaje. Salí disparado por entre los matorrales, para acortar camino. Por un instante creí que aquellas gentes cruzarían por delante del rey antes de que yo llegase hasta donde Arturo estaba; pero la desesperación pone alas en los pies, como es bien sabido, y yo incliné mi cuerpo hacia delante, ensanché mi pecho, contuve el aliento y volé. Llegué a donde estaba Arturo, y llegué en bastante buen momento.

—Perdonad, rey mío, pero no hay tiempo para andarse con ceremonias (¡saltad! ¡saltad y poneos de pie!) porque quienes llegan son gentes de calidad.

—¿Qué maravilla hay en eso? Dejad que vengan.

—¡Pero, Soberano mío! No debéis permaneced sentado. ...¡Levantaos!, y permaneced en postura humilde mientras ellos pasan. No olvidéis que sois un campesino.

—Tenéis razón, lo había olvidado, ensimismado como estaba en planear una gran guerra con el Galo.

Para entonces yo estaba en pie, pero no con la rapidez con que habría procedido un campesino, si apreciaba en algo sus bienes raíces.

—Precisamente se me había ocurrido, de una manera casual, por encima de ese ensueño mayestático, un pensamiento que...

—Rey mío y señor, adoptad una actitud más humilde. Adoptadla rápidamente. Agachad vuestra cabeza. ¡Más...todavía más!...Dejadla caer.

Hizo todo lo que honradamente pudo, pero, vive Dios, que no hizo gran cosa. Adoptó una actitud tan humilde como la de la torre inclinada de Pisa. Es lo más que de ella se podía decir. Y la verdad que constituyó un éxito tan ruidosamente pobre que levantó en toda la línea expresiones de mofa y de sorpresa, hasta el punto de que un lacayo que iba en la cola del cortejo alzó su látigo; pero yo salté a tiempo para recibir el golpe cuando descargó el latigazo; al cubierto de la ráfaga de risotadas que eso produjo, yo hablé al rey vivamente y le dije que no se diese por enterado. Arturo se dominó un momento, pero lo costó duro trabajo, porque se quería tragar a todo el cortejo. Yo le dije:

—Nuestras aventuras acabarían, si lo hiciérais, en el punto mismo de empezar; y como nosotros no llevamos armas, nada podríamos contra esa pandilla que va armada. Si queréis que tengamos éxito en nuestra empresa, no sólo tenemos que ser campesinos en el aspecto exterior, sino que debemos también obrar como campesinos.

—Habláis sabiamente, y nadie podría discutíroslo. Sigamos adelante, Sir Patrón. Yo tomaré nota y aprenderé, conduciéndome lo mejor que pueda.

Cumplió su palabra. Se condujo lo mejor de pudo, pero yo he visto gentes que lo harían mejor que él. Si acaso habéis tenido ocasión de contemplar a un muchacho activo, despreocupado, emprendedor, que sale con mucha diligencia de hacer una diablura para meterse en otra, y así sucesivamente durante todo el día, librándose por el grosor de un cabello de ahogarse o de romperse la nuca en cada nuevo experimento, haceos cuenta de que habéis estado viendo al rey y a mí.

De haber previsto yo el cariz que tomaría la cosa, habría contestado: No, si alguien quiere ganarse la vida exhibiendo a un rey y haciéndolo pasar por un campesino, que cargue con

esa empresa; yo puedo salir adelante mejor con una colección de fieras, y tengo la seguridad de que resistiré más tiempo. Sin embargo, durante los tres primeros días no le consentí que entrase en una choza ni en ninguna otra casa de habitación. Si el rey podía pasar sin contratiempo durante los primeros tiempos de su noviciado, tenía que ser en los pequeños mesones y en la carretera; nos limitamos pues, a esa clase de lugares. Sin duda alguna que él se portaba todo lo mejor que podía ¿y qué hay con eso? Yo no advertía en él el más pequeño adelanto.

Me tenía con el alma en un hilo; a cada momento me proporcionaba nuevos motivos de asombro en los lugares más nuevos e inesperados. Hacia el anochecer del día segundo ¿no se le ocurre a mi hombre sacar con mucho cuidado un puñal de debajo de su túnica?

—Rayos y centellas. Soberano mío, ¿dónde os habéis hecho con ese puñal?

—Se lo compré ayer por la noche en el mesón a un contrabandista.

—¿Y qué idea os dio de comprárselo?

—Nos hemos salvado de varios peligros a fuerza de inteligencia (de inteligencia vuestra), pero pensé que constituiría una simple medida de prudencia el que yo lleve también un arma. La vuestra pudiera fallaros en algún aprieto.

—Pero a las personas de nuestra condición no les está permitido llevar armas. ¿Qué diría un señor (sí, o cualquier otra persona de alguna categoría), si prendiese a un campesino sublevado y que llevaba una daga encima?

Fue una suerte para nosotros el que no hubiese nadie por allí cerca en aquel momento. Le convencí de que arrojase la daga. Fue tarea tan fácil como la de convencer a un muchacho que renuncie a alguna manera nueva y brillante de matarse a sí mismo. Caminamos silenciosos y pensando. Por último, me dijo el rey:

—¿Por qué, cuando sabéis que yo medito realizar una cosa que no conviene o en la cual existe peligro, no me advertís para que renuncie a ese proyecto mío?

Era esa una pregunta sorprendente y que constituía un acertijo. Yo no sabía por dónde tomarla ni que decir; como es natural, acabé contestándole:

—Pero señor: ¿cómo puedo yo saber cuáles son vuestros pensamientos?

El rey se detuvo en seco, y me miró fijamente:

—Os creía más grande que Merlín; y, a decir verdad, lo superaréis a él en la magia. Pero el don de profecía es superior a la magia. Merlín es un profeta.

Me di cuenta de que había cometido una torpeza. Necesitaba recobrar el terreno perdido.

Después de meditar profundamente y calcular mis palabras con sumo cuidado, le dije:

—Majestad, no me habéis comprendido bien. Me explicaré. Existen dos géneros de don de profecía. El uno anuncia las cosas que van a ocurrir dentro de muy poco tiempo, el otro consiste en el don de anunciar cosas que han de ocurrir siglos y siglos después de nosotros. ¿Cuál de esos dones proféticos juzgáis vos más grande?

—¿El último que acabáis de decir, sin duda alguna!

—Exacto. ¿Lo posee Merlín?

—En parte, sí. El ha predicho misterios acerca de mí nacimiento y de mi futuro reinado veinte años antes que ocurriesen.

—¿Ha ido alguna vez más allá de eso?

—Creo que él no cree poder llegar a más.

—Probablemente ése es su límite. Todos los profetas tienen un límite. El de algunos grandes profetas ha sido cien años.

—Creo que esa clase de profetas serán pocos.

—Ha habido dos que fueron más grandes todavía, y cuyas profecías llegaron hasta los cuatrocientos y seiscientos años, y hubo uno que profetizó hasta un límite de setecientos veinte años.

—¡Válgame Dios, y qué cosa más asombrosa!

—Pero, ¿qué son todos ellos en comparación conmigo? Son como nada.

—¿Qué decís? ¿De verdad que sois capaz de ver hasta más allá de un espacio de tiempo tan inmenso como...?

—¿Cómo setecientos años? Soberano mío, mi profética mirada penetra con tanta claridad de visión como la del águila, y es capaz de poner al desnudo el futuro de este mundo en un espacio de tiempo de casi trece siglos y medio.

¡Por vida mía, fue de ver cómo el rey abría lentamente los ojos y alzaba la atmósfera como cosa de una pulgada! El hermano Merlín quedó liquidado. Como aquellas gentes, no tenía una ocasión de comprobar los hechos; no quedaba otra cosa que afirmarlos. A nadie se le ocurría poner en duda la afirmación del profeta.

—Y ahora—proseguí—yo sería capaz de poner en práctica las dos clases de don profético (el de largo y el de corto alcance) si quisiera tomarme el trabajo de practicarlos; pero rara vez ejercito, como no sea el de largo alcance, porque el otro está por debajo de mi dignidad. El de corto alcance es más propio de los profetas como Merlín; profetas de cola recortada, como nosotros, los de la profesión decimos. Desde luego, de cuento en cuento cuando aguzo y hago algún escarceo en profecías de poca categoría, pero no con frecuencia; mejor dicho, sólo muy rara vez. Recordaréis que cuando vos llegásteis al Valle de la Santidad se habló mucho de que yo había profetizado vuestra llegada, y hasta la hora misma en que tendría lugar, dos o tres días antes que ocurriese.

—En efecto, ahora lo recuerdo.

—Pues bien; si se hubiese tratado de quinientos años y no de dos o tres días, yo habría podido hacerlo con una facilidad cuarenta veces mayor, amontonando mil detalles más del asunto.

—¡Qué asombroso resulta eso que me decís!

—Sí, un auténtico técnico puede siempre predecir un hecho que ha de tardar quinientos años en realizarse con mucha mayor facilidad que el que sólo ha de tardar quinientos segundos.

—Pues lo razonable es evidentemente todo lo contrario; debería ser quinientas veces más fácil profetizar este último acontecimiento que el primero, teniendo en cuenta que, debido a su proximidad, hasta los no profetas lo tienen casi al alcance de la vista. En verdad, que las leyes por que se rigen las profecías están en contradicción con todas las probabilidades, y que convierten de un modo extraño lo difícil en fácil y lo fácil en difícil.

Era la de Arturo una cabeza inteligente. El gorro de campesino no resultaba disfraz seguro para ella. Aunque hubieseis metido aquella cabeza en la campana de un buzo, la habrías reconocido por cabeza de un rey con sólo ver funcionar su entendimiento.

Yo tenía ahora una nueva profesión, y las tareas que ésta me daba eran abundantes. El rey sentía tal ansia de saber todo lo que había de ocurrir durante los trece siglos siguientes, como si esperase vivir en el transcurso de los mismos. Desde aquel momento me vi ya calvo a fuerza de discurrir la manera de hacer frente a la demanda. En mis tiempos he realizado algunos actos indiscretos, pero éste de hacerme pasar por profeta es el peor. Sin embargo, había en el mismo ciertas ventajas. El profeta no necesita tener mucha inteligencia. El profeta debe saber desenvolverse en las exigencias de la vida ordinaria, pero vale poco en la vida profesional. La vocación de profeta es la más desasosegada que

existe. Cuando os acomete el espíritu de profecía, todo lo que tenéis que hacer es amasar vuestra inteligencia hasta darle consistencia de pastel y luego dejarla que descanse en sitio fresco; después, soltáis vuestra mandíbula y la dejáis que funcione a sus anchas; ello lo hará todo por sí misma: el resultado será la profecía.

Todos los días nos cruzábamos con algún caballero andante, y la vista del mismo encendía siempre el espíritu marcial del rey. Yo lo sacaba del camino a tiempo, porque de otro modo Arturo se habría olvidado de quién era, y le habría dirigido la palabra en un estilo un poquitín más sospechosamente elevado que lo que aparentaba su persona. En esos casos se detenía y todo él eran ojos para mirar; sus ojos centellaban orgullosamente, las ventanas de su nariz se dilataban como las de un corcel de guerra, y yo comprendía que se moría de ganas de echar un palique con ello. Pero a eso del mediodía del día tercero de nuestra excursión, yo me había detenido en el camino para adoptar una precaución que me había sido sugerida por el latigazo que dos días antes me había tocado recibir; resolví más tarde no tomar esa precaución, porque me repugnaba mucho; pero en ese momento tuve un nuevo recordatorio, a saber: mientras caminaba despreocupado, con la mandíbula suelta y la inteligencia descansando, porque en ese momento actuaba de profeta, tropecé y caí cuando largo era. Me quedé tan pálido, que no pude pensar durante unos instantes; luego me levanté con tranquilidad y con mucho cuidado, y aflojé las correas de mi zurrón.

Llevaba en el mimo, envuelta en lana y dentro de una caja, una bomba de dinamita. Era un artículo que convenía llevar encima; ya llegaría el momento en que me sería posible hacer con ella un milagro importante; eso era muy posible, pero resultaba azarante el llevarla encima, y no quería pedirle al rey que la llevase él. No tenía, pues, más remedio que tirarla o idear algún medio seguro de caminar en semejante compañía. La saqué del zurrón y la guardé en mi talego de mano; en ese mismo instante se presentaron dos caballeros andantes. El rey se irguió tan majestuoso como una estatua, mirándolos con ojos de admiración—otra vez se había olvidado de sí mismo—y antes que yo pudiera lanzarle una palabra de advertencia, tuvo él que salir por pies, y bien hizo en correr. El rey suponía que los caballeros se apartarían. ¿Apartarse para no pisotear bajo las patas de sus caballos a una porquería de campesino? ¿Cuándo se había apartado él mismo; mejor dicho, había tenido alguna vez ocasión para apartarse, si un campesino lo había visto a él o cualquier otro noble caballero, con tiempo suficiente para ahorrarse juiciosamente semejante molestia? Los caballeros de ahora no hicieron caso alguno del rey; era él quien tenía que mirar por sí mismo, y si no hubiese apartado, lo habrían pisoteado tranquilamente y se habrían reído además.

El rey echaba chispas de furioso que estaba, y les lanzó un reto, acompañado de epítetos, con la máxima energía de un rey. Los caballeros hallábanse ya a alguna distancia.

Detuvieron sus caballos, muy sorprendidos, y se volvieron en sus monturas para mirar hacia atrás, como preguntándose si valdría la pena de molestarse con una basura como nosotros. Pero de pronto dieron vuelta a sus caballos y acometieron. No había un instante que perder; yo corrí hacia ellos, me crucé en su carrera a paso rápido, y en ese instante les disparé un insulto de trece nudos, de los que ponen los pelos de punta y despellejan el alma, dejando de ese modo empequeñecido y sin importancia el esfuerzo hecho por el rey. Yo saqué ese insulto del siglo XIX, en el que la gente sabe cómo insultar. Llevaban los caballeros tal ímpetu que, para cuando quisieron frenar sus caballos, ya estaban casi cerca del rey; acto continuo, locos de ira, hicieron levantar a sus caballos sobre las patas traseras, les hicieron girar, y un instante después se lanzaron contra mí, formados en línea. Yo estaría a setenta yardas de distancia en ese momento, encaramándome a un gran peñasco

que había a un lado del camino. Cuando estuvieron a treinta yardas de distancia, pusieron sus lanzas en ristre, bajaron sus cabezas, cubiertas de cota de malla, y de esa manera, con sus penachos ondeando como colas al viento, ofreciendo un espectáculo por demás gallardo, aquel tren exprés avanzó como el rayo contra mí. Cuando los tuve a menos de quince yardas, lancé con segura puntería mi bomba, y ésta dio en el suelo bajo las narices mismas de los caballos.

Si, señor, fue una cosa limpia, muy bien hecha y bella de contemplar. Aquello se pareció a la explosión de una caldera de vapor en un barco del río Mississippi; durante los siguientes quince minutos estuvimos bajo una constante llovizna de fragmentos microscópicos de caballeros, chatarra y carne de caballo. Digo que nosotros estuvimos, porque, como es de suponer, el rey se agregó al auditorio, en cuanto recobró su aliento. Había quedado un agujero capaz de dar constante trabajo para varios años a las gentes de aquella región—me refiero al trabajo que les daría el explicarlo; en cuanto a rellenar el agujero, eso se haría relativamente pronto, y sería tarea que correspondería a un grupo de unas pocas personas selectas—; es decir, a campesinos del señor, y no se les pagaría por ello absolutamente nada.

Pero yo se lo expliqué al rey. Le dije que lo había hecho con una bomba de dinamita. Ese dato no le hizo ningún daño, porque lo dejó tan inteligente como lo que era hasta entonces. Sin embargo, a sus ojos constituyó un magnífico milagro, y fue otro golpe para Merlín. Me pareció que sería bien explicarle que se trataba de una especie de milagro de una clase rara que no podía realizarse sino cuando se diesen las condiciones atmosféricas exactas. De no haberlo hecho, habría pedido el bis en cuanto se nos hubiese presentado un buen sujeto en quien realizarlo, lo cual habría constituido un inconveniente, porque yo no llevaba encima ninguna otra bomba.

CAPITULO XXVIII

INSTRUYENDO AL REY

La mañana del cuarto día, cuando acababa de levantarse el sol, y ya llevábamos una hora caminando en el frío amanecer, llegué yo a una resolución: era preciso instruir al rey; las cosas no podían seguir de aquella manera. Se hacía indispensable tomar en mis manos al rey e instruirlo de una manera deliberada y consciente, pues de otro modo nos resultaría imposible entrar en ninguna casa particular; hasta los gatos descubrirían a aquel hombre como un farsante disfrazado de campesino. Le dije, pues, que hiciésemos alto, y acto seguido le hablé como sigue:

—Majestad, nadie dudará que en cuanto a ropas y apariencia estáis perfectamente; pero entre vuestras ropas y vuestro porte, no lo hacéis bien, y la discrepancia es muy visible. Vuestro paso de soldado, vuestro porte señorial, son cosas que no compaginan. Os mantenéis demasiado erguido, miráis demasiado algo, os conducís con demasiada fe en vos mismo. Los cuidados de un reino no hacen inclinar las espaldas, no hacen que se incline la barbilla, no rebajan el alto nivel en que se cierne vuestra mirada, no ponen la duda y el temor en el corazón, ni enarbolan como señales de los mismos el cuerpo encogido y el pie inseguro. Las sórdidas preocupaciones de las gentes de bajo nacimiento son las que traen como consecuencia todas esas cosas. Debéis aprender esa estratagema; es preciso que imitéis las marcas de fábrica de la pobreza, de la miseria, de la opresión, del ultraje y de otras varias y comunes inhumanidades que socavan la virilidad en el hombre y lo

convierten en un súbdito leal, correcto y bien mirado, en un sujeto a satisfacción de sus amos; de lo contrario, hasta los niños verán que sois superior a vuestro disfraz y nuestro artilugio saltará en pedazos en la primera choza donde nos detengamos. Yo os ruego que hagáis un esfuerzo para caminar de esta manera.

El rey tomó nota cuidadosa e intentó llevar a cabo la imitación.

—Bastante bien..., bastante. La barbilla un poco más baja, por favor; ahí está, perfectamente. La mirada es demasiado alta; por favor, no miréis al horizonte, mirad al suelo, diez pasos delante de vos. Eso está mejor, sí, esto está bien. Un momento, por favor; demostráis excesivo vigor, decisión excesiva; es preciso que os bamboleéis más. Miradme a mí, os lo ruego; a esto me refiero. Ahora lo estáis comprendiendo; por lo menos, ésa es la idea (casi os acercáis a ella); si, ahora está muy bien, ¡Pero...! Algo muy importante falta, y yo no sé en qué consiste. Por favor, caminad treinta yardas, para que yo pueda tener una perspectiva de la cosa. Ahí, veamos; la cabeza la lleváis bien, el paso bien, el estilo general, bien. ¡Todo está bien! Y, sin embargo, seguimos lo mismo: el conjunto está mal. La cuenta no cuadra. Repetidlo, por favor. Ya me parece que empiezo a comprender de qué se trata. En efecto, ya di con ello. Veréis: lo que falta es el auténtico desánimo; ahí está lo que lo estropea todo. Lo que hacéis es de un aficionado; los detalles mecánicos están perfectos, casi es imposible señalarles la más ligerísima falta; todos los detalles del engaño están hechos a maravillas, pero lo malo es que no engañan.

—Pues, entonces ¿qué tengo que hacer para conseguirlo?

—Dejadme pensar. No acabo de llegar al quid de la dificultad. El hecho es que únicamente con la práctica se puede corregir el asunto. Aquí nos encontramos en un lugar a propósito: raíces y suelo pedregoso para quebrantar vuestros andares majestuosos, una región en la que no es probable nos veamos interrumpidos, porque todo es un solo campo y no hay más que una choza a la vista, y tan lejos, que sus habitantes no podrían vernos desde allí. Majestad, haríamos bien en apartarnos un poco del camino e invertir todo el día en hacer ejercicios.

Cuando ya llevábamos un rato ejercitándonos, yo dije:

—Y ahora, señor, imaginaos que hemos llegado a la puerta de la choza que hay allí lejos y que tenemos delante a la familia. Seguid, señor; acercaos al jefe de la familia.

El rey se irguió inconscientemente igual que un monumento, y dijo con helada austeridad:

—Lacayo, trae una silla, y sírve me lo que tengas para tomar un refrigerio.

—Majestad, no lo habéis hecho bien.

—¿En qué he faltado?

—Estas gentes no se llaman los unos a los otros lacayos.

—Vaya, ¿es eso cierto?

—Sí; quienes lo llaman de ese modo son las gentes que están por encima de ellos.

—Tendré que probar otra vez. Lo llamaré villano.

—No, no; porque quizá sea un hombre libre.

—¡Ah... pudiera ser! En ese caso, quizá debería tratarlo de buen hombre.

—Eso ya estaría bien. Majestad; pero aún estaría mejor si lo tratáis de amigo o de hermano.

—¿Hermano?...¿Llamar hermano a una basura como ésa?

—Sí; tened en cuenta que nosotros queremos pasar por una basura como ésa.

—Pues es verdad. Así lo trataré. Hermano, traed un asiento, y, luego, lo que tengáis para tomar un refrigerio. Ahora lo he dicho bien.

—No del todo, no lo habéis dicho completamente bien. Habéis pedido para uno, no para nosotros; para uno, no para los dos; comida para uno, asiento para uno.

El rey pareció desconcertado. La verdad es que intelectualmente no era un peso muy pesado. Su cabeza era un reloj para una hora; era capaz de almacenar una idea, pero tenía que recogerla grano a grano, no de golpe la idea entera.

—¿Acaso querriáis vos también un asiento y sentaros en él?

—Si yo no me sentase, ese hombre vería que lo que hacemos nosotros es simular que somos iguales, y representar nuestro engaño de una manera muy pobre.

—¡Esto está bien y certeramente dicho! ¡Que cosa más admirable es la verdad, por inesperadamente que nos llegue y cualquiera que sea su forma! Sí, es preciso que él saque asientos y comida para los dos, y que al servirnos no presente al uno el aguamanil y la servilleta con mayores muestras de respeto que al otro.

—Aún hay otro detalle que es preciso corregir. Ese hombre no tiene que sacar nada fuera; vos y yo entraremos en la choza (entraremos a alternar con esa basura, y quizá con otras cosas repulsivas) y comeremos con los demás de la casa, de acuerdo con la costumbre de la misma, y todos en un plano de igualdad, a menos que ese hombre pertenezca a la clase de los siervos; y, por último, allí no habrá ni aguamanil ni servilleta, lo mismo si el dueño de la casa es siervo que si es hombre libre. Seguid caminando, Soberano mío. Eso es, así está mejor, todavía mejor; pero no con tanta perfección. Vuestras espaldas no han conocido otra carga más innoble que la cota de malla de hierro, y no se resignan a agacharse.

—Dame ,entonces, el zurrón. Aprenderé cuál es el espíritu que llevan consigo las cargas en las que no hay honor. Es ese espíritu el que encorva las espaldas, según adivino, y no la carga misma, porque la armadura es pesada, y, sin embargo, es una carga que produce orgullo, y el hombre se mantiene erguido dentro de ella; no, no me vengáis con peros, no me hagáis objeciones . Quiero el zurrón. Amarradlo sobre mi espalda.

Ahora, con el zurrón a las espaldas, ya estaba completo y se parecía a un rey todo lo menos que cualquiera de los hombres que yo había visto. Pero sus espaldas eran obstinadas; no parecían aprender el detalle de encorvarse con naturalidad capaz de engañar. El ejercicio prosiguió, haciendo yo observaciones y correcciones.

—Y ahora, hacedle creer que estáis llenos de deudas y devorado por implacables acreedores; carecéis de trabajo (porque si sos herrador, pongamos por caso) y no lo encontráis; tenéis la mujer enferma y vuestros hijos lloran porque están hambrientos.

Y así consecutivamente. Lo ejercité de manera que representase sucesivamente toda clase de personas desgraciadas y que padecían las más grandes privaciones e infortunios. Pero, válgame Dios, que todo aquello no eran más que palabras y palabras, porque para él no tenían sentido real; habría sido lo mismo que yo hubiese silbado. Las palabras no dan realidad a nada, no vivifican nada para uno, a menos que no se haya sufrido en carne propia aquello que las palabras describen. Existen personas inteligentes que hablan constantemente como quien sabe la cosa, muy complacidas, acerca de las clases trabajadoras, y lo hacen convencidos de que un día de duro trabajo intelectual es mucho más duro que un día del más rudo trabajo manual, y que merece con justicia una paga mayor. Lo dicen porque lo piensan, desde luego, y lo piensan, desde luego, y lo piensan porque de lo uno están perfectamente enterados, pero no han probado nunca lo otro. Yo conozco las dos cosas, y por lo que a mí respecta, no hay en el mundo dinero bastante para contratarme para la tarea de darle al pico durante treinta días; y, sin embargo, soy capaz de realizar el más duro trabajo intelectual por una retribución lo más aproximada a cero que seáis capaz de poner en cifras. Y de realizarlo con gusto, además.

Lo de trabajo intelectual es calificativo inadecuado; constituye un placer, una diversión, y lleva en sí mismo su más elevado premio. El arquitecto, ingeniero, general, autor, escultor, pintor, conferenciante, abogado, legislador, actor, predicador o cantante peor pagados se encuentran, en realidad, en la gloria, cuando trabajan; en cuanto al músico que con el arco del violín en la mano se siente en medio de un gran orquesta, entre el oleaje de divinas melodías que pasa por encima de su cabeza, impregnándolo, trabaja, desde luego, si a eso queréis llamarlo trabajo; pero, ¡vive Dios! Que no deja de ser un sarcasmo. La ley del trabajo parece completamente injusta; sin embargo, ahí la tenemos, y no hay nada capaz de modificarla; cuanto más elevada satisfacción y goce saca el trabajador de su trabajo, más elevada es también la cantidad que se le paga en dinero. Es la misma ley por que se rigen esas transparentes estafas que se llaman la nobleza y la realeza hereditarias.

CAPITULO XXI

LA CHOZA DE LA VIRUELA

Llegamos a la choza aquella al mediodía, pero no advertimos en ella señales de vida. El campo cercano había sido desnudado de su cosecha algún tiempo antes, y daba la impresión de estar despellejado, de lo a fondo que se habían hecho la siega y el trabajo de espigar. Los vallados, los cobertizos, todo, en fin, ofrecía un aspecto de decadencia, y pregonaban con elocuencia la pobreza que allí reinaba. No se veía por aquellos alrededores ninguna bestia ni ser alguno viviente. El silencio era espantoso; se parecía al silencio de la muerte. La casita era de una planta, con el techo de bálago ennegrecido por el tiempo y destrozado por falta de reparaciones.

La puerta se hallaba un poquitín abierta. Nos acercamos a ella calladamente—de puntillas y conteniendo a medias el aliento—, porque ésas son cosas que realiza uno instintivamente en tales ocasiones. El rey dio unos golpes en la puerta. Esperamos. Nadie contestó. Llamó de nuevo. Tampoco obtuvimos respuesta. Empujé suavemente la puerta hasta abrirla, y miré al interior. Divisé algunas formas confusas y una mujer se alzó sobresaltada del suelo y se me quedó mirando fijamente, como persona que se ha despertado de un sueño. Por fin pudo decir, suplicante:

—¡Tened piedad! Todo ha sido embargado, nada nos han dejado-

—No he venido para quitaros nada, pobre mujer.

—¿No sois clérigo?

—No.

—¿Ni venís tampoco de parte del señor de la finca?

—No; soy forastero.

—¡Oh, pues entonces, si teméis a Dios, que castiga con la mirada y con la muerte a los desamparados, no os detengáis aquí, y huid! Este lugar está maldito por Dios y por su Iglesia.

—Permitidme que entre y os preste alguna ayuda, porque estáis enfermo y os encontráis en apuros.

Mis ojos estaban ya hechos a la penumbra. Vi perfectamente sus ojos hundidos que me miraban. Pude ver también lo consumida que estaba aquella mujer.

—Os digo que este lugar se encuentra bajo la excomunión de la Iglesia. Poneos a salvo y retiraos, antes que os vea por aquí algún transeúnte y os denuncie.

—No tengáis ningún cuidado de eso; me tienen sin cuidado las maldiciones de la Iglesia. Permitidme que os ayude.

—¡Que todos los buenos espíritus, si existe alguno bueno, os bendigan por esas palabras! ¡Ojalá pudiera beber una taza de agua!; pero, esperad, esperad, olvidad lo que os he dicho y huid, porque aquí dentro hay algo que debe inspirar temor hasta a una persona a la que no le inspire temor la Iglesia. Me refiero a esta enfermedad de la que nos estamos muriendo. Dejados, valeroso y buen forastero, y llevad con vos las bendiciones completas y sinceras que son capaces de dar unas personas malditas.

Pero antes que acabase de decirlo había echado yo mano a un cuenco de madera y corría, pasando por delante del rey, hacia el arroyo. Se hallaba éste a diez yardas de distancia. Cuando regresé y entré en la choza, el rey estaba dentro y abría el postigo que tapiaba el agujero de la ventana, para que penetrasen el aire y la luz. El interior de la choza estaba lleno de un hedor dañino. Apliqué el cuenco a la boca de la mujer, y cuando ella lo agarró con sus manos retorcidas, ansiosas, se abrió el postigo y una fuerte claridad iluminó su rostro. ¡La viruela!

Me acerqué de un salto al rey, y le dije al oído:

—Salid ahora mismo de aquí señor, porque esta mujer se muere de la enfermedad que devastó los barrios extremos de Camelot hace dos años.

El rey no se movió:

—Os digo que no saldré, y que procuraré ayudar.

Yo volvía cuchichearle:

—Rey, no debéis hacer semejante cosa, debéis marcharos.

—Vuestra intención es buena, y no habláis desacertadamente. Pero sería una vergüenza que un rey temiese nada, y sería una vergüenza que quien está armado caballero retire su mano de un lugar en que tan necesario es su socorro. Basta, no saldré. Sois vos quien debe salir. La excomunión de la Iglesia no me alcanza, pero a vos os prohíbe permanecer aquí, y si lo hacéis, os castigará con mano dura en el caso de que se entere de vuestra falta.

Era aquél un sitio de mayor peligro para el rey, y que pudiera costarle la vida, pero era inútil entrar con él en discusiones. Si él creía que su honor de caballero se hallaba en juego en ese lugar, allí se acababan las razones; permanecería sin que nada pudiese impedirselo; yo lo sabía perfectamente. Dejé, pues, de lado el tema. La mujer nos habló de este modo:

—Noble señor; ¿queréis tener la bondad de subir por esa escalera que hay allí y darme noticias de lo que encontraréis? No temáis decírmelo, porque hay momentos en los que ya no puede romperse el corazón de una madre, porque ya está roto.

—Esperad—dijo el rey—vos dad de comer a esta mujer. Iré yo.

Y dejó en el suelo el morral. Yo me volví para correr hacia la escalera, pero ya el rey se dirigía a la misma. Se detuvo un instante, y miró a un hombre que yacía por el suelo, en la penumbra, y que hasta entonces no nos había visto o no nos había hablado.

—¿Es vuestro marido? —preguntó el rey.

—Sí.

—¿Está dormido?

—Gracias sean dadas a Dios por ese favor; sí, desde hace tres horas. ¡Cómo podré pagar yo plenamente por ese favor! Mi corazón estalla de gratitud por el sueño en que ahora duerme. Yo le dije:

—Tendremos cuidado con no despertarlo.

—¡Oh, no, no lo despertareis, porque está muerto!

—¿Muerto?

—Sí; ¡y que gloria siente una con saberlo! Ya nadie puede hacerle daño, ya nadie puede ultrajarle más. Está ahora en el cielo, feliz; y si no está en el cielo, estará en el infierno, pero estará contento, porque en ese lugar no encontrará ni abades ni obispos. Vivimos juntos cuando él era sólo un muchacho; fuimos marido y mujer durante veinticinco años, y no nos separamos jamás hasta hoy. ¡Pensad en qué largo espacio es ése para amarse y sufrir juntos! Esta mañana él deliraba, imaginándose que habíamos vuelto a ser muchacho y muchacha y que corríamos por los felices campos, y entre esas conversaciones alegres e inocentes, él se fue alejando, cada vez más pero siempre charlando alegremente, y se metió en esos otros campos de los que nada sabemos, perdiéndose de la vista mortal. No hubo, pues, despedida entre nosotros, porque en su imaginación yo iba con él; él no lo sabía, pero yo iba en su compañía, con mi mano en la suya; mi mano juvenil y suave, no esta garra ajada. ¡Oh, sí, marchar, sin saberlo, separarse y no darse cuenta! ¿Es posible que alguien se marche más sosegadamente que de esa manera? Ese fue el premio que recibió por un vida cruel, soportada con paciencia.

Se oyó un ligero ruido que procedía del oscuro rincón en que estaba la escalera. Era el rey que bajaba por ella. Distinguí que traía algo en un brazo y que se agarraba a la escalera con el otro. Se adelantó hasta la luz. Llevaba sobre su pecho una flaca muchacha de quince años. Esta se hallaba a mitad consciente, y se moría de viruela. Ese sí que era heroísmo llevado hasta su última y más elevada posibilidad, hasta su más alta cima; aquella era desafiar a la muerte desarmado y en campo abierto, con todas las posibilidades en contra del desafiador, sin premio alguno en el caso de triunfar, sin gentes vestidas de seda y brocado que mostrasen su admiración contemplando la pelea y aplaudiendo; sin embargo, la conducta del rey era tan serenamente valerosa como lo había sido siempre en aquellas otras contiendas menos importantes en las que un caballero hacía frente a otro caballero en lucha igual y revestido de acero protector. Ahora sí que era grande, de una grandeza sublime. Las toscas estatuas de antecesores suyos que había en su palacio se completarían con otra más, yo cuidaría de ello; no sería la estatua de un rey revestido de cota de malla matando a un gigante o a un dragón, como eran las demás, sino la de un rey con ropas de plebeyo y que llevaba en sus brazos a la muerte, a fin de que una madre campesina pudiera dirigir su última mirada a su hija y le sirviera ello de consuelo.

Colocó a la muchacha en el suelo junto a su madre, y ésta dio suelta a las caricias y frases de amor que le rebotaban del corazón; en los ojos de la niña pudimos ver aletear una débil luz como en respuesta a aquellas caricias y frases de amor, pero eso fue todo. La madre se inclinó sobre la muchacha, besándola, dándole dulces nombres, suplicándola que le hablase; pero los labios se movieron únicamente, sin que de ellos saliese ningún sonido. Yo saqué del morral de un tirón mi botella de licor, pero la madre me lo prohibió, y dijo: ³/₄No, ella no sufre; así es mejor. Ese licor pudiera volverla a la vida. Ninguna persona tan buena y bondadosa como vos parecéis la infligiría castigo tan cruel. Mirad: ¡he aquí lo que le ha quedado para vivir! Sus hermanos murieron, su padre ha muerto, su madre se muere, la maldición de la Iglesia ha caído sobre ella, y nadie podría darle cobijo ni tratarla con amor, aunque la viese muriendo en mitad de la carretera. Está en un completo abandono. Aún no os he preguntado, buen corazón, si su hermana sigue con vida, aquí arriba; no hacía falta, porque si viviese habríais vuelto a subir, y no habrías dejado olvidada a la pobrecita... —Ella descansa en paz—le interrumpió el rey con voz ahogada.

—Yo no querría para ella otra cosa. ¡Qué cúmulo de felicidades nos trae el día de hoy! ¡Ana mía, pronto irás a juntarte con tu hermana, ya estás en camino, y estos bondadosos señores no querrán impedirlo!

Y volvió a hablar, murmurando y arrullando a la muchacha, acariciándole suavemente la cara y los cabellos, besándola y llamándola con adjetivos cariñosos; pero apenas si se advertía en los ojos, que se vidriaban ya, señal alguna de contestación a la madre. Vi saltar lágrimas de los ojos del rey y correrle por las mejillas. La mujer también lo vio y dijo:

—Adivino lo que os ocurre. Vos también tenéis mujer en casa, pobrecita, y vos y ella os habéis acostado muchas noches sin comer, para que vuestros pequeños pudieran llevarse a la boca un pedazo de pan; vos sabéis lo que es la pobreza y el que os insulten los que están más arriba que vos, y habéis sentido la pesada mano de la Iglesia y del rey.

El rey parpadeó ante aquel golpe certero, pero se calló; estaba aprendiendo a representar su papel, y para ser un principiante baste torpe, no lo hacía mal. Yo procuré llevar la conversación a otro tema. Ofrecía a la mujer comida y licor, pero los rehusó. No quería que nada se interpusiese entre ella y la liberación de la muerte. Yo entonces me alejé calladamente; bajé del altillo a la niña muerta, y la coloqué junto a la madre. Aquel espectáculo volvió a despertar su dolor, y presenciarnos otra escena que desgarraba el corazón. Pero yo llevé de nuevo su atención hacia otro lado, y la convencí de que nos contase su historia.

—Vosotros la conocéis ya por lo que habéis sufrido, porque nadie, en verdad, de nuestra clase, puede escapar a ella. Es la misma vieja y triste historia de todos. Luchamos, nos esforzamos y tuvimos éxito; entendiendo por éxito el que pudimos seguir viviendo, sin morir; a más de eso no se puede aspirar. Nunca se nos presentaron dificultades de las que no pudiéramos seguir adelante, hasta que nos los trajo el año actual; pero este año se presentaron todas a un tiempo, como si dijéramos, y nos abrumaron. Hace algunos años, el señor de la finca plantó algunos árboles frutales en nuestra granja, en el sitio mejor de la misma, cosa que constituye un pesado perjuicio y una vergüenza.

—Estaba en su derecho—le interrumpió el rey.

—Nadie lo niega, desde luego; si algún sentido tiene la ley es éste: lo que es del señor, suyo es, y lo que es mío, es también suyo. Nuestra granja era nuestra por arrendamiento y, por tanto, era también suya, y podía hacer con ella lo que quisiese. Hace poco tiempo aparecieron derribados tres de esos árboles. Nuestros tres hijos mayores corrieron, asustados, a dar cuenta del crimen. Pues bien: allí están los tres en los calabozos del señor, el que dijo que allí seguirán y se pudrirán hasta que confiesen su crimen. Nada tienen que confesar, porque son inocentes; de modo que allí se quedarán hasta morir. Me imagino que vos conocéis perfectamente ese derecho. Ahora bien; ved cómo quedamos nosotros: un hombre, una mujer y dos niñas, para recoger una cosecha en cuya siembra se había empleado una cantidad mucho mayor de brazos, y al mismo tiempo para proteger esa cosecha de día y de noche de las palomas y animales merodeadores que deben ser sagrados para nosotros, y a los que no debemos causar ningún daño. La cosecha de nuestro señor estuvo a punto de siega al mismo tiempo que la nuestra; cuando tocó la campana de su castillo para convocarnos a que acudiésemos a sus campos para recoger su cosecha sin pagarnos nada, no quiso permitir que yo y mis dos muchachas contásemos por nuestros tres hijos cautivos; sólo nos admitió como dos de ello, y por eso nos multó diariamente por el otro que faltaba. Y en todo ese tiempo nuestra propia cosecha se perdía por abandono; en vista de lo cual, el sacerdote y el señor nos multaron, porque la parte que a ellos les correspondía había sufrido disminución. Por último, las multas se comieron toda nuestra cosecha, y ellos se la llevaron toda; se la llevaron toda, haciendo que se la recolectásemos nosotros, sin pagarnos nada ni proporcionarnos alimentos, mientras pasábamos hambre. Entonces llegó lo peor; loca yo de hambre y de verme sin mis muchachos, y dolorida al

contemplar a mi esposo y a mis mocitas, desarrapados, hambrientos y desesperados dejé escapar una blasfemia (¡y miles!) contra la Iglesia y los procedimientos de la Iglesia. De eso hace diez días. Yo había caído ya enferma de esta enfermedad, y dije las tales palabras al sacerdote que había venido a reprenderme por carecer de la obligada humildad ante la mano de Dios que me castigaba. Ese clérigo llevó la noticia de mi falta a sus superiores; yo no cedí; y en vista de ello cayó la maldición sobre mi cabeza y sobre las de quienes eran queridos para mí.

Desde ese día, todos se apartaron de nosotros, esquivaron nuestro trato horrorizados. Nadie se ha acercado a esta choza para saber si vivimos o no. Enfermaron los demás de mi familia. Entonces yo me levanté, porque era mi obligación de esposa y de madre. Aun estando sanos era muy poco lo que habrían podido comer; ya enfermos, lo que podían comer era menos que muy poco. Pero teníamos agua, y se la di a beber. ¡Qué ansia sentían por ella! ¡Y cómo la bendijeron! Pero ayer llegó al final; mi fuerza se quebrantó. Ayer vi por última vez vivos a mi esposo y a mi hija más joven. He permanecido tendida aquí durante todas estas horas (siglos, podría decir) escuchando, escuchando, si se oía en el altillo algún ruido.

Dirigió una rápida mirada a su hija mayor, y exclamó:

—¡Oh, cariño mío!

Y estrechó aquel cuerpo, que se ponía rígido, entre sus brazos acogedores. La madre había escuchado el estertor de la agonía.

CAPITULO XXX

LA TRAGEDIA DE LA CASA-CASTILLO

A la medianoche había terminado todo, y nos sentamos delante de cuatro cadáveres. Los tapamos con los harapos que pudimos encontrar a mano, y nos retiramos, cerrando la puerta. Para esa gente su casa tenía que ser su tumba, porque no se les podía dar sepultura en tierra bendita ni enterrar según los ritos cristianos. Tenían que ser enterrados como perros, como fieras, como leprosos, y ningún alma que apreciase la esperanza de la vida eterna querría perderla entremetiéndose de cualquier manera que fuese en nada referente a aquellos parias, réprobos y condenados.

No habíamos andado cuatro pasos cuando percibí ruido de pisadas en el suelo de la gravilla. Se me subió el corazón a la garganta. No debían vernos que salíamos de aquella casa. Tiré de la ropa del rey y retrocedimos, ocultándonos detrás de la esquina de la choza.

—Ya estamos a salvo—dije—, pero nos hemos salvado, como si dijéramos, por un pelo. Si la noche hubiese sido más clara, el que venía nos habría visto sin duda alguna, porque, por las trazas estaba cerca.

—Quizá no era un hombre, sino algún animal selvático.

—Exacto. Pero hombre o bestia, bueno será que permanezcamos aquí unos momentos, dándole tiempo a que siga adelante sin cruzarse en nuestro camino.

—¡Hola! Viene hacia acá.

También ahora era verdad. Los pasos venían hacia nosotros, en línea recta hacia la choza. Sería sin duda un animal, y podíamos habernos ahorrado el susto. Iba yo a salir del escondite, pero el rey me puso la mano en el brazo. Hubo un instante de silencio, y luego

oímos llamar suavemente en la puerta de la choza. Me estremecí. Se repitió la llamada, y entonces oímos estas palabras, dichas con voz cautelosa:

—¡Madre! ¡Padre! Abrid, estamos en libertad, y os traemos noticias que harán palidecer vuestras mejillas, pero que alegrarán vuestros corazones. No tenemos tiempo que perder; es preciso que huyamos. Y..., pero no responden. ¡Madre! ¡Padre!

Tiré del rey hacia el otro extremo de la choza, y le cuchicheé:

—Venid..., Soberano mío; dentro de un instante encenderán luz, y ocurrirá algo que os destrozará el alma oírlo.

Esta vez no vaciló. En el momento en que nos vimos en el camino, yo eché a correr; al cabo de unos instantes, el rey dejó a un lado su dignidad y me siguió. Yo no quería pensar en lo que ocurría en la choza, me resultaba insoportable; quería quitármelo de la imaginación; por eso me puse a hablar de la primera cosa que me preocupaba después de aquello:

—Yo he padecido la enfermedad de la que han muerto esas personas, y por ello nada tengo que temer; pero si vos no la habéis padecido...

El rey me interrumpió para decirme que él se sentía turbado, y que era su conciencia la que lo turbaba:

—Esos jóvenes han recobrado su libertad, según dicen; pero ¿de qué manera? No es probable que su señor se la haya otorgado.

—Oh, no; estoy seguro de que se han fugado.

—Eso es lo que me conturba; temo que las cosas hayan ocurrido de esa manera, y vuestra sospecha confirma mi temor, que es también el vuestro.

—Sin embargo, yo no lo llamaría con ese nombre. Yo sospecho que se han fugado; si es así, os aseguro que a mí no me pesa.

—Creo que a mí tampoco, pero...

—¿De qué se trata? ¿Qué motivos hay para que uno se sienta conturbado por ello?

—Si se han fugado, entonces nuestra obligación es la de apresarlos y entregarlos de nuevo a su señor; porque no es probable que un hombre de su calidad tolere un ultraje tan insolente y brutal de personas de baja categoría.

Ya estábamos otra vez con lo mismo. Arturo sólo era capaz de ver un lado de la cuestión. Había nacido así, se había educado así, corría por sus venas sangre ancestral, que estaba envenenada por esta clase de brutalidad inconsciente que se iba comunicando por herencia al través de un largo cortejo de corazones, cada uno de los cuales había realizado su parte contribuyendo a envenenar el raudal. Encarcelar sin pruebas a esos hombres, matar de hambre a sus parientes, eso no era causar daño, porque se trataba de simples campesinos sujetos a la voluntad y al placer de su señor, por espantosa que fuese la forma en que se manifestase; pero el que esos hombres escapasen de un cautiverio injusto, constituía un crimen y un ultraje, un acto que ninguna persona de conciencia y que conociese los deberes que tenía para con su casta sagrada podía tolerar.

Trabajé más de media hora antes de conseguir que variase de tema de conversación, y entonces fue un hecho ajeno a nosotros el que hizo fuerza por mí. Ese hecho consistió en algo que distinguieron nuestros ojos al llegar a lo alto de una pequeña colina. Era un rojo resplandor que se alzaba a bastante distancia.

—Es un incendio—dije yo.

Me interesaba mucho en los incendios, porque había iniciado un importante negocio de seguros, y estaba también entrenando caballos y construyendo algunas bombas de incendio, con vistas a instituir poco a poco un departamento de incendios mediante pago. Los clérigos se habían opuesto a mi institución de seguro de incendios y del seguro de vida,

alegando que era un empeño insolente el oponerse a los decretos de Dios; si les hacíais ver que no os oponíais en lo más mínimo a los decretos, y que únicamente modificabais las terribles consecuencias de los mismos, si tomabais una póliza y teníais suerte, os replicaban que eso era jugar al azar contra los decretos de Dios, cosa tan mala como la otra. Se las ingeniaron, pues, para perjudicar hasta donde podían esas industrias, pero yo instituí incluso mi seguro de accidentes. Por regla general, los caballeros eran unos zopencos, y en ocasiones hasta unos zotes, y por eso se dejaban afectar mucho por los argumentos más pobres si se los exponía locuazmente uno de aquellos fomentadores de supersticiones, pero hasta esos caballeros eran capaces de ver de cuando en cuando el lado práctico de las cosas; de ahí resultó que últimamente no era posible despejar los caídos de un torneo y apilarlos sin encontrar dentro de cada yelmo uno de mis boletos de seguro de accidentes.

Permanecimos allí algún tiempo, en medio de una espesa oscuridad y silencio, contemplando la roja hoguera que se distinguía a los lejos, tratando de descubrir el sentido de un rumor lejano que se alzaba y se acallaba caprichosamente en la noche. A veces, ese rumor se hinchaba, y por un momento producía la impresión de menor lejanía; pero cuando ya confiábamos en que nos descubriese su causa y su naturaleza, se apagaba y volvía a hundirse, llevándose con el misterio. Bajamos por la pendiente de la colina en la dirección de aquel murmullo, y el camino serpenteante nos hundió de pronto en una lobreguez casi palpable, una lobreguez encajonada y apretada entre dos altos muros de bosque. Fuimos descendiendo a tientas por espacio quizá de media milla; aquel murmullo se iba haciendo cada vez más y más claro; la tormenta que llegaba se volvía cada vez más amenazadora; de cuando en cuando, el aire sufría un ligero estremecimiento, parecía dibujarse un confuso relámpago, y el trueno lejano dejaba oír sus apagados retumbos. Yo marchaba delante. Tropecé con algo, con algo blando y pesado que cedió ligeramente al impulso de mi propio peso; en el mismo instante estalló un relámpago; ¡a menos de un pie de mi cara estaba la cara en contorsiones de un hombre que colgaba de la rama de un árbol! Es decir, parecía que se estaba contorsionando, pero no era así. Espectáculo horrendo. Inmediatamente después, estalló el estampido de un trueno ensordecedor, y se desfondó el cielo, cayendo la lluvia como un diluvio. No importa; debemos intentar cortar la cuerda que sujeta este hombre, por si queda todavía en el un resto de vida, ¿no es cierto? Los relámpagos se sucedieron desde ese momento con rapidez y violencia, y el lugar estaba tan pronto en un mediodía como en una medianoche. Tan pronto aquel hombre colgaba delante de mí envuelto en viva luminosidad, como se sumía de pronto en las tinieblas. Le dije al rey que teníamos que cortar la cuerda. El rey se opuso en el acto:

—Si se ahorcó el mismo, es que lo hizo con la intención de perjudicar a su señor en algo que era de su propiedad; dejadlo, pues. Si lo ahorcaron otros, es probable que lo hiciesen con justicia; quédese pues, ahorcado.

—Pero...

—No me vengáis con peros, y dejadlo como está. Hay, además, otra razón. Cuando estalle otro relámpago ¡mirad!

¡A menos de cincuenta yardas había otros dos hombre ahorcados!

—No es tiempo a propósito para entretenernos en inútiles cortesías con los muertos. Esos, ya no pueden daros las gracias. Venid. Nada ganamos con entretenernos aquí.

Sus palabras no carecían de razón, de modo, pues, que seguimos avanzando. En el trecho de una milla contamos, al resplandor de los relámpagos otros seis cuerpos de ahorcados; la excursión resultaba horrenda. El murmullo que antes oíamos no era ya murmullo, sino griterío; griterío de voces humanas. Cruzó por nuestro lado, a todo correr, un hombre, al

que distinguimos débilmente entre la oscuridad; otros hombres iban tras él persiguiéndolo. Todos desaparecieron. Más tarde se repitió el caso por dos veces. De pronto, al doblar súbitamente un recodo del camino, nos encontramos frente al incendio; lo que ardía era una gran casa-castillo, y era ya poco o nada lo que de la misma quedaba; por todas partes escapaban hombres, y salían otros furiosamente en su persecución.

Advertí al rey que no era ése un lugar seguro para gente forastera. Lo mejor que podíamos hacer era alejarnos de la luz, hasta que la situación mejorase. Retrocedimos un poco, y nos ocultamos en el borde del bosque. Desde ese escondite vimos a algunos hombres y mujeres perseguidos por la multitud. Aquellas terribles escenas siguieron hasta cerca del amanecer. Para entonces, el incendio se había apagado y también la tormenta; cesaron las voces y las carreras, volviendo a reinar la oscuridad y el silencio.

Nos arriesgamos a salir, alejándonos de prisa y con cautela; a pesar de que nos encontrábamos cansados y soñolientos, seguimos caminando hasta dejar aquel lugar a varias millas de distancia. Entonces pedimos hospitalidad en la choza de un carbonero, y nos sirvieron lo que tenían a mano. Una mujer estaba ya levantada y dedicada a sus quehaceres, pero el hombre dormía todavía sobre un jergón de paja, tendido en el suelo de arcilla. La mujer pareció desasosegada hasta que le explicamos que éramos viajeros y que nos habíamos extraviado, caminando sin rumbo por el bosque durante toda la noche. Ella se volvió locuaz, y nos preguntó si nos habíamos enterado de los hechos terribles ocurridos en la casa-castillo de Abblasoure. Sí, habíamos oído hablar de ellos, pero lo que ahora necesitábamos era descansar y dormir. El rey intervino, diciendo:

¾Vendednos la casa y salid con vuestra familia de ella, porque nuestra compañía es peligrosa, pues hemos estado últimamente en contacto con gentes que han muerto de viruela.

Era un buen rasgo suyo, pero inútil. Uno de los adornos más corrientes de la nación eran entonces las caras enrejilladas como un barquillo. Yo había visto desde el primer momento que la mujer y su marido lucían ambos ese adorno. La mujer nos dio cordialmente la bienvenida y no experimentó temor alguno; era evidente que la proposición del rey le había impresionado de manera muy honda, porque el tropezar con una persona del humilde aspecto del rey que estaba dispuesta a comprar la casa de un hombre nada más que para alojarse en ella durante una noche, constituía en su vida un verdadero acontecimiento. Se sintió poseída de gran respeto hacia nosotros, y estiró hasta las más ligeras posibilidades de su cuchitril para proporcionarnos la máxima comodidad.

Dormimos hasta muy entrada la tarde, y nos levantamos lo bastante hambrientos como para que el rey encontrase apetitosa la comida de un campesino, especialmente porque la ración no fue abundante. Y tampoco tuvo mucha variedad, porque consistió únicamente en cebollas, sal y el pan negro nacional, hecho de cebada. La mujer nos habló de lo ocurrido la noche anterior. A eso de las diez o las once de la noche, cuando todo el mundo estaba acostado, la casa castillo se incendió. Todos los campesinos de los alrededores corrieron a apagar el fuego; se salvó la familia, con una sola excepción: el dueño. A éste no se le encontró. Todo el mundo estaba como loco por aquella pérdida y dos valerosos campesinos sacrificaron sus vidas registrando la casa en busca de tan importante personaje. Al cabo de un tiempo se le encontró, es decir, se encontraron sus restos, porque era ya cadáver. Se le encontró entre unos matorrales, a trescientas yardas de la casa, atado, amordazado y con una docena de puñaladas.

¿Quién hizo aquello? Las sospechas recayeron en una familia humilde de los alrededores a la que el barón habían tratado recientemente con característica dureza; las sospechas se

extendieron fácilmente desde esa familia a sus parientes y criados. Bastó con esa sospecha; los criados de librea de milord proclamaron en el acto una cruzada contra esas gentes, y a los criados se les agregó muy pronto la comunidad en general. El marido de la carbonera había trabajado activamente con esa muchedumbre, y no había regresado a casa hasta cerca del alba. Ahora había ido a ver en que había parado la cosa. Mientras estábamos hablando regresó el hombre con noticias. Estas resultaban indignantes. Dieciocho personas habían sido ahorcadas o asesinadas y dos campesinos y trece presos había muerto en el incendio.

¾¿Cuántos presos en total había en los calabozos?

¾Trece.

¾Según eso, todos perecieron.

¾Sí, todos.

¾Pero la gente llegó con tiempo para salvar a la familia del señor; ¿cómo fue el no haber podido salvar a ninguno de los presos?

El hombre pareció desconcertado, y dijo:

¾¿Y quién iba a ponerse a abrir los sótanos en semejante momento? ¿Y si se escapaba alguno de los presos?

¾Según eso, ¿nadie abrió las puertas de los calabozos?

¾Nadie se acercó a los mismos ni para cerrarlos ni para abrirlos. Lo natural es que los cerrojos estuvieran corridos; de modo que sólo quedaba montar una guardia para que, si alguno rompía sus cadenas, no pudiese escapar y lo prendiesen. Peor no se prendió a nadie.

¾Sin embargo, hubo tres que escaparon¾dijo el rey¾, y haréis bien en publicar la noticia para que la justicia siga la huella, porque fueron éstos quienes asesinaron al barón y pegaron fuego a la casa.

Ya esperaba que el rey tuviese una salida esa clase. El carbonero y su mujer demostraron por un instante el más vivo interés en aquella noticia, y dieron pruebas de impaciencia por correr a propagarla; pero de pronto sus rostros traicionaron otra expresión, y empezaron a hacernos preguntas. Contesté a ellas yo mismo, fijándome con gran cuidado en el efecto que producían. Pronto me convencí de que el saber quiénes eran aquellos presos había cambiado en cierto sentido la atmósfera; de que el anhelo que nuestros huéspedes siguieron mostrando por correr y esparcir la noticia era ahora fingido y no sincero. El rey no advirtió el cambio, y yo me alegré. Llevé la conversación hacia otros detalles de los sucesos de la noche anterior, y advertí que el carbonero y su mujer sintieron alivio al ver que la conversación tomaba ese giro.

Lo más doloroso de todo aquel asunto era la alegría con que estas gentes oprimidas habían vuelto sus manos contra su propia clase y en defensa del opresor común. Este hombre y esta mujer parecían convencidos de que en una pelea entre una persona de su propia clase y su señor era natural, digno y justo, que toda la casta de aquel pobre diablo se pusiese del lado del amo y combatiese a favor de éste, sin detenerse nunca a pensar en quién tenía razón y quién no la tenía. El carbonero había estado ayudando a ahorcar a sus convecinos, y había trabajado con celo en esa tarea; sin embargo, él sabía bien que no había en contra de ellos sino una simple sospecha, que no se basaba en prueba alguna tangible; con todo ello, ni él ni su mujer encontraban nada horrible en aquella manera de proceder.

Para un hombre como yo, que llevaba en la cabeza los ensueños de una república, aquello resultaba deprimente. Me hizo recordar los tiempos de mil trescientos años más tarde, cuando los blancos pobres de nuestros estados del Sur, a pesar de verse siempre despreciados y con frecuencia ultrajados por los grandes señores propietarios del estado, los blancos pobres que debían su baja condición simplemente a la presencia de la esclavitud

entre ellos, se mostraban dispuestos de una manera pusilánime a alinearse con los propietarios de esclavos en todas las iniciativas políticas encaminadas a defender y perpetuar la esclavitud; también ellos acabaron echándose los mosquetes al hombro y sacrificando sus vidas en un esfuerzo por impedir la destrucción de la institución misma que los degradaba. Sólo hubo un detalle redentor en este lamentable episodio histórico, y fue el que los blancos pobres detestaban al propietario de esclavos, y sentían la vergüenza de su propia conducta. Ese sentimiento no salió a la superficie, pero lo cierto es que existía y pudo haber salido de haberse presentado circunstancias favorables; constituyó en sí mismo una realidad, y esto ya era algo, porque demostraba que todo hombre lleva en el fondo de sí mismo al hombre, aunque no llegue a mostrarlo exteriormente.

Pues bien: según pude ver, aquel carbonero era el hermano gemelo de los blancos pobres del remoto futuro. El rey dio, por fin, señales de impaciencia, y dijo:

¾Si seguís chachareando aquí durante todo el día, no podrá hacerse justicia. ¿Pensáis que los criminales esperarán en la casa de su padre? Ellos huyen por ahora, y no esperan. Deberíais cuidar de que saliese a caballo, para seguirles la huella, una partida de hombres. La mujer palideció un poco, aunque perceptiblemente, y el hombre dio pruebas de desasosiego e irresolución. Yo le dije:

¾Venid, amigo, que yo os acompañaré un trecho de camino para explicaros la dirección que en mi creencia habrán tomado. Si se tratase de hombres que no han hecho otra cosa que resistirse a pagar la gabela o algún otro absurdo por el estilo, yo procuraría evitar su captura; pero tratándose de hombres que han asesinado a una persona de alta categoría y que han prendido fuego a su casa, ya no es lo mismo.

Esta última observación la hice teniendo en cuenta al rey, para tranquilizarlo. Por el camino, el hombre aquel pareció reunir todos sus ánimos y comenzó a caminar con paso firme, aunque sin entusiasmo. Al rato le dije:

¾¿Qué parentesco tenéis con esos hombres, son primos vuestros?

El carbonero se puso todo lo blanco que le permitió la capa de polvillo de carbón que llevaba encima, y se detuvo temblando.

¾Válgame Dios, ¿cómo lo sabéis?

¾No lo sabía, lo dije al azar.

¾Pobres muchachos; están perdidos. ¡Y qué buenos mozos eran!

¾¿De verdad, que vais a dar parte de ellos?

El hombre no supo cómo tomarlo, y contestó vacilante:

¾Sí.

¾¡Pues entonces creo que sois un condenado canalla!

Eso le alegró tanto como si yo lo hubiese calificado de ángel.

¾¡Repetid esas buenas palabras, hermano! Porque con seguridad que con ellas queréis decir que no me traicionaréis si yo dejo de cumplir con mi deber.

¾¿Con vuestro deber? En el caso actual no tenéis ningún deber que cumplir, como no sea el de estaros callado y dejar que esos hombres escapen. Lo que han hecho es de completa justicia.

Aquel hombre pareció complacido; complacido y al mismo tiempo desasosegado. Miró arriba y abajo por el camino para ver si llegaba alguien y luego dijo, con voz cautelosa:

¾¿De qué país llegáis, hermano, que habláis de manera tan peligrosa y parecéis no estar acobardado?

¾Mis palabras no son peligrosas cuando van dirigidas a una persona de mi propia casta, creo yo. ¿Verdad que no seríais capaz de ir a nadie con el cuento de que yo las he dicho?

¾¿Yo? Antes me dejaría descuartizar por caballos salvajes.

¾Pues bien: dejadme que os lo diga todo. Yo no temo que las repitáis. Creo que la noche pasada se ha cometido con pobres gentes inocentes una injusticia diabólica. Ese viejo barón no recibió lo que merecía. Si yo pudiera salirme con la mía, todos los de su calaña sufrirían la misma suerte.

Desapareció de las maneras de aquel hombre toda expresión de temor y de abatimiento, sucediéndole la más viva gratitud y valeroso entusiasmo.

¾Aunque fuerais un espía y vuestras palabras fuesen una trampa para destruirme, hay en ellas tal consuelo, que yo sería capaz, por volverlas a escuchar y por escuchar otras por este estilo, de ir contento a la horca, como quien ha celebrado por último un buen festín en medio de una vida de hambre. Y os diré mi verdad, aunque me denunciéis así os parece. Si yo ayudé a ahorcar a mis convecinos fue porque había peligro para mi propia vida en mostrar falta de celo a favor del amo, y si los demás ayudaron fue solo por esa razón. Todos ellos se regocijan hoy de que el señor esté muerto; pero todos ellos van y vienen haciéndose los pesarosos y derramando lágrimas hipócritas, porque en ello radica su salvación. Y ahí tenéis mi verdad, ¡ahí tenéis mi verdad! La única que me ha dejado buen saber de boca, y ese buen sabor de boca me falta como premio. Y ahora, seguid adelante, si así lo queréis, conducidme incluso hasta el cadalso, porque estoy dispuesto a seguiros.

Era lo que yo he dicho antes. En el fondo de sí mismo todo hombre es un hombre. Siglos enteros de atropellos y opresión son incapaces de aplastar del todo la hombría de un hombre, dejándole sin ella. Quién piense lo contrario, está equivocado. Si, hasta en los pueblos más degradados que jamás existieron ¾hasta en los rusos¾, existe abundante material aprovechable para una república; hasta en los alemanes existe abundante hombría, a condición de que sea extraerla de su tímido y receloso ocultamiento, para derribar y pisotear en el fango cualquiera de los tronos que han sido levantados junto con cualquiera de las aristocracias en que se apoyaron. Aún habríamos de ver determinadas cosas; esperémoslo y tengamos fe. En primer lugar, yo esperaba una monarquía modificada, hasta que Arturo llegase al fin de sus días; vendría después la destrucción del trono, la abolición de la nobleza, el que todos los miembros de ésta se viesen obligados a dedicarse a una actividad útil; la institución del sufragio universal y el poner todo el gobierno en las manos de los hombres y de las mujeres de la nación, para no quitárselo nunca. Sí; aún no había razones para que yo renunciase a mis ensueños.

CAPITULO XXXI

MARCO

Seguimos caminando de allí en delante de una manera suficientemente indolente, y conversamos. Teníamos que hacer más o menos el tiempo que nos habría llevado el ir hasta la pequeña aldea de Abblasoure y para poner la justicia en la pista de aquellos asesinos, regresando luego a la cabaña. Mientras tanto, yo seguía teniendo, sin que empalidciese un momento, cierto interés accesorio que no perdió la novedad para mí desde que llegué al reino de Arturo; ese tema de interés era la conducta¾producto de delicadas y bien marcadas subdivisiones de casta¾que observaban una gentes con otras al cruzarse en el camino. El carbonero se mostró profundamente respetuoso con el monje afeitado que caminaba penosamente con su congulla echada hacia atrás, mientras el sudor le corría abundante por su grasienta papada; con los caballeros llegaba hasta la abyección; con los pequeños

granjeros y artesanos libres, mostrábase cordial y conversador; pero cuando cruzaba por su lado un esclavo, inclinando respetuosamente la cara, este compañero mío alzaba la nariz en el aire, hasta el punto de no verlo siquiera. La verdad es que hay momentos en que a uno le agradaría ahorcar a toda la raza humana y acabar con la farsa.

Al rato fuimos testigos de un incidente. Una pequeña muchedumbre de muchachos y muchachas medio desnudos salió corriendo de los bosques, asustada y dando chillidos. El mayor de todos no tendía arriba de doce o catorce años. Pedían ayuda, pero se hallaban tan fuera de sí, que eran incapaces de explicar lo que ocurría. Sin embargo, nos precipitamos en el bosque, llevándolos a ellos delante, y pronto se nos reveló el apuro que pasaban. Habían hecho el simulacro de ahorcar a un muchachito con una cuerda de corteza, y el ahorcado pataleaba y forcejeaba, sintiendo los ahogos de la muerte. Lo salvamos y lo dejamos en el suelo. También esto era muy propio de la naturaleza humana; el que los pequeños, llenos de admiración por sus mayores, les imitasen; aquéllos habían estado jugando al populacho sublevado, y habían conseguido un éxito que estuvo a punto de ser mucho más serio que lo que ellos habían calculado.

No fue aquélla una excursión sin interés para mí. Me las arreglé para estar ausente con exactitud el tiempo necesario. Trabé relación con varias personas, y pude, dada mi condición de forastero, hacer todas las preguntas que quise. Una cosa que me interesó, como es natural, dada mi condición de estadista, fue el asunto de los jornales. Durante la tarde recogí cuantos datos pude a ese respecto. La persona de poca experiencia y que no medita las cosas puede quizá medir la prosperidad o falta de prosperidad de una nación simplemente por el volumen de los salarios corrientes; si los salarios son altos, la nación está próspera; si los salarios son bajos, no lo está. Eso es un error. Lo que importa no es lo que cobráis como salario, sino lo que con ese salario podéis comprar; eso es lo que revela si vuestro salario es en realidad elevado o si es sólo nominalmente elevado. Yo me acordaba de lo que ocurrió en los tiempos de nuestra gran guerra civil, en el siglo XIX. En el Norte un carpintero recibía tres dólares diarios, valor oro; en el Sur recibía cincuenta, pagadores en billetes de papel depreciados, un bushel de los cuales equivalía a un dólar. En el Norte, un traje de mecánico costaba tres dólares, es decir, el salario de un día; en el Sur costaba setenta y cinco, es decir, el salario de dos días. Y todo lo demás guardaba la misma proporción. Por tanto, los salarios era en el Norte el doble más elevados que en el Sur, porque con el de un día el obrero del Norte podía comprar muchas más cosas que el del Sur.

Sí, hice varios conocimientos en la aldea, y una de las cosas que más satisfacción me produjo fue el ver que ya circulaban en ella nuestras monedas nuevas; muchísimos milreys, muchísimos milésimos, muchísimos céntimos, una buena cantidad de níqueles y algunas monedas de plata: todo esto circulaba entre los artesanos y la comunidad en general; sí, e incluso algo de oro, pero éste se encontraba en el Banco, es decir, en casa del orífice. Entré en ésta mientras Marco, hijo de Marco, regateaba con un tendero el precio de un cuarto de libra de sal, y le pedí el cambio de una moneda de veinte dólares. Me lo dieron, claro está que después de haber mordido la moneda, de haberla probado con el ácido y de preguntarme quién me la había dado y quién era yo, de dónde venía, adónde iba, cuándo calculaba estar allí y sus buenas doscientas preguntas más; yo le dije que tenía un perro, que este perro se llamaba Watch, que mi primera mujer pertenecía a la congregación de los Libres Bautistas, que su abuelo era prohibicionista, que yo conocía a un hombre que tenía en cada mano dos dedos pulgares y una verruga en la parte inferior de su labio superior, y que murió con la esperanza de una gloriosa resurrección, etcétera, etcétera, hasta

que incluso el preguntón más ansioso de la aldea empezó a mostrarse satisfecho y hasta un poquitín desconcertado; pero no tenía más remedio que respetar a un hombre de mi fortaleza financiera, y ya no me habló con descaro, pero me fijé que hablaba en cambio con altanería a sus subordinados, cosa que era perfectamente natural. Sí, me cambiaron mis veinte dólares, pero me apreció que el Banco lo hizo merced a un gran esfuerzo; era de esperar, porque lo hecho por mí, resultaba igual que si en el siglo XIX me hubiese metido en una pequeña tienda de pueblo y le hubiese pedido al dueño de pronto que me cambiase un billete de dos mil dólares. Quizá pudiese hacerlo; pero no dejaría al mismo tiempo de preguntarse cómo era que un pequeño granjero llevaba tanto dinero en su bolsillo; quizá fue eso lo que el orífice pensó también, porque me acompañó hasta la puerta y se quedó en ella contemplándome con admiración respetuosa mientras yo me alejaba.

No solamente circulaba que era un gusto nuestra nueva moneda, sino que también corría animadamente su propio lenguaje; quiero decir, que la gente había abandonado los nombres de las monedas antiguas y hablaba de las cosas diciendo que valían tantos o cuantos dólares, céntimos, milésimos o milreys. Aquello era muy satisfactorio. Progresábamos, sin duda alguna.

Trabé relación con varios maestros artesanos, aunque quizá el más interesante de todos ellos fue el herrero Dowley. Era éste un hombre activo y un conversador lleno de vivacidad; tenía dos obreros y tres aprendices y realizaban un negocio loco. A decir verdad, se estaba haciendo rico a ojos vistas, y lo respetaban muchísimo. Marco estaba muy orgulloso de tener por amigo a un hombre como aquél. Me llevó allí para mostrarme ostentosamente el gran establecimiento que le compraba tanto carbón, pero, en realidad, para que yo viese en que relaciones de franqueza y casi familiaridad estaba con aquel grande hombre. Dowley y yo fraternizamos en el acto; yo había tenido a mis órdenes en la fábrica de Colt, hombres espléndidos y selectos como él. Como yo quería hablar más con Dowley, le invité a venir el domingo a casa de Marco, para comer con nosotros. Marco se quedó atónito y contuvo el aliento; pero cuando aquel personaje aceptó, sintió tal gratitud que casi se le olvidó el asombro ante tamaña coincidencia.

La alegría de Marco fue exuberante, pero sólo por un momento; luego se puso pensativo, y después, triste: y cuando me oyó decir a Dowley que también invitaría a Dickson, el maestro albañil, y a Samug, el maestro carpintero de carros, el polvo de carbón de su cara se volvió polvo de cal, y olvidó sus entusiasmos. Pero yo sabía lo que le pasaba: pensaba en el gasto. Veía delante de él la ruina; juzgaba que sus días financieros estaban contados. Sin embargo, mientras nos dirigíamos a invitar a los demás, le dije:

³/₄Pero no todo, no todo el gasto que se haga. No es posible que vos solo soportéis bien una carga semejante.

Le corté la palabra, y le dije:

³/₄Viejo amigo, vamos a entendernos el uno al otro con claridad. Es cierto que yo no soy sino arrendatario de una granja; sin embargo, no soy pobre. He tenido mucha suerte este año, os asombrarías si supieseis lo que yo he prosperado. Os digo la pura verdad asegurándoos que yo podría permitirme el derroche de una docena de banquetes como éste sin que el gasto me preocupase.

Hice castañetear mis dedos. Estaba viéndome a mí mismo como crecía a cada minuto un pie en el aprecio de Marco; cuando pronuncié las últimas palabras me había convertido en una torre por mi altura y mi estilo.

³/₄De modo, pues, que debéis consentir en que haga las cosas a mi manera. Vos no podéis contribuir con un céntimo a esta francachela; eso es cosa ya convenida.

³/₄ ¡Qué magnífico y que bueno que sois...!

³/₄ Nada de eso. Nos habéis abierto vuestra casa a Jones y a mí de la manera más generosa; Jones me lo estaba diciendo hoy, un momento antes que regresaseis de la alda; aunque no es probable que él os diga a vos eso mismo (porque Jones es corto de palabra y receloso en sociedad), tiene un buen corazón y es hombre agradecido, sabiendo apreciar lo que con él se hace allí donde lo tratan bien; si, vos y vuestra esposa os habéis mostrado muy hospitalarios con nosotros.

³/₄ Hermano, eso no es nada. ¡vaya una hospitalidad!

³/₄ Sí que es algo; lo que un hombre tiene, cuando lo da libremente, es siempre algo, y tiene tanto mérito como lo que pueda dar un príncipe, estando el acto de aquél a la misma altura que el de éste, porque ni siquiera un príncipe puede dar sino lo mejor que tiene. De modo, pues, que vámonos de compras y compremos todo lo necesario para nuestro proyecto, y no os preocupéis del gasto. Yo soy uno de los hombres más manirroto que han nacido. Veréis: hay veces que en una sola semana yo gasto...; pero dejémoslo, porque no llegarías a creerlo.

De modo, pues, que fuimos rápidamente de aquí para allí, entrando en una casa y luego en otra, preguntando el precio de las cosas y charlando con los vendedores acerca de lo ocurrido; en ocasiones tropezamos con patéticos recordatorios del motín, en las personas, esquivadas por todos, llorosas y sin cobijo, supervivientes de las familias a las que les habían sido arrebatados sus hogares y cuyos padres habían sido acuchillados o ahorcados. Las ropas que usaban Marco y su esposa era de burdo cáñamo aquél, y de burda lana y cáñamo las de ésta, pareciéndose a los mapas de una ciudad en que estaban hechos casi por completo de retazos que habían ido agregándoles, barrio por barrio, en el transcurso de cinco o seis años, hasta el punto de que ya no quedaban en ellos la anchura de un mano de los vestidos originales. Pues bien: yo quería suministrar a esta gente ropas nuevas, teniendo en cuenta los comensales ricos que acudirían; pero no sabía de qué manera tocar el tema con delicadeza, hasta que por último se me ocurrió que, puesto que yo me había mostrado generoso en poner en boca del rey palabras de gratitud, lo que correspondía era respaldarlas con una prueba tangible; por eso le dije:

³/₄ Marco, otra cosa más tenéis que permitirme (se trata de un acto de bondad de Jones) y no hay razón para que vos lo desairéis, Jones se ha mostrado muy deseoso de daros un testimonio de aprecio, pero es hombre tan receloso, que no sería capaz de aventurarse él mismo, y por eso me pidió que os comprase algunas pequeñeces y os las entregase a vos y a la señora Filis, págandolas yo, pero sin deciros que es él quien os las regala (ya sabéis cuán difíciles se le hacen estas cosas a una persona delicada). Yo le dije que sí y que nosotros guardaríamos silencio a ese respecto. Pues bien: en lo que él pensó fue en regalaros un juego de vestidos completo para vos y para ella.

³/₄ ¡Pero eso es un derroche! No puede ser, hermano, no puede ser. Pensad en lo enorme de la suma...

³/₄ ¡Al diablo lo enorme de la suma! Procurad permanecer tranquilo un instante y ver la cosa tal cual es; habláis tanto, que no hay modo de meter la cuña de una palabra. Debéis corregiros de eso, Marco; no son buenas maneras, y si no os contenéis, ya nunca podréis corregiros. Sí, entraremos aquí ahora mismo y le preguntaremos a este hombre el precio de sus géneros, pero tened en cuenta que no debéis recordar a Jones que yo os he puesto al corriente de que el regalo viene de él. No podéis imaginaros qué hombre más extrañamente sensible y orgulloso es Jones. Es granjero (un granjero en muy buena posición) y yo soy su arrendatario; pero..., ¡hay que ver la imaginación de ese hombre! A veces, cuando se olvida

de sí mismo y le da por levantar el gallo, lo tomaríais por uno de los grandes de la tierra; podríais estar escuchándole cien años y jamás lo tomaríais por un granjero, especialmente si se pusiese a hablar de agricultura. El se tiene por un granjero como no hay otro; se tiene por el viejo Grayback, de Waydat, pero de mí para vos, y en secreto, sabe tanto de llevar una granja como de gobernar un reino, sin embargo, hable de lo que hable, no hay más remedio que dejar caer la mandíbula inferior y escuchar, como si en vuestra vida entera no hubieseis oído nunca cosas de tan increíble sabiduría y como si temierais morir antes de saciaros de esa sabiduría. Esa actitud es la que agrada a Jones.

A Marco le cosquilléo hasta el tuétano al oír hablar de un tipo tan extraño; pero mis palabras sirvieron también para prepararlo a incidentes que pudieran surgir; mi experiencia me ha demostrado que cuando una viaja con un rey que pretende pasar por otra cosa, y que la mitad de las veces se olvida de eso que pretende ser, todas las precauciones que se tomen son pocas.

Era aquélla la tienda mejor en que habíamos entrado hasta entonces; había en ella de todo, aunque en pequeñas cantidades, desde bigornias y ferretería, hasta pescado y bisutería. Por eso decidí hacer allí todas las compras sin seguir pidiendo precios de un lado para otro. Me desembaracé, pues, de Marco, enviándolo a invitar un albañil y al carpintero de carros, y con ello me quedó el campo libre. Yo no me resigno a realizar las cosas de una manera tranquila; necesito echarles teatro, y de lo contrario, no me interesan. Enseñé una buena cantidad de dinero al desgaire, para apoderarme del respeto del tendero, y luego hice una lista de todas las cosas que necesitaba, y se la entregué para ver si era capaz de leerla. Era capaz, y se mostró orgullosos de hacérmelo ver. Dijo que había sido educado por un clérigo, y que sabía leer y escribir. Repasó la lista, y comentó con satisfacción que ascendía a una suma bastante importante. En efecto: lo era par un pequeño negocio como aquél. No sólo estaba yo haciendo acopio para una buena comida, sino que compré asimismo algunas menudencias de extra. Di orden de que se cargase todo en un carro y se entregase en la casa de Marco, hijo de Marco, el sábado por la tarde, y que me enviase la factura el domingo a la hora de cenar. Me contestó que podía contar con la rapidez y exactitud en el servicio, porque ésas eran las normas de la casa. Me hizo notar también que le agregaría un para de pistolas miller, gratis para los hombres de la familia Marco; me aseguró que todo el mundo las empleaba en la actualidad. El tenía formada una gran idea de ese artefacto tan ingenioso. Yo le dije:

¾Por favor, cargadlas hasta la marca del medio; y ponedlo en la factura.

Me dijo que lo haría con gusto. Las cargó, y yo me las llevé. No podía arriesgarme a decirle que esas pistolas eran un pequeño invento mío, y que yo había dado oficialmente orden de que las tuvieran en venta todos los tenderos del reino, vendiéndolas al precio señalado por la autoridad, que era una insignificancia, quedando a beneficio del tendero, no del gobierno. Las servíamos gratis.

Cuando regresamos al anoecer, apenas si el rey me había echado de menos. A poco de marchar nosotros, había vuelto a sumirse en su ensueño de una gran invasión de las Galias al frente de todas las fuerzas de su reino, y se le había pasado la tarde sin que ni por un momento volviese de su ensimismamiento.

CAPITULO XXXII

LA HUMILLACION DE DOWLEY

Pues bien: cuando el sábado por la tarde, casi a la puesta del sol, llegó aquel cargamento, tuve que verme y desearme para los Marcos no se desmayasen. Tenían la seguridad de que Jones y yo nos habíamos arruinado sin remedio posible, y se censuraban como a colaboradores de semejante bancarrota. Es preciso tener en cuenta que, además de los comestibles para la comida, que ya de por sí ascendían a una suma bastante redonda, yo había comprado un surtido de extras, mirando por la comodidad futura de la familia: por ejemplo, una fuerte cantidad de trigo, bocado exquisito, que resultaba tan raro en las mesas de las gentes de su clase como lo habría sido un helado de crema en la mesa de un ermitaño; también había comprado una mesa de tabla para el comedor, de bastante buen tamaño; y dos libras completas de sal, que a los ojos de aquella gente resultaba otro gasto extravagante; y vajilla, taburetes, ropas, una pequeña barrica de cerveza y otras cosas por el estilo. Di orden a los Marcos de que permaneciesen tranquilos ante aquella suntuosidad, para que yo tuviese ocasión de sorprender a los invitados y exhibirme un poco. Respecto a las ropas nuevas, aquel sencillo matrimonio parecían como niños; durante toda la noche estuvieron levantándose y acostándose para ver si no empezaba ya a amanecer, a fin de ponérselas; una hora antes de la debida estaban ya con los vestidos puestos. El placer que dieron muestras entonces³estaba por decir el delirio⁴ resultó una cosa tan viva, nueva y reconfortante, que sólo con aquél espectáculo estaba yo recompensado de las interrupciones que había sufrido en mi sueño. El rey había dormido como de costumbre, igual que un tronco. Los Marcos no podían darle las gracias por sus vestidos, porque les estaba prohibido; pero recurrieron a todos los medios imaginables para darle a entender lo agradecidos que estaban. Pero fue todo trabajo inútil, porque el rey no advirtió cambio alguno.

Resultó aquél uno de esos días magníficos y poco frecuentes del otoño, que vienen a ser como un día de junio suavizado, hasta el punto de que el estar al aire libre es como estar en la gloria. Los huéspedes llegaron hacia el mediodía; nos reunimos debajo de un gran árbol, y no tardaron todos en encontrarse tan a su gusto como si fuéramos viejos amigos. Hasta la reserva del rey se derritió algo, aunque al principio le costó un poco adaptarse al nombre de Jones. Yo le había pedido que no se olvidase de que era un granjero; pero creí también prudente pedirle que no pasase de ahí y que no lo complicase con nada. Porque Arturo era una de esas personas de las que podéis estar seguro de que echarán a perder un asuntillo como el que nos traíamos, sino no se lo advertís; porque era de lengua expedita, de ánimo resuelto y de preparación bastante insegura.

Dowley estaba de mejor temple; conseguí que arrancase desde el primer momento, y luego lo llevé con habilidad a que nos contase su propia historia, tomándose a sí mismo por el héroe; en cuanto empezó fue un placer el estar sentado oyendo su runrún incansable. Era de los hombres hechos con el esfuerzo propio, no se olviden. Esos hombres saben hablar. Es cierto que merecen que les otorgue un crédito mayor que a ninguna otra raza de hombres, sí señor; y son ellos casi los primeros en descubrirlo, eso también es cierto. Nos contó que empezó su vida siendo un muchachito huérfano, sin dinero y sin amigos que pudieran ayudarle; nos contó que había vivido igual que los esclavos del amo más ruin; que trabajaba entre dieciséis y dieciocho horas, y que esa jornada de trabajo no le proporcionaba suficiente pan negro para mantenerse medio alimentado; que, por último, sus leales esfuerzos llamaron la atención de un buen herrero, que casi lo mató de susto a fuerza de bondad, ofreciéndole de pronto, sin preparación alguna, el aceptarlo de aprendiz con contrato por nueve años, dándole la comida y las ropas y enseñándoles el oficio o el misterio, según Dowley lo llamaba. Aquélla fue su primera gran ascensión, su primero y

magnífico golpe de suerte; advertíase al oírle que no podía hablar del asunto sin que una especie de elocuente asombro y satisfacción de que un ascenso tan brillante le hubiese caído en suerte a un ser humano corriente. Durante su aprendizaje, no le dieron ropas flamantes de mezclilla, haciéndole sentirse indeciblemente rico y elegante.

¾¿Qué bien me acuerdo de ese día!¾ exclamó en voz alta el carpintero de carros, entusiasmado.

¾Y yo también!¾ exclamó el albañil!¾ . Yo no podía creer que fuesen tuyos; de verdad que no podía creerlo.

¾ ¡Ni lo creyeron otros!¾ gritó Dowley, con ojos centellantes!¾ Estuve expuesto a perder mi buena reputación, porque los convecinos se decían si yo no los habría robado. Fue aquél un gran día, un gran día; uno de esos días que no se olvidan.

Sí, y su maestro era hombre generoso y prosperaba; dos veces al año le obsequiaba con un gran festín de carne, y en ese festín le servía pan blanco, verdadero pan de trigo; en una palabra: que llevaba, como si dijéramos, la vida de un señor. Andando el tiempo, Dawley sucedió a su maestro en el negocio y se casó con la hija.

¾Fíjense ahora usted adónde he llegado¾ dijo Dowley con gravedad¾. En mi mesa se sirve carne fresca dos veces al mes¾ hizo una pausa, para dar tiempo a que midiésemos todo el alcance de aquel hecho, y agregó¾ : Y ocho veces se sirve carne salada.

¾Y que es verdad¾ dijo el carpintero de carros en tono de respeto.

¾Lo sé por mí mismo¾ dijo el albañil, con la misma expresión reverente.

¾ En mi mesa se pone pan blanco todos los domingos del año¾ agregó el maestro herrero con solemnidad¾. Amigos míos, yo lo dejo a vuestras conciencias, ¿no es esto también cierto?

¾ Lo aseguro por mi cabeza¾ exclamó el albañil.

¾ Puedo testificarlo, y lo testifico¾ dijo el carpintero de carros.

¾ En cuanto a mobiliario, decid vosotros mismos cuál es el mío¾ hizo ondear la mano con el gesto elegante de quien otorga libertad absoluta y franquicia para hablar, y agregó¾: Hablad como bien os parezca; hablad como hablaríais si yo no estuviera presente.

¾ Tenéis cinco taburetes, de los mejores que se fabrican, aunque sólo sois tres de familia¾ dijo el carpintero con profundo respeto.

¾ Y seis cubiletes de madera, seis platos de madera y dos de peltre, para comer y beber en ellos¾ dijo el albañil, en tono impresionante¾ . Y lo afirmo sabiendo que Dios me ha de juzgar, que no nos hemos de quedar para siempre en la tierra , sino que tenemos que responder en el último día de las coas que dijimos estando vivos, sean falsas o sean verdaderas.

¾ Hermano Jones ¾ dijo el herrero en tono de condescendencia noble y amistosa¾ , ya sabéis qué clase de hombre soy, y seguramente que calculáis que he de ser persona celosa de que le guarden el debido respeto y poco amiga de confiarse a los forasteros hasta comprobar su categoría y su calidad; pero no os preocupéis por eso; sabed que soy hombre que no mira en esas materias y que se halla dispuesto a recibir a cuantos son compañeros e iguales suyos, siempre que sean hombres de recto corazón, por muy modesta que sea su situación en el mundo. Y en prueba de ello, aquí tenéis mi mano, y lo digo con mi propia boca que somos iguales, iguales¾ al decir esto , se volvió a mirar sonriente a toda la concurrencia con la satisfacción de un dios que lleva a cabo una acción magnífica y generosa, y que además lo sabe.

El rey tomó la mano con expresión de repugnancia mal disimulada, y la soltó con el mismo placer que un señora deja escapar un pez; todo ello produjo un buen efecto, porque

se tomó equivocadamente por fruto de un embarazo natural en un persona hacia la que se volvía, radiante, la grandeza.

La señora sacó entonces la mesa y la colocó debajo del árbol. Produjo un visible revuelo de sorpresa, porque era de madera, suntuosa y flamante. Pero la sorpresa subió de punto cuando la señora, rezumando despreocupada indiferencia por todos los poros de su cuerpo, pero exhibiendo por los ojos centelleos de franca vanidad, desdobló y extendió sobre la mesa un auténtico mantel. Aquello estaba una muesca por encima, incluso de las grandezas domésticas del herrero, y le llegó a lo vivo; saltaba a la vista. Pero Marco estaba en el paraíso; también eso saltaba a la vista. La señora de la casa trajo luego dos elegantes taburetes nuevos, ¡flúú! Eso sí que fue una sensación; se advertía en los ojos de todos los invitados. A continuación, y con toda la calma que le fue posible, trajo otros dos más. Nueva sensación, con murmullos de respeto. Y otros dos más, pareciendo que la dueña de casa no pisaba el suelo, de tan orgullosa como estaba. Los invitados se quedaron de una sola pieza y el albañil masculló:

¾ La verdad es que las pompas de este mundo le inspiran siempre a uno reverencia.

Cuando la dueña de la casa dio media vuelta y se alejó, Marco no pudo menos de palmear para llevar la sensación al colmo, mientras la cosa estaba caliente; y dijo con una expresión que quería ser de lánguida compostura, pero que resultaba una pobre imitación:

¾ Con eso basta, deja lo demás.

¡De modo que había aún más! El efecto fue magnífico. Yo mismo no habría podido jugar mejor mi mano.

De allí en adelante, la señora fue amontonando las sorpresas, con una precipitación que elevó el asombro general a ciento cincuenta grados a la sombra, y al mismo tiempo paralizó la expresión de ese asombro dejándolo reducido a jadeantes «¡Oh!» y «¡Ah!», intercalados con un alzar mucho de manos y de ojos. Trajo la vajilla, nueva y abundante; cubiletes nuevos de madera y otros artículos del servicio de mesa; y cerveza, pescado, pollos, un ganso, huevos, rosbif, cordero asado, jamón, un cerdito asado y pan blanco y auténtico de trigo, en gran abundancia. Míresele por donde se le mire, aquella exhibición dejó muy atrás todo cuanto los invitados habían visto hasta entonces. Mientras ellos seguían sentados, mudos de asombro y de respeto, yo hice ondear al desgaire mi mano, y el hijo del tendero salió del espacio y dijo que había venido a cobrar.

— Perfectamente—dije yo con indiferencia— ¿A cuánto sube? Veamos la cuenta por artículos.

El muchacho leyó la factura, mientras aquellos tres hombres escuchaban asombrados y recorrían mi alma olas serenas de satisfacción y se precipitaban sobre de Marco olas alternas de terror y de admiración. Cuando terminó la lectura, reinó un silencio pálido y temeroso. Nadie movía ni un miembro de su cuerpo. Ni siquiera una ventana de la nariz delataba el paso del aliento.

—¿Nada más?— pregunté con voz completamente tranquila.

—Nada más, noble señor, salvo que algunos de los artículos de poca monta se hallan agrupados bajo un solo encabezamiento. Si lo deseáis, yo los sepa...

—No tiene importancia— dije, acompañando las palabras con un gesto de la más completa indiferencia —; decidme, por favor, a cuánto asciende el total.

El mozo se apoyó en el árbol para afirmarse, y dijo:

—¡Treinta y nueve mil ciento cincuenta milreys!

El carpintero se cayó de su taburete, los demás se agarraron a la mesa para no hacer otro tanto, y hubo una exclamación general y profunda de:

—¡Que Dios nos acompañe en el día del desastre!

El empleado se apresuró a decir:

—Mi padre me encargó que os dijese que no puede honradamente exigirnos que lo paguéis todo en este mismo momento, y por tanto, os ruega únicamente.

Le hice tanto caso como si soplara la perezosa brisa; saqué mi dinero con aire de indiferencia, que llegaba casi al fastidio, y tiré cuatro dólares encima de la mesa. ¡Hubierais visto los ojos con que lo miraron!

El empleado se hallaba atónito y satisfechísimo. Me suplicó que guardase uno de los dólares como garantía, dándole tiempo a él a ir al pueblo y ...yo lo interrumpí:

—¿Cómo, vais en busca de nueve centimos? ¡Que tontería! Guardadlo todo. Las vueltas para vos.

Se oyó un murmullo de asombro, que equivalía a decir:

—¡De verdad que este hombre parece que está hecho con dinero! Lo arrojé lo mismo que si tirase una porquería.

El herrero estaba hecho trizas.

El empleado tomó su dinero, dio media vuelta, y se alejó como borracho con su buena suerte. Yo les dije a Marco y su mujer:

—Buena gente, aquí hay un regalito para ustedes—y les entregué las pistolas miller como si fueran cosa sin importancia, aunque cada una de ellas estaba cargada con quince céntimos en monedas contantes y sonantes, y mientras aquellas pobres personas se deshacían de asombro y agradecimiento, me volví hacia los demás y dije con la tranquilidad de quien pregunta qué hora es:

—Bueno, pues si estamos todos listos, yo creo que la comida lo está igualmente. De modo pues, que... a comer.

Aquello fue despampanante; sí aquello fue una maravilla. Creo que jamás he preparado un golpe en el que todos los detalles estuviesen tan a punto, y que jamás he obtenido efectos de feliz espectacularidad, tan bellos aprovechando los materiales que tenía a mano. El herrero, bueno, el hombre, se quedó simplemente hecho papilla. ¡Por vida de...! Yo no habría querido sentir por nada del mundo lo que aquel hombre sentía. Después de pavonearse y jactarse de que se daba un gran banquete de carne dos veces año, de que comía carne fresca dos veces al mes, de que comía carne salada dos veces a la semana, y de que le ponían pan blanco a la mesa todos los domingos, y eso para una familia de tres, resultando que el coste anual de todo no excedía de sesenta y nueve céntimos, dos milésimas y seis milreys, surgía de pronto un hombre que se gastaba casi cuatro dólares de un solo soplo; y no sólo eso, sino que se conducía como si le fatigase manejar sumas tan pequeñas. Sí, Dowley quedó ajado, encogido y desplomado; tenía el aspecto de una vejiga de nadar, pisoteada por una vaca.

CAPITULO XXXIII

ECONOMIA POLÍTICA DEL SIGLO VI

Sin embargo, yo lo trabajé bien, y antes que hubiese transcurrido el primer tercio de la comida, lo tenía de nuevo satisfecho. La cosa era fácil, en un país de linajes y castas. Comprendedlo, en un país dividido en linajes y castas, el hombre no es nunca hombre del todo; es sólo una parte de hombre, no llega nunca a su pleno crecimiento. Le demostráis vuestras superioridades en posición social, linaje o fortuna, y se acabó, el hombre se tira boca abajo. Después de eso, ya no podéis insultarlo, lo que quiero decir es que resulta

difícil; por eso no se saca de ello ninguna utilidad, a menos que dispongáis de tiempo en cantidad. Yo me había ganado ya la reverencia del herrero, porque me había visto que era por las señas inmensamente próspero y rico; de haber tenido yo alguna chuchería de titulillo de nobleza me habría podido hacer adorar por él. Y no sólo por él, sino por cualquier plebeyo del país, aunque se tratase del más elevado producto de todas las edades en cuanto a inteligencia, valía y carácter, y aunque yo me hallase en bancarrota en esas tres cosas. La situación tenía que seguir de ese modo mientras Inglaterra exista sobre la faz del globo terráqueo. Dotado como estaba del espíritu de profecía, érame posible otear en el futuro y ver cómo Inglaterra levantaba estatuas a sus indecibles Jorges y a otras reales y magníficas perchas de ropa, dejando en cambio sin honores a los que, después de Dios, son los creadores del mundo: Gutenberg, Watt, Arkwright, Whitney, Morse, Stephenson, Bell.

El rey trasladó a bordo su carga, y después, como la conversación no giraba sobre batallas, conquistas, combates de caballeros cubiertos de hierro, se fue amodorrando, y terminó retirándose para echarse una siesta. La señora Marco limpió la mesa, colocó a mano el barril de cerveza, y se retiró a comer en humilde secreto los restos de la comida; los demás nos desviamos pronto hacia temas que eran gratos y tocaban de cerca de personas de nuestra clase, a saber: los negocios y los salarios. A primera vista, se hubiera dicho que reinaba la mayor prosperidad en aquel pequeño reino tributario—en el que era el señor el rey Bagdemagus—, comparando con el estado de las cosas en mi propia región. Aquí regía en todo su vigor el sistema proteccionista, mientras que nosotros nos orientábamos hacia el librecambio, por etapas fáciles, encontrándonos ya a mitad de camino. No habíamos hablado mucho cuando ya éramos Dowley y yo quienes llevábamos toda la conversación, mientras los demás escuchaban como hambrientos. Dowley se entregó con calor a su tarea, olfateó en el aire una ventaja, y empezó a plantearme preguntas que a él se le antojaban embarazosas para mí; en efecto: lo parecían hasta cierto punto.

—¿Cuáles son en vuestro país, hermano, los sueldos del maestro capataz, del mozo de labranza, del carretero, del pastor de ovejas y del porquerizo?

—Veinte milreys al día; es decir, un cuarto de céntimo.

La cara del herrero irradió alegría, y dijo:

—¿Entre nosotros ganan el doble! ¿Y cuánto cobra un artesano, pongamos por caso, un carpintero, un pintor de brocha gorda, un albañil, un pintor, un herrero, un carpintero de carros y demás?

—Por regla general, cincuenta milreys; medio céntimo al día.

—¡Ajajá! ¡Entre nosotros cobran todos ellos un centenar de milreys! Entre nosotros, un buen artesano cobra un céntimo al día. Exceptúo al sastre, pero no a los demás (a todos se les paga un céntimo al día, y en tiempos de mucho apuro aún más); sí, hasta ciento diez y hasta ciento quince milreys al día. Yo mismo he llegado a pagar ciento quince, dentro de la misma semana. ¡Hurra el proteccionismo, y al diablo el librecambio!

La cara del herrero resplandecía sobre los comensales, lo mismo que una irrupción del sol. Pero yo no me asusté en modo alguno. Icé mi martinete, y me señalé quince minutos para derribar a mi adversario en tierra—para meterlo todo él dentro de la tierra—, para meterlo hasta tal punto, que no sobresaliese a ras de tierra ni siquiera la curva de su cráneo. He aquí cómo me lancé sobre él. Le pregunté:

—¿Qué es lo que pagáis aquí por una libra de sal?

—Cien milreys.

—Nosotros pagamos cuarenta. ¿Qué es lo que pagáis por la carne de vacuno y de carnero, cuando la compráis?

Esta pregunta dio limpiamente en el banco, y le hizo salir los colores a la cara.

—Los precios varían algo, pero no mucho; yo diría que pagamos setenta y cinco milreys la libra.

—Nosotros pagamos treinta y tres. ¿Cuánto pagáis los huevos?

—Cincuenta milreys la docena.

—Nosotros pagamos veinte. ¿Qué pagáis por la cerveza?

—Nos cuesta ocho y medio milreys la pinta.

—Nosotros la compramos por cuatro, y veinticuatro botellas por un céntimo. ¿Cuánto os cuesta el trigo?

—Lo compramos a razón de novecientos milreys el bushel.

—Nosotros lo pagamos cuatrocientos. ¿Qué os cuesta un raje de hombre de cáñamo?

—Treinta céntimos.

—Nosotros lo pagamos seis. ¿Qué pagáis por un vestido de borra para la mujer del peón o del artesano?

—Pagamos ocho céntimos y cuatro milésimos.

—Pues bien, observad la diferencia: vosotros pagáis ocho céntimos y cuatro milésimos, y nosotros pagamos únicamente cuatro céntimos—me preparé para descargarle un golpe destructor, y le dije:

—Mirad, querido amigo: ¿qué se han hecho de vuestros salarios altos de que tanto os jactabais hace unos minutos?—miré a mi alrededor, a los circunstantes, con expresión plácidamente satisfecha, porque yo lo había ido envolviendo gradualmente y lo tenía atado de pies y manos como veis, sin que él se diese siquiera cuenta—. ¿Qué se ha hecho de esos magníficos jornales altos de que disfrutáis?... Me parece que yo les he arrancado todo el relleno que tenían.

Pues bien; si queréis creerme, aquel hombre se limitó a mostrarse sorprendido. No se dio cuenta en modo alguno de la situación, no sabía que había ido caminando hasta caer dentro de la trampa; no lograba descubrir que se encontraba metido en una trampa y, con mirada turbia e inteligencia forcejeante, dijo lo siguiente:

—Por la Virgen María, que no llego a entender. Ha quedado demostrado que nuestros salarios son el doble de los vuestros; ¿cómo, pues, decís que les habéis arrancado el relleno? Si acaso no entiendo yo mal esa extraña palabra que oigo por primera vez por gracia y providencia de Dios.

Yo estaba entontecido; en parte, por tan inesperada estupidez suya, y en parte, porque sus compañeros estaban evidentemente de su lado y participaban de su criterio. Mi posición era bastante sencilla, bastante clara; ¿podía simplificarla aún más? Tenía que intentarlo:

—Veamos, hermano Dowley:—¿es que no lo comprendéis? Vuestros jornales son más altos que los nuestros nada más que nominalmente, no en la realidad.

—¡Oídle lo que dice! Nuestros jornales son el doble que los vuestros; lo habéis confesado vos mismo.

—Sí, sí: eso no lo niego en modo alguno. Pero nada tiene que ver con el asunto; el total de los salarios en simples monedas, que llevan nombres sin sentido para distinguirlas unas de otras, nada tiene que ver en el asunto. De lo que aquí se trata es de lo siguiente: ¿cuántas cosas podéis comprar con vuestros jornales? Ahí está la cuestión. Si bien es cierto que entre

vosotros se le paga a un buen artesano cosa de tres dólares y medio al año, y que nosotros le pagamos únicamente un dólar y setenta y cinco céntimos.

—¡Ahí lo tenéis, vos mismo lo confesáis otra vez, vos mismo lo confesáis otra vez!

—¡Por vida mía, yo no lo he negado nunca eso, os lo repito! Lo que yo afirmo es esto.

Entre nosotros se compran con medio dólar más cosas que con un dólar entre vosotros, y por consiguiente, está en razón y responde al más vulgar sentido común el afirmar que nuestros salarios son más elevados que los vuestros.

Dowley pareció aturdido y contestó de una manera desesperada:

—La verdad, que no consigo entenderlo. Acabáis de decir que nuestros salarios son más elevados, y del mismo tirón retiráis lo que habéis afirmado.

—Por vida de... ¿Es que resulta imposible meteros cosa sencilla en la cabeza? Vamos a ver, dejad que os ponga un ejemplo. Nosotros pagamos cuatro céntimos por un vestido de borra para mujer, y vosotros pagáis ocho céntimos y cuatro milésimos, más que el doble. ¿Qué es lo que pagáis a una mujer que trabaja en una granja?

—Dos milésimos por día.

—Muy bien; nosotros solamente le pagamos un décimo de céntimo por día; y...

—Otra vez confesáis...

—¡Esperad! Como veis, la cosa es muy sencilla; ahora lo vais a entender. Por ejemplo: vuestra labradora necesita trabajar cuarenta y dos días para ganarse un vestido, a razón de dos milésimos por día, siete semanas de trabajo; pero la nuestra se lo gana en cuarenta días, es decir en dos días menos que siete semanas. Vuestra labradora se ha hecho con un vestido y no le queda nada del salario de siete semanas; la nuestra tiene un vestido y le queda el salario de dos días, con el que puede comprar alguna otra cosa. Y ahora lo entendéis ya, ¿verdad?

Pues la verdad, todo lo más que puedo decir es que se quedó dudando, lo mismo que los otros. Esperé, para dar tiempo a que fuese penetrando en la cosa. Por último habló Dowley, descubriendo que ni aun con eso se había apartado de aquella superstición suya tan asentada y enraizada. Dijo con un ligero titubeo:

—Pero...pero... no podéis menos de reconocer que cobrar dos milésimos al día es mejor que cobrar uno solo.

¡Cáscaras! Sin embargo, ya comprenderéis que me reventaba el darme por vencido. Intenté, pues, otra táctica diferente:

—Pongamos por ejemplo un caso. Pongamos que vuestros peones van y se compran los artículos siguientes:

Una libra de sal.

Una docena de huevos.

Una docena de pintas de cerveza

Un bushel de trigo.

Un traje de mezcla.

Cinco libras de carne de vacuno.

Cinco libras de carne de carnero.

Todo eso le habrá costado treinta y dos céntimos. El ganarlos le llevará treinta y dos días de trabajo, es decir, cinco semanas y dos días. Pues bien: que venga a nuestra región y trabaje treinta y dos días y medio; podrá comprar todas esas cosas que digo por algo menos que catorce céntimos y medio, y los ganará en algo menos que veintinueve días de trabajo, de modo que le sobrarán los jornales de media semana. Comparemos eso durante todo el

año; vuestro hombre ahorrará cerca de una semana de jornales cada dos meses entre nosotros, mientras que entre ustedes no ahorrará nada; en un año entre ustedes no habrá ahorrado ni un céntimo. ¡Me imagino que ahora habréis comprendido que lo de salarios elevados y salarios bajos son frases por completo desprovistas de sentido mientras no descubráis con cuál de esos dos sistemas podéis comprar más cosas!

Esto era aplastador.

¡Pero no aplastó! No, tuve que renunciar. Lo que esta gente apreciaba era los salarios altos, no pareciendo que tuviese para ellos la menor importancia el que con los salarios altos pudiesen o no comprar nada. Ellos defendían el proteccionismo, juraban por el proteccionismo: esto era bastante razonable, porque las partes interesadas les habían hecho engullir la idea de que la protección era la que creaba los salarios altos. Yo les demostré que en un cuarto de siglo sus salarios sólo habían progresado un treinta por ciento, mientras que el coste de la vida había subido en un ciento por ciento; mientras que entre nosotros y en un plazo de tiempo más breve, los salarios habían aumentado en un cuarenta por ciento, mientras el coste de la vida había ido descendiendo de un modo constante. Pero de nada me sirvió. No hubo modo de echar por tierra tan curiosas ideas.

Yo estaba dolido, como si hubiese sufrido una derrota. Una derrota no merecida, ¿pero que más daba? El que no fuese merecida no suavizaba mi escozor en modo alguno. ¡Y pensar en qué circunstancias tenía lugar! El primer estadista de la época, el hombre más capaz, el mejor de todo el mundo, la más alta cabeza no coronada, que había cruzado por las nubes de ningún firmamento político en mucho tiempo, estaba allí, derrotado aparentemente en una discusión por un ignorante herrero de pueblo. ¡Estaba viendo que los demás sentían lástima de mí!, y esto me sacaba los colores a la cara, hasta el punto de sentir que me escocían las patillas. Colocaos en mi lugar; experimentar la sensación de sentir tan empequeñecido y tan avergonzado como yo, ¿no habríais atacado con un golpe bajo para restablecer la situación? Sí, lo habrías hecho; es cosa que responde a la naturaleza humana. Pues bien: eso mismo fue lo que yo hice. No intento justificarme; digo tan sólo que yo estaba loco y que cualquier otro en mi lugar habría hecho lo mismo.

Pues bien: cuando yo me decido a mi golpear a un hombre, no preparo las cosas para darle una palmadita cariñosa; no, yo no obro así; si me decido a pegarle, le aplico uno de verdad. Y no tengo por costumbre atacarlo de una manera súbita, corriendo el riesgo de hacer las cosas a medias; no, me aparto a un lado y lo voy preparando de manera que él no sospeche en modo alguno que yo voy a descargar el golpe; y de pronto, visto y no visto, se encuentra de espaldas en el suelo, sin que sea capaz de decir cómo ocurrió la cosa, ni aunque en ello le fuera la vida. Eso hice con el hermano Dowley. Empecé a charlar perezosa y tranquilamente, como para pasar el rato; ni el hombre más viejo del mundo habría sido capaz de situar mi posición de partida, ni de adivinar adónde iba yo; —Muchachos, la ley, la costumbre, el uso y todas esas cosas tienen muchas curiosidades, cuando uno lo mira bien; sí, y también se descubren muchas cosas curiosas cuando uno se pone a pensar en la corriente y avance de las opiniones y de los movimientos de los hombres. Existen leyes escritas, y un día desaparecen; existen también leyes no escritas, éstas son eternas. Tomemos, por ejemplo, la ley de los salarios, que es una de las no escritas: esa ley dice que éstos han de avanzar poco a poco y de una manera ininterrumpida en el transcurso de los siglos. Y fijaos como funciona esa ley. Nosotros sabemos que salarios existen ahora, aquí, allí y más allá; sacamos un término medio, y afirmamos que éstos son los salarios existen ahora, aquí, allí y más allá; sacamos un término medio, y afirmamos que éstos son los salarios del día. Sabemos lo que los salarios eran cien años

atrás y lo que eran doscientos años atrás; eso es todo lo atrás que podemos ir, pero nos basta para darnos la ley del progreso, la medida y razón de los aumentos periódicos; de ese modo, sin ayuda de ningún documento, podemos establecer de un modo aproximado lo que eran los salarios trescientos, cuatrocientos y quinientos años atrás. Bueno, no sigamos. ¿Nos detenemos aquí? No. Suspendemos el mirar hacia atrás; vamos a dar media vuelta y aplicaremos la ley al futuro. Amigos míos, yo puedo deciros lo que serán los salarios de las personas en cualquier fecha del futuro que queráis conocer, aunque sea de aquí a centenares y centenares de años.

—¿Qué decís, buen hombre, qué decís?

—Sí. De aquí a setecientos años, los salarios habrán subido a seis veces lo que son hoy, aquí, en vuestra región, y los peones de granja cobrarán tres céntimos al día y los artesanos seis.

—¿Quisiera poder morirme y vivir en esa época! —interrumpió Smug, el carpintero, con mirada centellante de avaricia.

—No es eso todo; les pagarán además la manutención, tal como entonces se coma, que no se hincharán. Doscientos cincuenta años más tarde (prestadme atención ahora) los salarios de un artesano serán (fijaos bien en que se trata de una ley, y no de una suposición) los salarios del artesano consistirán en veinte céntimos por día.

Todos se quedaron boquiabiertos de asombro temeroso. Dickon, el albañil, murmuró, alzando las manos y los ojos:

—¡Un salario de más de tres semanas por un día de trabajo!

—Serán ricos, ¡de verdad que serán ricos! —murmuró Marco, jadeando rápidamente y lleno de excitación.

—Los salarios seguirán subiendo poco a poco, poco a poco, con la misma seguridad que crece un árbol, y al final de trescientos cuarenta años más existirá por lo menos un país en el que el salario medio de un artesano será de doscientos céntimos por día.

¡Mi golpe los dejó mudos del todo! Ninguno de ellos pudo recobrar el aliento en dos minutos. Entonces, el carbonero dijo, como quien pronuncia una plegaria:

—¡Dadme que yo pueda vivir para verlo!

—¡Esos son los ingresos de un conde! —dijo Smug.

—¿De un conde, decís? —dijo Dowley—; podrías haber dicho de alguien más elevado y no habrías mentido; no hay en el reino de Bagdemagus conde que tenga ni la mitad de esos ingresos. ¡Los ingresos de un conde...! ¡puaf! ¡Esos son ingresos de un ángel!

—Eso es lo que ocurrirá por lo que se refiere a los salarios. En aquella lejanísima época, el artesano ganará en una semana de trabajo para comprar una lista de artículos, que a vosotros os lleva ahora más de cincuenta semanas el ganar. Decidme, hermano Dowley: ¿qué cosa es la que todas las primaveras señala cuál ha de ser el salario durante el año de las distintas clases de artesanos, peones y criados?

—Unas veces son los tribunales, y otras, el Ayuntamiento del pueblo, pero casi siempre es un magisterio. En términos generales, podéis decir que quien fija los salarios es un magistrado.

—¿Se ofrece alguno de esos pobres diablos al magistrado para ayudarle a señalar los salarios que ellos han de cobrar?

—¡Vaya una idea! A quien interesa el asunto es al amo que ha de pagarle el dinero.

—Sí, pero yo creí que también esos hombres se juegan algo en la cuestión, y que también les va en ello bastante a la mujer y a los hijos. Los amos son los nobles, los ricos, la gente próspera, en general. Estos pocos, que no trabajan, fijan la paga que ha de recibir la enorme

colmena que realiza el trabajo. ¿Veis la cosa? Los ricos se combinan (forman un sindicato, para acuñar una palabra nueva), confabulándose todos ellos para obligar a su hermano más humilde a conformarse con lo que a ellos les parece bien darle. De aquí a mil trescientos años (eso dice la ley no escrita), la combinación estará de la otra parte, ¡y ya veréis cómo entonces los descendientes de estos ricos de ahora se sulfuran, se irritan y rechinan los dientes hablando de la insolente tiranía de los sindicatos! ¡Sí, señores! ¡Desde ahora hasta muy entrado el siglo diecinueve será el magistrado quien arregle tranquilamente cuáles han de ser los salarios; pero de pronto, el asalariado se dirá que ya están bien dos mil años o cosa así de que sea una de las partes la que arregle las cosas; y entonces se levantará y tomará en sus propias manos la tarea de fijar los salarios. ¡Y que tendrá que ajustar una cuenta larga y amarga de injusticias y de humillaciones!

—¿Créis, acaso...?

—¿Qué será el asalariado quien ayudará a señalar los salarios? ¡Claro que sí! Entonces él será fuerte e inteligente.

—¡Qué tiempos magníficos, qué tiempos verdaderamente magníficos! —exclamó burlón el próspero herrero.

—Aún hay otro detalle más. En aquel entonces, el amo podrá alquilar a un hombre sólo por un día, por una semana, o por un mes seguido, si le es necesario.

—¿Cómo?

—Lo que oís. Más aún: el magistrado no podrá obligar a un hombre a que trabaje durante un año entero seguido para el amo, quiera o no quiera.

—¿Pero es que entonces no habrá ni ley ni sentido común?

—Habrá las dos cosas, Dowley. Entonces cada hombre será dueño de sí mismo, y no una propiedad del magistrado y del amo. Podrá marcharse de una población, siempre que quiera, si los salarios no le convienen, ¡y no podrán ponerlo entonces en la picota por eso!

—¡Caiga la maldición sobre esa edad! —gritó Dowley, poseído de fuerte indignación—. Será una época de perros, una época de perros, una época falta de toda clase de reverencia hacia los superiores y de toda clase de respeto hacia la autoridad. La picota...

—Esperad, hermano; ni digáis nada a favor de esa institución. Yo creo que la picota debe ser abolida.

—¿Qué idea más sorprendente! ¿Y por qué?

—Os diré el porqué. ¿Acaso ponen jamás a un hombre en la picota por un crimen capital?

—No.

—¿Es justo condenar a un hombre a un castigo ligero por una culpa pequeña, y matarlo después?

Nadie contestó. ¡Había conseguido mi primer tanto! Por primera vez el herrero no supo responder. Los circunstantes se fijaron en él. El efecto fue bueno.

—Hermano, veo que no contestáis. Hace un momento estabais a punto de ensalzar la picota y verter algo de vuestra compasión sobre una época futura, en la que nos empleará ese castigo. Yo creo que la picota debe ser abolida. ¿Qué es lo que ocurre, por lo genera, cuando colocan en la picota a un pobre hombre que ha cometido una falta pequeña, que no tenía la menor importancia? ¿No es cierto que el populacho procura divertirse un poco con él?

—Así es.

—¿Y no le tiran también gatos muertos?

—Sí.

—Pues entonces, supongamos que ese hombre tiene entre el populacho algunos enemigos personales (y aquí y allá un hombre o una mujer que le guarda secretamente inquina), y supongamos especialmente que es hombre que no goza de popularidad entre la gente, porque es orgulloso, porque prospera, o por lo que sea ¿no es cierto que a las pellas de barro y los gatos les siguen las piedras y los ladrillos?

—No hay duda de eso.

—¿Y no es también cierto que cuando se trata de un hombre impopular puede estar seguro de que se morirá allí mismo en el cepo?

—¡Ya lo creo que sí! ¡Eso no puede uno negarlo!

—Yo me imagino que ninguno de vosotros es hombre impopular, ni por su orgullo, ni por su insolencia, ni por su destacada prosperidad, ni por ninguna de esas cosas que excitan la envidia y la malicia entre la baja escoria de una aldea. ¿Verdad que no creéis que correríais un gran riesgo con una exhibición en el cepo?

Dowley parpadeó visiblemente. Me pareció que yo había acertado el golpe. Pero no lo dio a entender con palabras. En cuanto a los otros, hablaron sin tapujos y muy afectados. Dijeron que habían visto lo suficiente en el cepo, para saber qué probabilidades tenía en él un hombre, y que por nada del mundo se decidirían por ese castigo si tenían la seguridad de que yendo a la horca morirían de muerte rápida.

—Bueno, cambiemos de tema, porque me parece que he dejado ya bien probada mi afirmación de que la picota deber ser abolida. Yo creo que algunas de esas leyes son bastantes injustas. Por ejemplo, si yo hago una cosa por la que me van a condenar al cepo, y vos sabéis que he cometido esa acción y os calláis sin denunciarme, seréis vos quien vaya al cepo si alguien os denunciara.

—¡Ah, lo tendrías bien merecido! —dijo Dowley—. Vuestra obligación es denunciar. Eso es lo que dice la ley.

Los demás coincidieron.

—Perfectamente, dejémoslo estar, ya que me habéis ganado por votos. Pero hay una cosa que desde luego no está bien. Por ejemplo, el magistrado señala que el salario de un artesano ha de ser un céntimo por día. La ley dice que si un amo se atreve, ni aun en el caso de hallarse apremiado por el trabajo, a pagar ni tanto así más que un céntimo por día, aunque sea por un solo día, será multado y expuesto en la picota; dice también que quien sepa que el amo ha hecho eso y no lo denuncia, será también multado y condenado a la picota. Ahora bien, Dowley: eso a mí me parece mal, y constituye peligro mortal para todos nosotros el que por el hecho de que vos hayáis confesado a la ligera hace un rato que habéis pagado aún no hace una semana un céntimo y quince milésimos...

¡Creedme que aquello fue aplastador! ¡Hubierais debido ver a toda la pandilla hecha migas! Yo me había deslizado con tal suavidad, con tal despreocupación y con tal elegancia hasta caer sobre el pobre Dowley, que sonreía complacido, que ni por un momento sospeché nada de lo que se le venía encima, hasta que le golpe crujió sobre su cabeza y lo dejó hecho trizas.

El efecto fue magnífico. A decir verdad, nunca se ha producido otro tan magnífico con tan poco tiempo, para elaborarlo y ponerlo en obra.

Pero me di cuenta en el acto de que yo había ido un poco demasiado lejos. Esperaba asustarlos, pero no me esperaba darles un susto mortal. Sin embargo, estuvieron bien cerca del mismo. Fijaos bien en que habían podido apreciar lo que era la picota en toda su vida; y ver ahora ese suplicio mirándoles cara a cara, y verse todos ellos claramente a mi merced, a la merced de un forastero, si a mí me daba la gana de ir a denunciarlos, bueno, la cosa era

de espanto, y no parecía que fuesen capaces de recobrase de golpe, ni siquiera de serenarse. ¿Pálidos, temblorosos, mudos, dignos de lástima? La verdad es que el aspecto que ofrecían no era mejor que el de otros tantos cadáveres. Aquello resultaba sumamente incómodo. Desde luego, yo pensé que ellos me suplicarían que me mantuviese callado, y que luego nos daríamos un apretón de manos, beberíamos una ronda, nos reiríamos de la cosa, y allí terminaba todo. Pero no, tened en cuenta que yo era un desconocido y que me encontraba entre un pueblo cruelmente oprimido y receloso, un pueblo acostumbrado a que se aprovecharan siempre de su desamparo, un pueblo que no esperaba jamás un trato justo o cariñoso de nadie que no fuese de su propia familia o de sus íntimos. ¿Suplicarme a mí que fuese bondadoso, que fuese amable, que fuese generoso? Desde luego, habrían querido hacerlo, pero no podían atreverse.

CAPITULO XXXIV

EL YANQUI Y EL REY, VENDIDOS COMO ESCLAVOS

Pues bien: ¿qué era lo mejor que yo podía hacer? Nada que fuese precipitado, desde luego. Era preciso que buscase desviar la atención; cualquier cosa que pudiera darme tiempo a pensar a dar tiempo a que aquellos pobres hombres tuvieran la oportunidad de volver de nuevo a la vida. Allí estaba Marco, petrificado en el acto de intentar comprender el truco de su pistola-miller, petrificado en la actitud en que se encontraba cuando cayó mi martinete, sujetando aún su juguete entre sus dedos inconscientes. Se lo quité y me brindé a explicarle el misterio. ¡Misterio, una insignificancia como aquella! Misterio era, sin embargo, para aquella raza y aquella época.

Yo no había visto jamás gente tan torpona en el manejo de máquinas; es preciso comprender que se hallaban totalmente desacostumbrados a ellas. La pistola-miller consistía en un pequeño tubo de dos cañones de cristal prensado, con un pequeño resorte que, al ser apretado, dejaba escapar un tiro. Pero ese tiro no hería a nadie, limitándose a descargar el proyectil en vuestra mano. Había dos tamaños de pistola: uno, que disparaba proyectiles del tamaño de una semilla de mostaza, y otra, de un tamaño varias veces mayor. En ambos casos los proyectiles eran monedas. La munición del tamaño de semilla de mostaza eran milreys, la munición del tamaño mayor eran milésimos. En resumidas cuentas: la pistola era una bolsa, muy manejable, además; con ella podíais pagar dinero en la oscuridad sin peligro de equivocación; podíais llevar la pistola en la boca o en el bolsillo del chaleco, si teníais chaleco. Yo las fabricaba de varios tamaños. Uno de ellos era tan grande que se podía llevar la moneda equivalente a un dólar. El emplear munición como dinero resultaba un buen negocio para el gobierno; el metal no costaba nada, y el dinero no podía ser falsificado, porque yo era la única persona del reino que sabía manejar una máquina de hacer perdigones. Pronto se hizo popular la frase de «pagando el tiro». Sí, y yo sabía, además, que esa frase iría pasando de boca en boca hasta el siglo XIX, sin que nadie sospechase cómo y cuándo había tenido origen.

Hacia ese momento vino el rey a juntarse con nosotros; la siestecita lo había descansado y estaba optimista. Yo me sentía desasosegado, y bastaba cualquier cosa para ponerme nervioso. Porque nuestras vidas estaban en peligro; me molestó, pues, el descubrir en la mirada del rey una expresión complacida, que parecía indicar que el hombre se había estado preparando para realizar alguna exhibición, de la clase que fuese. Maldito sea, ¿y por qué se le ocurriría elegir un momento como aquél?

Yo estaba en lo cierto. El rey empezó inmediatamente, del modo más ingenuo, tonto y transparente a llevar la conversación al tema de la agricultura. Todo el cuerpo se me cubrió de un sudor frío. Quise cuchichearle al oído: «¡Cuidado, porque estamos en un peligro terrible!» Mientras yo no consiga ganarme otra vez la confianza de estos hombres, cada segundo vale un principado, no malgastéis nada de este tiempo precioso» Pero, como es natural, no pude hacerlo. ¿Cuchichearle al oído? Habrían imaginado que estábamos conspirando. No tuve, pues, más remedio que permanecer sentado, con expresión serena y simpática, mientras el rey se colocaba encima de una mina de dinamita y desbarraba sobre sus condenadas cebollas y demás. Al principio no pude comprender ni una sola palabra, porque me lo impedía el tumulto de mis propios pensamientos, que habían visto la señal de peligro y acudían en tropel al rescate desde los cuatro puntos cardinales de mi cráneo, dando vítores, armando confusión, y a golpes de pífano y tambores; pero luego, cuando la multitud de mis proyectos reunidos empezó a cristalizar, tomó posiciones, y formó en línea de batalla, se produjo algo de orden y de silencio, y yo distinguí el tronar de las baterías del rey, allá en la lejanía:

—...creo que no es el mejor procedimiento, aunque no debe negarse que hay autoridades que difieren a este respecto, porque algunos afirman que la cebolla resulta un fruto insalubre cuando es arrancada demasiado pronto del árbol...

El auditorio mostró señales de vida, y se miraron los unos a los otros, llenos de sorpresa y turbación.

—...mientras que otros sostienen, con muchos visos de razón, que esto no es una cosa fatal, poniendo el ejemplo de las ciruelas y otros cereales por el estilo, a los que siempre arranca de la tierra antes de la madurez...

El auditorio dio pruebas evidentes de angustia; sí, y también de temor.

—A pesar de lo cual son evidentemente comestibles, especialmente cuando se suavizan las esperanzas de su naturaleza con la mezcla del jugo calmante del inquieto repollo...

En los ojos de aquellos hombres empezó a brillar la luz desatinada del terror, y uno de ellos murmuró:

—Todos éstos son unos disparates, y seguramente que Dios ha aniquilado la razón de este granjero.

Yo me hallaba lleno de dolorosos celos, como si estuviese sentado sobre espinas.

—...y ponen además como ejemplo la conocida verdad que se da en los animales de que los jóvenes, que pueden ser calificados de frutos verdes, son los mejores, pues todos reconocen que cuando una cabra está madura, su piel recalienta e irrita su carne, defecto que relacionándolo con apetitos repugnantes y con las actitudes impías de su imaginación y la biliosidad de sus costumbres...

¡Todos ellos se pusieron en pie y se abalanzaron contra él! ¡Lanzaron un terrible grito de: «¡El uno quiere traicionarnos y el otro es loco! ¡Matémoslos, matémoslos!» Y nos atacaron, ¡Qué alegría llameaba en los ojos del rey! Quizá renqueaba en agricultura, pero este zafarrancho caía dentro de su especialidad. Venía ayunando mucho tiempo, y estaba hambriento de pelea. Descargó debajo de la mandíbula del herrero un puñetazo tal que lo levantó del suelo y lo tumbó cuan largo era, de espaldas. «San Jorge por Inglaterra», y tiró por los suelos al carpintero de carros. El albañil era grueso, pero yo lo tumbé como nada. Los tres se repusieron y volvieron al ataque; y volvieron a caer por tierra; y volvieron al ataque, y siguieron atacando y cayendo con un valor auténticamente británico, hasta que se vieron reducidos a papilla, tambaléandose, agotados, y tan ciegos, que no podían

distinguirnos al uno del otro; a pesar de lo cual, siguieron en su pelea, dando puñetazos con toda la energía que les quedaba. Se golpearon los unos a los otros, porque nosotros nos habíamos hecho a un lado y mirábamos mientras ellos rodaban por el suelo, forcejeaban, se arrancaban tiras, se aporreaban y se mordían tan atentos a su tarea y tan callados como otros tantos bull-dogs. Nosotros seguíamos mirando sin recelo, porque aquellos hombres estaban ya imposibilitados de ira a pedir ayuda contra nosotros, y el palenque estaba lo suficientemente lejos del camino público para que tuviésemos la seguridad de que nadie intervendría inoportunamente.

Pues bien: mientras ellos se iban agotando gradualmente, se me ocurrió de pronto preguntarme qué habría sido de Marco. Miré a mi alrededor; no se le veía por parte alguna. Aquello era ominoso. Tiré al rey de la manga y nos deslizamos, y luego nos metimos precipitadamente dentro de la choza. ¡Allí no estaban ni Marco ni Filis! Con seguridad que habían salido al camino a pedir socorro. Le dije al rey que pusiésemos pies en polvorosa, que más tarde le explicaría. Corrimos a todo correr por el campo abierto, y cuando nos precipitábamos dentro del abrigo del bosque, miré hacia atrás y vi a una muchedumbre de excitados campesinos que acudían como un enjambre, llevando a la cabeza a Marco y a su mujer. Armaban un terrible barullo, pero eso no podía herir a nadie; el bosque era espeso y en cuanto viésemos en sus profundidades nos subiríamos a un árbol, y ya no podían silbar. ¡Pero ah, que de pronto se oyó un ruido distinto: el de los perros! Sí, ése era asunto diferente por completo. Agrandaba nuestro compromiso, necesitábamos encontrar una corriente de agua.

Seguimos avanzando a buen paso, y no tardamos en dejar muy atrás aquellos sonidos, reducidos a un murmullo. Tropezamos con un arroyo y nos metimos en él. Fuimos vadeándolo corriente abajo por entre la penumbra del bosque en un trecho de unas trescientas yardas, y luego dimos con un roble que alargaba una de sus grandes ramas por encima del agua. Nos encaramamos en esa rama y empezamos a abrirnos paso hasta el cuerpo del árbol; los sonidos empezaron a oírse con mayor claridad, por lo visto, la muchedumbre había dado con nuestro rastro. Durante un rato los ruidos se fueron acercando rápidamente. Luego dejaron de acercarse. Sin duda, que los perros habían encontrado un lugar donde nosotros nos metimos en el arroyo, y danzaban por las orillas de un lado para otro, procurando encontrar de nuevo la huella.

Cuando nos vimos cómodamente instalados en el árbol y protegidos por la cortina del follaje, el rey se dio por satisfecho, pero yo no las tenía todas conmigo. Me pareció que podíamos arrastrarnos por una rama para pasar a otro árbol próximo, y creí que valía la pena intentarlo. Lo intentamos con éxito, aunque el rey resbaló en el empalme, y estuvo en peligro de no ligar con la otra línea. Encontramos alojamiento cómodo y abrigo satisfactorio entre el follaje; no nos quedaba otra cosa que hacer sino escuchar los ruidos de la casa.

De pronto oímos que se acercaban, y que se acercaban por el lado exacto, sí, y que venían por ambas orillas del arroyo. Los ruidos eran cada vez más fuertes, más fuertes... y un minuto después se elevaron rápidamente de tono, hasta convertirse en una tempestad de gritos, ladridos, carreras, pasando por nuestro lado lo mismo que un ciclón.

—Me temí que la rama que cuelga sobre el arroyo les sugiriese alguna idea—dije—; pero no me importa quedar defraudado. Ea, Soberano mío, sería bueno que aprovechásemos bien nuestro tiempo. Los hemos flanqueado. La oscuridad se echa encima. Si logramos cruzar el arroyo y tomar una buena ventaja, y si luego echamos mano de un par de caballos de los

pastizales de alguien, para usarlos durante algunas horas, podremos considerarnos regularmente a salvo.

Empezamos a bajar, y estábamos ya casi junto a la rama inferior, cuando nos pareció oír que los de la cacería regresaban. Nos detuvimos a escuchar.

—Sí—dije yo, están chasqueados, han renunciado a seguir, y marchan ya camino de casa. Volvamos a trepar hasta nuestro nido, y los dejaremos que pasen adelante.

Volvimos, pues, a trepar. El rey escuchó un momento, y dijo:

—Siguen buscando, conozco la señal. Hicimos bien en ocultarnos.

Tenía razón. El rey sabía de caza más que yo. Los ruidos se fueron acercando cada vez más, pero sin precipitación. El rey dijo:

—Ellos calculan que nosotros no les llevamos ninguna ventaja importante, y que como íbamos a pie no hemos podido caminar mucho desde el lugar en que nos metimos en el agua.

—Sí, Majestad, me temo que sea eso, aunque yo esperaba cosas mejores.

El barullo se fue acercando y acercando, y no tardaron las avanzadas en pasar por debajo de nosotros, por las dos orillas del arroyo. Desde la orilla contraria surgió una voz de ¡alto! Y dijo:

—Si ellos hubiesen querido, podían haberse encaramado a ese árbol agarrándose a esta rama que cuelga sobre el río, y no necesitarían tocar el suelo. Haríais bien en enviar un hombre arriba.

—¡Por la Virgen, que lo haremos!

No tuve más remedio que admirar mi agudeza al prever eso mismo y hacer un cambio de árboles para chasquearlos. Pero ¿no os habéis dado cuenta de que hay cosas que pueden vencer a la inteligencia y a la previsión? La torpeza y la estupidez son capaces de ello. El esgrimista de espada mejor del mundo no tiene por qué temer al segundo esgrimista de espada del mundo, no; la persona de quien debe guardarse es alguno de esos antagonistas ignorantes que jamás empuñaron una espada; esta clase de hombres no hace nunca lo que debiera hacer, y por eso el técnico se ve cogido por sorpresa: no hace lo que debería hacer, y es frecuente que sorprenda al técnico y acaba con él en el acto. ¿Cómo podría yo, con todo mi talento, prepararme contra la posibilidad de que un payaso, corto de vista, bizco y estúpido, se dirigiese hacia el árbol en donde no estábamos y fuese a parar al árbol en que estábamos? Pues eso es lo que hizo. Se dirigió hacia el árbol que no le habían indicado, que era precisamente el árbol en que estábamos; acertó por equivocación, y se puso a trepar por el mismo.

La cosa estaba ya fea. Permanecimos quietos y esperamos el desarrollo de los acontecimientos. El campesino fue subiendo dificultosamente. El rey se levantó y permaneció en pie, con una pierna preparada; cuando la cabeza del trepador se puso al alcance de su pie, se oyó un ruido sordo, y allá se fue dando tumbos el hombre hasta llegar al suelo. Estalló debajo un salvaje griterío de ira; la muchedumbre avanzó como un hormigueo de todas partes, y heténos a nosotros enarbolados y presos. Otro hombre comenzó la escalada; descubrieron la rama que había servido de puente y un voluntario trepó al árbol que nos había proporcionado el puente. El rey me dio orden de que representase el papel de Horacio y que defendiese el puente. Durante un rato el enemigo avanzó rápido y espeso; pero de nada le valió, porque el hombre que iba delante, en un y otro cortejo, recibió siempre un puñetazo que lo desalojó en cuanto se puso al alcance nuestro. El rey fue sintiéndose cada vez más animoso; su regocijo no conocía límites. Me dijo que si no ocurría algo que echase a perder la perspectiva, íbamos a pasar una noche

admirable, porque siguiendo ellos y nosotros la misma táctica, podíamos defender el árbol contra todos los habitantes de aquella región.

Pero la multitud llegó pronto a esa misma conclusión; en vista de lo cual dieron orden de suspender el asalto y empezaron a discutir otros planes. No venían armados, pero abundaban por allí las piedras, y las piedras podían servir. Nosotros no nos opusimos. Quizá de cuando en cuando penetrase hasta donde hasta donde estábamos una piedra, pero no era probable; nos hallábamos bien protegidos por el ramaje y el follaje y no se nos distinguía desde ningún punto de mira aprovechable. Si ellos perdían media hora en lanzarnos piedras, la oscuridad acudiría en ayuda nuestra. Nos sentíamos muy satisfechos. Podíamos sonreírnos, casi, casi reírnos.

Pero no hicimos ni lo uno ni lo otro, y estuvimos acertados, porque de haberlo hecho nos habríamos interrumpido. No llevaban aún las piedras quince minutos de cruzar furiosas por entre el follaje y de rebotar entre las ramas, cuando empezamos a percibir un olorcillo. Bastó que olisqueáramos dos veces para obtener la explicación. ¡Era humo! Habíamos encontrado por último nuestro parigual. Lo reconocimos. Cuando el humo os invita, no tenéis más remedio que acudir. Aquella gente fue levantando su montón de arbustos y de hierbas húmedas cada vez más alto, y cuando vieron que la espesa nube empezaba a subir en oleaje hacia arriba, envolviendo el árbol, estallaron en una tempestad de alegres clamores. Yo pude respirar lo suficiente para decir:

—Soberano mío, mandad; esto es cosa vuestra.

El rey jadeó:

—Seguidme hasta abajo, y luego poned vuestra espalda contra un lado del tronco y dejadme a mí el otro. Así peharemos, y que cada cual apile sus muertos según su propio gusto y costumbre.

Bajo él, aullando y tosiendo, y yo le seguí. Toqué el suelo un instante después que él; saltamos a nuestros respectivos sitios, y empezamos a dar y tomar con toda nuestra energía. El clamoreo y el barullo fueron prodigiosos; aquello era una tempestad de gritos, confusión y golpes a granel. De pronto se metieron algunos hombres a caballo por entre la multitud, y una voz gritó:

—¡Ténganse todos, o sois hombres muertos!

¡Que bien sonó aquello! El propietario de aquello vos tenía todas las señales de ser un caballero: atavío pintoresco y costoso, aspecto de mando, expresión dura de cara, cutis y rasgos faciales echados a perder por el vicio. La multitud se retiró humildemente, como otros tantos perros de aguas. El caballero nos miró con ojo crítico, y preguntó imperiosamente a los campesinos:

—¿Qué estabais haciendo con estos hombres?

—Son locos, venerable señor, que han venido de no sabemos dónde, y que...

—¿Qué no sabéis de dónde? ¿Pretendéis hacerme creer que no los conocéis?

—Muy noble señor, nosotros sólo decimos la verdad. Son extranjeros y desconocidos de todos en esta región y resultan los locos más furiosos y sanguinarios que jamás...

—¡Basta! Vosotros no sabéis lo que ellos son. No son locos ¿quiénes sois? ¿De dónde venís? Explicaos.

—Señor, nosotros somos unos forasteros pacíficos, que viajamos para nuestros propios asuntos —dije yo—: Venimos de una región muy lejana y a nadie conocemos aquí. No hemos intentado hacer daño a nadie; sin embargo, de no haber sido porque vos intervinisteis valerosamente y nos habéis protegido, esta gente nos habría matado. Habéis adivinado, señor; no somos locos y tampoco somos personas violentas o sanguinarias.

El caballero se volvió hacia su escolta y le dijo tranquilamente:

—¡Llevadme a latigazos a esas bestias hasta sus cubiles!

La multitud se desbandó al instante, y sobre ella se precipitaron los hombres a caballo, repartiendo latigazos y atropellando sin compasión a los que tuvieron el poco seso de seguir por el camino en lugar de refugiarse entre la maleza. Los chillidos y las súplicas fueron apagándose a lo lejos, y no tardaron los hombres a caballo en ir regresando. Mientras tanto, el caballero nos había estado sometiendo a un interrogatorio más estrecho, pero ningún detalle nos había sonsacado. Nos mostramos exageradamente agradecidos al favor que nos estaba haciendo, pero no le revelamos otra cosa sino que éramos forasteros sin amparo y que veníamos de un país lejano. Cuando hubo regresado toda la escolta, el caballero dijo a uno de sus criados:

—Traed caballos y montad a estos dos.

—Sí, milord.

Nos colocaron hacia la retaguardia, entre los criados. Viajamos con bastante rapidez y, por último, frenamos riendas algún tiempo después de oscurecer en un mesón de la vera del camino, a diez o doce millas del escenario de nuestro apuros. Milord marchó inmediatamente a su habitación, después de pedir su cena, y ya no volvimos a verlo. Al alborar nos desayunamos y nos preparamos a reanudar la marcha.

En ese momento avanzó con gracia indolente, el jefe de los servidores de milord, y nos dijo:

—Dijisteis que seguirías por este camino, que es también el que nosotros llevamos; por eso mi señor, el conde Grip, ha dado orden de que os quedéis con los caballos y cabalguéis, y que algunos de nosotros os acompañemos a caballo unas veinte millas hasta una hermosa población que se llama Cambenet, donde quedaréis fuera de peligro.

No pudimos hacer otra cosa que manifestar nuestro agradecimiento y aceptar lo que se nos ofrecía. Cabalgamos, pues, formando un grupo de seis, a paso moderado y cómodo, y durante la conversación supe que lord Grip era un alto personaje en su propia región, que quedaba a un día de jornada de Cambenet. Nos entretuvimos tanto, que hasta la mitad de la mañana no entrábamos en la plaza del mercado de la ciudad. Nos apeamos, volvimos a encargarnos que transmitiesen la expresión de nuestro agradecimiento a milord y luego nos acercamos a una muchedumbre reunida en el centro de la plaza, para ver que era lo que llamaba la atención. ¡Lo que llamaba la atención era el resto de aquella partida de esclavos que yo había visto peregrinando de un lado para otro! ¡De modo que durante todo ese tiempo fatigoso ellos habían ido arrastrando sus cadenas de aquí para allá! Aquel pobre marido no estaba ya, y también faltaban otros muchos; la cuadrilla se había enriquecido con algunas nuevas compras. Aquello no interesó al rey, que quiso seguir adelante; pero yo contemplaba absorto y lleno de piedad el espectáculo. No podía apartar mis ojos de aquellos restos cansados y gastados de humanidad. Estaban sentados, formando grupo en el suelo, silenciosos, sin quejarse, con las cabezas inclinadas, constituyendo un cuadro patético. Por un contraste repugnante, a menos de treinta pasos de allí, un orador verboso pronunciaba un discurso ante otro grupo, deshaciéndose en elogios de «nuestras gloriosas libertades británicas»

Yo estaba a punto de estallar. Me había olvidado de que era un plebeyo, sólo me acordaba de que era un hombre. Costase lo que costase, yo subiría a aquella tribuna y...

¡Clic! ¡El rey y yo habíamos sido esposados juntos! Nos habían esposado los criados acompañantes nuestros; milord Grip lo contemplaba todo. El rey tuvo un estallido de indignación, y dijo:

—¿Qué significa esta broma de mal gusto?

Milord se limitó a decir fríamente al principal de sus villanos:

¡Expón los esclavos y véndelos!

¡Esclavos! Esa palabra tenía ahora un sonido nuevo; ¡y qué indeciblemente temeroso! El rey alzó sus grilletos y los descargó con fuerza mortal; pero milord estaba ya fuera de su alcance. Se abalanzaron una docena de aquellos criados miserables, y en un instante nos vimos desamparados, con las manos atadas a la espalda. Tan ruidosamente y con tal entereza nos proclamamos hombres libres, que conseguimos que se interesasen en nosotros aquel orador que cacareaba libertad y aquella multitud patriótica; se reunieron a nuestro alrededor y adoptaron una actitud muy resuelta. El orador dijo:

—Si de verdad sois hombres libres, nada tenéis que temer. ¡Las libertades británicas, que son un don de Dios, os rodean, sirviéndoos de escudo y de refugio! (Aplausos) Pronto lo veréis. Vengan vuestras pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Las pruebas que sois hombres libres.

¡Yo me acordé! Volví en mí: me callé. Pero el rey rompió a decir furioso:

—Estás loco, hombre. Sería mejor y más puesto en razón el que este ladrón y canalla demostrase que no somos hombres libres.

Como veréis, el rey conocía sus propias leyes tal y como otra gente las suele conocer con frecuencia; por las palabras, no por los efectos. Las leyes sólo alcanzan un sentido, y se convierten en cosa llena de vida cuando uno se las aplica a sí mismo.

Todos movieron las cabezas y parecieron defraudados; algunos se alejaron de allí, desinteresados ya del asunto. El orador dijo... y lo dijo en tono de hombre de negocios que no se guía por el sentimiento:

—Si no conocéis las leyes de vuestro país, habéis tenido tiempo de aprenderlas. Sois aquí extranjeros; eso no lo negaréis. Quizá seáis hombres libres, tampoco nosotros lo negamos; pero también pudierais ser esclavos. La ley está clara: el demandante no necesita probar que vosotros sois esclavos, sino que os compete a vosotros probar que no lo sois.

Yo le dije:

—Querido señor, dadnos únicamente tiempo para enviar un mensaje a Asolat, o dadnos tiempo para enviarlo al Valle de la Santidad.

—Basta, buen hombre; esas peticiones son extraordinarias y no podéis confiar en que os sean otorgadas. Llevaría mucho tiempo y constituiría una molestia sin garantía para vuestro amo.

—¡Para nuestro amo, idiota! —bramó el rey—. Yo no tengo amo, soy yo el...

—¡Silencio, por amor de Dios!

Lo dije a tiempo para impedir que el rey siguiese hablando. Ya teníamos bastante con el apuro en que estábamos; nada podíamos sacar con que aquella gente nos tomase por locos. No vale la pena de estirarnos en los detalles. El conde nos exhibió y nos vendió en pública subasta. Esa misma ley infernal había existido en mi tiempo en nuestros estados del Sur, más de mil trescientos años después; bajo esa ley hubo centenares de hombres libres que, al no poder demostrar que lo eran, habían sido vendidos como esclavos para toda la vida, sin que ese hecho me impresionase a mí de un modo particular; pero en el instante mismo en que la ley y el martillo de la subasta se convirtieron en experiencia propia mía, aquella que antes yo había considerado simplemente como una cosa impropia, se convirtió de pronto en una cosa infernal. Así estamos hechos los hombres.

Sí, nos vendieron en pública subasta lo mismo que cerdos. De habernos vendido en una ciudad importante y en un mercado activo, habríamos conseguido un buen precio; pero aquel lugar carecía por completo de vida, y fuimos vendidos por una cantidad que cada vez que pienso en ello hace que me sienta avergonzado. Al rey de Inglaterra lo compraron por siete dólares y a su primer ministro por nueve, siendo así que el rey valía fácilmente doce dólares y yo quince sin dificultad alguna. Pero siempre llevan las cosas ese camino; si forzáis una venta en un mercado inactivo, no importa de qué clase de artículo se trate, podéis prepararos a realizar un mal negocio. Si el conde hubiese tenido inteligencia suficiente para...

No ha lugar a que yo haga acopio de mis simpatías a favor de aquel hombre. Dejémoslo por ahora; yo, como suele decirse, me quedé con su ficha.

El vendedor de esclavos nos compró a los dos, y nos enganchó en aquella larga cadena suya, viniendo a constituir nosotros la retaguardia de su procesión. Formamos la línea de marcha y salimos de Cambenet al mediodía; a mí me pareció cosa indeciblemente extraña y sorprendente el que el rey de Inglaterra y su primer ministro, al desfilar con grilletes, esposas y enyugados en un convoy de esclavos, pudieran pasar por entre toda clase de hombres y de mujeres odiosos, y por debajo de las ventas en las que estaba sentado el mundo de las elegantes y de las encantadoras, sin atraer en ningún momento una mirada de curiosidad, sin provocar un solo comentario. ¡Válgame Dios, válgame Dios! Lo único que eso demuestra es que en fin de cuentas, no hay en la persona de un rey ninguna cosa más divina que lo que hay en la persona de un vagabundo. Cuando no sabéis que el rey es el rey, su persona resulta una cosa artificial, barata y huera. Pero, descubrió su calidad, y, por vida mía, que con sólo mirarlo os quedáis hasta sin aliento. Supongo que es que somos estúpidos. De nacimiento, sin duda alguna.

CAPITULO XXXV

UN INCIDENTE DOLOROSO

El mundo está lleno de sorpresas. El rey marchaba pensativo; eso es natural. Pero ¿en qué diríais que meditaba? ¿En lo prodigioso de su caída desde el puesto más elevado del mundo hasta el más bajo; desde la posición más ilustre del mundo a la más oscura; desde la ocupación más grandiosa entre los hombres a la más baja? Desde luego, diréis. Pues no, yo aseguro bajo juramento que lo que más le molestaba, para empezar no era eso, si no el precio que habían pagado por él. ¡No acababa de resignarse a los siete dólares! Pues bien: cuando yo llegué a descubrirlo me dejó tan entristecido que no podía creerlo; no me parecía cosa natural. Pero en cuanto se despejó mi visión mental y logré enfocar certeramente el asunto, vi que no estaba equivocado; era cosa natural. Por esta razón: un rey es una simple creación artificial, y los sentimientos de un rey, lo mismo que los impulsos de un muñeco automático, son puro artificio; pero como hombre sí que es un cosa auténtica, y sus sentimientos de hombre son auténticos y no simples fantasma. Al hombre corriente le avergüenza el que otros lo tasan por debajo de lo que él se ha tasado a sí mismo; y con seguridad que el rey no era un hombre superior al promedio general, si es que alcanzaba a ese promedio.

¡Diablo con el rey! Me fatigó con razonamientos que le servían para demostrar que en cualquier mercado justo habrían pagado por él lo menos veinticinco dólares, afirmación que era una evidente tontería y que rebosaba el orgullo más tonto; yo, por lo menos, no valía esa cantidad. Pero resultaba que, discutiéndolo, tocaba yo terreno sensible. Lo que yo tenía

que hacer era esquivar la discusión y mostrarme diplomático. Tenía que poner de lado la conciencia y reconocer con descaro que el rey tenía que haber alcanzado por lo menos los veinticinco dólares; eso a pesar de que yo sabía perfectamente que no había existido, desde que el mundo es mundo, un rey que valiese la mitad de esa suma, y que en el transcurso de los próximos trece siglos no vería el mundo un rey que valiese ni la cuarta parte de la misma. Sí, el rey me cansó. Cuando se ponía a hablar de las cosechas, del tiempo que había hecho últimamente, de la situación de la cosa política, de perros, de gatos, de moral o de teología—no importa qué—, yo suspiraba, porque sabía lo que iba a venir; de todo ello iba a sacar un paliativo de aquella cargante venta de los siete dólares. Siempre que hacíamos alto en un lugar donde había mucha gente reunida, me dirigía una mirada que quería decir con toda claridad: «Si en este momento se repitiese la subasta, entre esta clase de gente, veríais un resultado muy distinto» Pues bien: cuando fue vendido por vez primera, a mí me causó cierto cosquilleo secreto el que llegase hasta los siete dólares; pero aun antes que hubiese terminado con aquella murga y aquel tormento, deseé que hubiese alcanzado los cien dólares. Aquello amenazaba con no terminar nunca; todos los días, en un sitio u otro, nos pasaban en revista los compradores en ciernes, y, por lo general, el comentario que hacían acerca del rey era por este estilo:

—He aquí un botarate que no vale más de dos dólares y medio, pero que tienen una fachenda de treinta dólares. Es una lástima, porque de no ser por esa fachenda, no le faltaría comprador.

Estos comentarios acabaron por producir un lamentable resultado. Nuestro propietario era persona de sentido práctico, y comprendió que si quería encontrar comprador para el rey, era preciso que éste se corrigiese de ese defecto. Se puso, pues, a la tarea de quitar la fachenda a su sagrada Majestad. Yo hubiera podido dar a aquel hombre algún consejo valioso, pero no lo hice; a un conductor de esclavos no debéis ofrecerle espontáneamente consejo, si no queréis perjudicar a la causa en cuyo favor queréis exponer razones. Me había resultado trabajo suficientemente difícil el reducir el porte exterior del rey a un porte de campesino, a pesar de que él se mostró alumno voluntarioso y con muchas ganas de aprender; pero el intentar reducir el porte de rey al porte de un esclavo —y eso a la fuerza—, creedlo que era cargar con un contrato estupendo. No os preocupéis de detalles, con dejar que os lo imaginéis me ahorraré trabajo. Diré únicamente que al cabo de una semana hubo pruebas abundantes de que el látigo, la porra y el puño habían trabajado bien; daba pena ver el cuerpo del rey; era cosa de llorar; pero ¿su ánimo? Su ánimo permanecía intacto. Hasta aquel abotagado tarugo de conductor de esclavos pudo ver que puede existir el fenómeno de un esclavo que sigue siendo hombre hasta la muerte; el esclavo cuyos huesos podéis quebrantar, pero cuya hombría no podéis quebrantar. Aquel hombre vio que desde su primer esfuerzo hasta su última tentativa, no pudo ponerse al alcance del rey sin que lo encontrase listo para arrojarse sobre él; y lo hacía siempre. De modo, pues, que acabó renunciando, y dejó al rey en posesión de su fachenda intacta. La verdad es que el rey era mucho más que el rey: era todo un hombre; y cuando un hombre es un hombre, es imposible que le arranquéis la hombría.

Pasamos un mes durísimo, caminado de aquí para allá por el país, y sufriendo. ¿Cuál fue entonces el inglés que mayor interés demostró en el problema de la esclavitud? ¡Su gracia el rey! Sí; pasó de ser el más indiferente al más interesado en la cuestión. Se convirtió en el hombre que odió la institución con mayor rencor de todos aquellos con quienes yo he hablado. Por eso me arriesgué a hacerle de nuevo una pregunta que yo le había hecho años

antes obteniendo una contestación tan áspera que no juzgué prudente seguir entremetiéndome en el tema. ¿Aboliría la esclavitud?

Su respuesta fue tan tajante como la otra vez, pero ahora sonaba a música; yo no habría querido escuchar nunca otra más agradable, aunque el lenguaje en que se expresó fue por demás profano, y las palabras estuvieron ligadas con torpeza, porque colocó la frase detonante casi en el medio, en lugar de colocarla al final, que es donde correspondía, como es lógico.

Yo estaba ya listo y con ganas de conseguir la libertad; antes no había querido conseguirlo. No, en rigor no puedo decir eso. Yo había querido conseguir la libertad, pero no había querido correr con los riesgos desesperados y habría disuadido siempre al rey de que se lanzase a ellos. Pero ahora...¡Ahora respiraba otra atmósfera! Valía la pena arriesgar ahora todo por la libertad, costase lo que costase. Me puse a idear un plan, y quedé enseguida encantado del mismo. Exigía tiempo, sí, y también paciencia, una gran cantidad de ambas cosas. Era posible inventar otros planes más rápidos, y tan seguros como aquél; pero ninguno resultaría tan pintoresco; ninguno llegaría a semejante dramatismo. Por eso yo no iba a renunciar al mismo. Quizá nos llevase meses; no importaba, yo lo pondría por obra o rompería algo.

De cuando en cuando nos ocurría una aventura. Cierta noche nos sorprendió una tormenta de nieve faltándonos todavía una milla para llegar a la aldea a la que nos dirigíamos. Casi instantáneamente nos vimos encerrados en medio de la niebla, de tupida que resultaba la cellisca. No se veía nada, y no tardamos en perdernos. El conductor de esclavos repartía latigazos a diestra y siniestra, porque veía ante sí la ruina, pero sus latigazos no hicieron sino empeorar las cosas, porque nos apartaron aún más del camino y de toda probabilidad de socorro. Tuvimos, por último, que detenernos, dejándonos caer donde estábamos, en montón sobre la nieve. La tormenta continuó hasta casi la medianoche, y entonces cesó. Dos de los hombres más débiles y tres de nuestras mujeres habían muerto y otros dos no podían moverse y amenazaban con morir. Nuestro propietario estaba casi fuera de sí. Sacudió a los que quedábamos con vida, nos hizo poner en pie, saltar, golpearnos con las manos para restablecer nuestra circulación, y nos ayudó todo lo mejor que pudo con su látigo.

Entonces ocurrió algo que desvió la atención. Oímos gritos y alaridos, y no tardó en llegar una mujer que venía corriendo y llorando; viendo nuestro grupo, se arrojó en medio de nosotros y nos pidió protección. Tras ella venía corriendo una multitud de gente; algunos con antorchas; dijeron que aquella mujer era una bruja que había hecho morir varias vacas de una enfermedad extraña y que practicaba sus artes con ayuda del diablo en forma de un gato negro. La pobre mujer había sido apedreada hasta no tener casi figura humana de tantos golpes como había recibido, y de lo ensangrentada que estaba. El populacho quería quemarla.

Pues bien, ¿qué os imagináis que hizo nuestro amo? Cuando nosotros rodeamos a la pobre mujer para protegerla, aquel hombre vio su oportunidad. Dijo que, si querían quemarla, tenían que quemarla allí, y que de lo contrario no se la daría. ¡Figuraos aquello! Los perseguidores se mostraron dispuestos. Ataron a la mujer a un poste: trajeron leña y la apilaron a su alrededor; aplicaron la antorcha entre los chillidos de la mujer que suplicaba y oprimía contra su pecho a dos hijas suyas jóvenes; nuestro bestia de propietario, atento únicamente al negocio, nos colocó a latigazos alrededor del poste y nos devolvió a la vida y a nuestro valor comercial gracias a la misma hoguera que consumió la vida inocente de aquella pobre madre inofensiva. Así era el amo que teníamos. También me quedé con su

ficha. La tormenta de nieve le costó nueve miembros de su rebaño; después de eso y durante muchos días, furioso por su pérdida, se mostró más brutal que nunca con nosotros. Tuvimos por el camino muchas aventuras. Cierta día tropezamos con una procesión. ¡Y que procesión! Parecía estar compuesta de toda la gentuza del reino; y todos iban además borrachos. Iba delante de un carro cargado con un féretro; sentada encima del féretro iba una hermosa joven de unos dieciocho años dando de mamar a un bebé, al que apretaba contra su pecho de cuando en cuando, en un arrebató de amor; también de vez en vez se enjugaba las lágrimas que en abundancia verían sus ojos, y que le corrían por la cara; y mientras tanto, aquel tonto de muñeco la miraba sonriente, feliz y contento, acariciando el pecho de la joven con sus manos regordetas, caricias a las que ella respondía dándole golpecitos cariñosos en la mano y estrechándolo contra su desgarrado corazón. Hombres y mujeres, muchachos y muchachas, corrían al lado o detrás del carro, huciendo, gritando comentarios profanos y desvergonzados, cantando trozos de coplas indecentes, brincando, bailando, convertidos todos en verdaderos demonios en fiesta, y ofreciendo un espectáculo que daba náuseas. Habíamos llegado a un suburbio de Londres, fuera de las murallas, y teníamos esta muestra de una parte de la sociedad londinense. Nuestro propietario consiguió para nosotros un buen sitio cerca de la horca. Asistía al acto un sacerdote; ayudó a la muchacha a subir al patíbulo, le dijo frases consoladoras, e hizo que el segundo sheriff proporcionase a la joven un taburete. Acto seguido se situó de pie junto a ella en el patíbulo, miró por un momento la masa de caras, vueltas hacia él, que tenía a sus pies, miró luego hacía el sólido adoquinado de cabezas que se extendía a uno y otro lado cubriendo de cerca y lejos todo el espacio disponible, y empezó a relatar el caso. Había en la voz del sacerdote notas de compasión; ¡qué pocas veces se advertían esas notas en aquel país ignorante y salvaje! Recuerdo con todo detalle lo que dijo, aunque no las frases mismas con que lo dijo; de modo, pues, que lo pongo con palabras mías:

—La ley se propone hacer justicia. Hay ocasiones en que fracasa. No hay manera de evitarlo. No nos queda otra cosa que lamentarlo, resignarnos y rogar por el alma de quien cae injustamente por el brazo de la ley, haciendo votos porque que eso ocurra pocas veces. Una ley envía a esta pobre mujer a la muerte, y es justo que muera. Pero otra ley la había colocado en tal situación que tenía que cometer su delito o morir de hambre con su hijo. ¡Y ante Dios esa ley es responsable tanto por su crimen como por su muerte ignominiosa! «No hace mucho que esta mujercita joven, esta niña de dieciocho años, era una esposa y una madre tan dichosa como la más dichosa de Inglaterra; su boca modulaba ágiles cantos, porque el canto es el lenguaje natural de los corazones alegres e inocentes. Su joven marido era tan feliz como ella; porque cumplía plenamente con su deber, trabajaba desde muy temprano hasta muy tarde en su oficio, el pan suyo era un pan honrado y justamente ganado, prosperaba, proporcionaba cobijo y sustento a su familia, aportaba su pequeñuelo a la riqueza de la nación, ¡y por voluntad de una ley traicionera cayó instantáneamente la ruina sobre aquél hogar sagrado y lo barrió! Al joven esposo se le tendió una celada, fue reclutado y enviado al mar. La esposa no supo lo ocurrido. Buscó a su marido por todas partes, conmovió los más duros corazones con la súplica de sus lágrimas, con la entrecortada elocuencia de su desesperación. Corrieron las semanas, y ella seguía siempre buscando, acechando, esperando, y su inteligencia fue poco a poco echándose a perder bajo el peso de su miseria. Todos los pequeños objetos de valor que tenían fueron poco a poco vendiéndose para comprar alimento. Cuando no pudo ya pagar la renta de la casa, fue puesta en la calle. Pidió limosna mientras le quedó fuerza; finalmente cuando ya se moría de hambre y le faltaba la leche para dar a su hijo, robó una pieza de tela que valía la cuarta

parte de un céntimo, con la idea de venderla y salvarlo. Pero la vio el propietario de la tela. La encarcelaron y la juzgaron. Aquél hombre testificó los hechos. Se hizo una súplica a favor de la joven, y se relató en defensa suya su lamentable historia. Ella habló también, por permiso del juez, y dijo que había robado la tela, pero que su inteligencia se hallaba últimamente tan trastornada por su miseria que, al sentirse dominada por el hambre, todas las acciones, criminales o no, aparecían en su cerebro sin sentido y sin que ella comprendiese nada perfectamente, fuera de que ella tenía muchísima hambre. Todos se sintieron conmovidos de momento, y hubo una disposición de ánimo general para tratarla bondadosamente, viendo lo joven que era y lo desamparada que estaba y lo doloroso que era su caso, puesto que la ley que la había despojado de quien era su apoyo resultaba la culpable de todo porque había sido la causa primera y única de que ella delinquiese; pero el funcionario fiscal contestó que si bien esas cosas eran todas ciertas, y además muy lamentables, abundaba de tal manera en nuestro tiempo el robo, que el mostrar en este caso una compasión fuera de lugar constituiría un peligro para la sociedad (¡oh Dios mío, en los hogares arruinados no hay riqueza, ni niños huérfanos, ni corazones destrozados que tengan valor para la ley británica!) De modo, pues, que él exigía la sentencia.

«Cuando el juez se cubrió con su gorro negro, el propietario de la tela se levantó temblando, castañeteándole los dientes, con la cara pálida como la ceniza; y cuando salieron de boca del juez las terribles palabras, él gritó: «¡Oh pobre hija, pobre hija, yo no sabía que la pena sería de muerte!» y cayó lo mismo que un árbol tronchado. Cuando lo levantaron del suelo, había perdido la razón; antes que el sol se pusiese, él mismo se había quitado la vida. Era un hombre bondadoso; un hombre cuyo corazón era, en el fondo, recto; sumad su propia muerte a esta que ahora se va a cometer; y cargad ambas a quien le corresponde, a los que nos gobiernan y a las leyes severas de Inglaterra. Ha llegado el momento, hija mía, deja que pronuncie una oración sobre ti, no por ti, pobre e inocente corazón atropellado, sino por aquellos que son culpables de tu ruina y de tu muerte, que necesitan mucho más de mis oraciones»

Después de la plegaria del sacerdote pusieron el lazo del dogal alrededor del cuello de la muchacha; le costó gran trabajo ajustar el nudo debajo de su oreja, porque ella no hacía otra cosa que comerse a su bebe, besándole desatinadamente, llevándose a la cara y al pecho, empapándolo con sus lágrimas, medio gimiendo, medio chillando durante todo ese tiempo; y el bebé glogloteaba, se reía, daba pataditas encantado con todo aquello que a él se le antojaba retozos y cosa de juego. Ni siquiera el verdugo pudo soportar aquello, y volvió la cara. Cuando todo estuvo dispuesto, el sacerdote, con cariñosos tirones, arrancó al niño de los brazos de su madre y se apartó vivamente, quedando fuera del alcance de aquella; pero la madre entrelazó las manos, y dio un desatinado salto hacia él, lanzando un alarido; pero el dogal y el segundo sheriff la contuvieron. Entonces se puso de rodillas, extendió las manos y gritó:

—¡Un beso más (oh Dios mío, uno más, uno más); es una moribunda la que lo pide!

Lo consiguió; casi deshizo a la criaturita. Cuando volvieron a quitársela gritó:

¡Oh hijo mío, corazón mío, se morirá! No tiene hogar, no tiene padre, no tiene amigos, no tiene madre!

—¡Tiene todas esas cosas! —exclamó el buen sacerdote—. Yo seré para él todo eso hasta el día de mi muerte.

¡Fue de ver la cara que ella puso entonces! ¿Gratitud? ¡Válgame Dios! ¿Cómo queréis que se exprese eso con palabras? Las palabras no son únicamente fuego pintado; la mirada es el

fuego mismo. Aquella mujer dirigió esa mirada, y se la llevó al tesoro celestial, al que pertenecen todas las cosas que son divinas.

CAPITULO XXXVI

UN ENCUENTRO EN LA OSCURIDAD

Londres era una población bastante interesante para un esclavo. En realidad, era nada más que una aldea grande; barro y techos de bálago en su mayor parte. Las calles eran fangosas, torcidas, sin pavimentar. La población que la habitaba, un enjambre de harapos que iban y venían, una serie de esplendores y de plumas ondulantes y armaduras resplandecientes. El rey tenía allí un palacio; vio ahora su exterior. Eso le hizo suspirar; sí, y también lanzar algunos tacos a la pobre manera juvenil del siglo VI. Vimos a caballeros y grandes del reino a los que nosotros conocíamos, pero ellos no nos conocieron, harapientos, sucios, llenos de verdugones y de magulladuras como íbamos, y no nos habrían reconocido ni aunque los hubiésemos llamado a gritos, porque tampoco se habrían detenido a contestar, por ir contra la ley el habla con los esclavos que iban en una cadena. La Rubia cruzó también en una mula a menos de diez yardas de distancia de donde yo estaba; me imagino que andaba buscándome. Pero lo que desgarró mi corazón fue algo que ocurrió delante de nuestra vieja barraca en una plaza, mientras aguantábamos el espectáculo de ver cómo hervían en aceite a un hombre por haber falsificado monedas de penique. ¡Había visto a un vendedor de periódicos! ¡Y yo que no podía acercarme a él! Sin embargo, tuve un consuelo: aquello demostraba que Clarence seguía con vida y batiendo el cobre. Me propuse estar con él muy pronto; ese pensamiento me reanimó grandemente.

Cierto día tuve un ligero atisbo de otra cosa que también levantó muchísimo mi espíritu. Fue un alambre tendido del tejado de una casa al de otra. Con seguridad que se trataba del telégrafo o del teléfono. ¡Qué ganas tenía de conseguir un pedacito de aquel alambre! Era precisamente lo que yo necesitaba para llevar a cabo mi proyecto de fuga. Mi idea era soltarme alguna noche, junto con el rey; de mis hierros, amordazar y atar luego a nuestro propietario, ponernos sus ropas, aporrearlo hasta que quedase desconocido, encajarlo luego en la cadena de esclavos, tomar posesión de la mercancía, marchar hasta Camelot y entonces.

Seguramente que ya lo adivináis; ya os imagináis la sorpresa dramática y apabullante que yo armaría con ello en Palacio. Todo era factible, a condición de que yo pudiese hacerme con un pedazo fino de hierro para darle la forma de una ganzúa. De ese modo podría abrir los pesados candados con que estaban sujetas nuestras cadenas, y podría hacerlo cuando me pareciese bien. Pero hasta entonces no había tenido suerte; jamás se me puso semejante cosa al alcance de mi mano.

Pero llegó por fin mi buena suerte. Cierta caballero que había venido en dos ocasiones para regatear mi precio, sin resultado, o al menos sin acercarse a ningún resultado, volvió otra vez. Yo estaba lejos de suponer que iba a pertenecerle nunca, porque el precio que mi propietario quería por mi esclavitud era exorbitante y provocaba siempre el enojo o la burla; sin embargo, mi dueño se aferraba tercamente a ese precio; veintidós dólares. No rebajaba un céntimo. El rey se admiraba mucho, comparando su gran físico con el mío, pero su fachenda real le perjudicaba, y no resultaba vendible; nadie quería un esclavo de esa clase. Yo me consideraba a salvo de separarme del rey debido al precio extravagante que por mí pedía mi propietario. No, yo no esperé jamás pertenecer al caballero de quien he hablado; pero él sí que tenía algo que yo esperaba que pudiera pertenecerme si nos hacía visitas con frecuencia. Ese algo era un objeto de acero con una punta larga, que le servía

para sujetarse delante el amplio vestido exterior de paño. Tenía tres de esos objetos de acero. En dos ocasiones me había chasqueado, porque no se acercó a mí lo suficiente para llevar a cabo con seguridad completa mi proyecto; pero en esta última vez tuve éxito; logré apoderarme del más bajo de los tres sujetadores, y cuando el caballero lo echó en falta pensó que lo había perdido por el camino.

La casualidad me proporcionó un minuto de alegría, pero inmediatamente la casualidad hizo que volviese a ponerme triste. Cuando, como de costumbre, el trato de compra estaba a punto de fracasar, el propietario habló súbitamente y dijo algo que en inglés moderno podría expresarse de este modo:

—Bueno, oíd esto. Estoy fastidiado de no sacar provecho de estos dos. Dadme veintidós dólares por éste, y os doy el otro de propina.

Fue tal la ira del rey que se quedó casi sin respiración. Empezó a sentir ahogos y fatigas, mientras nuestro propietario y el caballero se alejaban discutiendo.

—Si sostenéis esa oferta hasta...

—La sostendré hasta mañana a esta misma hora.

—Pues entonces, mañana a esta hora os contestaré—dijo el caballero y desapareció, acompañado del amo.

Poco tiempo tenía para calmar al rey, pero lo aproveché. Le susurré al oído lo siguiente:

—Vuestra Majestad saldrá de aquí por nada, pero de una manera muy distinta. Y yo también saldré por nada. Esta noche estaremos los dos en libertad.

—¡Ah! ¿Y cómo va a ser eso?

—Con este artefacto que he robado abriré estos candados y nos libraremos de estas cadenas esta noche mismo. Cuando el amo venga, a eso de las nueve y media para pasarnos en revista antes de dormir, nos apoderaremos de él, lo amordazaremos y aporrearemos, y por la mañana temprano saldremos de esta ciudad como propietarios de esta caravana de esclavos.

No pude decirle más, pero el rey se quedó encantado y satisfecho. Aquella noche aguardamos pacientemente a que nuestros compañeros de esclavitud estuviesen dormidos y lo demostrasen por el signo acostumbrado; no se deben tomar muchos riesgos con tan pobres compañeros, si es posible evitarlos. Lo mejor es guardarse uno mismo sus propios secretos. Es seguro que ellos no se mostraron más inquietos que los demás días, pero a mí no me lo pareció. A mí me pareció que no iban a acabar nunca de iniciar sus ronquidos normales. A medida que pasaba lentamente el tiempo me llené de nerviosidad, temiendo que no tendríamos del suficiente para nuestras necesidades; hice por ello varios intentos prematuros, y la consecuencia fue un retraso mayor; allí en la oscuridad, parecíame que no podía tocar un candado sin levantar un traqueteo que siempre interrumpía el sueño de alguno, haciendo que se diese vuelta y despertase a algún otro de los de la cuadrilla.

Por último conseguí librarme de todos mis hierros, y me sentí otra vez hombre libre. Hice una profunda inspiración de alivio, y tanteé en busca de las cadenas del rey. ¡Demasiado tarde! En ese momento entra el amo, llevando en una mano la luz y en la otra su pesada garrota. Yo me arrojé mucho al revolcadero de los que roncaban, para ocultar todo lo que fuese posible el que yo estaba libre de cadenas, y permanecí vivamente al acecho, dispuesto a saltar sobre mi hombre en el instante en que él se inclinase sobre mí.

Pero no se acercó. Se detuvo, contempló distraído un momento la masa confusa que formábamos, pensando evidentemente en alguna otra cosa; luego dejó en el suelo su luz, y se dirigió ensimismado hacia la puerta; antes que nadie pudiera imaginarse lo que iba a hacer, salió y la cerró a sus espaldas.

—¡Rápido! —dijo el rey—. ¡Hacedle entrar de nuevo!

Naturalmente que aquello lo que había que hacer, y que yo me levanté, y salí al instante. Pero, válgame Dios, que en aquel entonces no existía alumbrado y la noche era oscura. Sin embargo, distinguí confusamente una figura a pocos pasos de distancia. Me abalancé hacia ella, me eché encima, ¡y la cosa tomó al instante la mayor animación! Luchamos, nos golpeamos, forcejeamos y atrajimos al instante una multitud. Los espectadores se interesaron vivamente en la lucha y nos animaron todo lo que pudieron; a decir verdad, no se habrían mostrado más complacidos y más cordiales ni aunque estuviésemos luchando por ellos. De pronto estalló detrás de nosotros un barullo tremendo, y casi la mitad de nuestro auditorio nos abandonó precipitadamente, para dedicar su simpatía al nuevo espectáculo. Empezaron a ondear linternas en todas direcciones; era que la ronda de vigilancia acudía de todas partes. De pronto cayó sobre mis espaldas una alabarda a modo de recordatorio, y comprendí lo que aquello significaba. Estaba preso. Y también mi adversario. Nos encaminaron hacia la cárcel, uno a cada lado del vigilante. ¡Aquello sí que era un desastre! ¡Un plan magnífico quedaba súbitamente reducido a la nada! Traté de imaginarme lo que ocurriría cuando el propietario descubriese que era yo quien había peleado con él; y lo que ocurriría si nos encerraban juntos en el departamento general para alborotadores y pequeños delincuentes, según era la costumbre; y lo que... Pero en ese momento, mi adversario volvió la cara en dirección mía, y cayó sobre ella la insegura luz de la linterna de hojalata del vigilante. ¡Y por San Jorge! ¡Aquél era otro hombre!

CAPITULO XXXVII

UN TRANCE TERRIBLE

¿Dormir? Imposible. Habría sido imposible, naturalmente, en aquella bulliciosa caverna que era la cárcel, con su sarnosa muchedumbre de borrachos, alborotadores y bribones que entonaban canciones a coro. Pero lo que verdaderamente hacía imposible soñar con dormir era mi torturadora impaciencia por salir de aquel lugar y descubrir todo el alcance de lo que podría haber ocurrido allá, en el alojamiento de los esclavos, a consecuencia de la intolerable equivocación mía.

La noche fue larguísima, pero al fin llegó la mañana. Yo hice ante el Tribunal un relato completo y franco de lo ocurrido. Dije que era un esclavo, y que pertenecía al gran conde Grip, que poco después de oscurecido había llegado al mesón del Tabardo, situado en la aldea del otro lado del río que se había detenido a pasar allí forzosamente la noche, porque se sintió mortalmente enfermo de unos dolores extraños y súbitos. Yo recibí orden de cruzar el río a toda prisa y venir a la ciudad para llevar conmigo al mejor de los médicos; estaba haciendo lo que podía para encontrarlo; como es natural, iba a todo correr; la noche era oscura y tropecé con esta persona vulgar, que me agarró del cuello y empezó a aporrearme, aunque yo le dije la misión que llevaba y le supliqué que tuviese en cuenta el peligro mortal en que se encontraba el gran conde mi señor...

El villano aquel me interrumpió y dijo que aquello era mentira; ya se disponía a explicar de qué manera me había lanzado yo contra él, atacándolo sin que mediara entre nosotros una palabra, cuando:

—¡Silencio, señor! —dijo el Tribunal—. Llévadlo de aquí y aplicadle algunos latigazos para que aprenda cómo ha de tratar otra vez a la servidumbre de un noble. ¡Andando!

El Tribunal me pidió entonces perdón, confiando en que no dejaría de decir a su señoría que ninguna culpa tenía el Tribunal en que hubiese ocurrido una cosa tan lamentable. Contesté que lo dejaría bien aclarado, y me despedí. A tiempo lo hice, porque el Tribunal empezó a preguntarme que por qué no alegué esos hechos en el momento en que fui detenido. Yo dije que no había pensado en ello—cosa que era cierta—y que además, aquel hombre me había quitado el juicio a fuerza de porrazos, y otras excusas por el estilo, alejándome sin dejar de hablar un momento.

No esperé a que me sirvieran el desayuno. No creció la hierba debajo de mis pies. Pronto llegué al alojamiento de los esclavos. ¡Vacío—allí no había nadie—es decir, alguien quedaba: el propietario! Yacía allí hecho papilla, y a su alrededor se venían señales de una lucha terrorífica. A la puerta de la barraca y sobre un carro había un burdo féretro; trabajadores, ayudados por la Policía, abrían camino entre la multitud boquiabierta a fin de poder llegar hasta la barraca y entrar con el féretro.

Elegí a un hombre de situación lo bastante humilde para que condescendiese en hablar con una persona tan desaseada como yo, y logré que me diese su relato de lo ocurrido.

—Había aquí dieciséis esclavos. Se sublevaron por la noche contra su amo y ya veis como terminó la cosa.

—Sí, pero ¿cómo empezó?

—No hay otros testigos que los esclavos. Aseguran que el esclavo de mayor precio se libtó de sus cadenas y escapó de algún modo extraño; creen que fue por arte de magia, porque él no tenía llave, y los candados no están rotos ni en manera alguna estropeados. Cuando el amo descubrió su pérdida, se puso loco de desesperación y acometió a sus esclavos con una pesada garrota; aquellos resistieron, le rompieron el espinazo y le causaron diversas heridas, que le produjeron rápidamente la muerte.

—Es terrible. Con seguridad que lo van a pasar mal los esclavos cuando los juzguen.

—¡Por la Virgen! Ya han sido juzgados.

—¡Que han sido juzgados!

—¿Iban a tardar una semana en asunto tan sencillo? No tardaron ni siquiera la mitad de un cuarto de hora.

—No veo cómo pudieron en tan corto espacio de tiempo determinar quiénes eran los culpables.

—¿Quiénes eran los culpables? No se han detenido en detalles de esa clase. Los han condenado a todos sin excepción. ¿No conocéis la ley? Esa ley, que según dicen, dejaron los romanos al marcharse de aquí, que si un esclavo mata a su amo, todos los esclavos de éste deben pagarlo con la vida.

—Es cierto. Lo había olvidado. ¿Y cuándo matarán a éstos?

—Lo probable es que los maten antes de las veinticuatro horas; aunque hay quien dice que esperarán un par de días más, por si en ese tiempo descubren al esclavo que falta.

¡Al esclavo que falta! Esas palabras me intranquilizaron.

—¿Creéis probable que lo encuentren?

—Seguramente que lo encontrarán antes de que termine el día. Lo están buscando por todas partes. Han montado la guardia en las puertas de la ciudad con algunos de los esclavos para que éstos lo descubran si él pasa por allí, y no se deja pasar a nadie sin que antes lo sometan a un examen.

—¿Podría uno ver el lugar en que han sido encerrados los demás?

—El exterior, sí. Supongo que no tendréis interés en conocer el interior de ese lugar. Me quedé con la dirección de aquella cárcel con vistas al futuro, y luego me alejé de allí paseando. En la primera tienda de ropas de segunda mano que encontré en una callejuela, me hice con un traje burdo como para un marinero que tuviese que hacer un viaje a lugares muy fríos, y me coloqué en la cara un grueso vendaje, diciendo que me dolían las muelas. De ese modo, oculté mis perores magullamientos. La transformación fue completa. Ya no parecía al que era la víspera. Acto seguido, salí en busca de los alambres, los encontré y seguí la línea hasta su cubil. Se hallaba la central en una habitación pequeña encima de una carnicería, lo cual indicaba que el negocio no tenía mucha animación en la línea telegráfica. El muchacho que tenía ésta a su cargo dormitaba junto a su mesa. Cerré la puerta y me metí en el pecho la enorme llave. El muchacho se sintió alarmado, e iba ya a alborotar cuando yo le dije:

—Ahorraos el aliento; si abría la boca, daos por muerto. Tamborilead con vuestro instrumento. ¡Vivo! Llamad a Camelot.

—¡Esto me deja atónito! ¿Cómo es posible que un hombre de vuestra condición conozca ciertos asuntos que...?

—¡Llamad a Camelot! Soy hombre que se encuentra en un trance desesperado. Llamad a Camelot, o apartaos del aparato para que llame yo.

—¿Cómo es eso..., vos?

—Yo, sí. Basta de cháchara. Llamad al Palacio.

El joven llamó al Palacio.

—Y ahora, llamad a Clarence.

—¿A qué Clarence?

—No os preocupe a qué Clarence. Decid que necesitáis que se ponga Clarence; os contestarán.

Así lo hizo. Esperamos cinco minutos con el alma en un hilo, diez minutos — ¡qué largo parecía aquello!—, y de pronto resonó un cliqueteo que me era tan familiar como la misma voz humana; porque Clarence había sido mi propio discípulo.

—¡Y ahora, mocito, ausentaos! Temí que hubiesen podido conocer mi tacto en el aparato, y por eso juzgué que era más seguro que llamaseis vos; pero ahora ya no os necesito.

El mozo se retiró de la habitación, y puso oído atento para escuchar, pero nada sacó, porque yo empleaba lenguaje cifrado. No perdí tiempo en cumplidos con Clarence, sino que planteé en redondo y en el acto la situación de esta manera:

—El rey está aquí y está en peligro. Nos capturaron y fuimos traídos aquí como esclavos. No nos sería posible demostrar nuestra personalidad, y la verdad es que yo no estoy en situación de hacerlo. Enviad al Palacio de aquí un telegrama redactado en términos convincente.

Su contestación llegó en el acto:

—Ahí no saben nada acerca del telégrafo; no tienen todavía experiencia en la materia, porque la línea de Londres es muy nueva. Es preferible no correr ese riesgo. Pudieran ahorcaros. Pensad alguna otra cosa-

¡Que pudieran ahorcarnos! ¡Qué poco sabía lo cerca que andaba de la realidad! De momento no se me ocurría nada. Pero de pronto me asaltó una idea y la expuse:

—Enviad quinientos caballeros seleccionados con Lancelot a la cabeza; pero enviadlos a la carrera. Dadles orden de que entren por la puerta del Sudoeste, y que busquen al hombre que llevará un trapo blanco alrededor del brazo derecho.

La contestación fue inmediata:

—Saldrán dentro de media hora.

—Perfectamente, Clarence; y ahora decid a este mozo que yo soy un amigo vuestro y que tengo el servicio gratis; decidle también que tiene que ser discreto y no hablar una palabra de esta visita mía.

El aparato comenzó a hablarle al joven, y yo me alejé de allí a toda prisa. Empecé a calcular. Dentro de media hora serían las nueve. Caballeros y caballos con pesadas armaduras no podían correr mucho. Vendrían al mejor paso posible, y ahora que el suelo estaba en buenas condiciones, sin nieve ni barro, harían probablemente siete millas por hora; quizá tendrían que cambiar de caballos un par de veces; llegarían, pues, a eso de las seis o un poco más tarde. Aún habría bastante luz: distinguirían la tela blanca que yo me anudaría alrededor de mi brazo derecho, y yo me pondría al frente de aquellos hombres. Rodearíamos la cárcel y sacaríamos de allí en menos que canta un gallo, al rey. La cosa resultaría bastante exhibicionista y pintoresca, bien mirado todo, aunque yo habría preferido el mediodía, porque en ese caso habría tenido un aspecto mucho más teatral.

Además, y para reforzar las cuerdas de mi arco, juzgué conveniente ir en busca de algunas de las personas conocidas que yo había visto antes, presentándome a ellas. Estos nos ayudaría a salir de nuestro apuro, sin los caballeros, pero era preciso que yo obrase con cautela, porque se trataba de un asunto arriesgado. Necesitaba ataviarme con ropas suntuosas, y era imposible adquirirlas, así, de pronto. Lo que yo tenía que hacer era llevar la cosa gradualmente; me compraría uno tras otro varios trajes en tiendas muy alejadas una de otra, y cada traje que comprase habría de ser más elegante que el anterior, hasta llegar por último a la seda y al terciopelo, poniéndome así en condiciones de realizar mi proyecto. Empecé, pues.

Pero el plan fracasó en un abrir y cerrar de ojos. Al doblar la primera esquina di de manos a boca con uno de nuestros esclavos, que merodeaba acompañado de un vigilante. Tosí de sorpresa, y aquel hombre me dirigió una súbita mirada que se me clavó en el tuétano. Creo que le pareció que él había oído antes aquella tos. Yo me metí en el acto dentro de una tienda y me acerqué al mostrador, pidiendo el precio de varios artículos y acechando con el rabillo del ojo. La pareja aquella se había detenido, conversaron entre ellos, y se pusieron a mirar desde la puerta hacia el interior. Yo tomé la resolución de salir por la parte trasera, si es que había salida por allí, y le pregunté a la tendera si me permitía pasar al interior para ver si no andaba por allí el esclavo huido, porque se le creía oculto en la parte trasera de alguna casa; le dije que yo era un funcionario disfrazado, y que mi compañero estaba a la puerta vigilando a uno de los asesinos; ¿tendría la bondad de llegarse a él y decirle que no había falta que esperase, que era mejor que marchase al otro extremo de la callejuela y que se preparase a cortar el paso al fugitivo cuando yo lo ahuyentase de su escondite?

La mujer ardía en deseos de conocer a uno de aquellos ya célebres asesinos, y marchó en el acto a cumplir mi encargo. Yo me deslicé por la parte de atrás, cerré a mi espalda la puerta, me metí la llave en el bolsillo, y me alejé, riéndome para mis adentros, muy tranquilo.

Pues bien: otra vez lo había echado todo a perder; otra vez había cometido un error. Mejor dicho, dos errores. Yo tenía muchos recursos para desembarazarme de aquel funcionario de una manera sencilla y plausible; pero no, yo tenía que elegir la manera pintoresca; es el defecto más hiriente de mi carácter. Además, yo había tomado mis disposiciones, calculando lo que aquel funcionario, como hombre que era, haría

naturalmente; mientras que, cuando uno menos lo espera, ocurre que las personas hacen de cuando en cuando precisamente lo que no es natural que hagan. Lo natural para el funcionario en este caso era echar a correr detrás de mí; y se encontraría con una fuerte puerta de roble, bien cerrada, entre él y yo; antes que él pudiera echarla abajo, me encontraría yo lejos y lanzado a un sucesivo cambio de disfraces desorientadores, mediante los cuales no tardaría en llegar a encontrarme dentro del atavío que constituiría protección más segura contra los inoportunos sabuesos de la ley que en Inglaterra, que todas las inocencias y purezas de carácter. Pero en lugar de hacer lo natural, el funcionario me tomó la palabra y siguió mis instrucciones. Por eso, cuando yo salí al trote de aquel callejón sin salida, muy satisfecho de mi propia habilidad, el vigilante dobló la esquina y yo caí justamente en sus grilletes. Si yo hubiese sabido que aquél era un callejón sin salida... Pero no busquemos excusas a un disparata como el que hice, y dejésmolo estar. Carguémoslo en la cuenta de las pérdidas y ganancias.

Desde luego, yo estaba indignado, y juré que volvía de un largo viaje, y toda una serie de cosas, para ver si con ello conseguía engañar a aquél esclavo. Pero no lo conseguí. Me reconoció. Entonces le eché en cara el que me traicionase. Pareció más sorprendido que lastimado. Abrió unos ojos muy anchos, y dijo:

—Cómo, ¿querríais que yo os dejase escapar, precisamente a vos, para que no os ahorquen con nosotros, siendo como sois la causa de que nos vayan a ahorcar? ¡Eso está bueno!

« Eso está bueno »; era una manera de decir: «No me hagas reír» o « Me gusta la cosa». Aquella gente tenía frases muy raras.

—Pues bien: lo cierto es que en su manera de ver la cuestión había una especie de justicia bastarda, de modo que no seguí con el asunto. Cuando con razonamiento no se consigue curar un desastre, ¿de qué sirve razonar? No es ésa mi manera. Por eso le dije únicamente.

—No os van a ahorcar. Ninguno de nosotros será ahorcado.

Aquellos dos hombres se echaron a reír, y el esclavo dijo:

—Hasta ahora no os teníamos por loco. Será mejor que mantengáis vuestra buena reputación, teniendo en cuenta que el esfuerzo que hagáis no durará mucho.

Pues bien: lo aguantaré, porque antes de mañana habremos salido de la cárcel y estaremos en libertad de ir además a donde nos plazca.

El inteligente funcionario se levantó la oreja izquierda con su dedo pulgar , carraspeo y dijo:

—Saldréis de la cárcel, sí; decís verdad. Y saldréis para poder ir a dónde os plazca, a condición de que no queráis pasearos fuera del triste reino de su majestad el diablo.

Yo me dominé, y dije con indiferencia:

—¿De modo que os imagináis que de verdad nos van a ahorcar dentro de uno o dos días?

—Eso pensaba no hace muchos minutos, porque eso es lo que se había decidido y proclamado.

—¿De modo , pues, que habéis cambiado de resolución, no es eso?

—Pues sí; entonces, únicamente lo pensaba; ahora, lo sé.

Me sentí sarcástico, y dije:

—¡Oh sabio servidor de la ley, dignaos decirme entonces lo que sabéis!

—¡Sé que seréis ahorcado en el día de hoy, a mitad de la tarde! ¡Hola! Parece que este disparo ha dado en el blanco. Apoyaos en mí.

La verdad es que yo necesitaba apoyarme en alguien. Mis caballeros no podían llegar a tiempo. Llegarían con unas tres horas de retraso. Nada en el mundo podía salvar al rey de Inglaterra; ni a mí, que era lo más importante. Más importante, no precisamente para mí, sino para la nación, para la única nación del mundo que estaba lista para que en ella floreciese la civilización. Sentí mareos. No dije nada más, porque no había nada que decir. Yo sabía lo que aquello significaba; que si se encontraba al esclavo que había desaparecido, se revocaría la postergación, y se nos ejecutaría hoy mismo. Pues bien: el esclavo desaparecido había sido encontrado.

CAPITULO XXXVIII

SIR LANCELOT Y LOS CABALLEROS AL RESCATE

Se acercaban las cuatro de la tarde. La escena tenía lugar fuera de las murallas de Londres. Era un día de sol magnífico, agradable, fresco y hermoso; uno de esos días que le hacen a uno querer vivir y no morir. La multitud era prodigiosa y llegaba hasta muy lejos; y con todo ello, nosotros, los quince pobres diablos, no teníamos un solo amigo entre la concurrencia. Míresele por donde se le mire, había algo de doloroso en ese pensamiento. Allí estábamos nosotros, encima del elevado cadalso, el blanco del odio y de la burla de todos aquellos enemigos. Se nos estaba convirtiendo en un espectáculo dominical. Habían construido una especie de gran palco para la nobleza y para los hidalgos; habían concurrido la mayoría de ellos llevando a sus mujeres. Identificamos a muchísimos.

El rey tuvo un rasgo que sirvió de breve e inesperada diversión a la multitud. En cuanto nos vimos libres de nuestras cadenas, se alzó revestido de sus fantásticos harapos, con la cara llena de magullamientos e imposible de ser reconocido por nadie, se proclamó a sí mismo como Arturo, rey de Inglaterra, y amenazó con los tremendos castigos de los traidores a todos cuantos allí se hallaban presentes, si alguien tocaba un cabello de su cabeza sagrada. Se quedó sobresaltado y sorprendido al oír como el auditorio estallaba en un inmenso bramido de risa. Aquello lastimó su dignidad, y el rey se encerró entonces en el mutismo, aunque la multitud le pidió que siguiese hablando, y se esforzó por provocarlo a ello con maullidos, burlas y gritos de:

—¡Dejadle que hable! ¡Oh rey, oh rey! Vuestros humildes súbditos tienen hambre y sed de las palabras de sabiduría pronunciadas por la boca de su amo y señor Su Majestad Sagrada y Harapienta!

Pero de nada le sirvió. Arturo se revistió de toda su majestad, y permaneció sentado e inmovible bajo aquella lluvia de desprecios e insultos. Aquel hombre era, desde luego, grande a su modo. Yo, sin darme cuenta de lo que hacía, me despojé de mi vendaje y me lo até alrededor de mi brazo derecho. Cuando la muchedumbre lo advirtió empezó a tomarla conmigo, y decía:

—Sin duda que este marinero es su ministro. Fijaos en el rico distintivo de su cargo. Yo los dejé hablar hasta que se cansaron, y entonces les dije:

—Sí, soy su ministro, el Patrón; y mañana tendréis de Camelot pruebas tales que...

No pude seguir. Me ahogaron con sus jubilosas burlas. Se hizo luego el silencio; los sherifs de Londres, con sus túnicas oficiales, y seguidos de sus subordinados, empezaron a moverse, de manera que daban a entender que iba a empezar el asunto. En medio del silencio absoluto que siguió, leyeron nuestro crimen, luego, la sentencia de muerte, y todo el mundo se descubrió, mientras un sacerdote recitaba una oración.

Acto continuo vendaron los ojos a un esclavo; el verdugo bajó su cuerda. Por delante de nosotros pasaba la carretera llana, nosotros estábamos a un lado de la misma, la compacta multitud formaba un muro al otro lado de la carretera—que estaba despejada de obstáculos por la Policía—.

¡Qué satisfacción sería la de ver a mis quinientos hombres a caballo llegar por ella a toda velocidad! Pero no, eso estaba fuera de toda posibilidad. Yo seguí la franja de la carretera que se perdía a los lejos, y no se veía en ella a un solo jinete ni señal de ninguno. Dieron un tirón, y el esclavo quedó colgado del dogal, balanceándose; balanceándose y manoteando horriblemente, porque no le habían atado los miembros.

Se hizo bajar una segunda cuerda, y al instante se balanceó en el aire otro esclavo.

Un minuto después forcejeaba un tercer esclavo en lo alto. Aquello era terrible. Volví un instante mi cabeza para mirar a otro lado, y al volver a mi posición anterior eché de menos al rey ¡le estaban vendando los ojos! Me quedé paralizado; no podía moverme, me ahogaba, mi lengua estaba petrificada. Acabaron de vendarle los ojos, y lo condujeron debajo de la cuerda. Me era imposible sacudir la impotencia que me atenazaba. Pero cuando vi que le pasaban el lazo corredizo por el cuello, se disparó todo dentro de mí, y salté a salvarlo, y al hacerlo volví a dirigir una mirada a lo lejos. ¡Por San Jorge! ¡Allí venían quinientos caballeros con sus cotas de malla y su espada al cinto, montados en bicicletas!

Espectáculo como aquél no se ha visto jamás. ¡Cómo ondulaban los penachos y cómo centelleaba y ardía el sol en el interminable cortejo de las ruedas claveteadas!

Cuando Lancelot apareció a la vista marchando a toda velocidad agité yo mi brazo derecho —él identificó mi trapo—; arranqué yo el nudo corredizo y la venda de los ojos y grité:

—¡De rodillas todos vosotros, atajo de canallas, y salud al rey! ¡Quien no lo haga cenará esta noche en el infierno!

Yo empleo siempre este estilo retumbante cuando llega el momento supremo. Fue magnífico ver a Lancelot y los muchachos abalanzarse al cadalso y tirar por la borda a los sherifs y demás por el estilo. Fue magnífico ver a la asombrada multitud postrarse de rodillas y suplicar que les perdonase la vida al rey, al que acababan de hacer objeto de sus befas y de sus insultos. Y mientras el rey se apartaba a un lado recibiendo aquel homenaje, vestido con sus harapos, yo pensé para mis adentros que verdaderamente hay algo característicamente grande en el porte y los andares de un rey.

Mi satisfacción fue inmensa. Mirando en conjunto toda la situación, fue aquél uno de los efectos más despanpanantes provocados por mí.

Poco después se acerca a mí Clarence. ¡Clarence en persona! Me guiña un ojo y me dice en un estilo muy moderno:

—¡Vaya sorpresa! ¿Eh? Adiviné que os gustaría. Hace ya tiempo que he tenido a los muchachos ejercitándose en secreto. ¡Y que no tenían hambre de que se les presentase la oportunidad de hacer una exhibición!

CAPITULO XXXIX

LUCHA DEL YANQUI CON LOS CABALLEROS

Otra vez en nuestra casa, en Camelot. Una o dos mañanas después encontré que me había puesto el periódico con la tinta todavía húmeda, junto a mi plato, en la mesa del

desayuno. Busqué las columnas de anuncios, sabiendo que allí encontraría algo de interés personal para mí. Ese algo era esto:

YO EL REY

Sabed que el gran lord e ilustre caballero, Sir Sagramor, habiendo condescendido en enfrentarse en singular combate con el ministro del rey, Hank Morgan, al que llaman el Patrio, para obtener satisfacción de una ofensa antigua, estos caballeros justarán en el palenque cerca de Camelot a eso de las cuatro de la mañana del día 16 del próximo mes. El combate será hasta el último extremo, puesto que dicha ofensa fue de carácter mortal, y que no admite componendo

YO EL REY

El editorial en que Clarence comentaba ese asunto, decía lo siguiente:

Una ojeada a nuestras columnas de anuncios permitirá darse cuenta de que la comunidad va a verse favorecida con un festejo de extraordinario interés, en el renglón de los torneos. Los nombres de los artistas son garantía de que el público se divertirá. La taquilla se abrirá al mediodía del día trece, entrada general con número, 3 céntimos, silla reservada, cinco céntimos, el producto se destinará al fondo de hospitales, la pareja real y toda la Corte se hallará presente. Salvo estas excepciones, la de la Prensa y la del Clero, la lista de entradas de favor se halla estrictamente suspendida. Se pone en guardia a los interesados para que no compren boletos a los especuladores, porque serán rechazados en la puerta. Todo el mundo conoce y quiere al patrón, todo el mundo conoce y quiere a Sir Sagramor, pues demos a estos mozos una buena despedida. Recordad que los ingresos se destinarán a una obra grande y hermosa de caridad a una obra cuya amplia benevolencia extiende su mano generosa, cálida con la sangre de un cerafón amante, a todos los que sufren, cualquiera que sea su raza, credo, condición o color, a la única obra de caridad fundada hasta hoy en la tierra que no tiene espíritu político-religioso para abrir y cerrar su compasión, sino que dice: ¡Aquí fluye el manantial, que vengan todos y beban! ¡Acudid todos! Traeos con vosotros bueñuelos y vuestros caramelos, y pasad un buen rato. En el mismo terreno se pondrán a la venta tortas, y piedras para romper las tortas, también limonada de la del circo, a saber, tres gotas de jugo de limón en un barril de agua. N.B. Este torneo es el pimero que se celebra con sujeción a la nueva ley que permite a cada combatiente emplear el arma que prefiera. Debéis tomar nota de esto.

Hasta el día señalado no se habló en toda Inglaterra, de otra cosa que de este combate. Todos los demás tópicos se hundieron en la insignificancia y desaparecieron del pensamiento y del interés de los hombres. Esto no ocurrió porque un torneo fuese cosa extraordinaria; tampoco porque sir Sagramor hubiese encontrado el Santo grial, porque no lo había encontrado, sino que había fracasado; no fue porque uno de los duelistas era el segundo personaje oficial del reino; no, todos esos detalles eran cosa vulgar. Sin embargo, existían grandes razones para que la próxima pelea despertase un interés extraordinario. Ese interés hacía del hecho de que la nación sabía que no se trataba de un duelo entre dos simples mortales, como si dijéramos, sino de un duelo entre dos magos poderosos. Un duelo que no era del músculo, sino de la inteligencia; no de la habilidad humana, sino del arte y de la profesión sobrehumana; la lucha final por la supremacía entre los dos más

grandes encantadores de la época. Comprendíase que las hazañas más prodigiosas de los caballeros más afamados nada valían en comparación con un espectáculo como éste; solo podían ser un juego de niños en contraste con esta otra batalla misteriosa y terrible de los dioses. Sí, todo el mundo sabía, que lo que en realidad se iba a celebrar era un duelo entre Merlín y yo, que ambos íbamos a medir nuestros poderes mágicos. Todos sabían que Merlín había estado noches y días enteros atareado en imbuir las armas y la armadura de sir Sagramor, con poderes sobrenaturales de ataque y defensa, y que le había proporcionado por mediación de los espíritus del aire un velo flotante, que lo hacía invisible a su antagonista, aunque fuese visible a los demás. Contra sir Sagramor, armado y protegido de esa manera, nada podían hacer, ni siquiera un millar de caballeros; y contra él no podía prevalecer ninguna clase de encantamientos. Eran éstos unos hechos seguros; no había duda alguna, ni razón alguna de dudar, acerca de ellos. Sólo quedaba una pregunta pendiente: ¿Existirían otra clase de encantamientos, desconocidos de Merlín, capaces de convertir en transparente, para mí, el velo de sir Sagramor, y de hacer que su cota de malla encantada fuese vulnerable para mis armas? Esa era la cuestión que había de decidirse sobre el terreno. Hasta entonces, el mundo permanecía en suspenso.

Por todo ello pensaba el mundo que allí se jugaba una partida inmensa, y el mundo estaba en lo cierto, pero no era la partida que la gente se imaginaba. No, con aquella tirada de dados se jugaba una cosa muchísimo mayor: La vida de la caballería andante. Yo era un campeón, desde luego; pero no el campeón de la frívola magia negra, sino el campeón del duro y frío sentido común y de la razón. Yo entraba en la liza para destruir la caballería andante o caer víctima de ella.

Aunque el espacio designado para los espectadores era grandísimo, no había fuera de la palestra ningún lugar vacío a las diez de la mañana de día dieciséis. La descomunal tribuna de gala se hallaba adornada con banderas, gallardetes, ricos tapices, y en ella se apretujaban varios acres de pequeños reyezuelos tributarios, con sus respectivos cortejos, y la aristocracia británica; ocupaba el sitio de honor nuestra pareja real, y todos y cada uno de los individuos allí presentes eran otros tantos prismas centellantes de terciopelos y colores chillones, la verdad sea dicha, yo no había visto jamás nada comparable con aquello, fuera de una pelea entre una puesta de sol en el alto Mississippi y la aurora boreal. Otro espectáculo magnífico lo constituía el enorme campamento de tiendas de campaña embanderadas y de alegres colores, que se levantaban a un extremo de la palestra, y en cada una de las cuales había a la puerta un centinela muy rígido y un brillante escudo, colgado junto al centinela, como un cartel de desafío. Hay que tener presente que allí se encontraban todos los caballeros de alguna ambición o que tenían algo de sentimiento de casta; no era secreto para nadie el sentimiento que yo experimentaba hacia su orden, de manera que allí estaba su oportunidad. Si yo vencía a sir Sagramor en mi pelea, todos tendría el derecho de desafiarme, mientras yo tuviera voluntad de responderles.

Al extremo nuestro de la palestra sólo había dos tiendas de campaña; una para mí y la otra para mis servidores. A la hora señalada, el rey hizo una señal, y los heraldos, luciendo sus tabardos, aparecieron y leyeron la proclama, nombrando a los combatientes y dando a conocer cuál era la causa de la pelea. Hubo una pausa, luego resonó un toque de trompeta, que era la señal para que nos presentásemos las dos contendientes. Toda la multitud contuvo su aliento, y en todas las caras resplandeció una ardiente curiosidad.

| Sir Sagramor salió de su tienda, a caballo, convertido en un imponente torre de hierro, majestuoso y rígido, con su descomunal lanza, recta en su encastre y sujeta por su fuerte mano, la cara y el pecho de su enorme caballo encajonados en acero, y el cuerpo del

mismo adornado con ricas gualdrapas, que casi arrastraban por el suelo. ¡Era una figura de los más imponente! Estalló un gran clamoreo de bienvenida y admiración.

Y luego salí yo. Pero yo no levanté ningún griterío. Reinó por un momento un silencio elocuente y admirado; luego, una ola enorme de risa empezó a correr por todo aquel mar humano; pero una clarinada de advertencia detuvo en seco su curso. Yo iba vestido con el atavío más sencillo y más cómodo de gimnasta; un mono de malla color carne, desde el cuello hasta los talones, con adornos acampanados de seda azul alrededor de la cintura y sin nada en la cabeza. Mi caballo no pasaba del tamaño medio, pero era muy vivo, ágil de miembros, con músculos que parecían resortes de reloj, y un galgo corriendo.

Era una hermosura, brillante como la seda, y desprovisto de todo arreo cómo cuando nació, salvo la brida y la silla de batidor.

La torre de hierro y la lujos sobrecama avanzaron haciendo piruetas incómodas, pero graciosas por el palenque, y mi caballo y yo avanzamos ligeros a su encuentro. Hicimos alto: la torre saludó, y yo contesté; acto continuo giramos y cabalgamos el uno al lado del otro hasta la gran tribuna, y nos encaramos con nuestro rey y con nuestra reina, a los que rendimos acatamiento. La reina exclamó:

—¡Pero cómo, sir Patrón! Queréis luchar desnudo y sin lanza, espada, ni...

Pero el rey la hizo callar y le dio a entender con un par de frases corteses que ése no era asunto suyo. Sonaron otra vez las trompas; nos separamos y cabalgamos hacia los dos extremos del palenque, tomando posiciones. En ese momento el viejo Merlín se presentó y lanzó un delicado velo de hilo sutil por encima de sir Sagramor, que hizo entonces la impresión de ser el fantasma de Hamlet; el rey hizo una señal, sonaron las trompas, sir Sagramor puso su gran lanza en ristre, y un instante después avanzó retumbando hacia mí con su velo flotando detrás, y yo avancé como una flecha silbando por el aire a su encuentro, pero alzando mi oreja, como si siguiese el avance y la posición invisible del caballero por el oído y no por la vista. Estalló un coro de gritos animadores a favor de sir Sagramor y sólo una voz valerosa me lanzó una frase cordial gritando:

—¡Duro con él, astuto Jaime!

Se podía apostar a iguales que era Clarence quien me había preparado aquello, y quien, además había proporcionado la frase. Cuando la formidable punta de lanza estuvo a yarda y media de mi pecho, yo ladeé hacia fuera sin esfuerzo alguno mi caballo, y el imponente caballero pasó por mi lado dando un lanzazo en el aire. Esta vez conseguí muchos aplausos. Volvimos a gritar, tomamos impulso y nos lanzamos de nuevo el uno contra el otro. Otro fallo del caballero y un trueno de aplausos para mí. Repetimos otra vez la misma suerte; esta vez los aplausos se convirtieron en torbellino, lo que hizo perder la serenidad a sir Sagramor; varió en el acto su táctica y emprendió la tarea de perseguirme para derribarme. La verdad es que en eso no tenía la menor probabilidad en el mundo, con todas las ventajas de parte mía; yo me salía de pronto de su camino con toda facilidad, siempre que me daba la gana, y en una ocasión me revolví para darle unas palmadas en la espalda.

Por último yo tomé la iniciativa de la caza y, desde entonces, que girase, se retorciese o hiciese lo que le daba la gana, ya no consiguió seguirme; siempre le ganaba yo la mano en sus maniobras. Renunció, pues, a esa tarea y se retiró al extremo del palenque que le correspondía. Era evidente que había perdido los estribos, y se olvidó hasta el punto de lanzarme un insulto, que bastó para que yo me decidiese. Desprendí mi lazo del cuerno de mi silla y empañé los círculos del mismo en mi mano derecha. ¡Esta vez sí que hubierais debido verlo avanzar! Se trataba, con seguridad, de un viaje de negocios; por su porte se

adivinaba que todo lo veía rojo. Yo estaba muy suelto sobre mi caballo trazando con el nudo corredizo de mi lazo amplios círculos alrededor de mi cabeza; en cuanto él tomó velocidad, yo me lancé a su encuentro, y cuando la distancia que nos separaba quedó reducida a cuarenta pies lancé las culebreantes espirales de la cuerda por el aire y luego me hice rápidamente a un lado, giré y contuve a mi bien entrenado corcel con las patas en tensión y dispuesto a aguantar el golpe. Un instante después la cuerda se tensó y arrancó a sir Sagramor fuera de la silla. ¡Válgame Dios, y qué sensación causó aquello!

Indudablemente, lo que le da popularidad en este mundo es la novedad. Aquella gente no había presenciado hasta entonces nada de las tácticas de los vaqueros, y el espectáculo los levantó del suelo de entusiasmo. De todas partes y de todas las bocas salió el mismo grito:

—¡Bis, bis!

Yo me pregunté para mis adentros de dónde habrían sacado la palabra, pero no había tiempo para meterse en temas filológicos, porque todo el enjambre de la caballería andante estaba ya bordoneando, y mis perspectivas de negocio no podían ser mejores. En cuanto soltaron mi lazo y condujeron a sir Sagramor en brazos a su tienda, yo recogí la cuerda, me coloqué en posición y empecé a hacer girar mi nudo corredizo otra vez alrededor de mi cabeza. Estaba seguro de que podría emplearlo en cuanto eligiesen sucesor a sir Sagramor, cosa que no podía tardar mucho habiendo tantos candidatos anhelantes. Así fue y eligieron inmediatamente... a sir Harvis de Rebel.

¡Bzzz! Allí venía, igual que casa ardiendo; esquivé, pasó él como un relámpago, con los círculos de mi cuerda de pelo de caballo cayendo alrededor de su cuello; un segundo después, ¡fast!, la silla de su caballo estaba vacía.

Pidieron otra vez el bis; y luego otra, y otra, y otra vez me hicieron bisar. Cuando llevaba desarzonados con mi cuerda a cinco hombres, los de las cotas de malla empezaron a ver las cosas malamente, se detuvieron y consultaron entre ellos. Consecuencia de esa consulta fue el decidir que era ya tiempo de dejar de lado la etiqueta, y enviaron contra mí a sus fuertes y mejores hombres. Ante el asombro de ese pequeño mundo, yo enlacé a sir Lamorak de Galis, y tras él a sir Galahad. No había, pues, otro recurso que jugar su nota de triunfo, es decir, sacar al palenque al magnífico entre los magníficos, al poderosos, al grande sir Lancelot en persona.

¿Era o no momento de sentirme orgulloso? Creo que sí. Allí estaba Arturo, rey de Inglaterra; sí, y allí estaba Ginebra y todas las tribus de pequeños reyes y reyezuelos de provincias, y en aquel campamento de tiendas, algunos reyes famosos de distintos países; y estaba también el cuerpo más selecto que se conocía entre los caballeros andantes, el de los caballeros de la Mesa Redonda, el más ilustre de la cristiandad; y, lo que todavía era más, el sol mismo de su brillante sistema estaba allí lanza en ristre, convertido en el punto focal de cuarenta mil ojos, llenos de adoración; y allí estaba yo, muy solo, esperándolo. Cruzó por mi imaginación la imagen amada de cierta telefonista de West Hartford, y yo hubiera querido que pudiera contemplarme en ese trance. Entonces avanzó el Invencible con el ímpetu de un torbellino—el mundo de los cortesanos se alzó en pie y se inclinó hacia adelante—; los ominosos círculos danzaron en el aire, y en el tiempo que cuesta un parpadeo arrastraba yo por el campo a sir Lancelot, de espaldas, enviando besos con la mano a la tempestad de pañuelos ondeantes y al retumbo de los aplausos con que saludaban mi victoria.

Yo me dije a mí mismo, mientras recogía mi lazo y lo colgaba del cuerno de la silla, permaneciendo en ella como borracho de gloria: «La victoria es completa, nadie se

arriesgará contra mí; la caballería andante ha perecido». Considérese cuál no sería mi asombro—y el de todos los demás— al oír el sonar de trompetas que anuncia que otro competidor se dispone a entrar en la liza. Allí había un misterio; yo no podía explicarme aquello. Acto seguido vi que Merlín se alejaba furtivamente de mí, ¡y entonces me fijé en que había desaparecido mi lazo! El antiguo prestidigitador me lo había robado, sin duda alguna, y se lo llevaba escondido debajo de su túnica.

La trompa volvió a sonar. Miré y allí se venía contra mí otra vez Sagramor, caballero en su caballo, limpio del polvo de sus ropas y con el velo lindamente arreglado otra vez. Fui hacia él al galope y fingí descubrirlo pro el ruido de los cascos de su caballo. El me dijo:

—Sois rápido de oído, pero no escaparéis de ésta—y se llevó la mano a la empuñadura de su espadón—. Si vos no podéis ver esta arma debido a la influencia del velo, sabed que no se trata de la embarazosa lanza, sino de una espada, y me parece que no vais a saber evitar sus golpes.

Se había levantado la bisera del casco; su sonrisa amenazaba muerte. Era evidente que yo no lograría esquivar su espada. Esta vez alguien iba a morir. Si él descargaba el golpe sobre mí, yo podía decir quién era el muerto. Avanzamos ambos a la par y saludamos a las personas reales. Esta vez el rey estaba turbado, y me dijo:

—¿Dónde tenéis vuestra extraña arma?

—Me la han robado, Majestad.

—¿Tenéis otra a mano?

—No, Majestad, porque sólo traje una.

Entonces intervino Merlín:

—Sólo traje esa única porque no había otra que traer. No existe ninguna otra sino ésta. Pertenece al rey de los demonios del mar. Este hombre es un farsante y un ignorante; de otra manera, habría sabido que esa arma sólo puede usarse en ocho combates y que luego desaparece volviendo a su casa debajo del mar.

—Entonces está desarmado—dijo el rey—. Sir Sagramor, le concederéis permiso para pedir prestada un arma.

—¡Y yo se la prestaré! —dijo sir Lancelot, que se acercó renqueando—. Es un valeroso caballero, tan valeroso como el que más, y yo le entregaré mis armas.

Se llevó la mano a la espada para sacarla de su vaina, pero sir Sagramor dijo:

—Estaos quieto; eso no puede ser. El peleará con sus propias armas; pudo elegir las que quiso y traerlas. Si se ha equivocado, páguelo su cabeza.

¡Caballero! —dijo el rey—. Estáis cegado por la pasión, y la pasión turba el cerebro. ¿Serías capaz de matar a un hombre desnudo?

—Si lo hace, tendrá que rendirme cuentas a mí—dijo sir Lancelot.

—¡Se las rendiré a cualquiera que me las pida! —replicó acalorado sir Sagramor.

Merlín intervino, fortándose las manos y sonriendo con su villana sonrisa de maligna satisfacción:

—¡Eso está bien dicho, perfectamente bien dicho! Y basta ya de parlamentar; sírvase el rey mi señor dar la señal para el combate.

El rey tuvo que ceder. Las trompetas lo anunciaron y nosotros nos separamos llevando nuestros caballos hasta los puestos respectivos. Nos colocamos firmes a cien yardas de distancia, cara a cara el uno del otro, rígidos e inmóviles como estatuas a caballo. Y de esa manera permanecimos, en un silencio absoluto, un minuto entero, mientras todos contemplaban, y nadie hacía el menor movimiento. Se hubieron dicho que el rey no tenía

alma para dar la señal. Por último alzó su mano, resonó la limpia nota de una trompa, la larga hoja de la espada de sir Sagramor describió una curva centellante en el aire, ofreciendo una vista verdaderamente magnífica. Yo permanecí inmóvil. El seguía avanzando. No me moví. La gente estaba tan excitada, que de todas partes me gritaban:

—¡Huid, huid! ¡Salvaos! ¡Esto es un asesinato!

Yo no me moví ni una pulgada hasta que la retumbante aparición estuvo a menos de quince pasos de mí; entonces saqué de mi pistolera un revólver de caballería, se produjo una llamarada y un estampido, y el revólver volvió a la pistolera antes que nadie hubiese podido decir lo que había ocurrido.

Un caballo sin jinete avanzaba a toda velocidad, y más allá yacía sir Sagramor completamente inmóvil.

La gente que corrió en su ayuda se quedó muda de asombro al encontrarse con que aquel hombre había quedado sin vida, en apariencia sin razón alguna, porque no estaba herido en el cuerpo y no tenía ninguna lastimadura. En el pecho de su cota de mallas había un agujero, pero no dieron importancia a una cosa tan pequeña como ésa; y como la herida de bala produce muy poca sangre, no descubrieron ninguna debido a las ropas y a las envolturas de debajo de la armadura. Se arrastró el cadáver para permitir que el rey y los elegantes pudieran examinarlo. Como es natural, quedaron estupefactos de asombro. Se me pidió que me acercase y explicase el milagro. Pero yo permanecí rígido como una estatua y contesté:

—Si es una orden acudiré, pero mi señor el rey sabe que yo permanezco donde las leyes del combate me exigen que permanezca por si alguien más desea combatir conmigo.

Esperé. Nadie me desafió. Entonces dije:

—Si hay alguien que duda que este campo ha sido bien y noblemente ganado, no esperaré a que me desafíen y los desafío yo.

—Es un ofrecimiento valerosos y muy digno de vos—dijo el rey—¿A quién nombraréis primero?

—¡No nombro a nadie, sino que los desafío a todos! Aquí estoy yo, y que se atreva la caballería andante de Inglaterra a venir contra mí, no individualmente, sino en masa.

—¡Cómo! —gritó una veintena de caballeros.

—Ya habéis oído el reto. Levantadlo o, de lo contrario, os proclamaré caballeros cobardes y vencidos a todos y cada uno.

Como comprenderéis, con ello me tiraba un farol. En momento así es buena norma el mostrar cara arrogante y apostar cien veces más o que valen vuestras cartas; en cuarenta y nueve casos sobre cincuenta no hay nadie que se atreva a querer, y entonces arrambláis con las fichas. ¡Pero ésta vez precisamente, qué queréis, las cosas se pusieron feas! En menos que canta un gallo quinientos caballeros saltaban a caballo, y antes que pudierais parpadear avanzaban en un amplio frente y entre un retumbo de armas y cascos contra mí. Saqué los dos revólveres de mis pistoleras y empecé a medir distancias y calcular probabilidades.

¡Bang! Una silla vacía. ¡Bang! Otra. Bang..., bang..., y dos por el suelo. Yo tiraba, pero ellos avanzaban de modo que estábamos a mano. Si yo gastaba el undécimo tiro sin convencer a aquella gente, el duodécimo caballero me mataría sin duda alguna. Nunca me he sentido más feliz que cuando mi novena bala derribó a su hombre y descubrí un movimiento de vacilación en la multitud, el movimiento que precede al pánico. Si yo hubiera perdido un momento habría perdido un momento habría perdido mi última

probabilidad. Pero no lo perdí. Levanté ambos revólveres y apunté; la hueste hizo alto, permaneció en su terreno un buen cuarto de minuto y luego se desbandó y huyó.

Había ganado el día. La caballería andante estaba atacada de muerte como institución. La civilización se ponía en marcha. ¿Cuáles era mis sentimiento? ¡Eso sí que no podréis imaginároslo jamás!

¿Y el hermano Merlín? De nuevo sus valores quedaron por el suelo. De una manera u otra, cuantas veces la magia charlatanesca intentaba vérselas con la magia de la ciencia, aquélla se quedaba sin adeptos.

CAPITULO XL

TRES AÑOS MÁS TARDE

Cuando quebré en esa ocasión el espinazo de la caballería andante, ya no me creí obligado a trabajar en secreto allí. Al día siguiente mismo saqué a la luz pública mis escuelas ocultas, mis minas y el basto sistema de fábricas y talleres clandestinos, ante el mundo asombrado. Es decir, expuse el siglo XIX a la vista del siglo VI.

Siempre es buena táctica sacar rápidamente todas las ventajas de una victoria. Los caballeros estaban temporalmente abatidos; pero si yo quería que siguiesen así era preciso que los dejase pura y simplemente paralizados; con menos que eso no me saldría con la mía. Como comprenderéis, mi último golpe en el palenque había sido un completo farol; era natural que, si yo les dejaba una probabilidad, ellos a esa conclusión. No debía, pues, darles tiempo; y no se los di.

Renové mi desafío, lo grabé en bronce, lo coloqué en alto, donde cualquier clérigo pudiera leérselo, y lo dejé también como anuncio permanente en las columnas del periódico.

No sólo lo renové, sino que lo agrandé. Dije en el mismo que señalasen el día y yo, con cincuenta ayudantes míos, haría frente a toda la caballería andante en masa de todo el mudo y la destruiría.

Esta vez no faroleaba. Hablaba en serio, y podía llevar a cabo lo que prometía. No había manera de tergiversar el lenguaje de aquel cartel de desafío. Hasta el más torpe caballero andante se daba cuenta de que era un caso terminante de “herrar o quitar el banco”. Fueron prudentes y optaron por lo último. Durante los próximos tres años no dieron ninguna molestia digna de mención.

Fijaos en los tres años transcurridos y volved luego la vista a Inglaterra. Era ésta ya una nación feliz y próspera, que había sufrido notables alteraciones. Había escuelas por todas partes y varios colegios superiores; tenía también un buen número de periódicos bastante buenos. Incluso la literatura empezaba a tomar vuelo; sir Dinadan, el humorista, fue el primero en salir al campo por un volumen de chistes canosos, con los que yo llevaba familiarizado trece siglos. Si no hubiese incluido en el volumen aquel chiste rancio del conferenciante, yo nada hubiera dicho; pero no pude soportar ese chiste. Prohibí el libro y ahorqué al autor.

La esclavitud estaba muerta y enterrada; todos los hombres eran iguales ante la ley; los impuestos eran también iguales. El telégrafo, el teléfono, el fonógrafo, la máquina de escribir, la máquina de coser y todos los mil artefactos fáciles y manejables del vapor y la electricidad se abrían camino en el favor del público. Teníamos en el Támesis uno o dos pequeños barcos de vapor, teníamos barcos de guerra a vapor y estábamos en los

comienzos de una marina de guerra mercante a vapor. Yo me preparaba para enviar una expedición al descubrimiento de América.

Estábamos construyendo varias líneas de ferrocarril y teníamos terminada y funcionando la de Camelot a Londres. Yo tuve la astucia de hacer que todos los cargos relacionados con el servicio de pasajeros fuesen considerados como altamente honrosos y distinguidos. Mi propósito era el de atraer a los caballeros andantes y a la nobleza, convirtiéndolos en seres útiles, evitando que causasen daño. El plan funcionó muy bien, y hubo gran competencia por conseguir dichos cargos. El conductor del exprés 4.33 era un duque; ninguno de los conductores de trenes de pasajeros de la línea tenía un título inferior al de conde. Todos ellos eran buenas personas, pero tenían sus defectos, que no me fue posible curar, de modo que no tuve más remedio que hacer la vista gorda; no querían dejar a un lado sus armaduras y se quedaban con el dinero de los billetes, quiero decir, que robaban a la compañía.

Apenas si en todo el país había algún caballero que no estuviese ocupado en un empleo útil. Iban y venían de un extremo a otro del mismo dedicados a toda clase de actividades misioneras útiles; su afición al vagabundeo y la práctica que tenían en el mimo los convirtió totalmente en los más eficaces propagandistas que teníamos de la civilización. Iban vestidos de acero y equipados con espada, lanza y hacha de combate, y cuando no lograban convencer a una persona de que comprase una máquina de coser a plazos, o un melodeón, o una cerca de alambre espinoso, o un periódico prohibicionista, o alguna de las mil y un cosas que ellos vendían de casa en casa, suprimían al recalcitrante y pasaban a otro.

Yo era muy feliz. Las cosas se desenvolvían con firmeza hacia una finalidad que yo ansiaba en secreto desde hacía mucho tiempo. Tenía en mi cabeza dos propósitos, que eran los más grandiosos de todos mis proyectos. El uno consistía en derribar la iglesia y levantar sobre sus ruinas la fe protestante, no como una iglesia oficial, sino como un “elegid lo que gustéis”; el otro proyecto era el conseguir que se publicase un decreto ordenando que se establecería, a la muerte de Arturo, el sufragio universal, y que se daría lo mismo a los hombres que a las mujeres, o por lo menos, a todos los hombres, sabios o no sabios, y a todas las madres que en su edad mediana supiesen casi tanto como sus hijos a los veintiún años. Arturo viviría todavía unos treinta años más, porque era, más o menos, de mi propia edad—es decir, que tenía cuarenta—, y yo creía que en todo ese tiempo podría conseguir fácilmente que la parte activa de la población de aquel entonces estuviese preparada y deseosa de un acontecimiento que sería el primero de su clase en la historia del mundo: una revolución gubernamental a fondo, completa y sin derramamiento de sangre. El resultado sería una república. Y, llegado a este punto, da lo mismo que confiese una cosa, y cuando lo pienso no me siento avergonzado: que yo empezaba a sentir un ruin hormigueo de ser yo mismo su primer presidente. Sí, también en mí había más o menos de temperamento humano. Pude descubrirlo.

Clarence compartía mi opinión sobre la revolución, pero con ciertas modificaciones. El estaba por una república sin castas privilegiadas, pero con una familia real hereditaria a la cabeza de la misma, en lugar de un jefe nombrado por elección. En opinión suya ninguna nación que hubiese conocido el gozo de venerar a una familia real podía ser despojada del mismo sin que descaeciese y muriese de melancolía. Yo le argumenté que los reyes eran peligrosos. El me dijo: “Pues entonces, poned gatos para reyes”. Me dijo que él estaba seguro de que una familia real de gatos serviría para el caso lo mismo. Resultarían tan útiles como cualquier otra familia real, entenderían de los asuntos lo mismo que ésta, poseerían

las mismas virtudes y los mismos instintos traicioneros, la misma inclinación a retozar con otros gatos reales, serían tan risiblemente vanidosos y absurdos, sin darse cuenta de ello, y, además, no costarían absolutamente nada; finalmente, gozarían de un derecho divino tan sólido como cualquier otra casa real, y “Zapirón VII, Zapirón XI o Zapirón XIV, rey por la gracia de Dios”, sonaría tan bien como aplicado a los gatazos reales corrientes con calzas de punto. Clarence me dijo en su más limpio lenguaje moderno:

—Como regla general, el carácter de aquellos gatos estaría bastante por encima del término medio de los reyes, lo cual constituiría una inmensa ventaja moral para la nación, porque ésta toma siempre por modelo de su conducta la conducta del monarca. Como la veneración de la realeza es, en su base, un disparate, resultaría fácil el que estos gatos graciosos e inofensivos se convirtiesen en seres tan sagrados como cualquier otra persona real; más aún que cualquier otra persona real, porque pronto se vería que ellos no ahorcaban a nadie, no descabezaban a nadie, no metían a nadie en la cárcel, no infligían crueldades o injusticias de ninguna clase, por todo lo cual resultarían mucho más dignos del amor profundo y de esa reverencia. Los ojos de todo el mundo acosado se fijarían pronto en este sistema tan humano y tan bondadoso, y empezarían a desaparecer los carniceros que se llaman reyes; sus súbditos cubrirían sus vacantes con gatitos de nuestra familia real; nos convertiríamos en una fábrica; proveeríamos a todos los tronos del mundo; antes de cuarenta años toda Europa estaría gobernada por gatos, y seríamos nosotros quienes los proveyésemos. Entonces empezaría el reinado de la paz universal, para no acabarse nunca. ¡Miau-murrumiau-fss fuu!

¡Diablo con Clarence! Yo me había imaginado que hablaba en serio y ya empezaba a dejarme convencer; pero de pronto salió con aquellos maullidos y del sobresalto me hizo pegar un bote. Pero aquel muchacho no tomaba nunca las cosas en serio. No sabía lo que era la seriedad. Había trazado un adelanto claro, perfectamente racional y factible, sobre la monarquía constitucional, pero era demasiado ligero para darse cuenta él mismo, y tampoco para preocuparse lo más mínimo de su hallazgo. Iba yo a reprenderlo, pero en ese instante entró volando la Rubia, fuera de sí de terror y tan ahogada de sollozos, que no pudo hablar por espacio de un minuto. Yo corrí hacia ella, la estreché en mis brazos y entre un derroche de caricias le dije suplicante:

— ¡Habla, corazón, habla! ¿De qué se trata?

Su cabeza cayó desmayada sobre mi pecho y jadeó en voz casi imperceptible:

—¡Hola, central!

—¡Rápido! —le grité a Clarence—Telefoned que venga al homeópata del rey!

Dos minutos después estaba yo arrodillado junto a la camita de la niña y la Rubia enviaba a todas partes y por todo el Palacio servidores. Me bastó una ojeada para darme cuenta de la situación. ¡Difería! Me incliné y cuchicheé:

—¡Despierta, cariño! ¡Hola central!

Ella abrió lánguidamente sus dulces ojos y logró decir:

—Papá.

Aquello era un consuelo. Todavía no estaba, ni con mucho, muerta. Envié en busca de preparados de sulfuro y busqué yo mismo una olla para inhalaciones; porque cuando la Rubia o la niña están enfermas yo no me quedo sentado en espera de los médicos. Yo sabía cómo cuidar de ambas, y había tenido ya práctica. La niña había vivido en mis brazos una buena parte de su corta vida y muchas veces me las arreglaba para calmar sus molestias y hacerla reír entre el rocío de sus pestañas cuando no lo había conseguido su madre.

Sir Lancelot, revestido de su más brillante armadura, atravesó el gran salón camino del Consejo de la Bolsa; era presidente del mismo y ocupaba la Silla Peligrosa, que había comprado a sir Galahad; porque el Consejo de la Bolsa estaba compuesto de caballeros de la Mesa Redonda y se servían de ella para tratar de negocios. Los asientos de la Mesa Redonda se cotizaban..., la verdad en que no creeríais en que cantidad, y por eso no vale la pena de darla aquí. Sir Lancelot era un bajista, y había montado una especulación en los valores de una de las nuevas líneas, en ese momento se preparaba a estrujar a los alcistas; ¿y qué hay con eso? Seguía siendo el mismo querido Lancelot de siempre, y cuando al pasar por delante de la puerta vio que su niña preferida estaba enferma no necesitó más; ¡allá se las entendiensen entre ellos los alcistas y los bajistas, que a él le daba lo mismo! Vendría inmediatamente y permanecería junto a la pequeña Hola central, pasase lo que pasase. Eso fue lo que hizo. Dejó su yelmo en un rincón, y medio minuto después había colocado ya un nuevo pabito en la lámpara de alcohol y estaba calentando la cacerola de inhalaciones. Para entonces la Rubia había colocado ya un solio, hecho con una manta, por encima de la cuna, y todo estaba listo.

Sir Lancelot hizo que el líquido empezase a evaporarse ; él y yo cargamos la cacerola con cal viva y ácido carbónico; le agregamos un punto de ácido láctico y luego la llenamos de agua y metimos el pico de la salida de vapor debajo del solio. Ya todo marchaba a la perfección y nos sentamos a un lado y otro de la cuna para montar la guardia. La Rubia se mostró tan agradecida y tan reconfortada, que ella misma cargó dos largas pipas de arcilla de tabaco de corteza y de hierbas y nos invitó a que fumásemos cuando nos pareciese, porque el humo no podía llegarle a la niña, cubierta como estaba con la manta, y porque ella estaba acostumbrada ya, pues había sido la primera mujer del país que había visto echar una bocanada de humo. La verdad sea dicha, no era posible un espectáculo más satisfecho y confortable que el de sir Lancelot revesitod de su noble armadura y sentado con simpática serenidad a un extremo de una nívea pipa de arcilla de una largura de una yarda. Era un hombre hermoso, un hombre encantador, y estaba resuelto a hacer felices a una mujer a y a los hijos que tuvieran . Pero ya se comprenderá que Ginebra...; sin embargo, de nada sirve lamentar lo ya hecho y que no es posible remediar.

Pues bien: sir Lancelot alternó conmigo en la guardia desde ese momento, durante tres días con sus noches, hasta que la niña estuvo fuera de peligro; entonces la levantó en sus fuertes brazos y la besó, mientras las plumas de su penacho caían alrededor de la cabeza de oro de la niña; luego volvió a dejarla suavemente en el regazo de la Rubia, dirigiéndose majestuoso al través del gran salón, por entre filas de hombres de armas y de lacayos, hasta desaparecer de allí. ¡Y ninguna clase de instinto me advirtió que ya no volvería a verlos jamás en este mundo! ¡Válgame Dios, y qué mundo desconsolador en el nuestro!

Los médicos dijeron que sí queríamos devolver a la niña la salud y la energía era preciso que cambiase de aires. Que debíamos llevarla a que respirase a los aires marinos. Tomamos, pues a un hombre de armas, a un cortejo de doscientas sesenta personas y nos embarcamos para un crucero. Al cabo de quince días de navegar desembarcamos en la costa francesa, y los médicos pensaron que era un buena idea el permanecer allí algún tiempo. El reyezuelo de aquella región nos ofreció su hospitalidad, y nosotros la aceptamos de buen grado. Si el reyezuelo hubiese podido ofrecernos tantas comodidades como los que le faltaban, lo habríamos pasado muy satisfactoriamente; aun y con todo lo pasamos muy bien en su viejo y curioso castillo, gracias a la ayuda de lujos y comodidades que llevamos del barco.

Al cabo de un mes envié la embarcación a Inglaterra en busca de nuevas provisiones y de noticias. Esperábamos que regresase a los tres o cuatro días. Entre otras noticias tenía que traerme la del resultado de cierto experimento que yo había iniciado. Se trataba de un proyecto mío para sustituir los torneos con algo que pudiera proporcionar un escape a la presión excesiva del vapor de la caballería andante, que mantuviese entretenidos a aquellos elegantes, evitando que hiciesen ningún daño y que conservase, al propio tiempo, lo bueno que había en ellos, es decir, su valeroso espíritu de emulación. Yo llevaba algún tiempo entrenando en secreto a un grupo selecto de aquellos personajes, y se acercaba ya la fecha de su primer esfuerzo público.

El experimento consistía en un partido de béisbol. Con objeto de dar popularidad desde el principio al asunto y de ponerlo a salvo de toda crítica, seleccioné mis equipos de nueve teniendo en cuenta su alcurnia, no su capacidad. En ninguno de los dos equipos formaba ningún caballero que no fuese un soberano con cetro. Téngase en cuenta que alrededor de Arturo había siempre plétora de esa clase de elementos. Imposible tirar un ladrillo en cualquier dirección que fuese sin dejar inválido a un rey. Ya se comprenderá que no me fue posible conseguir que esas gentes prescindiese de su armadura; no se la quitaban ni cuando se metían en el baño. Todo lo más que yo conseguí fue que consintiesen en diferenciar las armaduras de modo que cualquier pudiese distinguir un equipo del otro. Por consiguiente, uno de los equipos llevaba capotes amplios de cota de malla y el otro armaduras brillantes de mi nuevo acero Bessemer. Su actuación en el campo fue de lo más fantástico que yo he visto nunca. Como estaban a prueba de pelotazos, no se apartaban nunca ni esquivaban, sino que permanecían rígidos y cargaban con el pelotazo; cuando un Bessemer estaba en el bate y la pelota le golpeaba, ésta saltaba, en ocasiones, a ciento cincuenta yardas. Y cuando un jugador emprendía la carrera y se tiraba de bruces para deslizarse hasta su base, aquello era lo mismo que un acorazado que entraba en el puerto. Al principio nombré de árbitros a personas sin alcurnia, pero tuve que renunciar a esa costumbre. Aquellos hombres no eran más fáciles de contentar que los demás equipos. Por lo general, la primera decisión que tomaba el árbitro era la última; lo partían en dos de un estacazo, y sus amigos tenían que llevarlo a casa recogiendo sus pedazos encima de un tablero. Cuando la gente vio que ningún árbitro sobrevivía a un partido el arbitraje perdió popularidad. No tuve, pues, más remedio que nombrar a alguien cuyo rango y elevada posición en el gobierno lo protegiese. He aquí los nombres de los dos equipos:

BESSEMERS

Rey Arturo
Rey Lot de Lothan
Rey Marsil
Rey de la Pequeña Inglaterra
Rey Labor
Rey Pellán de Listengese
Rey Haguemagus
Rey Tolleme La Feintes
Rey de Northgales

CAPOTES LARGOS

Emperador Luctus
Rey Logris
Rey Marhalt de Irlanda
Rey Morganore
Rey Marcos de Cornwall
Rey Nentres de Garlot
Rey Meliodas de Lionos
Rey de El Lake
El Sowdan de Syria

Arbitro: Clarence

El primer partido en público atraería, con toda seguridad, cincuenta mil personas; y por lo macizo de la diversión que proporcionaría se podía dar la vuelta al mundo para presenciarle. Todo sería favorable; el tiempo, primaveral, era bello y embalsamado, y la Naturaleza toda se había revestido de su mejor ropa nueva.

CAPITULO XLI EL INTERDICTO

Pero mi atención se vio públicamente arrancada de esta clase de asuntos; nuestra niña empezó a perder terreno otra vez y no tuvimos más remedio que permanecer constantemente a su lado, porque su estado de salud era muy grave. No podíamos sufrir que nadie nos ayudase en esa tarea, de modo que la Rubia y yo nos alternamos en la guardia día tras día. ¡Qué noble corazón el de la Rubia, qué sencilla, sincera y bondadosa era aquella mujer! Como esposa y como madre resultaba intachable; sin embargo, yo no me casé con ella por ningún motivo especial, salvo el que, según las costumbres caballerescas, ella me pertenecía hasta que algún caballero me la ganase en el campo de batalla. Ella había registrado Inglaterra buscándome; al fin, me había encontrado cuando estaba ya junto a la horca, fuera de las murallas de Londres, e inmediatamente volvió a ocupar su antiguo lugar junto a mí, con toda sencillez y como si fuese aquello un deber suyo. Yo era de la Nueva Inglaterra; y mi opinión acerca de esta clase de sociedades tenía que comprometerla más pronto o más tarde. Ella no veía las razones, pero yo corté la discusión, y nos casamos. Pues bien: yo no sabía que al hacerlo sacaba premio, y, sin embargo, así fue. Antes que transcurriera un año yo me convertí en adorador suyo; y no hubo jamás camaradería más perfecta y entrañable que la nuestra. La gente habla de magníficas amistades entre dos personas del mismo sexo. ¿Qué supone la mejor de las amistades de esa clase si se la compara con la de marido y mujer, cuando son idénticos en ambos los mejores impulsos y los más altos ideales? No hay lugar a comparación entre estas dos clases de amistades; la una es terrenal, la otra es divina.

Al principio y durante mis sueños, seguía yo trasladándome con el pensamiento a trece siglos de distancia, y mi espíritu insatisfecho dirigía llamadas y voces a través de las mudas ausencias de un mundo desaparecido. Muchas veces oyó la Rubia durante mis sueños cómo salía de mis labios aquella llamada implorante. Movida de su gran magnanimidad puso aquel grito mío para siempre en nuestra niña, adivinando que era el nombre de algún ser querido que yo perdí. Me conmovió hasta las lágrimas y estuvo casi a pique de que perdiesen el equilibrio mis pies, cuando alzó su sonrisa hacia mi rostro en busca de una recompensa bien ganada, y me presentó la linda y extraña sorpresa que me tenía preparada: —Aquí tienes conservado para siempre el nombre de alguien que fue querido para ti, aquí está santificado, y su música resonará siempre en nuestros oídos. Ahora me darás un beso en señal de que ya conoces el nombre que le he puesto a la niña.

Pero yo no lo conocía, a pesar de lo que ella se imaginaba. No tenía ni la menor idea de aquello; pero habría sido un crueldad confesarlo y echar a perder su lindo juego; por eso me abstuve de hacerlo, y dije:

—¡Sí, corazón, lo sé...! ¡Y qué cariñosa y buena has sido en pensarlo! Pero quiero escucharlo de estos labios tuyos, que son también míos; quiero que sean ellos los primeros en pronunciarlo, porque entonces su música será perfecta.

Satisfecha hasta el tuétano, ella murmuró:

—¡Hola, central!

No me ref—doy siempre gracias a Dios por ello—, pero el esfuerzo que hice me destrozó todos los cartílagos y durante semanas mis huesos crujían cuando yo caminaba. Ella no descubrió jamás su error. La primera vez que oyó saludarse con esa fórmula en el teléfono se sintió sorprendida, y no le agradó; pero le dije que era yo quien lo había ordenado, a fin de que de allí en adelante y para siempre invocasen todos el teléfono con esa fórmula reverente en honor perpetuo y en recuerdo de mi amigo perdido y de su pequeña tocaya. Esto no era verdad; pero sirvió para el caso.

Pues bien: durante dos semanas y media estuvimos de guardia junto a la cuna, y nuestra profunda solicitud nos quitó la conciencia de todo el mundo exterior al cuarto aquel de la enferma. Y entonces nos llegó la recompensa, porque el centro del universo dobló el recodo y empezó a mejorar. ¿Gratitud? No es ésa la palabra. No existe vocablo alguno para lo que sentimos. Lo sabéis por vos mismo si acaso habéis estado acechando a un hijo vuestro por el valle de las sombras y lo habéis visto volver a la vida y barrer la noche del universo con una sola sonrisa que vos podíais tapar con vuestra mano, pero que lo iluminaba todo.

¡Bastó un solo instante para que nos encontrásemos de vuelta en este mundo! Y, de pronto, nos miramos el uno al otro simultáneamente, sobresaltados por el mismo pensamiento: ¿Había transcurrido más de dos semanas y nuestro barco no había regresado todavía?

Un instante después comparecí ante mis compañeros. No había más que ver sus rostros para comprender que durante todo este tiempo ellos había estado sumidos en dolorosos presagios. Pedí una escolta y marchamos al galope hasta una colina situada a cinco millas de distancia y desde cuya cima se dominaba el mar. ¿Dónde estaba mi gran flota comercial que hasta hacía poco había poblado aquellas superficies brillantes y las había hermo­seado con multitud de alas blancas? ¡Todas se habían desvanecido! Ni una sola vela de un extremo al otro del horizonte, ni una humareda; todo era soledad muerta y vacía, en lugar de aquella vida activa y boyante.

Regresé rápidamente, sin decir a nadie una palabra. Puse a la Rubia al corriente de estas feísimas noticias. No lográbamos dar con una explicación que sirviese para que empezásemos a comprender. ¿Había tenido lugar una invasión? ¿Acaso un temblor de tierra? ¿O una peste? ¿Es que la acción entera había sido barrida de la existencia? Nada se ganaba con hacer hipótesis. Era indispensable que yo marchase en el acto. Pedí prestada al rey su marina, que consistía en un barco que no abultaba más que una lancha de vapor, y pronto estuve dispuesto.

La despedida..., sí, ¡que dolorosa fue la despedida! Mientras yo me comía con mis últimos besos a la niña, ésta se reanimó y sacó del cuerpo todo su vocabulario— era la primera vez que hablaba en más de dos semanas—y nos volvió locos de alegría! ¡Qué manera más encantadora que tiene la niñez de estropear vocablos! ¡Válgame Dios, que no hay música alguna que se le pueda comparar! ¡Y cómo nos dolemos cuando ese estropear palabras acaba disolviéndose en la pronunciación correcta, sabiendo que ya no volverán a ser escuchados en nuestras afligidas orejas! ¡Qué dicha fue, después de todo el poder llevar conmigo aquel simpático recuerdo!

A la mañana siguiente me hallaba ya cerca de Inglaterra, dueño absoluto de la ancha carretera de agua salada. En Dover había barcos en el puerto, pero estaban despojados de las velas, y no se advertía a su alrededor señal alguna de vida. Era domingo; sin embargo, las calles de Canterbury estaban vacías, y, lo que era todavía más extraño, no se veía por parte alguna ni un solo sacerdote y no llegaba a mis oídos ni un solo golpe de campana. Se advertía por todas partes la tristeza de la muerte. Yo no conseguía entenderlo. Por último, en el límite extremo de esa ciudad vi un pequeño cortejo fúnebre, formado únicamente por

la familia y unos pocos amigos detrás del féretro, sin sacerdote alguno; al lado mismo había una iglesia, pero los del cortejo cruzaron por cerca de ella sollozando y sin entrar; alcé la vista al campanario; allí estaba la campana, envuelta en una mortaja y con el badajo sujeto. ¡Entonces comprendí ¡ Entonces comprendí la inmensa calamidad que había caído sobre Inglaterra. ¿Una invasión? Una invasión resulta insignificante junto a lo que ocurría. ¡Era el Interdicto!

No hice preguntas; no necesitaba preguntar nada. La Iglesia había descargado el golpe; no me quedaba otro partido que el de disfrazarme y proceder astutamente. Uno de mis servidores me dio un traje completo. Cuando estuvimos a salvo más allá de la ciudad me vestí con él, y en adelante viajé solo. No podía arriesgarme al peligro de ir acompañado. Fue un viaje lamentable. Por todas partes reinaba un silencio de desolación. Hasta en Londres mismo. El tráfico había cesado; los hombres no hablaban ni se reían, no formaban grupos, ni siquiera parejas; iban y venían, sin objeto aparente, de un lado para otro, cada hombre encerrado en sí mismo, con la cabeza baja y el espanto y el terror en su corazón. La Torre mostraba cicatrices reciente de guerra. Ciertamente que allí habían ocurrido grandes cosas.

Me proponía, como es natural, tomar el tren para Camelot. ¡El tren! La estación se hallaba tan vacía como una caverna. Seguí adelante. El trayecto hasta Camelot fue una repetición de lo que ya tenía visto. El lunes y el martes no se diferenciaron en modo alguno del domingo. Llegué muy entrada la noche. Aquella ciudad, que era la mejor alumbrada por luz eléctrica del reino y la que más se parecía entre todas las ciudades a un sol recostado, era ahora simplemente un manchón—un manchón en las tinieblas—; es decir, que su lobreguez era más espesa y más profunda que la lobreguez de todo cuanto la rodeaba, y de esa manera únicamente se distinguía un poco mejor; a mí me dio la sensación de que quizá aquello era un símbolo, una especie de señal de que la Iglesia se proponía tener el mando en sus manos y apagar de ese modo toda mi magnífica civilización. Encontré las calles sombrías , completamente faltas de vida y movimiento. Me abrí paso tanteando y con el corazón entristecido. El enorme castillo se distinguía como una masa negra en lo alto de la columna, sin que en él se divisase ni una sola chispa de luz. El puente levadizo estaba bajado, la gran puerta, abierta de par en par; entré sin que nadie me diese el alto, y mis propios tacones levantaban el único ruido que yo escuchaba, y era un ruido lo bastante sepulcral en aquellos enormes patios vacíos.

CAPITULO XLII ¡GUERRA!

Encontré a Clarence solo en sus habitaciones, sumido en melancolía; en lugar de la luz eléctrica había vuelto a instalar la antigua lámpara de harapos, y estaba sentado en la triste penumbra con todas las cortinas apretadamente corridas. Se puso de pie de un salto, y corrió a mi encuentro ansiosamente, diciendo:

—¡Oh! Vale por dos billones de milreis el poder mirar otra vez a una persona con vida. Me reconoció con tanta facilidad como si yo no estuviese disfrazado. Esto me asustó; cualquiera puede creerlo fácilmente.

—Veamos, contadme rápidamente lo que significa este terrible desastre—dije—.¿Cómo ha ocurrido?

—Veréis; si no hubiese existido una reina Ginebra, no se habría presentado el desastre tan pronto; pero, sea como sea, habría ocurrido. Habría ocurrido siendo vos la causa del mismo, aunque algo más tarde; por suerte, ha sido la reina la causante.

—Y sin Lancelot, ¿no es cierto?

—Así es.

—Dame los detalles.

—Creo que reconoceréis que no ha habido desde hace algunos años en estos reinos un par de ojos que no mirasen firmemente de soslayo a la reina y a sir Lancelot.

—Sí, hubo un par: los ojos del rey Arturo.

—Ni un solo corazón en el que no anidase la sospecha.

—Sí, el del rey; un corazón que es incapaz de pensar mal de un amigo.

—Pues bien: el rey podía haber seguido de ese mismo modo feliz y sin sospecha, hasta el fin de sus días, de no haber sido por uno de vuestros adelantos modernos, el Consejo de la Bolsa de valores. Cuando os marchasteis, tres millas del ferrocarril de Londres, Canterbury y Dover estaban dispuestos para el tendido de rieles, y también estaban dispuestos y maduros para su manipulación en la Bolsa de valores. Era aquélla una empresa arriesgada y todo el mundo lo sabía. Los valores se vendían por nada. ¿Qué se le ocurre entonces a sir Lancelot, sino...?

—Lo sé ; compró tranquilamente casi todos los valores por una copia; luego compró otro tanto y más a la especulación, exigibles a la vista; y cuando me marché estaba a punto de exigir esa liquidación.

—En efecto, la exigió. Los muchachos no pudieron entregar los valores. Tenía a los muchachos en su manos; no hizo sino apretar su garra y los estrujó. Los muchachos se estaban riendo a hurtadillas de lo listos que habían sido en venderle a Sir Lancelot valores por quince, dieciséis y más, siendo así que no valían diez. Pues bien: cuando ya habían reído lo bastante por ese lado de la boca, lo dejaron descansar pasando la risa al otro lado. ¡Fue cuando tuvieron que hacer un arreglo con el Invencible a doscientos ochenta y tres!

—¡Vaya golpe!

—Sin Lancelot los desolló vivos , y bien merecido se lo tenían; en todo caso, todo el reino se regocijó. Pues bien: entre los trasquilados estaban sir Agravaine y sir Mordred, sobrinos del rey. Final del primer acto. Acto segundo, escena primera: Un departamento en el castillo de Carlisle, al que la corte se había trasladado por algunos días para cazar. Personas presentes: toda la tribu de los sobrinos del rey. Mordred y Agravaine hacen la proposición de que se llame la atención del inocente Arturo hacía Ginebra y sir Lancelot, sir Gawaine, sir Gareth y sir Gaheris no quieren intervenir en el asunto. Se produce una disputa, y las voces suben de punto; en medio del barullo entra el rey y Mordred y Agravaine le cuenta la terrible historia. Tableau. Se tiende una trampa a Lancelot por mandato del rey, y sir Lancelot cae en ella. Hace pasar bastantes apuros a los testigos que estaban al acecho, y que eran Mordred, Agravaine y doce caballeros de rango inferior, porque los mató a todos menos a Mordred; como es natural, la cosa no era para que se arreglase la cuestión entre Lancelot y el rey, y no se arregló.

—Naturalmente, sólo una cosa podía resultar de ahí, lo comprendo. La guerra y los caballeros del reino divididos entre el partido del rey y el partido de sir Lancelot.

—En efecto, así ocurrió. El rey envió a la reina al poste, proponiéndose purificarla por medio del fuego. Lancelot y sus caballeros la rescataron y al hacerlo mataron a algunos viejos amigos vuestros y míos; a decir verdad, algunos de los mejores que hemos tenido

nunca, a saber: sir Belias el Orgullosa, sir Segwarides, sir Griflet el Hijo de Dios, sir Blandiles, sir Agrovale...

—¡Oh, me destrozáis el corazón! Sir Tor, sir Gauter, sir Gillmer..

—Esperad, que no he terminado.

—Los hombres mejores de mi equipo de nueve. ¡Que estupendo campeon era recibiendo y tirando la pelota!

—... los tres hermanos de sir Reynold, sir Damus, sir Priamus, sir Kay el extranjero...

—¡Qué incomparable era cortando avances! ¡Ea, esto se me hace insoportable!

—...sir Driant, sir Lambegus, sir Herminde, sir Pertiple, sir Perimnes, y ¿a quién más os parece?

—¡Venga ya! Seguid.

—A sir Galheris y a sir Gareth, ¡a los dos!

—¡Es increíble! Su amor por Lancelot era indestructible.

—La verdad es que fue pura casualidad. Ambos estaban allí de simples espectadores; iban desarmados, únicamente para ser testigos del castigo de la reina. Sir Lancelot derribó a todos cuantos se cruzaron en el camino de su ciega ira y mató a éstos, sin siquiera fijarse en quiénes eran. Aquí tenéis una fotografía instantánea que uno de nuestros muchachos obtuvo de la batalla; está a la venta en todos los quioscos. Mirad: los que están más cerca de la reina son sir Lancelot, con la espada en alto y sir Gareth dando su último aliento. Podéis ver la expresión de angustia en la cara de la reina por entre las ondulaciones del humo. Es una estupenda reproducción de una batalla.

—Desde luego que sí. Es preciso que guardémos bien esta fotografía, porque tiene un valor histórico incalculable. Seguid.

—Lo que queda ya por contar es una cuestión de guerra pura y simple, Lancelot se retiró a su ciudad y castillo de Joyous Hard, y se congregaron a su alrededor gran número de caballeros. El rey se dirigió allí con una gran hueste, se peleó desesperadamente durante varios días, y como resultado de esas luchas toda la llanura circundante quedó pavimentada de cadáveres y de hierro fundido. Entonces intervino la Iglesia y remendó la cosa con una paz entre Arturo, Lancelot, la Reina y todo el mundo, todo el mundo menos sir Gawaine. Este estaba furiosísimo por la muerte de sus hermanos Gareth y Gaheris y no quiso avenirse. Notificó a Lancelot que iba a echarlo de allí, que se preparase porque no tardó en seguirle con un ejército, y convenció a Arturo para que le acompañase. Arturo dejó el reino en manos de sir Mordred hasta que volviérais.

—¡Vaya! Una muestra más de la sabiduría de los reyes.

—En efecto. Sir Mordred se dedicó desde el primer momento a maniobrar para que su reinado fuese permanente. Como primera medida se dispuso a contraer matrimonio con Ginebra; ésta huyó y se encerró en la Torre de Londres. Mordred atracó; entonces, el obispo de Canterbury cayó sobre él con el Interdicto. El rey regresó; Mordred luchó contra él en Dover, en Caterbury y también en Barham De Own. Se habló luego de hacer la paz y llegar a un arreglo con estas condiciones; que Mordred conservaba Conrwall y Kent durante la vida de Arturo y que después heredaría el reino.

—¡Por vida mía! Para que mi sueño de una república siga siendo un sueño para siempre.

—En efecto. Los dos ejércitos se encontraron frente a frente cerca de Salisbury. Gawaine (que cayó en la batalla de Dover y cuya cabeza está expuesta en el castillo) se apareció a Arturo en sueños, o al menos se le apareció su espectro, y le advirtió que se abstuviese de pelear durante un mes, aunque ese retraso le costase lo que costase. Pero un accidente desencadenó la batalla. Arturo había dado orden de que si alzaba una espada mientras se

llevaban los tratos sobre la paz propuesta con Mordred, se tocasen las trompetas y se atacase, porque no tenía confianza en Mordred. Este había dado a su gente idéntica orden. Pues bien: una víbora mordió a un caballero en el talón; el caballero se olvidó de la orden y dio un tajo a la víbora con su espada. Bastó esto para que medio minuto después aquellos dos inmensos ejércitos se atacasen con estrépito. La carnicería se prolongó durante el día entero. Entonces el rey...; pero he de deciros que desde vuestra marcha hemos iniciado algo nuevo, por lo menos, en nuestro periódico.

—¿Cómo así? ¿De qué se trata?

—De una correspondencia de guerra.

—¡Eso está muy bien!

—Sí; el periódico había obtenido gran auge, porque el Interdicto no causó impresión, no entró en la gente mientras duró la guerra. Yo envié corresponsales de guerra a los dos ejércitos. Terminaré el relato de la batalla leyéndoos lo que dice uno de los muchachos:

“Entonces, el rey miró a su alrededor y vio que de todo su ejército y de todos sus buenos caballeros no quedaban con vida sino dos de éstos, que eran sir Lucan de Butiere y su hermano, sir Bedivere: los que no tardaron en ser gravemente heridos.

“Piedad, Jesús—dijo el rey—; ¿qué se ha hecho de todos mis nobles caballeros? ¡Que yo haya vivido para contemplar este triste día! Ahora sí—dijo Arturo— que he llegado a mi última hora. ¡Ojalá que yo supiese dónde está el traidor sir Mordred, causante de toda esta desgracia!” Entonces, el rey Arturo vio a sir Mordred apoyado en su espada en medio de un gran montón de muertos. “Dadme ahora mi lanza—dijo Arturo a sir Lucan—, porque allí veo al traidor que ha traído toda esta calamidad” “Señor, dejadlo estar—dijo sir Lucan—, porque bastante desgracia tiene; y si dejáis pasar este día desdichado, obtendréis completa venganza sobre ese hombre. Mi buen señor, recordar el sueño que habéis tenido esta noche y lo que os dijo el espíritu de sir Gawaine, a pesar de lo cual, Dios, con su admirable bondad, os ha conservado hasta este momento. Por amor de Dios, pues, señor mío, dejad esto por ahora. Porque, bendito Dios, que vos habéis quedado con el campo: porque aquí quedamos tres con vida y con sir Mordred no queda nadie. De modo, pues, que dejad así las cosas y habrá pasado este maligno día del Destino” “Que me lleve la muerte, o que me lleve la vida—dijo el rey—; ahora que lo veo allí solo no escapará de mis manos, porque nunca se me presentará ocasión mejor”. “Que Dios os de buena suerte” dijo sir Bedivere. Entonces, el rey empuñó su lanza con ambas manos y corrió hacia sir Mordred oyó a sir Arturo, corrió hacia él con su espada desenvainada. Entonces, el rey Arturo dio un lanzazo a sir Mordred debajo del escudo, metiéndole la lanza por el cuerpo más de una braza. Cuando sir Mordred se sintió herido de muerte, se arrojó, con toda la fuerza que le quedaba, hacia le mando de la lanza del rey Arturo. Y descargó, empuñando su espada con ambas manos, un golpe contra su protector Arturo, dándole en un lado de la cabeza con tal fuerza, que la espada penetró en el yelmo y en el cráneo, cayendo luego sir Modred muerto. El noble rey Arturo cayó a tierra desmayado, y los desmayos se le repitieron varias veces”.

—Es un buen ejemplar de correspondencia de guerra, Clarence; sois un periodista de primera fila. Bueno: ¿está ya el rey curado? ¿Resistió bien?

—No, pobre señor; ha muerto.

Me quedé de una pieza, porque yo no creía que pudiera existir para él ninguna herida mortal.

—¿Y la reina, Clarence?

—Se metió monja en Almesbury.

—¡Qué cambios! ¡Y en qué espacio de tiempo más corto! ¡Es inconcebible! ¡Y qué va a ocurrir ahora?

—Yo os diré lo que nos toca hacer.

—¿Qué?

—Jugarnos nuestras vidas y defenderlas.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que la que manda ahora es la Iglesia. El Interdicto os alcanzaba a vos junto con sir Mordred, y no se levantará mientras quedéis vos con vida. Los clanes se están reuniendo. La Iglesia ha congregado a todos los caballeros que quedan aún con vida, y en cuanto descubran vuestra presencia tendremos jaleo.

—¿Qué tontería! Con nuestro científico material de guerra; con nuestras huestes de gente entrenada...

—Ahorrad palabras. No quedamos ni sesenta leales.

—¿Qué decís? Nuestras escuelas, nuestros colegios superiores, nuestras fábricas inmensas, nuestras...

—Cuando vengan estos caballeros, todos esos establecimientos se vaciarán y se pasarán al enemigo. ¿Creéis que con la educación habíais arrancado a esas gentes la superstición?

—Estaba seguro de que sí.

—Pues podéis perder la seguridad. Lo aguantaron todo muy bien, hasta que llegó el Interdicto. Desde entonces no hacen otra cosa que presentar un exterior valeroso; pero en su interior están temblando. Grabaos bien esto en la cabeza: cuando lleguen los ejércitos, la máscara caerá.

—Duras noticias son éstas. Estamos perdidos. Volverán nuestra ciencia contra nosotros mismos.

—No lo harán.

—¿Por qué?

—Porque yo y un puñado de leales hemos cerrado el paso a esa posibilidad. Os diré lo que he hecho y lo que me movió a hacerlo. Vos sois libre; pero la Iglesia lo es más. La que os envió a realizar un crucero fue la Iglesia, valiéndose de sus servidores los médicos.

—¡Clarence!

—Esa es la verdad. Estoy enterado de ella. Todos los oficiales de vuestro barco eran fieles servidores de la Iglesia, lo mismo que todos los hombres de la tripulación.

—¿Pero que decís!

—Lo que oís. No averigüe todas esas cosas de golpe, pero al fin, las averigüé. ¿No me enviasteis informe verbal por medio del jefe del barco diciéndome que, cuando el barco volviese con los suministros, ibais a partir del puerto de Cádiz...

—¿De Cádiz? ¡Si yo jamás estuve en Cádiz!

—...que ibais a partir de Cádiz, prolongando vuestro crucero indefinidamente por los mares lejanos, para cuidar de la salud de vuestra familia? ¿Me enviasteis o no ese mensaje?

—¡Naturalmente que no! Os habría escrito, ¿no es eso?

—Eso es lo que yo me dije, y por eso me turbé y recelé. Cuando el comandante del barco se hizo de nuevo a la mar, me las arreglé para meter un espía en el barco. Ninguna noticia he vuelto a tener desde entonces ni del barco ni del espía. Yo me señalé el plazo de dos semanas para tener noticias vuestras. En vista de eso, me dispuse a despachar un barco a Cádiz. No lo hice por una razón.

—¿Cuál?

—¡Que nuestra Marina desapareció de pronto misteriosamente! De pronto también, y tan misteriosamente, cesaron de funcionar el ferrocarril, el telégrafo y el teléfono, desertaron todos nuestros hombres, fueron cortados los postes, y la Iglesia prohibió emplear la electricidad. Tuve que resolverme, poner manos a la obra, y eso a toda prisa. Vuestra vida estaba segura. Nadie en estos reinos, como no fuese Merlín, se arriesgaría a poner la mano en un mago como vos de no ir respaldado por diez mil hombres. Sólo tenía, pues, que pensar en cómo tenerlo todo dispuesto de la mejor manera posible para el momento en que vos llegaseis. Eso es lo que hice. Seleccioné de nuestras distintas fábricas a todos los hombres, quiero decir, a todos los muchachos de cuya fidelidad a toda prueba podía yo responder, los reuní en secreto y les di instrucciones. Disponemos de cincuenta y dos; ninguno de ellos inferior a los catorce años ni superior a los diecisiete.

—¿Por qué los elegisteis tan muchachos?

—Porque todos los demás habían nacido en una atmósfera de superstición y habían sido educados en la misma. La llevan ya dentro de su sangre y de sus huesos. Nosotros estábamos en la creencia de que la habían eliminado gracias a nuestra educación, y ellos también se lo imaginaban. El Interdicto los despertó lo mismo que un trueno que estalla encima de la cabeza. Se vieron tal como eran, y yo también los vi tal como eran. Con los muchachos la cosa es distinta. Los que han estado sometidos a nuestro entrenamiento desde los siete a los diez años no saben de los terrores de la Iglesia; de éstos reuní cincuenta y dos. Acto seguido hice una visita secreta a la vieja cueva de Merlín, no a la pequeña, sino a la grande...

—Sí; a la cueva en la que nosotros montamos nuestra primera gran instalación eléctrica cuando yo proyectaba un milagro.

—Así es. Y como no fue necesario entonces el milagro, me pareció que sería un idea buena el utilizar ahora la instalación. He llevado a la cueva las provisiones necesarias para sostener un asedio.

—Buena idea; idea de primera.

—Eso creo. Situé a cuatro de mis muchachos para que montasen la guardia en el interior, fuera del alcance de la vista; cualquier tentativa para entrar allí...¡que lo intente el que quiera!. Acto continuo, salí a las colinas, desenterré y corté los alambres secretos que unen vuestro dormitorio con los alambres que llegan a los depósitos de dinamita que hay debajo de todas nuestras fábricas, talleres, almacenes, etcétera, y a eso de la medianoche yo y mis muchachos salimos a trabajar y conectamos esos alambres con la cueva; nadie sino vos y yo sospecha dónde están los otros, extremos de esos alambres. Como es natural, lo enterramos todo, y dimos fin a la labor en cosa de dos horas. Cuando queramos volar por los aires nuestra civilización, no necesitaremos salir de nuestra fortaleza.

—Habéis hecho lo conveniente, y lo natural; se trata de una necesidad militar, dado el cambio que han sufrido las cosas. ¡Sí; vaya un cambio el que han sufrido! Es cierto que calculamos que en una u otra ocasión nos veríamos cercados en el palacio; pero de aquello a esto...

—Acto continuo hemos construido una alambrada.

—¿Una alambrada?

—Sí. Vos mismo apuntasteis la idea hace dos o tres años.

—¡Ya lo recuerdo! Fue la primera vez que la Iglesia probó su fuerza contra nosotros, creyendo luego prudente esperar a mejor ocasión. Bueno; ¿cómo habéis arreglado la alambrada?

—He hecho arrancar doce alambres enormemente gruesos (desnudos, no aislados) de una gran dínamo que hay en la cueva, una dínamo sin escobillas, salvo una positiva y otra negativa...

—Bien hecho.

—Los alambres salen de la caverna y forman una alambrada baja de un perímetro de un centenar de yardas cada alambre, es decir, que hay en total doce alambradas independientes, formando círculos unas dentro de otras, y sus extremidades vuelven a entrar en la caverna.

—Bien va; adelante.

—Las alambradas van sujetas por pesados postes de roble de tres en tres pies de distancia, y estos postes están clavados a cinco pies de hondura en el suelo.

—Bien: eso les da suficiente resistencia.

—Sí; los alambres no conectan con el suelo en ninguna parte fuera de la caverna, y cada uno toma tierra en ésta con independencia.

—No; eso no está bien.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado caro; gasta energía inútil. No necesitáis más tierra que la que se establece por la escobilla negativa. El otro extremo del alambre debe volver a la caverna para ser sujetado independiente de los demás y sin tomar tierra. Fijaos bien en la economía que esto representa. La caballería se precipita en tromba contra la alambrada; vos no gastáis energía, no gastáis dinero, porque sólo hay una toma de tierra hasta que los caballos toca en alambre; en el momento en que lo tocan, establecen una conexión con la escobilla negativa a través del suelo y caen muertos. ¿No comprendéis? No gastáis energía hasta el momento en que la necesitáis; tenéis a mano el rayo, dispuesto a descargarse, lo mismo que la carga en una escopeta; pero no os cuesta un céntimo hasta que lo tocáis y se dispara. Sí; la conexión única en el suelo...

—¡Naturalmente! No me explico cómo pudo pasármelo por alto. No sólo es más barato, sino que es también más eficaz que de la otra manera, porque si los alambres se rompen o se enredan, nada se pierde.

—No; especialmente si tenemos en la cueva un indicador y desconectamos el alambre roto. Bueno; sigamos ¿Y los cañones Gatling?

—Sí; también eso está dispuesto. En el centro del círculo interior, sobre una espaciosa plataforma de seis pies de altura, he agrupado una batería de trece cañones Gatling, con amplia provisión de municiones.

—Así es como se hace. Ellos dominarán todos los accesos y cuando lleguen los caballeros de la Iglesia va a armarse una buena. ¿Y en el borde del precipicio de encima de la caverna?

—También allí he situado una alambrada y un Gatling. No podrán descargar piedras sobre nosotros.

—¿Y los torpedos de dinamita en cilindros de cristal?

—No he olvidado eso tampoco. Jamás se ha plantado jardín más lindo. Forma un cinturón de cuarenta pies de anchura por la parte de fuera de la alambrada exterior, a una distancia de cien yardas de ésta, dejando una especie de campo neutral entre ambas. No hay en todo el cinturón una vara cuadrada de terreno que no tenga su torpedo. Colocamos los torpedos sobre el suelo y luego recubrimos todo con una capa de arena. Es un jardín de aspecto inofensivo; pero que se meta alguien a escardar allí y verá lo que es bueno.

—¿Hicisteis una prueba con los torpedos?

—Iba a hacerla , pero...

—¿Pero qué? Es un descuido inmenso no haber comprobado...

—¿Qué funcionan? Ya lo sé; pero me consta que están bien; coloqué algunos en la carretera, lejos de nuestras líneas, y allí los han probado.

—Eso altera la cosa. ¿Quién los probó?

—Un comité de clérigos.

—¿Qué gente más amable!

—Sí. Vinieron a mandarnos que hiciésemos acto de sumisión. Es decir, que en realidad no vinieron a probar el estado de los torpedos, sino que lo hicieron por pura casualidad.

—¿Ha hecho un informe ese comité?

—Sí; hicieron uno. Se oyó a una milla de distancia.

—¿Fue unánime?

—Sí, hubo unanimidad. Después de eso coloqué algunas señales para proteger a los futuros comités, y desde entonces nadie se ha entremetido.

—Clarence, habéis hecho una enormidad de trabajo, y lo habéis hecho a la perfección.

—Dispusimos de tiempo en abundancia; no hubo lugar a prisas.

Permanecimos un rato en silencio, pensando. Mi resolución estaba ya tomada y dije:

—Si, todo está listo; todo está perfecto y sin faltar detalle. Ya sé lo que tengo que hacer.

—Y yo también; sentarme y esperar.

—¿De ninguna manera, señor! ¡Levantarse y atacar!

—¿Lo decís en serio?

—¡Completamente! Yo no sirvo para la defensiva; en cambio, la ofensiva es mi especialidad. Es decir, cuando tengo buenas cartas, cartas dos tercios por lo menos tan buenas como las del enemigo. Sí, nos adelantaremos y daremos el golpe.

—Lleváis un ciento por uno de razón. ¿Cuándo empieza la función?

—¡Ahora mismo! Vamos a proclamar la República.

—¿Eso sí que precipitará las cosas!

—¡Os aseguro que armarán una marimorena! Antes de mañana al mediodía se habrá convertido Inglaterra en un nido de avispas, si la mano de la Iglesia no ha perdido en astucia y ya sabemos que no ha perdido. Vamos a ver; vos escribiréis, y yo os dictaré , la siguiente:

PROCLAMA

PARA CONOCIMIENTO DE TODOS—Habiendo muerto el rey sin dejar heredero, es deber mío continuar en la autoridad ejecutiva de que él me invistió hasta que se haya establecido y puesto en marcha un Gobierno. La Monarquía ha caído; ya no existe más. En su consecuencia, todo el poder político ha vuelto a su fuente original: el pueblo de la nación. Y con la Monarquía han muerto también sus distintos colaboradores; han dejado, pues, de existir las clases privilegiadas, ha dejado de existir la Iglesia oficial; todo los hombres serán en adelante exactamente iguales; todos aquellos situados en un mismo plano, y la religión es libre. Se proclama, pues, la República, como un estado natural de la nación cuando deja de existir otra autoridad. Es deber del pueblo británico el reunirse inmediatamente y elegir mediante sus votos los representantes suyos, poniendo en sus manos el Gobierno.

Lo firme El Patrón, y lo feché en la cueva de Merlín. Clarence dijo:

—Con esto les decimos dónde nos encontramos y los invitamos a que vengan a visitarnos en seguida.

—Eso es lo que quiero. Nosotros atacamos (con la proclama) y luego les toca jugar a ellos. Haced que compongan , impriman y peguen por todas partes la proclama inmediatamente; es decir, dad la orden; y luego , si tenéis a mano un par de bicicletas al pie de la colina, ¡largo hacia la cueva de Merlín!

—Estaré listo dentro de diez minutos. ¡El ciclón que se va a levantar mañana cuando empiece a hacer efecto este papel! Este es un viejo y simpático palacio; ¿volveremos otra vez...? Pero no os preocupéis de semejante cosa.

CAPITULO XLIII

LA BATALLA DEL CINTURON DE ARENA

En la cueva de Merlín. Clarence, yo y cincuenta y dos muchachos británicos despiertos, alegres, bien educados, llenos de juventud. A la hora del alba envié órdenes a todas las fábricas y a todos nuestros grandes talleres, de que se apartase todo ser viviente a distancia prudente de los mismos, porque todo iba a ser volado por minas secretas “y como no decimos a qué hora, debéis abandonarlo inmediatamente”. Aquella gente me conocía y fiaba en mi palabra. Abandonarían fábricas y talleres sin esperar siquiera hacerse la raya del pelo, y yo podía elegir el momento que me convenía para la explosión. Mientras subsistiese la amenaza de explosión sería inútil que quisieseis alquilar a uno de esos hombres para que volviese a tales lugares.

Dispusimos de una semana de espera. No resultó aburrida para mí porque yo me pasé el tiempo escribiendo. En los tres primeros días di fin a la tarea de transformar mi antiguo diario poniéndolo en esta forma narrativa; no le faltaba sino un capítulo o cosa así para ponerlo al día. El resto me lo pasé en escribir a la Rubia todos los días siempre que estábamos separados, y en esta ocasión mantuve esa costumbre, por la costumbre misma y por amor a mi mujer, aunque nada podía hacer con las cartas después de escritas, como es natural. Pero ya veis que eso contribuía a pasar el tiempo y casi equivalía a conversar; era casi como si yo le dijese a ella: “Rubia, si tú y Hola-central estuvieseis en esta cueva, en vez de estar en ella únicamente en fotografía, ¡qué buenos ratos podríamos pasar! Además, qué diantre, yo podía representarme en la imaginación a mi nena gogoteando algo en contestación a mis palabras, con los puños en la boca y su cuerpo tendido de espaldas en el regazo de su madre, mientras ésta se reía llena de admiración y de adoración y le cosquilleaba de cuando en cuando a la nena debajo de la barbilla para que rompiese a cacarear, y luego quizá me dirigiese a mí alguna frase de contestación —y así sucesivamente— , ¡por vida mía, que de esa manera yo podía permanecer sentado en la cueva con la pluma en la mano y conversar con mi gente una hora seguida! ¡Si aquello era casi como estar otra vez todos juntos!

Como es natural, todas las noches mandaba espías para saber lo que ocurría. Cada informe que me llegaba presentaba las cosas de modo más impresionante. Las huestes se reunían, y continuaban reuniéndose; por todos los caminos y senderos de Inglaterra cabalgaban los caballeros, y junto a los caballeros cabalgaban los sacerdotes, para dar ánimos a estos cruzados primitivos, porque aquella era la guerra de la Iglesia. Todas las clases nobles, grandes y chicas, lo mismo que todos los hidalgos, se habían puesto en camino. Eso era lo

que yo esperaba. Ralearíamos las filas de esas gentes hasta tal punto que le pueblo ya no tendría que hacer otra cosa que salir al frente con su República y ...

¡Pero qué borrico era yo! Hacia el final de la semana empecé a ver claro en mi cerebro este hecho imponente y desilusionador: ¡la masa de la nación había lanzado sus gorras al aire y aclamado a la República por espacio de un día, y allí acabo todo! La Iglesia, los nobles, los hidalgos, los miraron entonces con ceño altanero y desaprobador, y el pueblo se encogió hasta convertirse en rebaño de carneros. Desde ese momento el rebaño de carneros empezó a ir al redil—es decir, a los campamentos—para ofrecer sus insignificantes vidas y su valiosa lana a la causa de los buenos. ¡Si hasta los hombres que hacía muy poco dejaron de ser esclavos se alineaban en la causa de los buenos y la glorificaban y oraban por ella, babeando sentimentalismos cuando hablaban de esa causa, exactamente igual que todos los plebeyos! ¿Os imagináis una basura humana como ésta? ¿Concebís idiotez semejante? Sí ahora se gritaba: “¡Muera la República!” por todas partes, sin que hubiese una sola voz disidente. ¡Toda Inglaterra se nos venía encima! En verdad que yo no pedía tanto.

Examiné muy de cerca de mis cincuenta y dos muchachos; vigilé sus rostros, su manera de andar, sus actitudes inconscientes, porque todas estas cosas constituyen un lenguaje que se nos ha dado deliberadamente para que nos traicione en los momentos graves, cuando tenemos secretos que guardar. Yo sabía que en sus cerebros y en sus corazones se repetiría una y otra vez ese pensamiento: ¡toda Inglaterra se nos viene encima!, y que a cada nueva repetición imploraría con mayor vigor su atención, representándose cada vez con mayor viveza y realismo a sus imaginaciones, hasta el punto de que ni siquiera en su sueño podrían escapar al mismo y que oirían cómo las criaturas inquietas y vagas de sus sueños les dirían: ¡Toda Inglaterra —toda Inglaterra— se nos viene encima! Yo estaba seguro de que ocurriría esto; estaba seguro de que la presión llegaría a ser tan grande, que finalmente les forzaría a darle salida; por consiguiente, yo tenía que tener preparada para ese momento una respuesta, una respuesta bien elegida y tranquilizadora.

Estaba en lo cierto. Llegó ese momento. Tenían que hablar por la fuerza. ¡Pobres mozos! Daba pena verlos tan pálidos, tan abrumados, tan llenos de turbación. El que hizo de vocero apenas si pudo al principio encontrar voz y palabras; pero luego se repuso y encontró ambas cosas. He aquí lo que él me dijo, y lo que dijo en un inglés limpiamente moderno que había aprendido en mis escuelas:

—Hemos intentado olvidarnos de que somos muchachos ingleses. Hemos intentado colocar la razón por encima del sentimiento, el deber por encima del amor; nuestras inteligencias nos aprueba, pero nuestros corazones nos censuran. Mientras en apariencia fue sólo la nobleza, fueron sólo los hidalgos campesinos, fueron sólo los veinticuatro o treinta mil caballeros que han quedado con vida después de las últimas guerras, nosotros sólo teníamos un pensamiento, y no nos turbaba ningún género de duda; todos y cada uno de estos cincuenta y dos mozos que tenéis delante se decía: “Ellos han elegido...; ése es asunto suyo.” Pero mirad ahora. El problema no es el mismo. ¡Toda Inglaterra se nos viene encima!” ¡Oh señor, medita, reflexiona! Este pueblo es nuestro pueblo, ellos son carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso; nosotros sentimos amor por ellos. ¡No nos pidáis que destruyamos a nuestra nación!

Esto que ahora me ocurría demuestra lo que sirve el prever las cosas y el prepararse de antemano para cuando ocurren. Si yo no hubiese previsto lo que iba a ocurrir y lo que yo tenía que decir, ese muchacho habría podido conmigo. Me habría sido imposible contestarle en una palabra. Pero yo estaba prevenido, y dije:

—Muchachos, vuestros corazones están donde deben estar; vuestros pensamientos son pensamientos dignos y habéis hecho lo que noblemente debíais hacer. Vosotros sois muchachos ingleses, seguiréis siendo muchachos ingleses y conservaréis ese calificativo sin mancha alguna. No tengáis preocupación, dad paz a vuestras almas. Meditad esto: es cierto que toda Inglaterra se nos viene encima; pero ¿quién viene en la vanguardia? ¿Quién, de acuerdo con las más vulgares reglas de la guerra, marchará al frente? Contestadme.

— La hueste montada de caballeros revestidos de armaduras.

— Exacto. Forman una fuerza de treinta y dos mil.

Avanzaran ocupando un fondo de muchísimos acres. Ahora bien: fijaos en esto: ¡Nadie más que ellos entrará en el cinturón de arena! Porque luego ocurrirá un episodio.

Inmediatamente después que eso ocurra, la muchedumbre de personas civiles, que vendrá en la retaguardia se retirará para atender a sus negocios en cualquier otra parte. Únicamente los nobles y los aristócratas son caballeros, y éstos únicamente serán quienes permanezcan para bailar al son de nuestra música después de ese primer episodio. Es absolutamente seguro que sólo tendremos que combatir con esos treinta mil caballeros. Y ahora habladme y se hará lo que vosotros decidáis. ¿Evitaremos el combate? ¿Nos retiraremos del campo?

—¡No!

El grito fue unánime y salido del corazón.

—Decidme: ¿tenéis miedo... tenéis miedo a estos treinta mil caballeros?

Esta broma arrancó una carcajada, desaparecieron las preocupaciones de los muchachos y acudieron alegremente a sus puestos. ¡Qué encanto de cincuenta y dos muchachos! Y que, además, eran bellos como muchachas.

Ya podía venir ahora el enemigo. Ya podía acercarse el gran día, que nos encontraría sobre la cubierta.

Llegó a su tiempo el gran día. Al alborear, el centinela que montaba la guardia en el rodeo entró en la cueva y notificó que se advertía bajo la línea del horizonte una negra masa que avanzaba y que llegaba un sonido débil, que a que él le parecía de músicas militares. El desayuno estaba listo: nos sentamos y nos desayunamos.

Despachada esa tarea, dirigí a los muchachos una pequeña arenga, y luego envié fuera a un destacamento para que manejase la batería, poniendo a Clarence al mando del mismo.

Al poco rato se alzó el sol en el horizonte y desparramó sus resplandores, inundando toda la región, y entonces vimos una hueste prodigiosa que avanzaba lentamente hacia nosotros con el impulso firme y el frente alineado de una ola del mar. Se iba acercando cada vez más y su aspecto se hacía más imponente y sublime conforme se acercaba; si, por lo visto, allí estaba toda Inglaterra. No tardamos en ver ondear las innumerables banderas, y el sol hirió el mar de armaduras, y lo puso todo en una llama. Sí, era un panorama magnífico; jamás vi cosa que le superara.

Por último, pudimos descubrir los detalles. Todas las líneas del frente, siendo imposible decir en cuántos acres de profundidad, estaban formadas por jinetes, por caballeros con penacho y armadura. De pronto, oímos el vibrar de las trompetas; el lento caminar se convirtió en un galope, y de pronto..., ¡aquello era maravilloso de ver! Aquella inmensa ola de forma de herradura avanzó en tromba, se acercó al cinturón de arena; yo contuve el aliento; más cerca, más cerca, la franja de verde hierba que había más allá del amarillo cinturón se fue haciendo estrecha, más estrecha todavía, se convirtió en una simple cinta delante de los caballeros, desapareció bajo sus cascos. ¡Válgame Dios! ¿Qué pasó allí? Todo el frente de aquella hueste fue lanzado hacia los cielos con el estallido de un trueno y quedó convertida en un torbellino tempestuoso de trozos de telas y fragmentos de cuerpos;

a todo lo largo del suelo se alzaba una espesa muralla de humo que ocultó a la vista lo que quedaba de la multitud.

¡Era llegado el momento de dar el segundo paso en el plan de campaña! ¡Oprimí el botón y sacudí y destrocé el espinazo de Inglaterra!

En aquella explosión todas las magníficas factorías de nuestra civilización volaron por los aires y desaparecieron de la tierra. Era un dolor, pero no era necesario. No podíamos permitir que el enemigo volviese contra nosotros nuestras propias armas.

Siguió uno de los cuartos de hora más aburridos que yo he tenido que soportar. Esperamos en soledad silenciosa, encerrados dentro de nuestros círculos de alambre y de un círculo de humo pesado que se alzaba más allá de aquéllos. No podíamos ver lo que ocurría al otro lado del muro de humo, ni por encima ni al través del mismo. Por último, la humareda empezó a deshacerse perezosamente, y al cabo de otro cuarto de hora el panorama se había aclarado y podíamos satisfacer nuestra curiosidad. ¡No teníamos a la vista ninguna lama viviente! Vimos que nuestras defensas habían sido reformadas. La dinamita había excavado una trinchera de más de cien pies de anchura a todo nuestro alrededor, levantando un muro de unos veinticinco pies de altura a ambos bordes del mismo. En cuanto a destrucción de vidas, aquello era asombroso. Más aún, era imposible contar los muertos, porque no existían éstos como individuos, sino simplemente como un protoplasma homogéneo con aleaciones de hierro y botones.

No había señal alguna de vida a la vista, aunque por fuerza se produciría en las filas de atrás cierta cantidad de heridos que serían alejados del campo a cubierto del muro de humo; entre los demás, como ocurre siempre después de un episodio de esa clase se sentirán mareos. Pero no podrían acudir refuerzos; aquella era la última trinchera de la Caballería de Inglaterra; todo lo que quedaba de esa orden después de las recientes guerras aniquiladoras. Me sentí, pues, tranquilo, creyendo que la fuerza máxima que en adelante podrían traer contra nosotros sería pequeña, es decir, de caballeros. En vista de lo cual lancé a mi ejército una proclama de felicitación concebida en estas palabras:

«Soldados, campeones de la libertad y de la igualdad humana: ¡Vuestro general os felicita! Un enemigo arrogante vino contra vosotros, orgulloso de su fuerza y engreído de su fama. Vosotros estabais preparados. El combate fue breve: de vuestra parte, glorioso. Esta inmensa victoria no tiene ejemplo en la Historia, porque ha sido obtenida absolutamente sin una pérdida. Mientras los planetas sigan girando dentro de sus órbitas, la batalla del cinturón de arena no desaparecerá de la memoria de los hombres.
El Patrón»

La leí bien, y los aplausos que me tributaron fueron muy halagadores. Luego terminé con estas palabras:

—La guerra con la nación inglesa, como tal nación, ha terminado. La nación se ha retirado del campo de batalla y de la guerra. Antes que puedan convencerla para que vuelva, ya no habrá guerra. Esta campaña de ahora será la única, será además corta, la más corta de la Historia. Y también será la que mayor número de vidas destruya, teniendo en cuenta la proporción de bajas con el número de fuerzas que toman parte en la batalla. Hemos terminado de pelear contra la nación; de aquí en adelante sólo tendremos que habérmolas con los caballeros. Los caballeros de Inglaterra pueden ser muertos, pero no pueden ser vencidos. Sabemos la tarea que nos espera. Mientras quede con vida uno solo de estos hombres no habrá terminado esa tarea y no habremos dado fin a la guerra. Los mataremos a todos ellos.

(Grandes y prolongados aplausos)

Puse en los grandes taludes levantados alrededor de nuestras líneas por la explosión de dinamita algunos piquetes, consistentes simplemente en una pareja de muchachos que estuviesen al acecho para anunciar la llegada del enemigo cuando éste reapareciese.

Acto continuo envié a un ingeniero y a cuarenta hombres hasta un punto situado más allá de nuestras líneas, al Sur, para cambiar el curso de un manantial que bajaba de la montaña y cambiar su curso, de manera que pasase por dentro de nuestras líneas y bajo el mando nuestro, disponiéndolo de manera que yo pudiese manejarlo instantáneamente en caso de necesidad. Los cuarenta hombres se dividieron en dos turnos de veinte hombres cada uno para relevarse de dos en dos horas. El trabajo quedó terminado antes de las diez horas.

Anocheceía, y yo retiré mis piquetes. El que acechaba por el lado Norte comunicó que había a la vista un campamento, aunque sólo era visible con los gemelos. Notificó también que unos pocos caballeros habían explorado el camino hacia nuestra posición; que habían arreado al través de nuestras líneas algún ganado vacuno; pero que los caballeros mismos no se habían acercado mucho. Eso era lo que yo me había esperado. Como veréis, aquello equivalía a un tanteo; querían saber si nosotros íbamos a hacer explotar nuevamente aquel fuego terrorífico sobre ellos. Quizá se mostrasen más audaces durante la noche. Creí adivinar el plan que pondrían en ejecución, porque era, sin género alguno de duda, el que yo mismo pondría por obra si estuviese en su lugar y fuese tan ignorante como ellos. Se lo dije a Clarence.

—Creo que estáis en lo cierto—me dijo—; es evidentemente lo que ellos intentarán.

—Pues si lo hacen, están perdidos—dije yo.

—Desde luego.

—No tendrán la más ligera probabilidad.

—Sin duda alguna, que no la tendrán.

—Es una cosa terrible, Clarence, y constituye un verdadero dolor.

Aquello me conturbó de tal manera, que no conseguí ni un momento de tranquilidad de alma, pensando y preocupándome con lo que iba a ocurrir. Por último, y para tranquilizar mi conciencia, redacté el siguiente mensaje a los caballeros:

“Al ilustre comandante de la Caballería rebelde de Inglaterra:

“Lucháis en vano. Sabemos cuál es vuestra fuerza—si es que se le puede aplicar este nombre—. Sabemos que podéis, a lo sumo, lanzar contra nosotros poco más de veinticinco mil caballeros. No tenéis, pues, ninguna probabilidad, absolutamente ninguna. Meditadlo; nosotros estamos bien equipados, bien fortificados y somos cincuenta y cuatro en número. ¿Cincuenta y cuatro qué? ¿Hombres? No; cerebros, los más capaces del mundo; una fuerza contra la que el poderío simplemente animal no puede tener mayores esperanzas de triunfo que las perezosas olas del mar en su lucha contra las barreras de granito de Inglaterra. Ya estáis advertidos. Os ofrecemos vuestras vidas; no rechacéis este donativo que os hacemos, por amor a vuestras familias. Os ofrecemos esta oportunidad, que será la última; deponed vuestras armas; rendíos sin condiciones a la República, y seréis perdonados.

(Firmado) El Patrón.”

Se lo leí a Clarence y le dije que tenía el propósito de enviarlo con bandera de tregua. Rompió a reír, con la risa sarcástica que era en él cosa de nacimiento, y me dijo:

—Yo no sé qué os ocurre; pero parece que sois incapaces de calar hasta el fondo en la manera de ser de esta gente noble. Vamos a ahorrarnos un poco de tiempo y de molestias. Figuraos que soy el jefe de aquellos caballeros. Y que vos me venís con la bandera de parlamento; acercaos y entregadme vuestro mensaje, que yo os daré la contestación.

Me divirtió la idea. Avancé entre una guardia imaginaria de soldados enemigos, saqué mi documento y lo leí de cabo a rabo. Clarence, por toda respuesta, me arrancó el documento de la mano, contrajo desdeñosamente su boca, y dijo con menosprecio altanero:

—Descuartizadme a ese animal y devolvédselo dentro de un canasto al belitre malnacido que lo envió. No tengo otra respuesta que darle.

¡Que hueca resulta la teoría en presencia de los hechos! Esto que me presentaba Clarence era un hecho y nada más. Era lo que habría ocurrido sin género de duda. Hice allí pedazos el papel y concedí a mis inoportunos sentimientos un descanso definitivo.

Luego, me puse a la tarea. Comprobé experimentalmente que las señales eléctricas que iban desde la plataforma de los cañones Glutin hasta la cueva funcionaban bien; probé y volví a probar las transmisiones que ponían en condiciones las cercas de alambre, y que consistían en dispositivos mediante los cuales podía dar y cortar la corriente eléctrica a voluntad en cada cerca de alambre con independencia de las demás. Puse la conexión del arroyo bajo la guardia y la autoridad de mis mejores muchachos, que se relevarían durante la noche en guardias de dos horas, dispuestos siempre a obedecer con rapidez la señal que yo les daría, si tenía ocasión de dársela, y que consistiría en tres disparos rápidos de revolver. Se suspendió por aquella noche el servicio de centinelas y quedó la explanada limpia de todo ser viviente; di orden de que se guardase silencio en la cueva y que se apagasen las luces eléctricas, dejando sólo una muy débil claridad.

En cuanto oscureció del todo, corté la corriente de todas las alambradas y a continuación avancé a tientas hasta el terraplén que bordeaba por el lado nuestro la gran zanja hecha por la dinamita. Repté hasta lo alto del mismo y permanecí tumbado en el declive para vigilar. Pero la oscuridad era demasiado grande para poder distinguir nada. En cuanto a ruidos, no se oía absolutamente ninguno. Reinaba un silencio de muerte. Desde luego, se oían los ruidos que es corriente oír de noche en el campo—el revoloteo de las aves nocturnas, el zumbido de los insectos, los ladridos de perros lejanos, el suave mugir a gran distancia del ganado vacuno—; pero todo eso, más bien que romper el silencio, lo intensificaba, agregándole una extraña melancolía.

Dejé de mirar, en vista de la cerrazón de la noche; pero tensé el oído a fin de captar el más ligero ruido sospechoso; creía que solo tenía que permanecer a la espera, con la seguridad de no quedar defraudado. Sin embargo, tuve que permanecer a la espera mucho tiempo. Por último, percibí lo que podríamos llamar un atisbo confuso de sonido, un sonido metálico apagado. Erguí mis orejas, contuve y contuve el aliento, porque aquello era lo que yo esperaba. El sonido cobró consistencia y se fue acercando desde la dirección Norte. Más tarde lo percibí al mismo nivel en que yo estaba, es decir, en lo alto del terraplén del otro lado de la zanja, a un centenar de pies o algo más. Acto continuo me pareció distinguir en el borde del talud una hilera de puntos negros; ¿serían cabezas humanas? No habría podido decirlo; quizá no fuese nada; no se puede fiar de los ojos cuando la imaginación está desenfocada. Pero no tardó en quedar resuelta la duda. Oí cómo aquel ruido metálico descendía hasta el fondo de la gran zanja. Aumentó rápidamente, se extendió por toda la largura de la misma y me suministró de un modo inconfundible este hecho; una hueste

armada se instalaba dentro de la zanja. Sí; aquella gente se preparaba a darnos una pequeña sorpresa. Podíamos tener la seguridad de que a eso del alba, y quizá antes tendríamos diversión.

Retrocedí, tanteando hasta la explanada; había visto bastante. Me dirigí a la plataforma e hice señal de que se diese corriente a las dos cercas de alambre interiores. Acto continuo entré en la cueva, encontrándome con que todo marchaba a maravilla, es decir, que dormían todos, menos la guardia. Desperté a Clarence y le dije que la gran zanja se estaba llenando de hombres, siendo mi opinión que venían por nosotros como un solo hombre. Era mi opinión que podíamos esperar en cuanto alborease que los millares que estaban emboscados en la zanja avanzarían por encima del terraplén y darían un asalto, siguiéndoles inmediatamente todo el resto del ejército.

Clarence dijo:

—Seguramente que querrían enviar uno o dos exploradores en la oscuridad para llevar a cabo algunas observaciones preliminares. ¿Por qué no quitar la corriente de las cercas de alambre exteriores, dándoles así una probabilidad?

—Lo tengo hecho ya, Clarence. ¿Me habéis visto portarme alguna vez de manera inhospitalaria?

—No, porque tenéis un buen corazón. Quiero ir y...

—¿...y ser del comité de recepción? También yo iré.

Cruzamos la explanada y nos tumbamos el uno junto al otro entre las dos cercas de alambre interiores. A pesar de que la luz del interior de la cueva era muy débil, nos había dejado la vista un poco perturbada, pero no tardó en regularse y enfocarse por si misma, ajustándose a las circunstancias. Al principio nos habíamos visto obligados a avanzar a tientas, pero luego logramos distinguir los postes de las cercas de alambre. Empezamos a hablar entre cuchicheos pero de pronto Clarence se calló y dijo:

—¿Qué es aquello?

—¿El qué?

—Aquella cosa que se ve allí.

—¿Qué cosa, y dónde?

—Un poco más allá de donde estáis vos; un cosa negra, una sombra confusa de algo..., apoyada en la segunda cerca.

Miré yo y miró él, y dije:

—¿No será un hombre, Clarence?

—No, creo que no. Si os fijáis bien, parece un po...; ¡pero, vaya, si es un hombre!, y se apoya en la cerca de alambre.

—Yo creo con seguridad que se trata de un hombre; pero vayamos a verlo.

Avanzamos reptando a gatas hasta hallarnos muy cerca, y entonces levantamos la vista. Sí, era un hombre—una gran figura desdibujada dentro de una armadura, de pie, agarrado con ambas manos al alambre superior—, y como no podía menos de ser, se percibía olor a carne quemada. El pobre hombre estaba tan muerto como el clavo de una puerta, sin que se hubiese dado cuenta de quién lo había herido. Parecía una estatua, sin que nada se moviese a su alrededor, salvo sus plumas, que se agitaban un poco movidas por el viento de la noche. Nos pusimos de pie y miramos a la cara de aquel hombre por entre los barrotes de su visera, pero no pudimos ver si era o no era conocido nuestro, porque los rasgos de la cara estaban demasiado oscurecidos y confusos.

Oímos ruidos apagados que se acercaban, y nos pegamos al suelo en el mismo sitio en que estábamos. Distinguimos confusamente a otro caballero, que se acercaba con paso

furtivo y tanteando el camino. Estábamos lo bastante cerca para verle alargarse una mano, tocar un alambre superior y luego inclinarse para pasar por entre el de arriba y el de abajo. Llegó hasta donde estaba el primer caballero y se sobresaltó un poco al descubrirlo. Permaneció un instante inmóvil, preguntándose, sin duda, por qué no avanzaría el otro; luego dijo en voz baja: “¡Parece que estuvierais ensoñando, mi buen sir Mar...!” En ese momento puso su mano sobre la espalda del cadáver, y no hizo otra cosa que dejar escapar un gemido leve, cayendo muerto. Muerto por un hombre muerto; más aún: muerto por un amigo muerto. La cosa tenía mucho de terrible.

Durante media hora, y cerca de donde estábamos, aquellos pájaros madrugadores fueron avanzando unos detrás de otros con breves intervalos, es decir, uno cada cinco minutos. No traían más armas ofensivas que sus espaldas; como regla general, avanzaban con la espada desnuda en la mano y la adelantaban, tocando con ella los alambres. De cuando en cuando, distinguíamos una chispa azul cuando el caballero que la causaba se encontraba demasiado lejos para que nosotros distinguiéramos su figura; pero, aun sin distinguirla, sabíamos lo que había ocurrido; el pobre hombre había tocado con su espada un alambre cargado de corriente y se lo había llevado Dios. Pasamos por breves períodos de huraño silencio, interrumpido con lamentable regularidad por el estrépito producido por la caída de un hombre vestido de hierro; como aquello ocurría sin interrupción, la estancia en la oscuridad y en la soledad producía un hormigueo en el cuerpo.

Decidimos hacer una excursión por el espacio comprendido entre las dos cercas de alambre interiores. Para mayor comodidad, caminamos erguidos; pensamos que si nos veían, nos tomarían por amigos más bien que por enemigos, y en todo caso estábamos fuera del alcance de sus espadas, no pareciendo que aquellos gentiles hombres viniesen armados de lanzas. Fue una excursión curiosa. Había cadáveres por el suelo por todas partes del lado de allá de la segunda cerca de alambre; no se distinguían con claridad, pero se distinguían; contamos quince de aquellas estatuas patéticas es decir, quince caballeros muertos y que permanecían de pie y erguidos, agarrándose con las manos al alambre superior.

Una cosa parecía suficientemente demostrada, a saber: que nuestra corriente eléctrica era tan tremenda que mataba antes que la víctima pudiese dar un grito. No tardamos en escuchar un ruido ahogado y pesado, inmediatamente adivinamos de qué se trataba. ¡Era que avanzaba por sorpresa una fuerza enemiga! Di orden cuchicheando a Clarence de que marchase a despertar a nuestro ejército, dándole orden de esperar en silencio nuevas instrucciones dentro de la cueva. Pronto estuvo de regreso, y ambos permanecimos junto a la cerca interior viendo en silencio cómo el rayo llevaba a cabo su tarea siniestra en aquella hueste que avanzaba en tropel. Poco era lo que podía divisarse en detalle; pero lo que se distinguía era una masa negra que se iba amontonando del lado exterior de la segunda cerca. ¡Aquella masa que crecía estaba compuesta de cadáveres! Nuestro campamento se hallaba encerrado dentro de un muro sólido de enemigos muertos; como si dijéramos, era un baluarte, un atrincheramiento de cadáveres. Detalle terrible de lo que ocurría era la ausencia completa de voces humanas; no se oían ni vítores ni gritos de guerra; los atacantes, pensando sorprendernos, avanzaban con el menor ruido posible, y siempre que la fila delantera se hallaba lo bastante cerca de su objetivo para que creyesen que había llegado el momento de prepararse a lanzar un grito, chocaban con la línea fatal y se venían a tierra sin poder dar la señal de su presencia.

Después de eso lancé la corriente por la tercera cerca de alambre, y casi inmediatamente por la cuarta y la quinta, porque el espacio entre una y otra se cubrió con gran rapidez. Me pareció que llegado el momento álgido; en opinión mía, teníamos en

nuestra trampa a todo aquel ejército. De todos modos, era ya hora de descubrirlo. Di, pues, a un botón y encendí cincuenta soles eléctricos en lo alto de nuestro precipicio.

¡Válgame Dios, y qué panorama! Nos hallábamos cercados por tres murallas de hombres muerto. Todas las demás cercas se hallaban casi llenas de seres vivos que se abrían camino furtivamente por entre los alambres. El súbito resplandor paralizó a aquella hueste y la petrificó, como si dijéramos, de asombro; yo disponía de un solo instante para aprovecharme de aquella inmovilidad suya y no perdí. Compréndase que un instante después habrían estallado en un vítor y se habrían abalanzado hacia delante; mis alambres no habrían resistido el empujón; pero con aquel instante que ellos perdieron, perdieron también para siempre su oportunidad. No había transcurrido ni ese leve fragmento de tiempo cuando yo lancé la corriente eléctrica por todas las cercas de alambre a un tiempo, y maté a toda aquella hueste enemiga en el mismo lugar en que se encontraba. ¡El gemido que salió de sus gargantas llegó hasta nuestros oídos! Era el anuncio del estertor agónico de once mil hombres, y se extendió por la noche con terrible patetismo.

Bastó una ojeada para descubrir que el resto del enemigo—quizá diez mil hombres—se hallaba entre nosotros y el foso que nos rodeaba, avanzando al asalto. ¡Era, pues, evidente que teníamos en nuestras manos a todos ellos! Y que nada podía salvarlos. Era el momento para el último acto de la tragedia. Descargué los tres tiros convenidos de revólver, lo cual quería decir:

—¡Soltad las aguas!

Se oyó un súbito mugido y alud, y un minuto después el torrente de la montaña avanzaba rugiendo por el gran foso, creando un río de cien pies de anchura y venticinco de profundidad.

—¡A vuestros cañones, muchachos! ¡Fuego!

Los trece Gatlings empezaron a vomitar la muerte en medio de los diez mil condenados a morir. Estos se detuvieron, permanecieron un instante en el lugar que ocupaban, aguantando aquel diluvio devastador de fuego, se desbandaron, dieron media vuelta y corrieron hacia el foso lo mismo que paja arrastrada por un vendaval. Una buena cuarta parte de ellos no llegaron a lo alto del elevado terraplén; las tres cuartas partes restantes lo alcanzaron y se precipitaron hacia delante, para encontrar la muerte en las aguas.

En menos de diez breves minutos, desde que abrimos el fuego, quedó totalmente aniquilada la resistencia armada, dio fin la campaña, y nosotros, los cincuenta y cuatro, éramos los dueños de Inglaterra. A nuestro alrededor yacían veinticinco mil hombres muertos.

¡Pero qué traidora es la suerte! Poco más tarde—digamos una hora—ocurrió algo por culpa mía, algo que..., algo que no tengo ánimo para escribir. ¡Que termine aquí y con estas palabras mi relato!

CAPITULO XLIV

UNA POSDATA DE CLARENCE

Soy yo, Clarence, quien tiene que escribirlo por él. Me propuso que saliésemos los dos para ver si era posible acudir en ayuda de los heridos. Yo me opuse terminantemente al proyecto. Le dije que si los heridos eran muy numerosos, sería poco lo que podríamos hacer por ellos; en todo caso, resultaría imprudente el confiarnos a esa expedición. Pero cuando él decidía una cosa, rara vez se volvía atrás; retiramos, pues, la corriente eléctrica de las

cercas de alambre, tomamos una escolta, avanzamos por encima de los muros de caballeros muertos que nos rodeaban y salimos a campo abierto. El primer herido que pidió ayuda se hallaba caído con la espalda apoyada en un camarada muerto. Cuando el Patrón se inclinó sobre él y le habló, el hombre lo reconoció y lo apuñaló. Aquel caballero, según yo descubrí al arrancarle el yelmo, era sir Meliagraunce. Ya no necesitará nunca pedir socorro.

Condujimos al Patrón a la cueva y curamos su herida, que no era muy importante, lo mejor que pudimos. Nos ayudó en esos menesteres Merlín, aunque nosotros no lo conocimos, porque iba disfrazado de mujer, dando la impresión de ser una sencilla y anciana campesina. Bajo este disfraz, con la cara pintada de marrón y completamente afeitada, se nos presentó pocos días después de haber sido herido el Patrón y se ofreció a trabajar de cocinera con nosotros, diciéndonos que su gente se había marchado a ciertos campamentos que le enemigo estaba formando, y que ella se moría de hambre. El Patrón sentíase con muy buenos ánimos, y se distraía terminando su relato por escrito.

Nos alegramos de poder contar con aquella mujer, porque nuestras tareas eran muchas para los pocos elementos con que contábamos. Estábamos, como veréis, dentro de una trampa fabricada por nosotros mismos. Si permanecíamos en el mismo lugar, nuestros muertos nos matarían; si salíamos fuera de nuestras defensas, ya no seríamos invencibles. Habíamos vencido, y ahora nos veíamos vencidos a nuestra vez. El Patrón no podía ir, y yo tampoco, porque fui uno de los primeros en enfermar a consecuencia de las emanaciones venenosas de aquellos miles de muertos. Después de mí cayeron enfermos otros y otros. Mañana...

Mañana. Aquí está el mañana; y con el mañana ha llegado el final. Me desperté a eso de la medianoche y vi a la bruja aquella realizando pases curiosos en el aire alrededor de la cabeza y la cara del Patrón. Me quedé intrigado. Todos, menos la guardia de la dínamo, dormían profundamente; reina completo silencio. La mujer dio fin a sus misteriosas paparruchas y se dirigió de puntillas hacia la puerta. Yo le grité:

—¡Detente! ¿Qué es lo que hacías?

Ella se detuvo y contestó con acento de maligna satisfacción:

—¡Erais los vencedores y ahora sois los vencidos! Todos éstos se mueren, y tu también. Moriréis en éste lugar todos, menos él. Él duerme, ahora, y dormirá durante trece siglos. ¡Yo soy Merlín!

Dichas estas palabras le acometió tal delirio de risa estúpida, que se bamboleó de un lado para otro como si estuviera borracho, y de pronto se agarró a uno de nuestros cables eléctricos. Su boca se halla todavía abierta; se diría que sigue riéndose. Me imagino que la cara conservará esa risa petrificada hasta que el cuerpo quede reducido a polvo.

El Patrón ya no se movió; duerme como una piedra. Si él no se despierta hoy, comprenderemos qué clase de sueño es el suyo; entonces llevaremos su cuerpo a un lugar lejano, en las profundidades de la caverna, donde nadie dará jamás con él, evitando así que lo profanen. En cuanto a los demás de nosotros..., pues bien; hemos hecho un convenio comprometiéndonos a que si alguno de nosotros sale con vida de este lugar, hará constar el hecho por escrito en este mismo relato y ocultara lealmente el manuscrito junto con el cuerpo del Patrón, nuestro jefe bueno y querido, a quien le pertenece en propiedad, esté vivo o muerto.

(AQUÍ ACABA EL MANUSCRITO)

POSDATA FINAL; por el autor.

Llegaba el alba cuando puse de lado el manuscrito. Había dejado casi de llover; el mundo aparecía gris y triste; la tormenta, agotada ya, se dormía entre suspiros y sollozos. Me dirigí al cuarto del desconocido y me puse a escuchar a su puerta, que se hallaba ligeramente entreabierta. Le oí hablar, y por eso llamé. Nadie me contestó, pero yo seguía oyendo su voz. Asomé la cabeza y miré al interior. El hombre yacía de espaldas en la cama; hablaba de una manera entrecortada, pero vigorosa, subrayando las palabras con sus brazos que agitaba violentamente y con desasosiego de un lado a otro, tal como suelen hacerlo los que deliran. Entré sin hacer ruido en el cuarto y me incliné sobre aquel hombre. Este seguía mascullando palabras y lanzando exclamaciones. Le hablé, una palabra nada más, para llamar su atención. Sus ojos vidriosos y su rostro lívido se animaron al instante de satisfacción, gratitud alegría y bienvenida:

—¡Oh Rubia, viniste al fin! ¡Cómo anhelaba verte! ¡Siéntate a mi lado, no me abandones, no te apartes nunca más de mí, Rubia, nunca más! ¿Dónde está tu mano?...Dámela, querida, deja que la estreche en la mía, así...Ahora ya se arregló todo , todo es paz, y me siento feliz otra vez . ¿Verdad, Rubia, que otra vez somos felices? Te veo tan difusa, tan incierta, algo así como una simple niebla, como una nube; pero estás aquí, y con ello me sobra para ser feliz; tengo tu mano en la mía, no la retires. Sólo será por un momento, no la necesitaré mucho tiempo. ¿Era ésa la niña? ... ¡Hola , Central!... No contesta. ¿Está quizá dormida? Tráemela, cuando se despierte, para que yo pueda palpar sus manos, su cara, sus cabellos, y para decirle adiós. ¡Rubia! Sí, tú estás ahí. Me distraje un momento y creí que te habías marchado. ¿Llevo mucho tiempo enfermo? Debe de ser así; me parece que llevo enfermo meses enteros.¡ Y qué sueños tan extraños y temerosos! Sueños reales como la misma realidad, delirios, desde luego ¡pero qué reales! Verás: pensé que el rey había muerto, pensé que tu estabas en la Galia y no podías volver a Inglaterra; pensé que había habido una revolución; en el fantástico desvarió de estos ensueños pensé que Clarence y yo y un puñado de mis cadetes peleábamos con todos los caballeros de Inglaterra y los exterminábamos. Pero no fue siquiera eso lo más extraño. Parecía que yo fuese un ser salido de una edad remota no nacida todavía, una edad que nacerá de aquí a muchos siglos, y, sin embargo, incluso ese detalle es tan real como todo lo demás. Sí, yo tenía la impresión de haber volado hacia atrás desde esa edad a esta nuestra, y luego creí volar otra vez hacia la edad de la que yo procedía, reapareciendo igual que un extraño y desamparado, en esa extraña Inglaterra, abriéndose entre tu y yo, como una boca , el abismo de trece siglos. ¡Trece siglos entre yo, mi casa y mis amigos! ¡Trece siglos entre yo y todo cuanto me es querido, entre yo y todo cuanto podía hacerme la vida digna de que yo la viviese! Fue una cosa tremenda, mucho más tremenda que lo que tú puedas imaginarte nunca, Rubia. Vela junto a mí, Rubia: permanece junto a mí todos los momentos; no dejes que yo vuelva a desvariar; la muerte no significa nada, déjala que venga, pero no acompañada de estas pesadillas, no acompañada del tormento de estas horrendas pesadillas. Eso no puedo volver a soportarlo. ¿Rubia?

Siguió en la cama, mascullando durante un breve espacio de tiempo palabras incoherentes; después permaneció otro rato en silencio, produciendo la impresión de que se hundía poco a poco en la sima de la muerte. Más tarde sus dedos comenzaron a pellizcar activamente la colcha, y esa señal me indicó que su fin estaba próximo. En el mismo instante en que apareció en su garganta el primer asomo del estertor de la agonía, se incorporó ligeramente y pareció escuchar; luego dijo:

—¿Una trompa?...¡Es el rey! ¡A ver, ese puente levadizo! ¡Guarneced las almenas!... Abrid.

El hombre inició el montaje de su último golpe de efecto, pero nunca lo terminó.

FIN

El presente libro ha sido digitalizado por la voluntaria Lida Fraticelli.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo